

Hollow Pike

JAMES DAWSON

Un lugar de sombras,
magia y superstición

Lectulandia

Lis London decide empezar una nueva vida y se muda a casa de su hermana, que vive en Hollow Pike. Sin embargo, no todo allí es nuevo para ella: la floresta de este pequeño y misterioso pueblo, que esconde una historia inquietante, es la misma que aparece en sus escalofriantes sueños de las últimas noches: sueños cruentos en los que alguien trata de asesinarla. Ella quiere escapar de sus peores pesadillas, teme que puedan hacerse realidad...

No creía en las leyendas locales sobre brujería y pensó que se encontraría a salvo..., pero en el bosque tenebroso de Hollow Pike, el mal nunca descansa.

Lectulandia

James Dawson

Hollow Pike

ePub r1.1

nalass 17.07.14

Título original: *Hollow Pike*
James Dawson, 2012
Traducción: Adolfo Muñoz

Editor digital: nalasss
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Hollow Pike

James Dawson

Este libro está dedicado a cualquiera que haya odiado alguna vez su centro educativo.

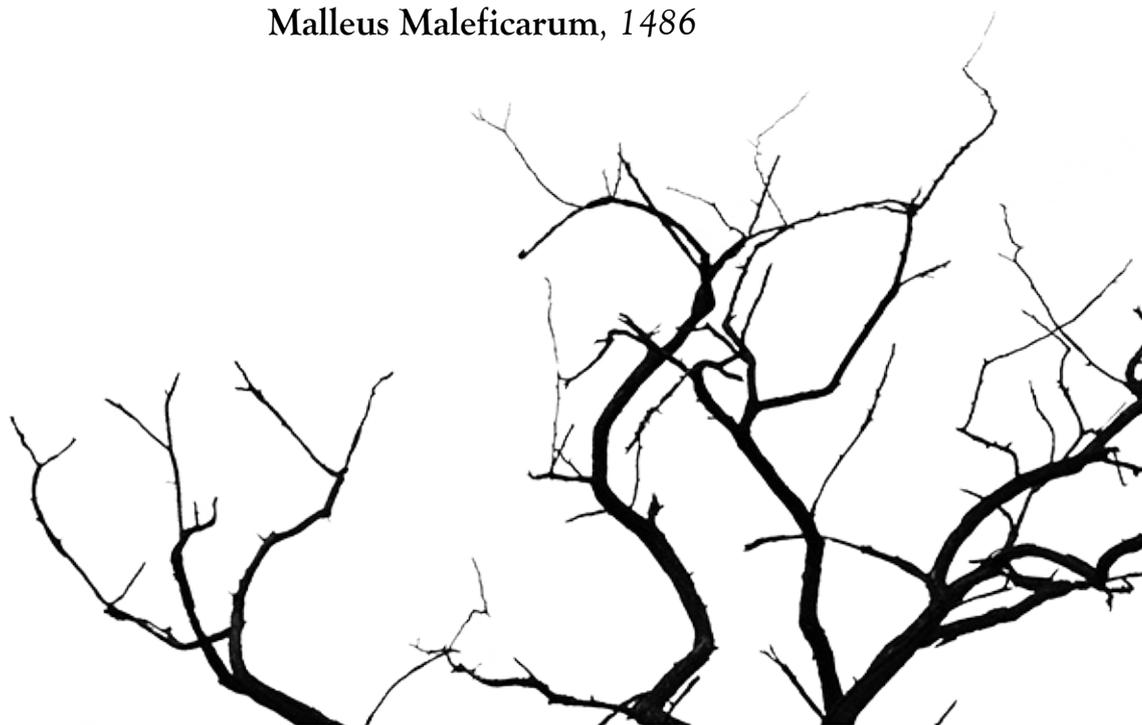
La Pandilla Inverosímil por siempre, x.



Primera parte

¡Ay! La experiencia nos dice que existen innumerables chicas y que, por tanto, las brujas que surgen de entre ellas son innumerables también.

Malleus Maleficarum, 1486





Búhos

LIS SABÍA QUE ESTABA SOÑANDO, aunque eso no aliviaba el hecho de que la sangre le corriera por el rostro. Se le metió por la nariz y le llegó a la garganta. Aquel gusto metálico la ahogaba, la invadió el pánico.

No era la primera vez que se arrodillaba en la roja corriente. Durante las últimas semanas se había visto inmersa muchas veces en aquella pesadilla, y cada vez que volvía a tenerla, la visión resultaba cada vez más real, más visceral.

En ocasiones, el sueño se centraba en su pelo largo y mojado, enmarañado sobre la cara. Otras veces, en la lluvia heladora y en el viento huracanado. Otras, en los chillidos de terror que se oían lejanos. En aquella ocasión, Lis era muy consciente de los guijarros, tan fríos, redondos y perfectos bajo sus manos. Le raspaban la piel, pero ella sabía que la sangre que le corría por el cuerpo no era suya.

Lo más morboso era que estaba empezando a disfrutar aquellos terrores nocturnos. Cada sueño aportaba una nueva pieza del rompecabezas, aunque todavía le faltaba mucho para apreciar la foto que aparecía en la caja. En realidad, no había visto nunca el arroyo del sueño, ni el bosque por el que discurría este. O tal vez sí los hubiera visto... Había un recuerdo lejano, de la infancia, carcomido por el tiempo.

Aquel chillido desesperado se acercaba, se hacía más fuerte, distorsionándose por momentos, mientras ella hundía y sacaba del agua la cabeza.

Cobró conciencia de sus propios jadeos y gemidos. ¿Podría arrastrarse mucho más allá?

Cada movimiento resultaba fatigoso y lento. Ni siquiera la adrenalina podía contrarrestar el agotamiento de sus brazos, y el agua parecía espesa melaza. Pese al dolor y las rodillas sangrantes, se esforzaba en seguir. La ropa, empapada, se le pegaba al cuerpo, y tiraba de ella hacia atrás.

En lo alto, los búhos giraban en torno a árboles calcinados. Estaban allí por ella, eso lo sabía, aunque no comprendía por qué. Pero en aquel momento no tenía tiempo de preocuparse de eso: tenía que alejarse de allí.

Sabía lo que iba a pasar. El sueño terminaba siempre de la misma manera. Desde luego, reconocía la mano helada cuyos dedos ahora se le introducían en el cabello. La agarraba con tal fuerza que a Lis le resultaba imposible volverse y encararse con su agresor. Ni una sola vez había puesto sus ojos en él. Soltó un alarido antes de que le hundiera la cara en el agua de tinta.

No había luna para iluminar el arroyo, y Lis estaba hundida en la oscuridad. Las burbujas le corrían por las mejillas mientras aquella mano dura como un torno la hundía más adentro, le hundía el rostro hasta el mismo lecho del arroyo.

Intentó relajarse. Sabía que no tardaría en despertar. El pecho se le encogía tratando de inhalar el oxígeno que no había allí, mientras sus labios se separaban inútilmente. Era el fin.



Lis abrió los ojos de repente. Siempre le quedaba la sensación de que debía salirse de la cama de un salto y quitarse de encima las sábanas empapadas de sudor, tal como hacen en las películas. Pero allí estaba a salvo, acurrucada bajo el edredón, cómoda y calentita, en su viejo dormitorio de toda la vida.

Estiró la mano para coger el móvil. No tenía mensajes, y el reloj de la pantalla indicaba las 2.14 de la madrugada. Se dio la vuelta para volver a dormirse, a sabiendas de que no lo conseguiría.

Pues aquel era el día en que se iba a vivir a Hollow Pike.

La Floresta

LABRIR LOS OJOS, Lis reconoció inmediatamente los valles de Yorkshire, y aquellas carreteras sinuosas que hacían que la cabeza adormecida pegara contra la ventanilla mientras su madre conducía el coche por el serpenteante recorrido que llevaba a Hollow Pike.

—Vamos, cielo, despierta —le decía su madre—. Que ya casi llegamos.

Lis parpadeó y se puso derecha en el asiento. El conjunto nuevo que llevaba puesto se le había arrugado completamente. Todas las viejas zapatillas y chaquetas de capucha se habían quedado en Gales, porque había querido comprar ropa nueva para un nuevo comienzo.

—¿Cuánto es «casi»? —preguntó con voz ronca.

—No mucho. Desde aquí se ve ya la Floresta de Pike.

Lis se hizo para delante y entrecerró los ojos para otear el horizonte. Vio la mullida alfombra de árboles que cubría las colinas que tenía delante. Su madre había tomado el camino que entraba en el pueblo por detrás.

—¿Cómo es que vamos por aquí?

—La carretera está en obras, cielo. No soporto esos semáforos provisionales que ponen, te tienen un año esperando. No había venido nunca por aquí, pero Sarah dice que es un atajo.

Lis se mordió la lengua para no decir nada sarcástico sobre los turbios antecedentes de su madre con los atajos, entre los cuales constituía un momento especialmente aterrador el incidente en Tenerife, cuando casi salen volando por el borde de un acantilado. Así que en vez de decir nada, puso los ojos en blanco y volvió a mirar el camino. El diminuto Corsa plateado cruzó un puente antiguo que iba a dar a los imponentes árboles que tenían delante. Bajó el cristal de la ventanilla para ver mejor.

Al fijar la mirada en el arroyo que corría por debajo, rápido y cantarín, Lis recordó su sueño y sintió que un repentino escalofrío le recorría la columna vertebral. Entonces hizo lo que hacía siempre con aquel desagradable recuerdo: hacerlo retroceder hasta un rincón de la mente, esforzándose en pensar en otras cosas. Pensó en cómo sería vivir con Sarah; en si su madre tendría razón al decir que «se había pasado» con su ropa nueva (Lis pretendía estar «mona pero elegante» con sus nuevas faldas y *tops*); y en si alguien en el Colegio de la Comunidad de Gwynedd se daría cuenta de que se había ido.

Por supuesto, se daría cuenta Bronwyn Evans. Ella era la principal razón de que Lis se mudara. El instituto se había negado a reconocer que entre sus paredes se dieran casos de verdadero acoso, y por eso se le había ocurrido a su madre llevársela al norte,

con Sarah. Lis no había dejado pasar la oportunidad. Su madre estaba tan ocupada con su nuevo novio (que no tardaría en convertirse en su tercer marido) que Lis se preguntaba si tan siquiera la echaría en falta. Lis había soñado con vivir con su hermana Sarah desde el mismo momento, años antes, en que esta se había ido a Hollow Pike para cuidar de la abuela. Tal como lo veía Lis, aquella solución beneficiaba a todos.

En un instante, fue como si el coche hubiera dejado atrás el día para entrar en la noche. Dentro de la floresta, solo unos largos dedos de luz diagonal penetraban las hojas, y Lis clavó los ojos en la penumbra para distinguir adónde llevaba el camino. El bosque se cerraba tras ellos, atrapándolos en su húmedo follaje. Era como ser engullido por una enorme ballena verde. Lis se estremeció al pensarlo.

Al mirar más de cerca lo que la rodeaba, comprendió que la floresta estaba llena de vida. Todas las superficies estaban recubiertas de musgo o líquenes, y los pájaros... los pájaros eran ensordecedores. La densidad de los árboles hacía que la radio perdiera la onda, de modo que en el coche solo se escuchaba un susurro misterioso, que por un momento a Lis le pareció que era el sonido mismo del bosque, que crecía, se movía, respiraba.

Su madre pisó el freno al estrecharse el camino. Las ramas rotas de los árboles colgaban peligrosamente cerca del coche, y parecía como si la oscuridad misma se acercara, haciéndose más intensa a medida que avanzaban por la Floresta de Pike.

—Mamá... —Lis no tenía en realidad nada que decir, pero esperaba que algo de conversación aliviaría aquella atmósfera repentinamente siniestra.

—Ya lo sé, cielo. Sarah y sus atajos, ¿verdad? —Deborah esbozó una sonrisa que no llegó a los ojos.

Lamentando inmediatamente haberle dado a su madre ocasión de criticar a su hermana, Lis apagó el ruido de la radio y alargó la mano hasta la caja de casetes de su madre. Por una vez, la idea de oírla acompañar los grandes éxitos de los setenta le parecía reconfortante.

Sin previo aviso, su madre pisó a fondo el freno. Lis pegó con la frente en el salpicadero.

—¡Ay! —gritó—. ¿Qué estás haciendo, mamá...?

—¡Maldito bicho...! —exclamó la madre.

Lis se incorporó para ver qué era lo que había hecho frenar tan bruscamente a su madre. En el medio del camino estaba plantada una simple urraca, blanca y negra, jugando con el coche a ver quién era más gallito. Sencillamente se quedó allí aguardando, mirándolas con sus ojos negros, redondos y brillantes, llenos de inteligencia.

Deborah apretó el claxon para lanzar un breve pitido, pero el ave no movió un músculo, ni siquiera se inmutó. Por el contrario, parecía que miraba a Lis de modo más penetrante.

—¿Qué hace? —murmuró Lis.

—¿Te crees que soy una especialista en psicología animal?

Su madre avanzó con el coche, pero la urraca no cedió terreno, y siguió bloqueando

el acceso a Hollow Pike. Y no había modo de pasar dejándola a un lado.

—¿Te importaría salir a espantarla, Elisabeth, por favor? Si seguimos así se nos va a hacer de noche.

Obediente, Lis se desabrochó el cinturón de seguridad y abrió la puerta. Al sacar las piernas, pisó agua helada. Volvió a levantar las piernas y miró hacia abajo: el coche se había detenido sobre un arroyo nada profundo por el que corría un poco de agua.

—Ten cuidado, cielo, no echas a perder los zapatos.

Tan pronto como salió del coche, la urraca, que era mayor de lo que ella había pensado, le lanzó una última mirada y salió volando hacia el refugio de las copas de los árboles. Pero Lis apenas se dio cuenta, pues hacía esfuerzos por respirar mientras miraba a su alrededor, asimilando por vez primera la totalidad del lugar en que se encontraba. Todo le resultaba muy familiar: el agua, el aire denso, terroso... Aquello era su sueño: el arroyo, la sangre, la oscuridad...

Empezaron a empañársele los ojos, y se obligó a controlarse. Aquel no podía ser el bosque que tan a menudo veía en sus sueños, porque no había estado allí nunca. Y, en realidad, todos los bosques y todos los arroyos se parecen mucho. Lo único que pasaba era que la había alterado aquel pajarraco espeluznante e inquisitivo, y el traslado, y su madre y ¡uf!, todo lo que había pasado aquel día, así que cuanto antes llegara a casa de Sarah, mejor. Respiró hondo.

—Elisabeth, ¿vas a volver al coche, o no?

Lis salió de su estupor, pasó de puntillas sobre el arroyo de agua helada, y se subió al asiento del acompañante.

—Mala suerte, sí señor —dijo su madre al tiempo que Lis cerraba su puerta de un portazo.

—¿El qué?

—La urraca. ¿Cómo decía aquella rima...? *Ver una trae penas.*



El resto del viaje transcurrió aprisa. Su hermana tenía razón: para evitar las obras de la carretera, era mejor que fueran por el camino que transitaba por el pie de la colina y llevaba directamente a la casa nueva de Sarah en muy poco tiempo. Y allí estaba la casa de los sueños de su hermana, recortada contra el paisaje como una elegante escultura moderna. Max, el cuñado de Lis, acababa de terminar las obras en la casa, que se llamaba «el Cubo». Ahora Lis veía por qué se había ganado semejante título: era como si un gigante hubiera dejado por descuido allí, al borde de la floresta, un bloque de cristal y madera. Era un sitio sensacional... y ella tenía que vivir en él.

Cuando por fin el coche entró en el camino de la casa, Lis estuvo segura de oír todavía el susurro de las ramas al viento y, si se esforzaba un poco, el pequeño arroyo que corría sin parar hacia el río. Movi6 con firmeza la cabeza hacia los lados, en gesto de negación: tenía que ser valiente, ya no era una niña pequeña. ¿Quién arma tanto jaleo por unas pesadillas?

Sasha, la pesada setter de la familia, acudió corriendo a recibir al coche. Lis salió del coche y permitió que la bestia de pelo rojizo se le echara al pecho.

—¡Sasha! —exclamó con voz de chaval—. ¿Cómo está mi perrita guau guau?

—¡Elisabeth! ¡No dejes que te ensucie la ropa! —le ordenó su madre.

Una voz distinta las interrumpió desde arriba. Era una voz cálida y cariñosa, pero con un dejo de exasperación:

—¡Déjala en paz, mamá! ¡Siempre tienes que estar rezongando!

Ambas levantaron la vista y vieron a una rubia alta y llamativa situada en la terraza que rodeaba completamente el piso de arriba. Sarah, doce años mayor que Lis, solo era hermanastra suya, nacida del primer matrimonio de su madre; pero Lis no habría podido quererla más aunque hubieran tenido el mismo padre.

—Dejad todas las cosas en el coche —les indicó Sarah—. Max baja ahora para echar una mano. ¡Subid, que ya he puesto la tetera!

Lis subió corriendo para saludar a su hermana. Sarah la estrechó fuertemente en sus brazos, y las dos se lanzaron preguntas de saludo sin esperar respuesta. Sarah felicitó a Lis por su ropa nueva tan elegante, hasta que llegó Deborah y recibió un abrazo similar.

Sarah las invitó a pasar dentro y, observando la enorme cocina, a Lis le pareció que cada viga y baldosa que había puesto Max irradiaba calidez y amor. Unas enormes ventanas llenaban la casa entera de una luz celestial. Todo estaba limpio y era moderno, pero de ningún modo frío ni minimalista. Más bien, el espacio estaba atestado de cosas, lleno de muebles bonitos que su hermana había recogido y restaurado, por no mencionar la dispersa colección de juguetes de bebé.

—¿Quieres ver tu habitación, Lis? —le preguntó Sarah—. He puesto algún mueble en ella, espero que no te importe. Si no te gustan, puedo ponerlos en otro sitio.

Lis resistió el impulso de ponerse a dar saltos. Su hermana se dedicaba a restaurar muebles viejos, así que aquello prometía estar bien.

—¡Sí, por favor...!

Sarah cogió a Lis de la mano y la llevó a través del salón y por la escalera hasta el piso siguiente, donde estaban los dos dormitorios. Uno se utilizaba como estudio, y el otro era, evidentemente, la habitación de Lis.

Lis ahogó un grito. Era como entrar en una de esas fotos a doble página de una revista de decoración. Sarah había instalado una enorme cama de trineo^[1] junto a una puerta ventana que daba a la terraza de atrás. Otras elecciones exquisitas incluían un espejo y una *chaise longue*, sin duda trabajada con cariño en el taller del sótano.

—¿Te gusta?

—Sarah... ¡me encanta, me encanta, me encaanta! —Lis sonrió de oreja a oreja y le dio a su hermana un segundo abrazo muy fuerte—. ¡Es como la habitación de una princesa, por lo menos!

Era como si su hermana le hubiera leído la mente de una provincia a otra, percibiendo su deseo de alejarse de la vida infantil de Bangor^[2], llena de pósteres, para enfundarse allí en Yorkshire en una nueva piel, glamurosa y sofisticada.

—Me alegro de que te guste, porque no te imaginas lo que nos costó pasar por la puerta esa maldita cama. ¡Para sacarla nos haría falta una sierra mecánica!

Lis se rió y se fue hacia las puertas acristaladas. La terraza era hermosa: una mesa de estilo parisino con sillas, y un pequeño estanque para peces. Ya se veía leyendo un libro con una enorme taza de chocolate caliente a su lado, y charlando con Sarah de un modo en que nunca podría hablar con su madre. Se sentía a cien años y a un millón de kilómetros de distancia de la Elisabeth London que se había pasado el último verano preocupándose por sus mejores amigos, por Bangor y por... Bronwyn. Aquello era más de lo que podía esperar. Echaría de menos a su madre, sin duda, pero merecería la pena.

—Mamá está preparando el té. Voy a echarle una mano. ¡Y después quiero que me cuentes todos los chismorreos de Bangor! —dijo Sarah.

—Yo bajaré en un segundo.

Lis se sentó en la *chaise longue* y acarició suavemente la preciosa tapicería. Relajó los hombros, y solo entonces se dio cuenta de lo tensa que había estado hasta aquel momento. No sabía si habría sido por el extraño incidente sufrido en el camino, o por la preocupación de que aquel nuevo capítulo de su vida no cumpliera sus expectativas. Exhaló aire, cerró los ojos y contó hasta cinco. Estaba bien... Bangor pertenecía al pasado, y ella ya estaba a salvo. A salvo de Bronwyn Evans. A salvo de las burlas, pullas y cuchicheos. Se levantó, preparada para acudir con los demás.

Al volverse, vio otra urraca solitaria que saltaba por la terraza y se paraba completamente ante la puerta ventana de la habitación. Se preguntó si sería la misma de la floresta.

«¡Ah, vamos!», se dijo, «¿cuántas urracas habrá en este pueblo?».

La urraca ladeó su negra cabeza, mirándola de frente con sus brillantes ojos de ónice. Había en ella algo espantosamente conocido... Qué curioso. Puso la mano contra el cristal, y eso bastó para espantar al ave.

La urraca salió volando, pero no era tan fácil olvidar lo que había dicho su madre: «Ver una trae penas».

El Instituto de Fulton

«DEBERÍA HABERME RESTREGADO POR EL BARRO», pensó Lis. Su immaculado uniforme brillaba a una legua. Era como si se hubiera grabado la palabra «NUEVA» en la frente con un bisturí. Le escocían los ojos dentro del cráneo, y aunque sabía que aquella sensación pasaría al cabo de unas horas, no había previsto lo mal que podía sentirse. Al subirse al autobús se sentía tan fresca y segura de sí misma como una pasta de dientes en un anuncio, y, sin embargo, tras cinco minutos de viaje, sus sensaciones eran otras.

El tiempo había comprendido perfectamente que era el primer día del trimestre otoñal, y ofrecía a los alumnos una llovizna fina e incesante para acompañarlos en un día ya de por sí deprimente. El mundo entero había cobrado el color de la pizarra. Aún peor, a medida que el autobús se llenaba de empapados estudiantes, se iba pareciendo más a una sauna. Al mirar por la ventanilla cubierta de vaho, surgió del agua, al lado de la carretera, una figura aislada. Lis limpió en el cristal una pequeña mirilla para poder ver, pero la silueta siguió envuelta en oscuridad.

Con un silbido, el autobús frenó y se detuvo, y la silueta subió a bordo. Se hizo un elocuente silencio antes de que recorriera todo el autobús una pequeña descarga de risitas apagadas, de murmullos y de significativas miradas. La recién llegada no pasaba desapercibida. Fascinada, Lis observó a la nueva pasajera recorrer el pasillo central hacia los asientos de atrás.

Era una espléndida amazona de un metro ochenta, y llevaba una mata de pelo negro y morado en punta que aún conseguía alargarla unos centímetros más. A Lis no se le ocurría ni una palabra capaz de describir su estilo futurista: la falda era la más corta que Lis había visto que nadie se hubiera atrevido a llevar como parte de un uniforme, y unas enormes botas negras de obrero remataban sus piernas interminables. Ah, y los imperdibles se sucedían en fila por el borde de las orejas. Pero, con mucho, lo más llamativo era el rostro. Lis se consideraba guapa a sí misma, pero aquella extraña chica era hermosa, de una belleza mestiza, con impecable piel morena y brillantes ojos azules.

Lis sabía que debería dejar de mirarla, pero se sentía hipnotizada. Girando el cuello, vio a la chica sumarse a otras dos rarezas que ya se habían arrinconado al fondo del piso inferior del autobús. ¿Cómo podía no haberlos visto antes? La segunda chica era mucho más baja que la primera, aunque igual de asombrosa: una muñequita china dotada de vida. Lis no había visto jamás semejante abundancia de rizos rojos y brillantes. Le llegaban casi a la cintura. La pelirroja había logrado también, como por arte de magia, reinterpretar el código indumentario, cambiando la falda reglamentaria

por otra larga y suelta que le llegaba casi hasta el suelo. Llevaba zapatillas de *ballet* en los pies, y unas gruesas gafas de la Seguridad Social en equilibrio sobre su naricilla.

Su compañero masculino constituía un marcado contraste: era un joven de piel pálida que se acurrucaba en la esquina, junto a la salida de emergencia, con un uniforme casi tan inmaculado como el de Lis. Había hundido las manos en los bolsillos de la trenca, y no apartaba los ojos de su propio regazo. No era ni guapo ni feo, pero al lado de sus extravagantes compañeras, su neutralidad resultaba igual de llamativa.

Lis puso la oreja y, aunque los comentarios se perdieran en el estruendo del autobús que arrancaba, captó alguna palabra del tipo «frikis» o «gay».

Lis se sintió de pronto angustiada por un terror que le resultaba conocido. La misma sensación contra la cual había luchado cada mañana en el autobús del anterior instituto, cuando Bronwyn y sus compañeras cuchicheaban sobre ella. Ay, ¿y si Fulton no fuera distinto? El terror fue en aumento, y Lis se agarró al borde de su asiento.

«Llegará el día», pensó, «en que estaré viviendo en Nueva York o en París, y nada de esto tendrá importancia. Ahora hay que aguantar».

Se aventuró a mirar otra vez, y se sorprendió de ver que los «frikis» la estaban mirando a ella. Aparentemente, nadie más se fijaba en la nueva. El tímido joven le dirigió una sonrisa desganada que significaba «ya entiendo». La pelirroja sonrió más abiertamente y susurró algo al oído del chico, ofreciéndole a Lis un leve gesto hecho con la mano. Lis le devolvió una sonrisa. En Hollow Pike, estaba decidida a sobreponerse a las ridículas jerarquías que le habían amargado la vida en el instituto anterior. Aquel instituto había tenido su propio grupo de frikis marginados. Se burlaban de ellos y los acosaban, eran el chivo expiatorio, un saco de arena en el que el colegio entero podía descargar puñetazos. Había habido un tiempo en que había pensado que ellos mismos se lo habían buscado, vistiendo tan raro. Ahora tenía otra opinión.

Volviéndose hacia delante, Lis se encontró de frente con una delicada rubia de rasgos levemente afilados.

—No se te ocurra ir a hablar con ellos —le dijo en voz baja, pero realmente preocupada.

—¿No?

—No. La chica alta es una lesbiana de las auténticas. Intentará violarte. Eso le pasó a nuestra amiga Laura.

—Vale, gracias por el consejo —respondió Lis con sarcasmo. La primera chica rubia (rubio platino) y su igualmente rubia compañera (rubio miel) asintieron con toda seriedad, retirándose de delante de los ojos unos pelitos rectos como palos.

—¡Bienvenida! Todas hemos sido nuevas.

De acuerdo, las rubias parecían completamente superficiales, pero al menos se habían dignado a hablar con ella. Lis sabía que seguramente no debía rehuir posibles amigas en un estadio tan temprano. En cualquier caso, era verdad que daba la impresión de que la chica alta podía atacar a quien fuera. Desde luego, resultaba intimidante.

—Yo soy Fiona, y esta es Harry —dijo la rubio platino.

—Pero no como Harriet, sino como Debbie Harry^[3] —explicó la rubio miel.

—¡Hala, qué nombre más guay! —dijo Lis sonriendo—. Yo me llamo Lis, Lis London. Y es el primer día que vengo.

Fiona y Harry se dirigieron una a la otra una sonrisa de oreja a oreja, entendiéndose sin necesidad de palabras.

—Fulton te va a encantar. ¡Estás en undécimo? —preguntó Harry con su fuerte acento de Yorkshire. Llevaba tanta base de maquillaje que su piel presentaba un aspecto mate.

—Sí, efectivamente. —Sin darse cuenta, lo dijo imitando su acento. Cuando quiso evitarlo, ya era demasiado tarde.

—Estupendo —dijo Fiona asintiendo con la cabeza, sin darse cuenta de la imitación.

—Te lo enseñaremos todo. Nuestros amigos son guays, muy guays. Encajarás bien.

—¡Gracias! Me encantaría. —Lis se vio enseguida tratando de encajar con sus nuevas guías—. ¡Estoy flipando con lo de empezar en un instituto nuevo!

—No te preocupes. —Harry se le acercó y le apretó el brazo—. ¡Te cuidaremos!



¡Gracias a Dios por Harry y Fiona! Mantuvieron su promesa e hicieron que resultara relativamente fácil lo que más miedo le daba a Lis. Las chicas la acompañaron a la secretaria a recoger su horario, en cuyo reverso Fiona incluso le dibujó un útil mapa del instituto. Lis no pudo evitar lanzar un suspiro de alivio cuando Harry le anunció que pertenecían a la misma tutoría.

El Instituto de Fulton recibía alumnos de los pueblos de los valles cercanos, y por tanto había crecido en los últimos años, debido a que el desarrollo rural había aportado nuevos alumnos. En aquellos días, era una rara mezcla de grandilocuentes torres de aspecto gótico y anexos completamente nuevos añadidos a los lados. A Lis le dio pena el edificio. En algún momento tenía que haber resultado imponente, pero en la actualidad daba la impresión de que le habían hecho una de esas lamentables operaciones de cirugía plástica.

En muchos aspectos podría tratarse también de su anterior instituto: los mismos armarios, el mismo olor a orina en los aseos, los mismos chillidos y gritos de júbilo resonando por los pasillos, los mismos pósteres de la Sociedad Nacional para la Prevención de la Crueldad contra los Niños, y las mismas caras compungidas. Lis imploraba para sus adentros que en el nuevo instituto hubiera algo que fuera mejor que en el viejo. O, al menos, distinto.

Harry la llevó por un interminable pasillo revestido de azulejos, llamado «corredor G», que claramente pertenecía a uno de los bloques originales: tenía aspecto de asilo victoriano. Harry tenía muchos conocidos: sonreía y saludaba con la mano a un montón de chicas de pelo muy liso, y coqueteaba con un número aún mayor de chicos de undécimo curso. Indicaba cuáles le gustaban, cuáles no le gustaban, y cuáles eran

sencillamente «perdedores» (auténticos marcianos solitarios) o «capullos» (tipos que no caían mal, aunque ninguna chica que se respetara a sí misma pensaría en darse el lote con ninguno de ellos).

—Bueno, esta aula es la G2, nuestra tutoría —explicó Harry, deteniéndose cerca del final del corredor—. Nuestro tutor es el señor Gray. Es realmente majo, y además es joven. Si no fuera profesor, estaría bien.

Lis y Harry entraron en un aula de techo alto, que por supuesto formaba parte del edificio antiguo y tenía unos ventanales largos y estrechos que casi comprendían toda la altura de la pared. Como en su anterior instituto, el mobiliario había pasado por mejores épocas, pero su nuevo tutor se preocupaba bastante por tener las paredes bien cubiertas de pósteres y cosas. Aparentemente, el aula era parte del departamento de idiomas: saltaban a la vista varias banderas del mundo y frases en idiomas extranjeros.

El aula estaba muy animada, con los alumnos de undécimo saludándose unos a otros tras las gigantescas vacaciones de seis semanas. Las chicas se lanzaban besos al aire, y los chicos se saludaban con masculinas palmadas en la espalda o con un apretón de manos.

«Puede que todo sea siempre igual», pensó Lis.

En el rincón más apartado del aula estaban sentados la pelirroja y el chico del extraño trío del autobús. La chica había metido la cabeza en un enorme libro llamado *El arcoíris de la gravedad*^[4], mientras el chico pasaba las hojas de una tonta revista de televisión.

Sin previo aviso, Harry soltó un chillido agudo. Lis se giró pensando que alguien la había atacado, pero lo que encontró fue que simplemente Harry se había emocionado al ver aparecer a alguien en el aula. Lis miró con todo descaro, sin poder evitarlo: la recién llegada era una chica asombrosa, con gruesos rizos castaños que le caían por la espalda. Morena y delgada, tenía un aire de confianza tan intenso que casi se podía palpar. Lis sintió una extraña mezcla de envidia y admiración. El tiempo parecía pasar más despacio en torno a aquella chica al entrar en la G2, mientras curvaba el brillo de sus labios en una sonrisa leve y sexy. Parecía perfecta, como algo que uno pudiera encontrarse en el *Vogue*.

Harry corrió hacia la recién llegada y la rodeó con los brazos.

—¡Hola, chicas! —Le lanzó a su amiga un beso por el aire—. ¿Cómo estuvo Tailandia?

—Fabulosa, guapísima. Quisiera seguir allí.

Ella y su compañera, que era una chica asiática alta y delgada, se sentaron enseguida en asientos vacíos, cruzando las piernas en perfecta sincronía.

Harry arrojó literalmente a Lis sobre ellas.

—Laura, Nasima: esta es Lis London. ¡Viene de Gales y es nueva!

Lis sintió que la sangre le subía a las mejillas. Aquella Laura era obviamente una especie de famosa en el Instituto de Fulton: irradiaba la misma seguridad en sí misma que una reina, y Nasima la seguía un paso por detrás, casi como si fuera una subordinada. Lis comprendió que habían transcurrido unos tres segundos sin que dijera nada. Si dejaba pasar más tiempo, se creerían que era retrasada mental: «¡Rápido, di algo, lo que sea!».

—Hola. Sí, soy Lis. Me alegro de conoceros. —No era gran cosa, pero al menos era una forma de empezar.

—Hola, Lis. Yo soy Laura y esta es Nasima.

—Hola. —Nasima la miró con recelo a través de una gruesa capa de rímel.

—Le he dicho que le enseñaría un poco esto —dijo Harry, deslizándose en la fila, enfrente de Laura—. ¿Puede sentarse con nosotras y tal?

Lis observó que en aquel instante Harry parecía muerta de miedo. Tal vez ella y Fiona hubieran cometido un terrible error social al permitir que una forastera entrara en su colmena sin pedirle antes permiso a la abeja reina.

—Por supuesto, Harry, Lis se puede sentar donde quiera —dijo Laura riéndose—. No le hagas caso a Harry, Lis: es un poco friki a veces.

—Gracias.

De nuevo, Lis no sabía muy bien qué decir en presencia de aquella *top model*.

—Me gusta tu cinta del pelo. Es muy bonita.

—Gracias. —Lis se quedó callada—. No paro de dar las gracias. Pero si me dejas un minuto, verás que también soy capaz de decir otras cosas.

Laura se rió con un sonido dulce y musical que parecía darle permiso a Nasima para decirle también algo a Lis.

—En casa tengo una igual —terció Nasima—. Me gustaría habérmela puesto hoy.

Lis decidió aprovechar la oportunidad. No vendría mal halagar un poco a aquellas chicas:

—Tu pelo está precioso sin cinta. El mío nunca caería tan liso.

—Mi padre me compró una plancha increíble. Te alisaré el pelo alguna vez —se ofreció Laura.

A Lis no le hizo gracia la idea de que la peinara Laura, pues se imaginaba a sí misma postrada ante aquella chica como un perrito faldero en el regazo de su dueña, pero sí que le alegraban aquellas pequeñas muestras de aceptación social.

En aquel momento, el tercer miembro del grupo friki entró en el aula con aire despreocupado. Mostraba casi la misma arrogancia que Laura, pero, mientras que la de Laura era de pura confianza en sí misma, la seguridad de aquella chica era tan desafiante como una marcha militar. Al pasar, le arrojó a Laura una mirada mortífera.

—Ajj, ¿te importaría no mirarme, por favor? —le pidió Laura en voz alta—. No quiero que me contagies el lesbianismo.

Una risilla malvada recorrió el aula. El chico tímido se escondió completamente detrás de su revista, mientras la pelirroja ponía los ojos en blanco, en un gesto de aburrimiento.

La chica alta y punki se paró, se volvió y miró a Laura directamente a los ojos, sin respeto alguno por su rango social.

—Claro, Laura —le respondió igual de alto—: has comprendido muy bien cómo se propaga la homosexualidad. Deberías ponerte condones en los ojos.

Eso provocó una carcajada aún más fuerte. Por una décima de segundo, Lis vio que un oscuro destello pasaba por el hermoso rostro de Laura, y pensó que se iba a levantar para enzarzarse en una pelea con todas las de la ley. Pero Laura se limitó a volverse

hacia los suyos:

—Menuda friki —dijo en voz baja.

La punki sonrió y cruzó el aula para ir con sus amigos. Había salido victoriosa de aquella.

—¿Quiénes son esos tres? —preguntó Lis inocente, ardiendo de curiosidad por dentro.

—La tortillera larguirucha es Kitty Monroe —dijo Laura, fulminando con la mirada a su enemiga.

—Y la zanahoria es Delilah Bloom. Y el mariquita, Jack Denton —añadió Nasima.

—Hice la Primaria con ellos —explicó Laura—. Eran... bueno, eran bastante normales entonces, pero cuando llegaron aquí empezaron a volverse cada vez más frikis.

Lis se sentía decepcionada: chismorreos, apodosos ofensivos... ¿Había regresado a Bangor? Se retorció en su asiento, sintiendo ganas de alejarse de allí. Preferiría morirse que sentarse sola, pero... ¿tendría que soportar tres años así? Desde luego, no pensaba esforzarse en hacerles comprender: la harían trizas.

Laura prosiguió:

—Hay quien dice... no, ¡no importa!

Nasima ocultó la risita tras una mano.

—¿Qué? —preguntó Lis, intrigada y con el ceño fruncido.

—Bueno —Laura se le acercó tanto que Lis casi podía saborear su perfume—, hay quien dice que son brujas...

—¡Ah! —Lis no pudo evitar reírse—. ¡Bueno, pues vale!

—Lo dice en serio —susurró Nasima—. ¡Se van a la floresta y hacen hechizos y cosas de esas!

—¡Me apuesto a que no es lo único que hacen en la floresta! —exclamó Laura, riéndose groseramente.

—¡Por supuesto! —añadió Harry—. No hace falta ser un genio para darse cuenta de eso. Hollow Pike es famoso por sus brujas. Lo hemos visto en Historia.

—¡Podemos jurarlo! —exclamó Laura, con un destello en los ojos—. Cuando yo era pequeña, mi madre me contaba todas esas historias de miedo sobre brujas que robaban niños para llevárselos a la Floresta de Pike. ¡Ese lugar me pone los pelos de punta! Supongo que la tradición de las brujas sigue viva, ¡solo que ahora en vez de llevarse niños, van a pegarse el lote y tal!

Lis se alegró al ver entrar en el aula a un hombre atractivo de treinta y pocos años. El profesor Gray, imaginó. De inmediato le gustó su alegre manera de andar y el pelo que se le movía al paso. Pese a la corbata y camisa arrugadas, Lis lo encontró decididamente atractivo, una idea que prefirió guardarse muy bien para sí, teniendo en cuenta lo que hasta el momento sabía del «equipo Laura».

A regañadientes, la clase obedeció y se dejó caer sobre las sillas de plástico al tiempo que el profesor Gray se colocaba delante de la mesa central.

—*Buenos días* —dijo en español—. Y bienvenidos. ¡Vamos a hacer una prueba para ver quién tiene menos ganas de estar aquí!

La clase se rió, y algunos chicos levantaron la mano, y lanzaron exclamaciones.

—Vale. Vamos a llenar los papeles primero. Se supone que tenemos a una nueva alumna... ¿Está aquí presente una tal Elisabeth London?

Maravilloso. Aquel rubor que tan bien conocía regresó a sus mejillas al tiempo que toda la clase volvía su mirada hacia ella. Lis levantó el brazo con timidez.

—Me suelen llamar Lis.

—Muy bien. Vamos a darle la bienvenida a Fulton a nuestra compañera Lis.

—¡Hola, Lis! —canturreó la clase sin entusiasmo.

El señor Gray le dirigió una amplia sonrisa.

—Todos los días son fiesta en el Instituto de Fulton, te encontrarás bien —dijo, y la clase se rió—. Pero si necesitas algo, dímelo. Estoy disponible las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana... bueno, en realidad, siete horas al día, cinco días a la semana. Como mucho.

Lis dio las gracias con un gesto mudo de la cabeza, y Harry la rodeó con el brazo, como para proclamar su propiedad sobre la recién llegada. Ese gesto no le gustó, y menos al ver que la miraba la chica alta: Kitty levantó socarronamente una ceja que parecía decir «elige un bando...».



Después de que pasaran lista, los alumnos de undécimo llenaron los pasillos y se reunieron en un antiguo salón de la parte vieja del instituto. Cuando Lis entró en el salón, notó que el marco de la puerta, como el de cada puerta del edificio viejo, estaba decorado con un intrincado motivo floral. Era bello y de aspecto muy, muy antiguo. Pasó los dedos por la talla, palpando los suaves contornos.

—Es muérdago —le explicó Harry—. Antiguamente, evitaba que entraran las brujas, porque esto era un colegio de la Iglesia. Ya te dijimos que Hollow Pike ha tenido mucho que ver con brujas, pero no te lo creías.

—¿Lo dices en serio?

—Sí —dijo Harry, asintiendo con la cabeza—. Y si sigues sin creerme, mira arriba.

En el salón, las vigas se doblaban en lo alto hasta alcanzar la inquietante pintura del techo. Los tonos eran rojos oscuros, fuertes, terrosos, no muy diferentes del color de la sangre. Lis no estaba segura, pero le parecía que la pintura trataba de una cosa realmente infernal: calderos y brujas deformes que se encogían de miedo ante gloriosos ángeles vengativos.

—¡Increíble!

—Sí, ¿verdad? —dijo Harry con una risita.

Estando allí todos los estudiantes, Lis aprendió cómo se sentía una teniendo doscientos cincuenta pares de ojos que la miraban fijamente, y se dio toda la prisa que pudo en sentarse. Había demasiado ajetreo aquella mañana, necesitaba un minuto de descanso. Por el contrario, Laura disfrutaba claramente de toda la atención que le prestaban, pues los estudiantes casi caían unos sobre otros para saludarla, para hablar con ella, para tocarla, para adorarla.

Un espeso silencio se hizo en el salón al abrirse la parte de atrás del estrado. Salió arrastrando los pies una mujer pequeña y extraña que llevaba una especie de chal largo de punto, casi arrastrándolo por el suelo. Llevaba las gafas más gruesas que Lis hubiera visto nunca, y un pelo que solo podía describirse como cabello gris de figurita de Lego. Aunque estaba harta de chismorreos de instituto, no pudo evitar pensar que aquella mujer no podía tener muy buen aspecto cuando se le apreciaba el bigote desde la parte de atrás de un auditorio amplio y concurrido como aquel.

—Bienvenidos de nuevo al Instituto de Fulton, damas y caballeros —dijo la señora desde el estrado. Aguardó a que se hiciera el silencio—. En secretaría me informan que este verano no ha fallecido nadie, y que solo una persona ha ingresado en el hospital. Magnífico. Son noticias magníficas.

Lis se quedó con la boca abierta: ¿Quién era aquella mujer?

—Para nuestros alumnos nuevos o desmemoriados... —hizo una pausa para reírse de su propio chiste—, yo soy la señora Dandehunt, ¡la intrépida directora!

¿Quién había sido capaz de poner al mando del instituto a aquella señora? Tal vez anduvieran cortos de personal...

—¡Undécimo curso! No hace falta que os diga que este será un año muy importante para vosotros. Para algunos será vuestro último curso, y para todos será el año del examen. Este es un curso que decidirá vuestro futuro. En cualquier caso, el examen dirá si os aceptamos o no en el Bachillerato de aquí, o si tendréis que hacer el Bachillerato en Holmdale que, os lo aseguro, jovencitos, ¡es un lugar muy siniestro!

Una risita de gente que sabía de qué se hablaba recorrió el salón, y Lis decidió no olvidarse de que tenía que *googlear* Holmdale en cuanto llegara a casa. Pese a su apariencia, Lis notó que los alumnos parecían respetar a la señora Dandehunt. No era la profesora más autoritaria del mundo, pero irradiaba buenos sentimientos, y llenaba la sala de calidez y actitud positiva. A su propio modo, realmente curioso, la señora Dandehunt se los había ganado. A Lis le gustó.

—He decidido, undécimo curso, que este será un año guay —prosiguió la diminuta directora—. Sí, un año «guay». He aquí una palabra muy mal vista que ningún profesor de Lengua os animará a emplear, pero yo la emplearé a pesar de todo. Quiero que vuestro instituto sea un santuario de aprendizaje y de amor.

Estalló otra risita.

—No, Jason Briggs, no me refiero a ese tipo de amor, sino a un amor que haga que todos los estudiantes se respeten unos a otros y trabajen juntos en armonía. Aquí no habrá sitio para la maldad, los celos, los prejuicios ni el odio. Quiero que cada día vengáis a este instituto y me hagáis la pregunta: «¿Estoy haciendo todo lo que puedo por ser... guay?». Y si vosotros mismos podéis responder que sí, ¡entonces entrad en el Instituto de Fulton, porque seréis muy bienvenidos!

Cuando hizo oscilar con un movimiento de la cabeza su cuadrada melena gris, los estudiantes empezaron a aplaudir su caluroso discurso: un digno comienzo para un nuevo curso escolar.

—Y ahora, vamos a nuestro «pensamiento del día...».

—Ni caso a esa vieja chocha. —La voz de Laura Rigg cayó en el oído izquierdo de Lis

con líquida suavidad—. Todo el mundo sabe que quien manda en el Instituto de Fulton soy yo. ¡Bienvenida a mi instituto!

Chicos

—**V**EAMOS, ¿QUIÉNES FUERON LAS BRUJAS? —preguntó la señora Osborne, con cierto regodeo.

Lis sabía la respuesta, pero no iba a levantar la mano el primer día en el instituto para mostrarse ante todo el mundo como una chica que lee libros. Después del acto en que pasaban lista, la reunión en el salón de actos y la primera clase de Matemáticas la habían dejado casi agotada. Había escuchado con toda cortesía los problemas que presentaba el novio de Harry durante el recreo matinal, y ahora se hallaba en clase de Lengua y Literatura, oyendo hablar a la profesora sobre una obra teatral que ella había leído hacía años. Le costaba imaginar de dónde sacaría fuerzas para superar la hora de comedor. Si su vida fuera un libro, aquel capítulo tendría que titularse «La ordalía».

—¡Vamos, por Dios! —gemía la señora Osborne, blandiendo ante ellos su ejemplar de *Las brujas de Salem*^[5]—. ¿Es que nadie se ha leído el libro durante el verano? ¿Alguna idea, Chloe?

—Eh... aquella esclava, ¿Tituba...? —respondió Chloe Wriggley con el ceño fruncido.

—¿Quién, Tetaza? —preguntó en voz baja Jason Briggs, que casi se cae de la silla intentando contener la risita.

Desde el último rincón del aula, levantó la mano la muñequita Delilah Bloom.

—¿Delilah...?

—No había brujas en Salem.

—Eso tiene que saberlo ella de buena tinta —susurró alguien por detrás de Lis.

—Explícate, Delilah.

Lis se irguió bien para seguir el nuevo rumbo que tomaba la clase.

—Lo importante de *Las brujas de Salem* es que las brujas, en caso de que hubiera alguna, no representaban ninguna amenaza para la comunidad. El verdadero peligro era la histeria que se apoderó de todo el mundo —explicó Delilah.

La señora Osborne sonrió y asintió con la cabeza, aunque Lis notó que muchos en la clase habían perdido el interés.

—Muy bien dicho, Delilah, gracias. Me alegro de saber que alguien lo ha entendido. —Se dirigió a la clase entera—: *Las brujas de Salem* fue una metáfora del modo en que Estados Unidos estaba tratando en aquel momento a los sospechosos de comunismo, que era una moderna caza de brujas. ¿A alguno se le ocurren ejemplos recientes de que algún grupo de la sociedad pueda inspirar las mismas sospechas o terror?

Terror. Algo sabía Lis sobre eso. Pensó en aquella pesadilla recurrente suya. Sus sueños eran siempre igual, primero iban de algo que no tenía nada que ver, como por

ejemplo los nervios ante el compromiso de preparar una tarta gigante de Navidad, y después, de repente, sin ninguna posibilidad de despertar, la cosa descendía en picado, y sus manos aparecían sumergidas en las cobrizas aguas del arroyo del bosque. Entonces la acometía aquella sensación de «aquí estoy otra vez», pero ya era demasiado tarde, pues ya había retomado aquella fatídica huida a rastras por el bosque, acompañada por el sonido de sus propios gritos.

Obligándose a regresar al momento presente, Lis se concentró en ordenar meticulosamente su material escolar completamente nuevo. Alineó por orden de longitud los lápices, pasando el dedo por las afiladas puntas de grafito. Sabía que en el instituto no habría manos asesinas que pudieran alcanzarla. Intentó volver a concentrarse en la clase: la señora Osborne estaba sugiriendo que la islamofobia y los prejuicios xenófobos eran paralelos modernos de la caza de brujas de Miller. Y de repente notó que Delilah la miraba desde el otro lado del aula. ¿Se había quedado pálida? Lo último que necesitaba era convertirse en «la nueva a la que le dan mareos en la clase de Literatura». Una cosa así tardarían en perdonársela.

Lis respiró hondo. Tranquila, serena... La nueva Lis volvía a la carga. Se puso bien derecha, y empezó a tomar notas de lo que decía la profesora Osborne.



Mientras la clase abandonaba en fila el aula de literatura, buscando todos como locos posibles mensajes en el móvil, Lis aprovechó la ocasión para extender sus redes sociales. En un momento en que iba caminando al lado de Delilah Bloom, le dijo:

—¡Me parece que somos las únicas que nos hemos leído *Las brujas de Salem!*

Delilah respondió con una cautelosa sonrisa, como si desconfiara un poco:

—Esa puede ser una suposición muy acertada, sí.

—Bueno, a lo mejor alguien ha visto la peli de Winona Ryder —sugirió Lis con una sonrisa.

—Esa versión es irreprochable, amiga mía. ¡Tiene un estilo perfecto!

A Lis le hizo gracia la manera de hablar de Delilah. Resultaba intencionadamente excéntrica, como si fuera el personaje de una obra de Oscar Wilde o algo así.

—Bueno, lo reconozco: cuando era pequeña, yo quería ser Winona y casarme con Johnny Depp. ¡En el vídeo me veía *Eduardo Manostijeras* una y otra vez!

Delilah se rió con ganas.

—Otra película con estilo. ¡Tiene usted un gusto excelente, joven!

Como cuando se abrieron las aguas del Mar Rojo, la muchedumbre de alumnos al otro lado del pasillo se separó para dejar paso a Laura Rigg y sus acólitos.

Con toda tranquilidad, Delilah le quitó a Lis el lápiz más largo, que esta tenía entre los dedos, y lo utilizó para sujetar su salvaje pelo en un moño.

—No es buena cosa que te vean hablando conmigo, Lis. No te va a granjear favores.

Antes de que Lis tuviera ocasión de responder, Delilah bajó la escalera dándose aires, y salió del edificio.

Para su sorpresa, a Lis le dio pena que Delilah se fuera. ¿Es que le caía realmente bien Delilah, o simplemente temía pasarse la hora de comedor con aquellas *parishilton*?

No tuvo tiempo de pensar mucho en ello, pues se le acercaron enseguida ocho piernas finas y minienfaldadas. Sonrió con toda la sinceridad que pudo. Sabía que la mitad de las chicas de undécimo serían capaces de matar para entablar amistad con aquellos animalillos de pedigrí, y, sin embargo, a ella le producían un nudo en la garganta.

—Holita, ¿cómo te va? —preguntó Harry, deslizado el brazo por detrás del de Lis.

—Vienes a comer con nosotras. —La entonación de Laura tenía más de orden que de ofrecimiento.

—Bueno, si está bien... —respondió Lis.

—Por supuesto que está bien —dijo Laura—. Hay alguna gente a la que tienes que conocer.



El día se había despejado al final, y un sol brumoso calentaba las zonas de cemento al aire libre del Instituto de Fulton, cuyos edificios se agrietaban al secarse al calor. Llevaron a Lis por varios patios comunales llenos de alumnos que mordisqueaban bocadillos y manzanas. Cada rincón se había convertido en territorio de una camarilla diferente: uno estaba ocupado por los infantiles chicos de séptimo; otro, por los maniacos de la música, que mantenían el equilibrio sobre fundas de violonchelo mientras afinaban guitarras. Bajo una marquesina, vio al trío de Delilah cerca de un grupo de empollones. Estaban a su lado, pero no con ellos.

Pasaron los edificios del instituto y empezaron a cruzar el campo de *rugby*, dejando atrás la cafetería. Lis empezó a temerse que, al igual que ocurría en su anterior instituto, aquellas chicas delgadas como palos prescindieran también de cualquier tipo de alimento durante la hora del almuerzo. No quiso decir nada, pero se juró reservar los últimos diez minutos de recreo para tomarse un sándwich.

—¿Adónde vamos? —se atrevió a preguntar.

—A sentarnos donde los árboles —explicó Nasima—. Los tíos ya deberían de estar allí.

¡Ah, qué estupendo! Tenía que haberse imaginado que habría chicos de por medio. A Lis no le hizo ninguna gracia la idea de ser «carne fresca».

—En el bosque se puede fumar, si quieres —dijo Fiona—. Los profes se dan una vuelta por allí, pero nunca miran entre los árboles.

Asomando sobre el muro medio derruido que limitaba los terrenos del instituto, los árboles en cuestión eran en realidad el comienzo de la Floresta de Pike, que tanto le recordaba a Lis el bosque de sus sueños. Parecía que no había manera de escapar de su pesadilla en aquel pueblo.

Oyó la estridente risa de «los tíos» desde la mitad del campo de *rugby*. Sonaba igual que la isla de los asnos de Pinocho. Eso no la hizo sentirse muy segura, aunque muchos

de sus mejores amigos en Bangor habían sido chicos. Así que decidió darles una oportunidad.

Las chicas bajaron por un terraplén ante la aprobación, expresada con toda claridad, del grupo que descansaba junto a los árboles. Fiona se encontró al instante con un joven alto y delgado con demasiado gel en el pelo, y le ofreció una calurosa muestra de afecto con mucha lengua de por medio.

Laura se acercó a Lis sigilosamente y le agarró la mano, y tiró de ella para hacerla sentarse en el terraplén cubierto de hierba.

—¡Tienen que ser ellos los que vengan, eso está claro! —le susurró al oído.

No tuvieron que esperar mucho para lograr su atención. Tres jóvenes dejaron a un lado el balón de *rugby* y echaron a correr hacia donde estaban sentadas las chicas.

Laura se acercó más a ella.

—El del pendiente es Cameron. A ti te iría perfecto.

Lis apenas pudo disimular la cara de horror antes de que los chicos llegaran.

—¿Cómo te va, Riggsy? —preguntó el que Laura había identificado como Cameron. Tenía los hombros más anchos que Lis hubiera visto nunca en un chico de dieciséis años, y el primoroso pendiente de la oreja hacía poco por suavizar su exterior.

Laura le dedicó a Cameron una tímida sonrisita.

—Me va bien. ¿Qué le ha pasado a tu pelo?

Él sonrió de oreja a oreja mientras retorció puntas con los dedos.

—¡Un experimento que estoy haciendo!

—Pues es una cagada —contestó Laura antes de señalar a Lis con un movimiento de la cabeza—. Esta es Lis, la chica nueva que te comenté en el SMS.

El chico examinó a Lis de arriba abajo antes de volverse para sonreírles a sus compañeros.

—¡Esta es para mí! —dijo él. Y lo dijo, a propósito, lo bastante alto para que lo oyera Lis—. Me alegro de conocerte, Lis. Eres una dama muy sexy.

Lis contuvo una risotada. ¿Cómo responder a eso?

—Vale, gracias. Creo.

—Yo también soy muy sexy. Tú y yo deberíamos hacer el amor.

Sus compañeros se rieron muy alto, tirándose sobre la hierba.

—¡Cameron! —Laura le lanzó un puñetazo al brazo, inflado como un globo—. ¿Por qué tienes tantísima mierda en el cerebro? ¿No puedes quitarte una poca en el cuarto de baño, como todo el mundo?

Al oír eso, Lis se rió bien alto. Laura era feroz. Trataba a los chicos como si fuera uno de ellos, y eso a Lis le pareció bien. De hecho, había algo completamente masculino en Laura. No en su físico, desde luego. Pero era casi como si no le resultara suficiente ser la reina del instituto, y quisiera ser también el rey.

—¿Por qué eres tan dura siempre, Riggsy? —preguntó Cameron.

—¡Porque tú eres muy soso, y alguien tiene que echarte sal! —Le dirigió entonces una amable sonrisa—: Ahora, Cameron, vuelve a intentarlo con mi nueva amiga Lis. Y recuerda que no es un filete de buey.

Lis sonrió, sintiéndose segura bajo la protección de Laura. No podía dejar de mirar

a su nueva aliada. Era como si Laura representara de modo perfecto su ideal de belleza, y como si el mero hecho de estar a su lado le hiciera sentirse más atractiva.

—Discúlpame, Lis. Bienvenida a Fulton. Yo me llamo Cameron, y estos son Stephen y Bobsy. ¿Está mejor así?

—¡Muchísimo mejor! —respondió Lis, estrechándole la mano que le tendía.

Cuando los chicos se unieron al círculo, a Lis le llamó la atención otro que bajaba a grandes zancadas por el terraplén. Era alto y delgado, y se le presentían levemente bajo la camisa las curvas de firmes músculos. Pero fue su rostro de mandíbula recta y labios carnosos, con unos ojos azules como el océano que asomaban bajo unas cejas morenas y bien pobladas, lo que atrajo la atención de Lis: a Lis siempre le había atraído la combinación de ojos azules con pelo moreno. Tenía algo de irreal.

—Ese es Danny Marriott —susurró Harry.

Se murió de vergüenza al comprender que Harry la había pillado in fraganti devorando al chico con los ojos. Hizo un esfuerzo por tragar saliva, y se dio cuenta de que tenía la garganta irritada.

Danny se acercó al grupo.

—Está para comérselo, ¿verdad? —añadió Harry, sin esperar contestación—. Antes no. Era una especie de empollón rechoncho, hasta que de repente entró en el equipo de *rugby* y se puso así de bueno. ¡Alucina!

—¡Eh, Danny, tío! ¡Posa aquí el culito! —le pidió Laura.

El chico sonrió, y su sonrisa resultó tan perfecta que Lis dejó de respirar. Se acercó a ellas arrastrando los pies.

—¿Qué tal? —El chico tiró la mochila al suelo y se sentó con las piernas cruzadas junto a Nasima—. No puedo quedarme, tengo que hacer los deberes para la clase de Física. No me acordé en casa. Bobsy, ¿has traído el libro?

Bobsy revolvió en su bolsa, mientras Lis se esforzaba en cerrar la boca y no mirar a Danny.

—¡Menudo empollón que eres, Marriott! —comentó Laura, y sonrió—. No te imaginas lo poco sexy que es eso.

—Si la cago este curso, no va a haber coche cuando cumpla los diecisiete, ¿recuerdas que te lo dije?

—¡Ah, sí, qué plasta! —dijo Bobsy entregándole un libro de texto con las esquinas dobladas.

Danny fijó en Lis su mirada azul turquesa. Fue como una ola del Caribe pasando por encima de ella.

—Hola, no nos conocemos. Me llamo Danny. —Tenía una voz muy profunda, pero tan suave que tuvo que hacer un esfuerzo para entenderle.

—Yo me llamo Lis. —Las palabras le salieron embarulladas de la boca.

Laura se le acercó y le acarició el brazo.

—Hemos traído a Lis de Gales para adoptarla. Quedarías como Dios si la invitaras a tu fiesta...

Lis se retorció de vergüenza bajo la mirada de Danny. Eso no le solía pasar por estar rodeada de chicos. Era ridículo. Ni siquiera se atrevía a mirarlo a los ojos, por si se le

escapaba un suspiro de los labios.

—Por supuesto, Lis, tienes que venir. Es dentro de unas semanas. Mis padres se van de finde, y yo voy a llamar a alguna gente —explicó Danny.

—Genial, me parece que estoy libre —respondió Lis, sin atreverse aún a mirarlo directamente a los ojos.

—¡Por supuesto que estás libre! —dijo Laura—. Todavía no conoces a nadie más, ¿no?

Las chicas se rieron, y Lis consiguió reírse también un poco, muerta de vergüenza. Danny puso los ojos en blanco mientras se ponía en pie.

—Genial, os veo después, entonces. Ha llegado el momento de que haga los deberes.

Sin perder el tiempo, volvió a subir por el terraplén de regreso al instituto.

En actitud conspiratoria, Laura se acercó a Lis y a Harry.

—Esto es estupendo —susurró—, ¡podrás ligarte a Cameron en la fiesta!

Lis arrugó la frente.

—¿Tengo que hacerlo?

—¡No, tía, no soy una alcahueta! Pero deberías hacerlo, es un tío realmente majo.

—¿Qué me dices de ti, Laura? —preguntó Nasima—. ¿Danny?

Laura se rió, echándose sus rizos hacia atrás.

—Puede. ¡Te mantendré informada!

Así estaba la cosa. Juego concluido. Si Laura hundía en Danny sus garras, entonces la partida estaba perdida antes de empezar. No llegaría a pasar nada. Y, por algún motivo, Lis sintió ganas de llorar.



Acechar es una palabra muy fuerte, pero al sonar en todo el Instituto de Fulton el timbre de las tres y veinte, Lis se descubrió acechando a Danny Marriott. Él bajaba con Cameron y Bobsy por la cuesta que llevaba al lugar del que salía el autobús. El sonido de su alegre camaradería llegaba hasta donde ella se encontraba, a unos diez metros por detrás de ellos.

Estudió cada centímetro de él: la manera en que la mochila le colgaba justo por encima de su perfecto trasero, sus hoyuelos, su risa casi tímida... Sabía que lo que estaba haciendo estaba realmente mal. Lis se había sentido siempre por encima de aquellas actitudes sin sentido. De hecho, estaba convencida de que carecía del «gen de la chifladura». Pero por lo visto lo único que pasaba era que ese gen se desarrollaba en ella tardíamente. ¡Danny Marriott era divino!

A cierta distancia por delante, vio el pequeño círculo formado por Kitty, Jack y Delilah, que salían del carril del autobús para dirigirse a la carretera principal. Lo más interesante eran las reacciones a su presencia. Kitty iba delante, y la gente casi se salía de su camino por evitarlos, como si tuvieran la lepra o algo así. A las curiosas les daba una risa nerviosa al verlos pasar y, desde la distancia a la que se encontraba, Lis solo podía imaginarse los comentarios que se cuchicheaban unas a otras. Pero había una

cosa que era segura: el Instituto de Fulton le tenía miedo a aquellos tres.

De repente, unas manos la agarraron de los hombros y Lis, asustada, soltó un grito.

—¡Adivina quién soy! —chilló Harry.

—¡Por Dios, casi me matas del susto!

Laura, Nasima y Fiona estaban justo detrás de ella, pero atentas a algo que sucedía más lejos.

—Aprisa —dijo Laura—, no te puedes perder esto.

Laura cogió por el brazo a Lis y se la llevó hacia la parada del autobús.

—¿Qué es lo que no me puedo perder?

—¿Ves a esa chica de la coleta larga? —Laura apuntó a una chica de aspecto aristocrático que aguardaba el autobús—. Esa es Poppy Hewitt-Smith.

Laura hizo detenerse al grupo al llegar a la cancela.

—La veo, ¿y...? —preguntó Lis.

—Esa es la bruja que se chivó de que introduje vodka en su fiesta de barbacoa, antes de que me fuera a Tailandia. ¡Su madre se lo dijo a mi madre y me castigaron sin salir en todo el fin de semana!

—Es de lo más estirado, además. Y solo porque su hermana se ha casado con un jugador del Leeds United —dijo Nasima, echándose hacia atrás sus sedosos cabellos.

—Bueno... —dijo Lis, confusa.

—No dejes de mirar —le recomendó Harry con una risita—. ¡Está a punto de empezar el espectáculo!

—¿Cómo...? —preguntó Lis.

Laura abrió bien unos ojos que irradiaban falsa inocencia.

—Esta tarde, en Química, le informé a Connor O'Grady de que Poppy le había chivado a Dandehunt quién prendió el fuego en el aseo de los chicos. La verdad es que no se puso muy contento.

Lis empezaba a comprender. El corazón empezó a latirle un poco más aprisa y las mejillas se le pusieron coloradas. Volvió a experimentar aquella sensación de terror, y se le apretó el nudo que tenía en el estómago. Algo estaba a punto de ocurrir. Laura clamaba venganza, y Poppy, que estaba charlando con sus amigas, no tenía ni idea. Lis se sintió mal.

—¿Quién es Connor O'Grady?

—El psicópata del insti —dijo Laura con total naturalidad—. No te metas nunca con él. En serio.

Fiona avanzó un poco, levantando el móvil puesto en modo de cámara.

—¡Ahí llega, ahí llega!

Un joven de aspecto de bruto, con el pelo cortado al cero, bajaba corriendo la cuesta en dirección a la parada del autobús. Llevaba la mano extendida, sujetando en ella algo que brillaba bajo la persistente luz del sol. Pasando a la carga a través de la fila de estudiantes que esperaban el autobús y apartando a golpes a los curiosos que estaban en su camino, el joven se abrió paso hasta Poppy. Entre las protestas de sus sorprendidas amigas, él agarró la gruesa cola de caballo de Poppy y, con un destello metálico, se la quedó en la mano.

Lis avanzó mientras Laura y las chicas se desternillaban con risas de hiena. Desde la segura distancia a la que se encontraban, Lis vio a Connor arrojar el pelo cortado de Poppy al terreno lleno de hierbajos, al otro lado de la parada del autobús.

Una de las compañeras de Poppy lo apartó de un empujón, pero él ya se retiraba de allí, con un feo gesto de odio en el rostro.

—¡Eso por soplona! —le soltó a Poppy antes de salir corriendo del recinto del instituto.

Poppy soltó un grito. Se llevó las manos a la cabeza para palparse con horror el pelo que le quedaba. Al comprender lo que había ocurrido, empezó a llorar.

Lis se quedó con la boca abierta:

—¡Jod...!

—Vamos, tranquila... Ya le volverá a crecer. Esa guarra necesitaba un corte de pelo. —Laura se secó una lágrima que le había salido de tanto reírse—. ¿Lo has pillado todo bien, Fi?

—¡Cada segundo! ¡Prepárate, YouTube, que vamos a la carga!

—¡Dios mío! —exclamó Lis, viendo llorar a Poppy.

—¡Hay que reconocerlo, esto ha sido una obra de arte! —dijo Laura sonriendo, satisfecha.

Harry negaba con la cabeza.

—Qué mala eres. ¿De verdad acusó Poppy a Connor?

—¿Cómo voy a saberlo? —Laura se echó el pelo sobre el hombro—. Pero puede que la próxima vez se lo piense dos veces antes de abrir su boca de caballo para acusarme a mí.

Mientras las otras subían a la parada del autobús dándose aires, Lis se quedó junto a la cancela, casi mareada. En Bangor había visto muchas cosas, pero aquello alcanzaba un nivel superior de crueldad. Sus nuevas amigas eran unos monstruos.

Sombras

ESE AL GENEROSO CALOR que desprendía la estufa de madera, la terraza a la que daba el dormitorio de Lis estaba decididamente helada al caer la noche. Lo ocurrido al comienzo de la tarde pesaba en su mente. Lis le había dado muchas vueltas en la cabeza, y comprendía que no podía por ningún medio haber evitado el ataque lanzado contra Poppy. Ni siquiera sabía lo que iba a ocurrir, y a la malvada y vengativa Laura no había quien la detuviera.

Aparte de eso, sin duda sería mejor estar con Laura que contra ella. Siempre y cuando mantuviera la cabeza gacha e hiciera lo que le dijera, Lis se imaginaba que la abeja reina no tendría motivo para clavarle el aguijón. No le gustaba admitirlo, pero estar al lado de Laura aquel día le había hecho sentirse especial, más bella. Y después de todo lo que había pasado en Bangor, estaba necesitada de este tipo de reafirmación.

Sarah salió a la terraza con dos copas y una botella de vino.

—¡Arriba ese ánimo, Lis! Has sobrevivido al primer día. A partir de aquí ya todo será más fácil. —Sarah le sirvió a Lis una copa de pinot gris^[6]—. Esto solo te lo permito porque es tu primer día. No se lo digas a mamá.

Lis se rió, y levantó las rodillas hasta el pecho.

—Lo prometo.

—Venga, guapa, cuéntamelo todo sobre esa pesadilla.

En cuanto le mencionó a Sarah lo de sus sueños, Lis se arrepintió. ¿Qué clase de blandengue de quince años admite que tiene pesadillas aterradoras? Lo que le había ocurrido había sido un regreso a la época en que tenía once años y Sarah era su principal confidente. En aquel entonces, ellas dos veían películas antiguas en la habitación de Sarah mientras su madre dormía. Sarah, doce años mayor, había tenido siempre las respuestas que necesitaba ella, y las sesiones de cine inevitablemente se convertían en sesiones de terapia.

—Es una tontería.

—No, no lo es. Me acuerdo cuando tenías seis años y soñaste lo de meter todos los animales de granja en un barco. Al día siguiente, ¡se inundó la mitad de Bethesda! «Una niña de sueño inquieto», dijo el médico...

Lis lanzó un hondo suspiro y sorbió un largo trago de vino. No le gustó especialmente, pero parecía el tipo de cosa que debería gustarle.

—Bueno, vas a pensar que estoy chiflada de verdad.

—¡Eso ya lo pienso, así que no te preocupes! —respondió Sarah riéndose.

—¡Serás...! —repuso Lis con una sonrisa—. Bueno, la primera vez que tuve ese sueño fue como hace un mes.

—Sigue...

—Es siempre igual. Me encuentro en un bosque... que tal vez sea la Floresta de Pike, no estoy segura —prosiguió Lis—, y voy por un arroyo, avanzando a gatas. Estoy cubierta de sangre, y hace mucho frío. Es como si intentara escapar de alguien, pero no sé de quién. Y siempre termina de la misma manera... alguien me agarra del pelo...

Lis explicó con detalle cada aspecto del sueño. Ya no se acordaba de lo bien que escuchaba su hermana, cuyos ojos sabían sufrir con las interminables noches de sueño imposible de Lis. Sarah escuchó asintiendo con la cabeza, sin interrumpir ni burlarse de nada, hasta que Lis se lo hubo contado todo, incluyendo el extraño incidente ocurrido en la vida real con la urraca de la Floresta de Pike.

Cuando acabó, Sarah se reclinó en su silla de jardín, procesando la información.

—Un arroyo de sangre, ¿eh? ¿Estás segura de que no vas a tener la regla? —le preguntó, aguantando una cara muy seria durante todo el tiempo que pudo antes de estallar en carcajadas.

—Pues no, so insolente —respondió Lis, balanceándose en su silla, y riéndose también. Sarah tenía la habilidad de tomarse con humor incluso las situaciones más serias.

—Vale, ahora en serio, Lis. Estoy segura de que no es más que un sueño que responde a algo que te está angustiando. Estabas pasándolo mal en el instituto, y entonces tomaste la importante decisión de dejar a mamá y venirte a Hollow Pike. Cuando me vine yo para cuidar a la abuela, me sentí fatal durante meses, por haberos dejado allí a mamá y a ti. Pero lo superé. Las pesadillas no son más que la manera que tiene el cerebro de tratar con todo eso.

Con la mente en Babia, Lis utilizó el dedo para limpiar el brillo de labios que había quedado en el borde de la copa. Lo que decía su hermana parecía sensato.

—Seguramente tienes razón. En realidad, no he vuelto a tener el sueño desde que estoy aquí.

—¿Lo ves? Intenta no preocuparte, porque eso solo empeoraría las cosas. Apuesto a que las pesadillas desaparecerán a medida que te vayas adaptando a esto. —Sarah esbozó una luminosa sonrisa—. Dormir bien por las noches lo cambia todo.



Aunque tenía la mente muy llena de cosas, la charla con Sarah apaciguó sus pensamientos. Esa noche, acostada en su cama y un poco atontada por el vino, el recuerdo de Laura, Poppy, Kitty y Danny fue apagándose poco a poco. Y se fue apoderando de ella un sueño espeso y vacío.



Abrió los ojos de repente. Por un instante, se encontró desorientada, esperando encontrar su viejo dormitorio de Gales. Le parecía que llevaba décadas dormida, y, sin

embargo, fuera seguía completamente oscuro, como si faltaran horas para que rayara el alba. ¿Por qué se había despertado? Completamente despejada, miró más allá de los pies de la cama, a las puertas que daban a la terraza.

La perlada luz de la luna brillaba sobre la crujiente ropa blanca de la cama, y comprendió que había olvidado correr las cortinas para tapar las puertas de cristal. Por algún motivo, se sentía ahora expuesta y vulnerable, con los ojos de la noche sobre su cuerpo. Casi sin fuerzas, apartó el edredón y salió de la cama para ir a correr las cortinas, pero se quedó paralizada al distinguir una sombra alta y angulosa que cruzaba la terraza. Se echó hacia atrás, apretando la espalda al frío yeso de la pared. ¡Allí fuera había alguien! Si no se movía, no la verían. Cerró con fuerza los ojos y contuvo el aliento. Y escuchó, tratando de captar un movimiento, una pisada. Nada...

Se atrevió a abrir un ojo. Las sombras de los árboles se estiraban hacia su puerta, pero nada se movía. Hay un motivo para que las películas muestren siempre las ramas como dedos de esqueletos, y es que eso es lo que parecen exactamente en las silenciosas horas de la madrugada. Pero aquella sombra no había sido una mera sombra de árbol, de eso Lis estaba segura. Se había movido demasiado rápido. Alguien había pasado de un lado al otro de la terraza. Solo entonces empezó a tener dudas: ¿y si lo hubiera soñado? No sería el primer sueño que le parecería real...

Buscó el móvil. La pantalla mostraba un 12.54. Aún era la hora de las brujas. La cabeza parecía que iba a estallarle al recordar las patrañas que contaban Harry y Laura sobre las brujas de Hollow Pike. Era curioso, pensó Lis, cómo cualquier cosa parecía posible en medio de la noche. Aquellos cuentos de hadas resultaban casi cómicos en el instituto, y sin embargo a aquellas horas ya no eran tan divertidos.

No conseguiría dormir con las cortinas abiertas. Así que hizo un esfuerzo y se acercó a las puertas acristaladas. Volvió a observar la terraza. El corazón se negaba a latir con calma. El jardín estaba en silencio, quieto, sereno. ¿Qué le estaba pasando? Estaba demasiado nerviosa. ¿Es que había tomado demasiado Red Bull, o algo así? ¿Era el vino?

De pronto algo se movió, y Lis volvió a echarse hacia atrás. Agarrada al recio armazón de la cama, comprobó que no era más que un pájaro. ¡Otro puñetero pajarraco! Este era enorme, completamente negro y bien acicalado, como hecho de terciopelo. Un cuervo o un grajo... ¿eran el mismo pájaro? No estaba segura. Se había posado en el respaldo de una de las sillas de la terraza, y la miraba con los ojos fijos en ella, mientras Lis se acercaba a las puertas. Como la urraca, aquel ave se mostraba descarada, no se cohibía ante su presencia.

Nunca había visto un cuervo tan de cerca. Tenía una belleza extraña, y la curva del pico era en cierto sentido elegante. Por un instante, ella y él se midieron uno al otro, el ave ladeando socarronamente la cabeza. Tal vez el cuervo, al posarse, hubiera proyectado aquella sombra que había cruzado la terraza. Eso tenía que ser. Esta idea vino a darle la razón y a tranquilizarla: de ser así, no habrían sido solo imaginaciones suyas, al fin y al cabo.

Corriendo las cortinas, se volvió a la cama, pero caminando hacia atrás, sin apartar los ojos de las puertas. Por si acaso.

Una fiesta a lo grande

AL CABO DE UNAS SEMANAS de lucha con unas matemáticas sorprendentemente difíciles, en las que se enfrentó a montañas de deberes y se resistió a los intentos cada vez más claros de Laura por emparejarla con Cameron, Lis estaba empezando a acostumbrarse a su nueva vida. Había cosas completamente nuevas que ya se estaban convirtiendo en rutina. Sentía que se iba tranquilizando. Tal vez el cambio había sido más importante de lo que había pensado al principio; no tenía nada de raro que hubiera estado tan nerviosa.

En cuanto a Laura, después de lo de la cola de caballo, se había mostrado siempre, digamos, agradable.

El fin de semana de la fiesta (su primera gran fiesta en Hollow Pike) no tardó en llegar. Y era en casa de Danny.

Su iPod reproducía una selección de canciones pop a pleno volumen, pero Lis no conseguía ponerse en plan de fiesta. Sabía que Laura le habría dicho a Cameron que tenía posibilidades, pese a todas sus advertencias en sentido contrario, y aunque los descarados intentos del propio Cameron podían tener su aquel, la cosa estaba empezando a perder gracia. Es más, cada vez que Laura encontraba una disculpa para tocar a Danny, ya fuera quitándole una hierbecita del pelo o una imaginaria pestaña de la mejilla, Lis tenía que hacer un esfuerzo para no lanzar un chillido. La última vez que había sufrido una coladura tan seria tenía trece años, y se había enamorado de su profesor de *ballet*, que, pensándolo bien, era gay casi seguro.

«¿En realidad, quiero tener novio?», se preguntaba Lis. Empezaba a preguntarse si sería una especie de rareza médica. Se suponía que todas las chicas de quince años querían tener novio, y en Bangor Lis había quedado alguna vez con algún chico, pero solo porque ellos se lo habían pedido y era lo normal. Pero Danny... Danny era algo nuevo, algo especial, y no tenía ni idea de cómo podría aguantarlo. Con Laura allí, pegada a él todo el tiempo como una sanguijuela, todo parecía inútil.

Se miró al espejo. Prepararse era algo mucho más fácil teniendo a Sarah como asesora de estilo. Las *parishilton* habían hecho un viaje a Leeds para comprar vestidos nuevos, pero Lis tenía un armario lleno de ropa nueva, comprada en Gales para estrenarla en Yorkshire. Aquella ropa nueva y sofisticada se suponía que era propia de una chica mayor, pero ahora le preocupaba que fuera una ropa demasiado seria, aburrida, como de mamá. Aquella noche había puesto mucho cuidado en componer un aspecto recatado que debía dejarle las cosas claras a Cameron: vaqueros sencillos, negros y estrechos con una sencilla camiseta gris y una preciosa chaqueta de punto con encajes. Sujetó sus ondas de pelo castaño en un elegante moño, y le pidió a Sarah que

la ayudara con el maquillaje. Era un disfraz discreto que Lis esperaba que le permitiera volar sin ser detectada por los radares por toda aquella experiencia social potencialmente peligrosa.

Sabía lo importante que era la fiesta. Si cometía un error en aquel acontecimiento, ese error la perseguiría durante el resto del curso (o hasta que algún otro hiciera algo más vergonzoso todavía). La noche estaría sembrada de dificultades. Habría alcohol casi seguro. ¿Debería beber? En caso afirmativo, ¿cuánto debería beber? Esperaba que no hubiera droga circulando. ¿Y si la norma era participar? En las fiestas de Bangor había logrado mantenerse al margen de las drogas, pero sabía que llegaría el día en que tendría que tomar una decisión y mantenerla con firmeza.

Y además habría chicos... ¿por dónde empezar a enfrentarse a tantas dificultades?

Lanzó un suspiro cuando Sarah le gritó desde el piso de abajo:

—¡Lis, el coche que te lleva ya está aquí!

Echando una última mirada al espejo, Lis lanzó otro suspiro. Iba a una fiesta; ¿por qué se sentía como si acudiera a una batalla?



La madre de Harry paró el coche delante de una casa grande, dentro de una urbanización completamente nueva, una de esas en que las casas son idénticas unas a otras y parecen mucho más importantes de lo que realmente son.

—Vale, chicas, portaos bien —advirtió—. Harry, lo digo muy en serio... Si vomitas en casa, ¡te frotaré los morros con tus vómitos!

Lis, Laura y Nasima se bajaron del asiento de atrás en una maraña ligeramente indecorosa de piernas y tacones altos. Lis iba escandalosamente sencilla al lado de sus glamurosas compañeras, cosa que le agradó.

—Volveré a las doce en punto. Pasadlo bien —dijo la madre de Harry mientras esta salía del asiento de delante y se alisaba el minúsculo vestido.

—Espero que no lleguemos pronto. Como seamos las primeras en llegar te mato, Harry. —Laura le lanzó a su amiga una mirada mortal.

—¡Lo siento, mi madre quería regresar a tiempo de ver *Factor X*!

—¡Mierda, pero ahora vamos a entrar a matar! —decidió Laura, poniéndose al frente de las demás en el camino hacia la puerta de la casa.

No tenían que preocuparse: parecía que los amigos masculinos de Danny llevaban algún tiempo allí, tal como demostraba la presencia dispersa de al menos una docena de pizzas a medio devorar. La fiesta se encontraba en su fase embrionaria, pero ya en marcha.

Un grupo de chicos a los que Lis no conocía se habían instalado en el salón, y estaban inmersos en un juego de fútbol de alguna especie de consola, dando voces y moviéndose como locos, con los controladores en la mano. La casa estaba invadida por distintas fuentes de música estruendosa que entraban en conflicto.

—¿Dónde está Danny? —gritó Nasima por encima de toda la bulla.

—No lo sé, pero vamos a buscarlo... —Laura pasó por encima de una pila volcada de nachos y se dirigió a la cocina.

Mientras ellas atravesaban el salón, Lis asomó la cabeza por una puerta y vio que el garaje había sido convertido en sala de juegos. Cameron y varios más se habían reunido en torno a una mesa de billar. Enseguida se retiró de allí y siguió a las otras.

Pasaron empujando a un chaval que hacía obvios avances sobre una preciosa chica de décimo curso, y encontraron a Fiona, que estaba con su novio, Lee, magreándose en una improvisada mesa de bebidas.

Fiona se apartó, con los labios colorados y el maquillaje embadurnado.

—¡Hola, guapas! ¿Todo bien...?

—Sí, guay —respondió Laura, que solo tenía una cosa en la mente—: ¿Dónde está Danny?

Fiona miró en la cocina.

—Estaba aquí hace un segundo...

Laura se disponía ya a volverse, pero le cortó el paso en plan jugador de *rugby* Cameron, que había entrado en la cocina dando saltos, y casi derriba al suelo a Lis y a Harry. Atrapó a Laura en un abrazo de oso, y la hizo girar.

—¡Riggsy!

Laura lo apartó de un empujón, estirándose el vestido hacia abajo allí donde se le había subido.

—Dios, ¿es que te has olvidado de tomar tu Ritalin^[7]? ¡Quítame las manos de encima!

Cameron levantó las manos.

—¡Lo siento, Riggsy, pero no puedo apartar mis manos de ti!

—¡Ya lo creo que las apartas, o llamaré a alguien que te las rompa! —gruñó.

—Mierda, Riggsy, cariño, ¿no me digas que estás en ese momento del mes...?

Laura cogió una botella, y por un momento Lis pensó que iba a darle con ella, pero, afortunadamente para Cameron, Danny entró como una exhalación por la puerta de atrás, con gesto hosco y tenso. Laura se calmó entonces y fue a darle un beso en la mejilla, del que Danny se apartó con torpeza, ante el disimulado regocijo de Lis.

—Stephen, tío, si tienes que fumar... al jardín, ¿vale? —le pidió a uno de los compañeros de Cameron.

—Perdona, colega.

Lis se sentó en la encimera de la cocina.

—¿Estás bien, Danny?

—Hola, Lis. Sí. Bueno, un poco nervioso. Mi padre me echó un largo discurso sobre la confianza que depositaba en mí. Si hubiera fuego...

—La próxima fiesta sería tu velatorio.

—Lo has entendido —respondió Danny con una sonrisa.

—Bueno, pues entonces, cabecita nerviosa, tómate algo —se coló Laura, repentinamente displicente y alegre. Sacó del bolso una botella de vodka en forma de petaca—. ¿Quieres un poco?

Nasima siguió su ejemplo, y sacó del bolso una ilícita botella de ron.

Danny blandió un botellín de cerveza ante la cara de Laura.

—Estoy servido, Riggsy, gracias.

—¡Eh! —Cameron dirigió un puñetazo al tonificado brazo de Danny—. Yo soy el único que puede llamarla Riggsy. ¿No es verdad?

—Danny puede llamarme como quiera. Y, Cameron, esto no tiene nada que ver contigo, así que vete. Vamos: ¡fuera!

La tensión entre Laura y Cameron pilló a Lis fuera de guardia. Era algo así como cuando uno está leyendo un libro y se salta dos páginas a la vez. Harry solía tener a Lis bien informada de los últimos cotilleos, pero estaba claro que se había perdido algo.

—Lis, ¿qué quieres beber? —preguntó Nasima, entregando tazas de plástico.

Pensó un momento.

—Vodka con cocacola, por favor.

—¡Así me gusta! —dijo Cameron—. ¡Un buen chupinazo!

Lis había usado aquel truco unas cuantas veces: se tomaría su vodka con cocacola y después rellenaría el vaso solo con cocacola. Si alguien preguntaba, le diría que era vodka con cocacola. No era fácil que nadie se pusiera a probar su bebida, ¿no? No le gustaba emborracharse: aquel repulsivo adormecimiento que desdibujaba los bordes de las cosas, la pérdida de control... Se parecía mucho a sus pesadillas. La puerta de delante se abrió de un portazo, y pareció que entraba al recibidor la mitad del undécimo curso.

Danny dio un gran paso atrás, adquiriendo un enfermizo color gris.

—Es... toy... muer... to... —Se fue detrás de la multitud, intentando conducirlos al jardín, para evidente consternación de Laura. Por dentro, Lis estaba emocionada: la pelea por Danny Marriott no estaba aún decidida.



Pasó volando la siguiente hora y media. Lis se sorprendió al descubrir que Cameron no era tan horrendo como había pensado al principio. De hecho, las tenía a ella y a Harry muy bien entretenidas en la cocina, elaborando burdos cócteles y retando a sus amigos a probarlos. Para alivio de Lis, estaba empezando a quedar claro que Cameron no tenía ningún interés sexual en ella.

Y, cosa que la mantenía permanentemente contenta, cuanto más ignoraba Danny a Laura, más desagradable se ponía esta: malhumorada, malvada y sarcástica. Durante la mayor parte de la fiesta, Laura lo había seguido a todas partes, sin obtener resultado alguno, hasta que al final ella y Nasima subieron al baño para mantener un encuentro sobre estrategia. Pero de eso hacía ya un montón de tiempo. ¿Dónde estaban en aquel momento las dos?

Lis se excusó y se bajó de la encimera de la cocina. En parte era porque tenía que ir al baño, y en parte porque se preguntaba dónde se había metido todo el mundo. La fiesta estaba en pleno apogeo en aquel momento: cada pasillo y cada habitación estaba abarrotada de adolescentes que bailaban, bebían y se besuqueaban. Para pasar, Lis hizo

a un lado a una pareja que conocía de Física, y que estaban unidos en un abrazo exageradamente ardoroso en pleno pasillo, mientras una chica de la clase de Lengua y Literatura vomitaba todo lo vomitable en el cuarto de baño de abajo. Evitó con un rodeo los pies de la chica y se dirigió hacia la escalera.

Al mirar en el salón, se sorprendió de ver a Delilah, Jack y Kitty sentados en torno a una mesa de café y hablando entre ellos. No se imaginaba que les interesara ni por asomo asistir a la fiesta de Danny, pero allí estaban ellos en toda su friki gloria. El trío resultaba aún más llamativo sin su uniforme del instituto. Kitty llevaba una especie de conjunto escolar japonés, mientras Delilah llevaba un vestido diminuto, dorado, de lentejuelas, que parecía de los años setenta. Jack, en contraste, llevaba vaqueros y un jersey gris, a semejanza del conjunto de camuflaje de la propia Lis.

Por supuesto, no había nadie cerca de ellos.

Al subir la escalera disparada, creyó ver que Kitty la veía a ella y esbozaba un asomo de sonrisa, aunque no estaba segura. Lis hizo propósito de decirles «hola» después de usar el aseo.

El baño principal estaba ocupado, seguramente por una lívida Laura con su inseparable admiradora Nasima. Una cola de chicas enfurruñadas se había formado a la puerta, y las más atrevidas les pedían que se dieran prisa. Lis pasó al lado y sigilosamente se metió por una puerta oscura que daba a lo que esperaba que fuera el dormitorio principal de la casa. Aquellas casas hechas en serie siempre tenían al menos un dormitorio con baño.

Por respeto a la madre y el padre de Danny, cruzó de puntillas la alfombra de felpa, sin molestarse en encender la luz para no provocar una invasión del cuarto de baño libre por parte de la fila de chicas desesperadas. A toda prisa localizó el baño y le dio al interruptor.

Un cuerpo yacía en la cama.

Lis soltó un grito, y casi se cae hacia atrás, sobre la taza del váter. El cuerpo de la cama se sentó rápidamente, quitándose una almohada de la cabeza.

Danny la miró desde allí.

—¡Ah, eres tú! —dijo con voz cansada.

—Lo siento. Hay una cola enorme. Pensé que habría un baño aquí...

Él se pasó la mano por el espeso pelo de la cabeza. Para Danny, la fiesta había terminado. Lis conocía aquella sensación: en su decimocuarto cumpleaños había aprendido que es más divertido ser invitado que anfitrión.

—No te preocupes, no pasa nada. —Sonrió—. Me temía que Laura hubiera dado conmigo.

Lis lanzó un resoplido.

—¿Te has dado cuenta...?

—Bueno, sí. Ella y Nasima se han pasado la noche siguiéndome. Es difícil no darse cuenta cuando se abalanzan sobre uno de esa manera.

Lis dejó caer la espalda por la pared, y cruzó las piernas en el suelo. Iluminado apenas por el brillo que salía del baño, Danny estaba aún más estupendo.

«Debería haber leyes sobre los chicos que son tan atractivos», pensó Lis,

comprendiendo de repente que estaban solos en un dormitorio en el que había una suntuosa cama de matrimonio. Sintió que se ponía colorada, pero esperó que no se notara en aquella penumbra. Obligó a su boca nerviosa a decir algo:

—Entonces, ¿no te hace gracia Laura? Es asombrosa, y está claro que anda colada por ti.

Danny se recostó un poco en la cama, descansando sobre los codos.

—Realmente no. Es muy, muy guapa y todo eso, pero me da un poco de miedo.

—¿De verdad? —La boca de Lis desbordaba sarcasmo. Pensó en sí misma y en aquella situación. Era un juego peligroso. No importaba cuánto le gustara Danny, aquello podía llegar a los oídos de Laura.

—Además, Cameron sigue loco por ella —añadió Danny.

Lis se puso más rígida.

—¿En serio? Ni siquiera sabía que hubiera habido nada entre ellos.

Danny asintió con la cabeza.

—Pues sí. Ella quería mantenerlo en secreto por algún motivo. Él sigue chalado por ella, así que yo no me voy a meter.

—Eso está muy bien, los amigos antes que las chicas. —En cuanto le salieron las palabras por la boca, Lis se arrepintió de haberlas pronunciado, pero Danny se rió, mostrando una hermosa sonrisa. Lis sonrió a su vez.

—¿Y qué me dices de ti? ¿Te gusta Hollow Pike hasta ahora? —preguntó.

Lis lanzó un suspiro y apoyó la cabeza contra la pared. Aparte de sus charlas con Sarah, aquella parecía la primera conversación digna de ese nombre que había tenido desde que llegara a aquel pueblo lleno de árboles.

—Bueno, apenas he pegado ojo porque he estado teniendo pesadillas espantosas, y después me levanto de la cama para ir al insti y relacionarme con un grupo de chicas que no me gustan en realidad, así que no ha sido un gran comienzo, no. Ah, y no ha dejado de llover. —No sabía por qué le estaba contando aquellos detalles íntimos, pero no podía contenerse. Había algo en Danny que la hacía sentir que podía mostrarse como era, auténtica.

—¡Bueno, eso no tiene nada de raro! —dijo con una sonrisa—. ¿Sabes? A veces a mí tampoco me gustan los amigos que tengo. Pero no se lo digas a nadie... ¡ese puede ser nuestro secreto!

—Entonces, ¿por qué estás con ellos? —preguntó Lis con curiosidad.

—Es más fácil.

—¿Más fácil que qué?

—Más fácil que como eran las cosas antes. Entonces, cuando yo era Daniel y no Danny, el instituto era realmente vomitivo. No voy a decir una palabra más fuerte, pero era vomitivo de verdad. Entonces me apunté al equipo de *rugby* y de pronto empecé a ser guay, según parece... Y no voy a quejarme, ¿verdad?

Lis se rió.

—Éxito y rendición.

—Exactamente. —Volvió a sonreír—. Pero es cierto. No voy a quejarme de que la gente ya no me haga sufrir. Bueno, a ti te pasa algo así... ¿Qué tal te encuentras siendo

la nueva sierva de Laura?

Tenía toda la razón: ella no estaba en mejor posición que él. Ella disfrutaba del estatus que le proporcionaba Laura, aunque no dejaba de ser consciente de lo mala que podía llegar a ser.

—Elige tú: ¡yo rompo con Laura si tú rompes con Cameron!

—No es tan fácil.

—No me hables. Todo ese rollo de la popularidad. Es todo una mierda. ¿Por qué nos amargamos de esta manera? —Se levantó para irse, casi decepcionada con él, y al mismo tiempo odiándose también un poco a sí misma. Aunque ninguno de esos dos sentimientos era tan fuerte como el deseo de echarse en sus brazos.

Fuera del dormitorio, empezó a oírse un alboroto que les hizo volver la cabeza a los dos:

—¿Quién ha dejado entrar al circo? —fue el cruel grito que se oyó, proveniente, sin ningún tipo de duda, de Laura—. ¿Dónde habéis dejado aparcadas las escobas voladoras?

Danny saltó de la cama y se dirigió al rellano de la escalera, seguido de cerca por Lis. Llegaron ante un pequeño grupo de compañeros de clase que se habían arracimado para presenciar el cara a cara entre Laura y Kitty Monroe, que por lo visto había obligado a Laura a salir del baño.

Lis y Laura se miraron un instante, muy consciente esta última de que Lis acababa de salir con Danny de la oscuridad de un dormitorio. Laura pareció desconcertada por un instante antes de volverse de nuevo a Kitty.

—¿Y bien...? ¿Quién te ha dejado entrar? —repitió Laura.

—La he invitado yo —contestó Danny—. Somos compañeros de Lengua y Literatura. Déjalo, Riggsy.

Kitty le dirigió a Laura una sonrisa inocente.

—Perdona, si eres tan amable de hacerte a un lado, voy a entrar en el aseo.

Muy resueltamente, Laura extendió los brazos para cerrarle el paso.

—Lo siento, Kitty. No se admiten tortilleras en este cuarto de baño.

Lis lanzó un gruñido e intentó acercarse, pero Nasima la detuvo.

—No te metas —le cuchicheó—. Es más divertido quedarse mirando.

Abrió su móvil y empezó a filmar la escena.

Kitty volvió a sonreír amablemente, aunque con su maquillaje negro y espeso la sonrisa adquiría un aire retorcido y maniaco.

—Laura, no soy yo la que acaba de salir del baño con otra chica.

Algunos de los presentes se atrevieron a reírse. La mirada de odio de Laura no tardó en cortar aquellas risas. Se acercó más a Kitty, invadiendo su espacio personal.

—Uy, Kitty, lo siento. Ya sé cuánto me quieres y todo eso, pero yo no soy una guarra lesbiana como tú. Vas a tener que seguir con esa gitanita.

Por primera vez, dio la impresión de que el golpe de Laura le había acertado a Kitty. Esta le dio a Laura un empujón que la hizo tambalearse hacia atrás, mientras todo el mundo se quedaba con la boca abierta.

—¡Laura, déjalo ya, por favor! —rogó Danny.

Pero Kitty había pasado a la ofensiva:

—Laura, yo no me acercaría a ti aunque fueras la última chica... no, el último humano, en el planeta. Estás podrida, eres tóxica, un auténtico veneno. Puede que yo le dé miedo a la gente, pero a ti todo el mundo te detesta.

Laura se puso roja como un tomate, y trató de responder, pero Kitty prosiguió:

—Si no me crees a mí, pregúntale a cualquiera. Hablan más de ti que de mí, y con eso te lo digo todo. Pregúntale a Lis London. O, aún mejor, ¡pregúntale a Danny!

Al oír eso, Laura montó en cólera, y los improperios empezaron a salir de sus labios. Le tiró del pelo a Kitty, apoderándose de su cabeza y blandiendo su cuerpo contra la pared. Danny se fue corriendo hacia ellas, pero era imposible intervenir, pues Kitty había agarrado con su gran mano el rostro de Laura, y la había empujado contra el suelo. A Lis le pareció ver que Laura le escupía a su rival antes de pegarle un golpe de lleno en un lado de la cara.

Kitty peleaba como un gato salvaje, agarrando el pelo y arañando el rostro de Laura, aunque esta parecía ser la más fuerte de las dos, y cerró los puños para golpear en el torso de Kitty. Danny, y ahora Bobsy, se fueron hacia las chicas, tratando de separarlas, pero no sirvió de nada, pues Kitty bombardeaba a Laura a bofetadas.

Lis se dio cuenta demasiado tarde de lo que iba a suceder. Mientras Laura avanzaba sobre Kitty, la parte superior de la escalera se encontraba cada vez más cerca. Por supuesto, Laura lanzó otro ataque enloquecido, y ambas chicas se tambalearon sobre el borde de la escalera. La caída que siguió, más que una voltereta al estilo televisivo, fue una serie de rebotes como para hacer que cualquiera de las dos se muriera de vergüenza. Las dos se detuvieron en una postura muy ridícula, en la que la ropa interior de Laura quedaba claramente expuesta a la contemplación de todos los asistentes.

Jack y Delilah echaron a correr desde el salón al pasillo.

—¡Cerde! —gritó Delilah cuando comprendió lo sucedido. Su voz fue lo único que se oyó, además de la música, pues el resto de la gente guardaba un profundo silencio mientras miraba fijamente.

—¡Ha estado bien, Riggsy! —El grito de Cameron rompió el silencio.

Un chillido gutural surgió de Laura mientras se levantaba. La sangre le manaba en abundancia de un labio partido y, sin darse cuenta, se la restregó por toda la cara con el dorso de la mano. Sin más comentarios, se dirigió hacia la puerta de la calle. Como loca, Harry echó a correr detrás de ella.

Lis y Danny bajaron la escalera corriendo hasta Kitty, que estaba ahora sentada. A su lado estaban sus preocupados amigos. Riéndose y cuchicheando, los espectadores volvieron a la fiesta, muy contentos del espectáculo inesperado que había deparado la noche.

—¿Estás bien, Kitty? —Lis bajó la mano para tocarla.

—Sí, creo que sí. —Comprobó que no tenía heridas—. ¡Dios, esa tía es un demonio!

—Bueno, eso no son noticias frescas —comentó Jack con voz tímida.

—Vámonos, no ha sido buena idea venir a esta fiesta. —Kitty hizo un esfuerzo para levantar su largo esqueleto.

Danny se encogió de hombros como si todo hubiera sido culpa suya.

—Lo siento mucho, Kitty.

—Tú no tienes que disculparte por lo que haga Laura Rigg —se limitó a decir Delilah—. La culpa es de sus padres. Deberían haberla ahogado al nacer.

Kitty y Jack ya estaban en la puerta.

—¡Esperad! —dijo Lis con el corazón en un puño—. Quiero ir con vosotros.

Kitty se volvió, con una sonrisa en los labios.

—¿De verdad? ¿Desertas tan pronto? ¿Qué va a decir Laura?

—Me... me da igual.

—No creo que te dé igual. Estaremos en contacto.

Kitty le lanzó un beso y salió por la puerta. Delilah la siguió, dejando a Lis con Danny en la escalera, pero deseosa de irse con el «equipo Kitty». Lis no podía seguir ignorándolo: había algo... algo en aquellos tres. Y quería compartirlo. Mientras contemplaba como se alejaban los tres en la noche, tuvo la impresión de que eran muy... libres. Y Lis no quería seguir sujeta a la correa de Rigg ni un segundo más.

Y después...

LA MAÑANA DEL LUNES SIGUIENTE, aquella decisión de volver a empezar en Hollow Pike había perdido el relumbre de la novedad, y Lis sentía que odiaba el centro. **A** Había seguido en la cama mucho después de que sonara la alarma, y en aquellos momentos se daba toda la prisa que podía, porque iba a llegar tarde. Acarició la idea de convencer a Sarah de que estaba enferma, pero sabía que la respuesta de su hermana sería el dejarle que tomara ella misma la decisión sobre si estaba o no lo bastante mala para faltar a clase, como una persona adulta y madura. Y entonces ella se sentiría demasiado culpable si decidía quedarse en casa.

Los copos de maíz formaban en su boca una masa seca y pastosa, imposible de tragar.

Sarah la escudriñaba con perspicacia desde el otro lado de la mesa de la cocina, mientras le daba el pecho al pequeño sobrino de Lis, Logan.

—¿Qué pasa, compañera?

—Nada. —Respuesta automática.

—No te creo... —repuso su hermana con una sonrisa.

—Estoy bien. Es que es muy temprano.

—¿Se trata del insti?

—Para nada.

—¿De esa tal Laura...?

«Sí».

—Qué va.

—De tu profe... el señor Gray. ¿Es eso?

Lis se permitió una carcajada. Sarah no se iba a dar por vencida.

—Sarah, ¡no pasa nada! El profesor Gray es encantador... ¿satisfecha?

—Parece majo... Y está muy bien, además. A lo mejor podría apuntarme a sus clases de español para adultos...

—¡Si lo haces, me emanciparé de ti! —repuso Lis sonriendo.

Sarah soltó una fuerte risotada mientras Lis tiraba el contenido de su cuenco por el fregadero y abría el grifo para que se llevara por el desagüe los copos de maíz.

Después de un segundo para procesar la imagen que tenía ante ella, dio un paso atrás.

—¿Sarah...? —dijo.

—¿Qué?

—Mira esto.

Sarah se colocó a Logan en la cadera y se acercó al fregadero arrastrando los pies.

—¿Qué pasa? Y, por favor, no tires la comida al fregadero, porque se va a atascar.

—Vale, pero mira.

Lis hizo un gesto indicando el agua que borboteaba por la boca del desagüe.

—Ya estoy mirando, pero no veo nada.

—¡El agua baja por el desagüe al revés! ¡Está bajando en el sentido de las agujas del reloj, y debería hacerlo al contrario!

Sarah la miró con fraternal desdén.

—¡Ja! Eso es un cuento de los tiempos de Maricastaña. ¡O a lo mejor es magia!

Lis no pasó por alto aquel comentario:

—¿Qué...?

—Ya sabes... la bola esa de las brujas de Hollow Pike.

—¿Acabas de pronunciar la palabra «bola»?

—Sí, todavía estoy en la misma onda que los niños —dijo Sarah guiñándole un ojo—. Cuando Max y yo nos vinimos aquí, hicimos esa ruta de las brujas, por Halloween. Es cierto, ya sabes, que había brujas en Hollow Pike. Se supone que el pueblo está maldito o algo así.

—Pero de eso hace una porrada de años, ¿no?

—Bueno, claro... En cuanto a la ruta que hicimos, el montaje era tan cutre que daba la risa. Creo que deberíamos volver a hacerlo este año.

Lis no había hecho ningún caso de lo que le contaron Harry y Laura, dando por supuesto que eran tontadas, pero viniendo de su hermana, las leyendas de brujas resultaban de repente reales. Y fascinantes. Sarah salió de la cocina con Logan, y dejó a Lis meditando sobre el agua que giraba en remolino para sumirse en el desagüe, solo que en el sentido equivocado.



Lis había perdido el autobús por un minuto, pero Max se ofreció amablemente a llevarla al instituto. En aquel momento, la furgoneta Transit se detuvo justo delante de la cancela principal del centro. Lis respiró hondo, deleitándose en el olor a barniz y astillas de madera de la furgoneta.

—¿Estás segura de que te encuentras bien? —le preguntó Max, cuyos grandes ojos azules parecían buscar información.

—Estoy bien, lo juro. —Y logró esbozar una leve sonrisa.

—Vale. Que pases un buen día.

Su cuñado le dio un beso en la frente antes de que ella se dejara caer de la furgoneta.

Una vez más, el instituto aparecía envuelto en un velo de fina llovizna que amenazaba con convertir su cabello en un revuelto de pelos encrespados antes de que consiguiera ponerse a cubierto en los pasillos del edificio. Le dirigió a Max una solemne despedida, y se fue hacia la entrada arrastrando los pies.

El enorme y antiguo reloj que dominaba el salón principal le indicaba que, siendo

las ocho cincuenta y cinco, había llegado después del timbre que advertía a los estudiantes que debían ocupar sus aulas inmediatamente. Se echó la bolsa al hombro, y se dirigió cansinamente hacia la G2.

Su «sentido arácnido» la avisaba: algo no iba del todo bien. Era exactamente la misma sensación que la había asolado durante su primer día en el instituto. Pero era raro, porque la sensación de ser la nueva debería habersele pasado ya, y ¿por qué la miraba todo el mundo? ¡El pelo no podía habersele encrespado hasta tal punto! Había abandonado la fiesta la noche del sábado poco después de que Laura y Kitty cayeran por la escalera, así que estaba segura de no haber hecho nada que la pusiera en evidencia.

Cada vez más consciente de que otros la señalaban y cuchicheaban a su alrededor, se fue a toda prisa a la G2 y se sentó en su sitio, al lado de Harry. Pero se horrorizó al comprobar que proseguían los cuchicheos y las miradas de soslayo. Lis se volvió hacia Harry, que parecía evitar el contacto visual con gran habilidad. La paranoia se apoderó de ella.

—¿Qué está pasando, Harry? ¿Tengo monos en la cara?

Una sensación de terror le subía por las tripas, y lamentó no haberse hecho la enferma delante de Sarah.

—Pues no.

—Entonces, ¿por qué me mira todo el mundo?

Harry se encogió de hombros y trató de adoptar una expresión de inocencia. El efecto resultaba falso, como de dibujos animados.

—No tengo ni idea, preciosa. La gente debe de estar hablando de lo que pasó en la fiesta.

Lis repasó el aula. En su lugar acostumbrado, al fondo de la clase, se sentaban Jack, Delilah y Kitty, que presentaba un feo moratón amarillento debajo del ojo. Nadie les prestaba más atención de lo normal. Aquello era absurdo.

—¡Harry, a mí no me ocurrió nada en la fiesta! Estuve presente durante la pelea, nada más.

Al sonar el timbre de las nueve en punto, entraron pausadamente en el aula Laura y Nasima, en su habitual formación de pasarela: Laura ligeramente por delante, flanqueada por su centinela. Al pasar, Laura le dirigió a Lis la mirada de odio más intenso que hubiera visto en mucho tiempo.

Lis no comprendía nada. ¿Qué había hecho para enfadar a Laura? Y lo más raro de todo era que, pese al modo en que Laura se había comportado en la fiesta, Lis no podía soportar la idea de que Laura estuviera enfadada con ella. Un diminuto rescoldo del deseo de pertenecer, de encajar con aquellas chicas populares, seguía encendido en su interior. Lis se sacó aquella idea de la cabeza: ella ya había superado toda aquella mierda.

—Mira, Lis —le dijo Harry entre dientes—. Laura me contó lo que pasó con Danny.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Lis—. ¡No pasó nada de nada! Estuve hablando con él un minuto, más o menos. Eso es lo que pasó.

Harry le puso mala cara y se volvió.

—¡Por favor, Harry! —susurró Lis poniendo mucho énfasis—, ¡no es culpa mía que a Danny Marriott no le guste Laura!

Harry hizo un brusco movimiento con la cabeza para apartarse el pelo de delante, y se volvió hacia Lis con una sonrisa muy desagradable en la cara.

—Todo lo que tú quieras. Eres una mentirosa y una putilla, y a mí no me gustan las mentirosas ni las putillas. Y ahora, si eres tan amable, ¿podrías dejar de hablarme? Si no, le diré al señor Gray que me estás acosando.

Mientras Harry echaba atrás su silla para buscar el consejo de Laura, Lis se quedaba con la boca abierta. ¿Qué demonios había hecho para merecer aquello?



Durante toda la clase de Matemáticas, Lis intentó motivarse imaginando que era una futura científica que algún día necesitaría saber trigonometría. No sirvió de nada. No podía quitarse de encima la idea de que la clase entera estaba hablando sobre ella. Había hecho esfuerzos tremendos desde el día de su llegada a Hollow Pike, teniendo mucho cuidado de no poner un pie fuera del tiesto, y ahora los comentarios de Harry demostraban que todos sus esfuerzos no habían servido para nada.

Mientras hablaba el profesor, Lis se esforzaba por contener las lágrimas y las imprecaciones. ¿Para eso se había ido de Bangor? ¿Para encontrar más de lo mismo? Al menos, en Gales había mantenido la cabeza alta hasta el final.

Metiendo todas sus cosas en la bolsa, se apresuró a salir de clase en el mismo instante en que sonó el timbre. Siguiendo su instinto, esquivó a Fiona y a Nasima y se dirigió al patio exterior, sin preocuparse ya en absoluto por el efecto que la lluvia pudiera producir en su pelo. Echaba pestes de su anterior vanidad, pensando que en cierto modo había sido infectada por los valores del «equipo Laura».

El pecho le ardía con una determinación recién surgida. Ya había superado la fase de las lágrimas, y ahora solo quería saber de qué iba todo el puñetero embrollo. Vio a la persona que necesitaba en aquel momento, y que se encontraba a cubierto bajo la marquesina, y se fue directa para allá, hacia donde estaba sentado Jack Denton en compañía de otros empollones, pelando una satsuma.

—Hola, Jack —dijo ella con una amplia sonrisa, pese a la furia que la embargaba. Se recordó que Jack no había hecho nada malo. Jack la miró con recelo, y la conversación en el grupo cesó completamente.

—Hola —respondió él, suave como la seda.

—¿Dónde están Kitty y Delilah?

—No lo sé. A lo mejor en el aseo...

Apenas había intercambiado alguna palabra con Jack hasta entonces. La suavidad de su voz le hacía casi imposible de entender. ¿Podía confiar en él? Había algo en sus enormes ojos castaños que le recordaba el otoño y le sugería cierta calidez interior. Lis miró a su alrededor, y vio a Harry, que mientras cruzaba el patio la observaba con frialdad.

—¿Podría hablar contigo, por favor? —le preguntó a Jack, tratando, sin éxito, de que su voz no trasluciera un tono de súplica.

—¿A solas?

—Si eres tan amable.

Los dos se separaron y se fueron al rincón más apartado de la marquesina, y Jack siguió comiéndose su satsuma mientras Lis le explicaba su paranoia matutina. Cuando acabó, Jack sonrió y se sentó en un banco de madera húmedo.

—Vale —empezó a decir—. Bueno, la buena noticia es que no estás completamente paranoica. —Tenía una voz ligera, casi musical, y un acento que, como el de Lis, no pertenecía a Yorkshire. ¿Tal vez fuera de Newcastle? No estaba segura, pero se daba cuenta de qué era lo que había originado los rumores sobre su homosexualidad: la voz de Jack era lo bastante peculiar como para levantar comentarios.

—¿Qué es lo que ha pasado, entonces? —preguntó Lis.

—Por si te sirve de consuelo, está claro que todo es una mierda que se han inventado... —siguió Jack.

—¿De qué se trata?

Y entonces él le contó...



Exactamente dos minutos después, Lis llegaba al borde de los árboles pisando fuerte. Aunque los zapatos se le hundían en el barro del campo de *rugby*, su determinación la impulsaba a seguir adelante. Se echó el pelo hacia atrás, preparándose para la batalla. En el interior de la cabeza resonaban voces que le decían que se diera la vuelta y evitara la confrontación, que fuera en busca de la ayuda de Kitty o del profesor Gray.

Sin embargo, siguió andando. Aquellas cuatro cerdas se habían resguardado bajo los árboles, aunque parecía que ninguno de los chicos se encontraba con ellas, cosa que le venía bien a Lis, decidida como estaba a no permitir que se salieran con la suya. Ya había tenido que abandonar un instituto, y no estaba dispuesta a dejar que la historia se repitiera.

—¡Ah, qué bien! —exclamó Nasima con sorna—. ¡Mirad quién viene ahí!

Lis siguió camino hacia las chicas. Se paró justo delante de ellas, y se llenó los pulmones con una honda bocanada de aire húmedo. Estaba resuelta a no chillar ni gritar. Además, sabía, por lo que había visto en la pelea del sábado, que tampoco tenía nada que hacer contra Laura si la cosa llegaba a los puños.

—Laura, quiero hablar contigo —dijo con tranquilidad.

Laura sonrió y susurró algo al oído de Nasima, provocando que se riera con una risa cruel.

—He dicho que quiero hablar contigo, Laura. ¿O es que necesitas el apoyo de tu equipo de animadoras?

Tirando el cigarrillo a una cuneta que tenía detrás, Laura se separó de las otras. Lis empezó a hablar en tono bajo, sin alterarse:

—¿Estás inventando rumores sobre mí? ¿Qué edad tienes, en serio?

—Eres muy rara. Eres tú la friki que me ha mandado un correo. —Laura hablaba en voz bastante alta, en atención a la audiencia.

—¡Mientes!

—Pobre imbécil. Tú debes de ser bipolar o algo así. —Las demás miraban. Laura metió la mano en su bolso Louis Vuitton y sacó una tira de papel blanco brillante. Se lo entregó a Nasima, que clavó en él sus preciosos ojos, mientras Harry y Fiona se reían por lo bajo, tapándose la boca con la mano.

—¡Ya podéis dejar de reiros, imbéciles! —les soltó Lis—. ¡Y dadme ese papel ahora mismo!

—¿Estás buscando pelea? —preguntó Fiona.

De repente, Lis comprendió que podía haber sido un grave error ir sola a aquel rincón alejado de los terrenos del instituto.

—Dadme ese papel.

—Dádselo —dijo Laura—. Al fin y al cabo, es tuyo.

Nasima se lo ofreció alargando la mano, pero cuando Lis fue a cogerlo lo retiró.

—¿De verdad eres tan infantil? —le preguntó Lis, poniendo los ojos en blanco.

Nasima sonrió y le entregó el papel. Era exactamente como lo había descrito Jack: un mensaje de correo electrónico proveniente de una tal lizlondon15@hotmail.com y dirigido a la dirección de Laura. Ni siquiera se trataba de la verdadera cuenta de correo de Lis, pero se imaginó que habría sido suficiente para engañar a cualquiera que lo hubiera visto esa mañana. Leyó:

Hola, Laura:

Gracias por todo lo de ayer. Yo estaba muy hecha polvo y necesitaba hablar. Ha sido muy duro mantenerlo todo en secreto, se lo tenía que contar a alguien. Dar el bebé fue la cosa más difícil que he hecho nunca, pero sé que fue lo correcto. No podía criarlo yo sola, sin saber quién es el padre. Me merezco poder empezar de nuevo en Hollow Pike.

¡Eres tan buena amiga! Gracias por escucharme.

Liz xxx

—No es posible que nadie se crea esto —dijo Lis con frialdad.

—Eso lo dices tú, Conejito Loco —dijo Laura con voz dulce, arrancándole el papel de la mano a Lis.

Lis negó con la cabeza, en un gesto que era casi de compasión.

—Laura, este es el rumor más malo que he visto nunca. Creía que una zorra tan astuta como tú sería capaz de inventar algo mejor. ¿Que di mi bebé en adopción? ¿Cuánto tiempo necesitaste para inventarte eso? ¿Qué pasa, es que no sabías escribir la palabra sífilis?

Harry avanzó un poco.

—Tú lo enviaste, Lis. No puedes negarlo ahora.

—¿De verdad? ¿No me digas que te la ha colado? Laura se lo envió a sí misma. Esa no es mi dirección de email, ¡y ni siquiera ha sido capaz de escribir mi nombre

correctamente!

La sonrisita de suficiencia de Laura se borró de repente. Una fuerza inusitada brotó de dentro de Lis. Por lo visto, Laura esperaba que Lis se desmoronara mucho antes.

Su rival cogió un encendedor de su bolso y prendió el papel por una esquina, hasta que cayó al suelo convertido en negra ceniza.

—¿Quién te crees que eres tú? —La voz de Laura temblaba ahora de furia—. Te crees muy divertida y muy lista. Todo timidez y dulzura. Vas por ahí en plan: «No me mires, yo solo soy Lis, la nueva», ¡cuando en realidad eres una guarra robanovios!

—Eso es una repugnante ment...

—¿En serio, Lis? ¿No te crees mejor que nosotras? ¿No piensas de nosotras que no tenemos en la cabeza más que chicos y pelo?

—¡En eso tienes razón!

Laura se rió con una risa nueva, casi demoniaca. Solo por un instante, sus ojos dieron la impresión de ser de un negro azabache. Clavó un dedo en el pecho de Lis, empujándola con él hacia atrás.

—Me parece que tendrías que cerrar la boca. Eres una creída y una esnob y no tienes ni idea de con quién estás tratando. Yo mando en este instituto, ¿lo sabías? Ahora escucha con mucho cuidado... voy a hacer que lamentes haber puesto el pie en este instituto. Tendrás que venir aquí cada día, y yo te estaré esperando. Cada día. Todos y cada uno de los días de clase.

Muda de repente, Lis retrocedió ante la intensidad de la mirada de Laura. Detrás de ella, hasta sus monos voladores^[8] se habían quedado mudos de asombro.

Laura parecía haberse sorprendido incluso a sí misma. Dio un paso atrás, tomando aire y alisándose la chaqueta del uniforme.

—Y ahora será mejor que eches a correr, Lissy, no vayas a llegar tarde a la clase de español.

Sin decir una palabra, Lis se volvió y empezó a subir la cuesta, de camino hacia el campo de *rugby*.

—Y, por cierto, Lis, saluda al profesor Gray... Le he dicho a todo el mundo que estás enamorada de él.

Lis cerró los ojos y echó a correr. No quería llorar delante de Laura.



No acudió a clase de español. Había salido del campo de *rugby* empapada y, apenas capaz de respirar, buscó refugio en la biblioteca. Allá en Gales, ella se había dicho a sí misma (no, más aún: se había aferrado firmemente a la creencia) que nada de lo que le pasaba era culpa suya. Ahora le estaba volviendo a pasar lo mismo. Solo que peor. Así que tal vez sí que fuera culpa suya. Tal vez hubiera algo en Lis London que decía sencillamente «VÍCTIMA». Vaya, estaba pensando sobre sí misma en tercera persona: un síntoma claro de colapso mental inminente.

Sentada en el rincón más apartado de la biblioteca, levantó las rodillas hasta el

pecho. Daphne, la anciana bibliotecaria, había colocado contra las tuberías algunos cojines bien mullidos, creando un cálido espacio en el que leer.

Para sí misma, Lis no era ninguna víctima: era una chica madura y refinada que leía el *Vogue* italiano y veía cine francés: cosas guay, maldita sea. Le faltaba mucho para ser la chica más guapa del mundo, pero pensaba que su aspecto resultaba... aceptable. Pero en aquellos momentos se veía obligada a aceptar que para el resto del mundo ella no era ni guay, ni refinada ni elegante. Solo era débil. Un blanco. Una presa fácil.

«Pero, por qué yo», se preguntaba con rabia su voz interior. «¿Qué he hecho yo para merecer nada de esto?».

—Te has fumado mi clase —fue la respuesta.

La sombra del profesor Gray cayó sobre ella. Lis bajó el libro y levantó la mirada hacia la figura que se cernía sobre ella.

—Lo siento, profesor.

—¿Es porque diste en adopción a tu ilegítimo hijo? —preguntó él, con una voz cargada de humor.

Sin querer, Lis soltó un bufido, y el señor Gray se sentó junto a ella.

—No es que yo pretenda ir de megaguay, Lis, pero si quieres puedes hablar conmigo.

—Es una mentira.

El profesor Gray se rió, frotándose la áspera barbilla.

—¡Bueno, eso está bastante claro! No me cabe duda de que una cosa así hubiera aparecido en el expediente de traslado.

Lis sonrió un poco, ya más cómoda.

—¿Usted sabe que Laura está mintiendo?

—¡Por supuesto! Los profesores lo sabemos todo. Los jóvenes os pasáis mucho tiempo diciendo que no os escuchamos, pero créeme, ¡nosotros lo escuchamos todo! Sabemos quién ve a quién, quién deja a quién, quién dice que sale con tal otro pero no lo hace. Esto es un pueblo, todo el mundo conoce a todo el mundo, y la mayor parte somos parientes. El *Hola* no es nada al lado de esto.

Lis elevó una ceja.

—Me alegro de que sea tan divertido para usted.

El profesor abrió las manos, en gesto de paz.

—Lo siento, no quería tomármelo a broma, solo quería animarte un poco. Somos conscientes de que hay varios problemas con la señorita Rigg en este momento.

Lis dejó caer la cabeza sobre el cojín. Aquel era el momento en que él le iba a decir que todo se arreglaría.

—Sé lo que estás pensando: que no puedo hacer nada, que no haré más que empeorar las cosas.

«¿Y se supone que me equivoco...?», pensó Lis.

El profesor Gray prosiguió:

—No necesitas hacer ni decir nada. Como te he dicho, somos muy conscientes de cómo se comporta Laura Rigg, y todo queda anotado. Hasta la última cosa. La señora Dandehunt está reuniendo todas las pruebas necesarias. Pero es cierto que se trata de una situación delicada, porque la madre de Laura está en el Consejo Escolar...

—¡Ah, ya veo...!

—Tú no ves nada. —El profesor cruzó las piernas y se apretó contra los cojines para crear más efecto—: Pero, escucha: nos estamos encargando de este asunto. Lo solucionaremos.

Lis miró al interior de sus sinceros ojos verdes. Eran unos ojos cansados, pero resueltos. Su profesor estaba seguro de que podía ayudarla. Al menos aquel aplomo le daba un leve rayo de esperanza. Tenía a alguien de su lado.

—Gracias.

—Pero si faltas a más clases de español, hablaré con tu hermana.

Y diciendo esto, se fue.

Lis aspiró hondo e intentó pensar racionalmente. Laura y sus seguidoras casi vivían al borde de la floresta. Ese lugar sería fácil de evitar. Lis sabía que esas chicas no se acercarían a menos de diez metros de una caloría, así que la cantina parecía un lugar muy seguro contra ellas. Se echó al hombro la bolsa con los libros, y empezó a andar a través de la jungla de estanterías.

Sin previo aviso, Kitty Monroe salió de detrás de una librería y le cortó el paso. Lis soltó un grito de sorpresa puramente instintivo. Un poco más allá, siguiendo el pasillo, se encontraban Jack y Delilah. ¿Cuánto tiempo llevaban allí? ¿Habrían oído la conversación que acababa de mantener con el profesor Gray?

Kitty hizo una leve pausa antes de sonreír con una sonrisa electrizante, muy a lo gato de *Alicia en el País de las Maravillas*.

—Esta noche decidimos cómo matamos a Laura Rigg. ¿Quieres venir?

Asesinato

UN AUTOBÚS ASCENDÍA LENTAMENTE por la colina hacia el barrio de arriba, desde donde las magníficas casas observaban altaneras al resto del pueblo. Solo había un camino para llegar allí, a través de la floresta, y unos largos dedos de madera arañaban las ventanillas del autobús, rayando los cristales. Lis se apartó de aquellas garras con un estremecimiento. Bajo el grueso dosel de hojas, estaba tan oscuro que apenas podía uno creerse que fuera de día.

Era absurdo, pero Lis hubiera jurado que las crujientes hojas susurraban su nombre. Estaba todo en su cabeza, por supuesto, pero se descubrió a sí misma aguzando el oído. La imaginación se le desbocaba, enloquecida... pero en aquella floresta había algo, era como si... como si quisiera atraparla.

—¿Estás bien? —le preguntó Jack.

—Sí, bien... —respondió Lis—. Es que la floresta me da un poco de miedo.

—Bueno, se lo da a todo el mundo. Con todos esos cuentos de hadas que nos contaban cuando éramos pequeños... ¡Además, es el lugar favorito de los violadores!

Lis se estremeció, aunque se lo estaba pasando bien en compañía de Jack. Lejos de sus compañeros del Instituto de Fulton, Jack no podía resultar más distinto. Apenas había cerrado la boca desde que se subieron al autobús.

—Por cierto —siguió él—, debería advertirte de que el padre de Kitty es el hombre más aterrador del mundo entero.

—¿De verdad? ¿Por qué?

—¡Espera y verás!

Lis había aceptado, por supuesto, la invitación de Kitty a la fiesta de asesinato. Dio por hecho que Kitty estaba bromeando, pero eso casi no tenía importancia. El cable que le echaban era demasiado tentador para decir que no. Desde el primer instante en que había visto a los tres en el autobús, se había sentido atraída por ellos. Era verdad que aquel grupo no iba a ganar ningún concurso de popularidad en el instituto, pero tenían su propia y extraña fuerza. Ponían nerviosa a la gente, a gente como Laura Rigg. Ya solo eso le parecía a Lis bastante mérito.

—¿Cuánto hace que conoces a Kitty y a Delilah? —le preguntó a Jack para distraerse de las «voces» de los árboles.

—¡Uf, siglos! —respondió Jack—. Hicimos juntos la Primaria, pero en realidad no hablamos mucho hasta el curso pasado.

—¿Y eso...?

Jack se encogió de hombros.

—Yo les tenía miedo, ya sabes, por todos esos rumores de que eran brujas, pero un

día empezamos a hablar en clase de Religión. Y después de eso ya no quise más que estar con ellas todo el tiempo. Me atraparon, ¿te das cuenta? Supongo que era el destino o algo así.

A Lis le parecía admirable aquel entusiasmo propio de televisión infantil. Se rió para sí.

—¿Qué es lo que encuentras tan divertido?

—Nada. Solo tú.

—¿Divertido o marciano?

—¡Las dos cosas!

Él se rió con ganas, y le dio un golpecito en las costillas.

La floresta se aclaró, y el autobús entró en el acomodado vecindario de Kitty. Las casas allí eran más nuevas y más grandiosas; las vallas más altas. Algunas de las más ostentosas hasta tenían estatuas en la explanada de césped delantera, medio ocultas tras las bien cerradas cancelas de hierro. A Lis no le cabía en la cabeza que nadie pudiera realmente necesitar verjas en Hollow Pike, pues aquel debía de ser el rincón más tranquilo y seguro de toda Inglaterra.

—Esta es nuestra parada —anunció Jack apretando el botón.

Los dos bajaron del autobús a la mojada acera. Lis siguió a Jack, intentando orientarse.

—Rigg, «cara de perro», vive por allí, y justo doblando la esquina está la casa de Danny...

El corazón le dio un vuelco a Lis con la sola mención de aquel nombre. Mentalmente, se dio unas bofetadas a sí misma en pleno rostro.

—Y esa es la de Kitty... —Jack señaló con un gesto un callejón sin salida flanqueado por árboles.

A la casa de Kitty le faltaba muy poco para llegar a la categoría de palacio. La propiedad entera estaba cercada por una enorme tapia, aunque Lis podía vislumbrar el largo camino que llevaba desde la entrada a una casa de tamaño importante.

—¡Hala!, ¿es que los padres de Kitty pertenecen a la familia real?

Jack se rió con ganas.

—¡Casi! El padre de Kitty es comandante de policía o algo así.

—¿Qué...?

—¡En serio! Es el jefe de policía de toda la zona, que es como ser el pez más gordo de un estanque muy pequeño... pero no deja de ser el que más manda.

—¿Por eso da tanto miedo?

—¡Espera y verás!

Jack le cogió la mano, la llevó casi a rastras hasta la enorme cancela de hierro forjado, y apretó el botón.

Tras una breve pausa, respondió una tímida voz de mujer:

—¿Sí...?

—Hola, somos Jack y Lis, venimos a ver a Kitty.

Con un espantoso chirrido, la cancela se abrió.

—¿Era la doncella? —preguntó Lis.

—Su madre, que no da miedo.

Los dos bordearon la cuidada explanada de césped que se extendía por dentro del semicírculo que dibujaba el camino.

—La casa me da un poco de miedo —confesó Lis.

—Bueno, no dejes que se te note.

Kitty apareció en la puerta. Aquella era una versión más casera de su nueva amiga: llevaba una camiseta que caía suelta, y un par de vaqueros ceñidos y recortados de color negro.

—Hola... Venga, entrad. Bienvenida a la mansión de los Monroe.

El interior era por todas partes tan lujoso como el exterior. Kitty atravesó la planta baja arrastrando los pies, como si le avergonzara la grandiosidad de la mansión familiar. Desde luego, la mansión contrastaba con la propia Kitty.

Desde el salón principal, una voz atronadora dejó a los tres clavados en su sitio:

—¿Más amiguitos, Catalina?

Kitty respiró hondo y Lis torció el cuello tratando de ver al padre de Kitty, pero lo único que vislumbró fue la parte superior de una cabeza entrecana que superaba el respaldo de un enorme butacón de cuero.

—Solo somos cuatro, papá —le respondió Kitty.

—Nada de música rara.

—Vale.

Puso los ojos en blanco y les mostró el camino por la escalera.

—Si alguna vez me llamas Catalina —le susurró a Lis—, amistad acabada.

—¡No te preocupes, tu secreto estará a salvo conmigo!

Después de varios kilómetros interminables de escaleras cubiertas con mullidas alfombras, Kitty les hizo pasar a un desván remodelado. Aquel sitio sí que estaba en consonancia con Kitty. No había cama; era una especie de estudio. Kitty había colgado telas rojas transparentes sobre las claraboyas para crear un espacio oscuro y cálido, semejante a una crisálida. Una alta lámpara antigua cubierta con un mantón dorado se alzaba orgullosa en una esquina, añadiendo cierto embrujo al espacio.

Delilah ya estaba allí, sentada ante el ordenador portátil de Kitty, eligiendo un poco de música tranquila. Le dirigió a Lis una sonrisa cordial y un pequeño gesto hecho con los dedos. El suelo estaba cubierto con una alfombra vieja, y todo tipo de libros, desde pequeños y desvencijados ejemplares de poesía a enormes volúmenes de gran formato de fotos de fotógrafos de los que Lis no había oído hablar. Entre vacías tazas de café había montones de papeles de deberes escolares. Las paredes estaban recubiertas de cientos de imágenes realmente llamativas. Había desnudos sorprendentes, modelos glamurosas de estilo cadavérico, y una pared exhibía a una enorme *Hello Kitty* que saludaba a los presentes con la mano. Una amplia sonrisa apareció en el rostro de Lis. Aquello era como estar dentro de la mente de Kitty.

Jack se echó sobre un sofá de cuero estropeado, mientras Kitty se acercaba a Delilah y la abrazaba por la espalda.

«¡Dios mío, es verdad que son lesbianas!», comprendió Lis. La cabeza le hizo chiribitas: había dado por hecho que los rumores sobre su lesbianismo eran tan falsos

como los rumores sobre su brujería. «Pero, bueno, al fin y al cabo, esto no es nada que no hayas visto ya en la tele», se dijo. Una vez más, Lis hizo un esfuerzo para no mirar, y se sentó junto a Jack en el sofá. Era la primera vez que conocía a una pareja lesbiana, pero eso no era necesario que lo supieran. Jack, mientras tanto, se afanaba en sacar de su mochila una selección de tablillas y bolígrafos.

—¿Para qué demonios es eso? —preguntó Delilah, muy a gusto en los brazos de Kitty.

—Bueno, si vamos a tramar la muerte de alguien, deberíamos diseñar un plan de modo eficiente —le respondió Jack—. No debemos cometer errores. —Desenrolló una gran hoja de papel blanco y la clavó en la pared.

—Si planeamos matar a alguien, ¿por qué tenemos que escribir nada? —repuso Delilah.

Kitty resopló:

—Bien dicho.

Jack hizo un mohín que duró solo un segundo.

—Vale. Observación aceptada. ¡Ninguna nota de ningún tipo! —Apartó las tablillas—. Lis: nuestra regla es que lo que se dice en el desván de Kitty no sale del desván de Kitty.

—Eso parece razonable. —Lis miró a Kitty, y esta le sonrió de modo cariñoso. El aire amenazante que Kitty tenía en el instituto no se encontraba por ningún lado tras la transformación experimentada en el cómodo desván.

—Eso también vale para ti —prosiguió Jack—. Puedes decir lo que quieras, que no diremos nada en el instituto.

—De hecho, no tendríamos a quién decírselo, puesto que nadie nos habla —añadió Kitty.

Lis sonrió con comprensión.

—Quiero que sepáis que yo no soy como Laura y las otras. Nunca he hablado mal de vosotras.

—Lo sabemos —dijo Delilah con una sonrisa—. No te habríamos invitado a venir si no fuera así.

Lis se inclinó hacia delante, sintiéndose más segura.

—Dejé el anterior instituto porque me acosaban. Lo pasé realmente mal. Yo no le haría eso a nadie.

Jack subió los pies al sofá.

—¿Te acosaban? ¡Pero si eres muy guapa! ¡Y yo que creía que solo acosaban a los maricas gordos!

Los cuatro se rieron a mandíbula batiente, y Lis cayó en la cuenta de que hacía mucho que no se reía de aquel modo.



Unas horas después, los cuatro estaban sentados en círculo sobre la raída alfombra. La noche había caído hacía rato, y los cuatro se afanaban trazando el plan para asesinar a

Laura Rigg.

Las primeras propuestas de Jack fueron cómicas y estrafalarias, e incluían la construcción de diversos aparatos mortales para que Laura cayera en ellos, un poco al estilo innecesaria y cómicamente alambicado de las máquinas Goldberg. Kitty y Delilah llevaron la conversación hacia ideas más realistas.

—Pero ¿cómo podríamos hacerlo? —preguntó Delilah—. ¿Cómo podríamos asesinar a la chica más popular del insti y escaparnos de rositas? Tiene que haber un medio.

—Podríamos proporcionarnos coartadas unos a otros —sugirió Lis.

—Podríamos. Pero tendrían que ser muy buenas —razonó Kitty—. Tal vez tendríamos que esperar a que los padres de alguien estuvieran de vacaciones, o algo así, y así sería creíble que estuviéramos en determinado lugar en el momento de la muerte, y asegurarnos de que podíamos ir y volver sin que nadie lo supiera.

Jack se pasó la mano por su pelo de ratón.

—Mi madre y Amber siempre pasan la noche fuera, por los concursos de baile de Amber, así que eso podría valer.

Delilah parecía distraída, dibujando diminutos e intrincados garabatos en un cuaderno, y sin embargo seguía concentrada en la conversación:

—Desde luego, no podemos matarla cerca de ninguna de nuestras casas.

—Y no podemos seguirla por ahí, esperando a que se encuentre sola en un callejón oscuro —dijo Jack riéndose—. Porque no es que nosotros pasemos precisamente desapercibidos.

—Mmm... Tal vez podríamos conseguir que viniera ella a buscarnos a algún sitio... —sugirió Delilah sin dejar de dibujar garabatos.

A Lis se le pasó una idea por la cabeza:

—Estoy casi segura de que tengo la dirección electrónica de Laura...

Kitty se rió.

—Venga, aunque lo enviáramos desde una cuenta falsa, podrían averiguar dónde se escribió el email.

—¿De verdad? Entonces no he dicho nada.

—No: esa es una buena idea. Pero podríamos escribir una carta en vez de un email. Una carta impresa en el insti no nos acusaría a ninguno de nosotros siempre y cuando tuviéramos cuidado de no tocar el papel —dijo Kitty.

—¡Deberíamos escribir toda la nota desde el ordenador de Danny! —señaló Jack con entusiasmo, levantándose sobre las rodillas.

Lis se sintió un poco rara ante la idea de incluir el nombre de Danny en aquello. Aunque él tuviera su propia coartada, se vería metido en un auténtico infierno.

—No —dijo Delilah para alivio de Lis.

—¡Claro que no! —corroboró Kitty—. Danny es un tío majo. No tengo nada en contra de él.

—Mejor lo hacemos en el ordenador de Nasima Bharat —musitó Delilah.

—¡Bien pensado! —Jack se echó otra vez sobre el sofá. Era un manojo de nervios y entusiasmo, apenas capaz de quedarse sentado por un instante—: Esa zorra se lo merece, reconozcámoslo.

Lis se vio inmersa en aquello que, esencialmente, era un problema intelectual: ¿Cómo podía uno controlar todas las variables que rodean un asesinato? La policía, el cuerpo, las armas... Eso era más difícil que cualquier pregunta de examen. Se echó el pelo para atrás y entrecerró los ojos para concentrarse.

—¿Qué me decís del veneno? Así no habría arma...

—Sí —dijo Kitty—. Eso podría funcionar, pero ¿cómo hacemos que se lo tome?

—Es una típica adolescente borrachuca: ¡no hay más que echárselo en un vaso! —dijo Jack riéndose.

—¡Estupendo, Jack! ¿Tienes un poquito de cianuro? —preguntó Delilah sonriendo.

—No, sabihonda, pero seguro que una pequeña dosis de desatascador de cañerías haría el mismo efecto.

Lis se echó hacia atrás sobre la alfombra, mirando al techo.

—Lo notaría enseguida. Jamás se lo bebería.

—No estoy tan segura... —dijo Kitty sin inmutarse—, ¿habéis probado alguna vez el *alcopop* que bebe ella? ¡El desatascador de cañerías no puede ser mucho peor!

Una vez más, el grupo estalló en risas incontroladas.

—¡Vale, vale! —exclamó Kitty, exigiendo a los demás que la escucharan—: Entonces, ¿qué tenemos hasta ahora? Le enviamos una carta, tal vez desde el ordenador de Nasima, pidiéndole que vaya a algún sitio...

—De acuerdo —confirmó Jack.

—Y luego... ¿Y si hiciéramos que pareciera un accidente que ha tenido lugar en la floresta, o algo así...? Podríamos hacer que pareciera producto de la bebida. Un golpe en la cabeza podría pasar como una caída, y ni siquiera tendríamos que pensar cómo colocamos el cadáver.

El cadáver. Lis se estremeció. Qué palabra tan fría, tan inhumana. Estaban hablando de un cuerpo humano. Un cuerpo humano muerto. El cuerpo humano de Laura muerta. «No es más que un juego», se recordó.

—Me gusta. ¡Eres una genia! —exclamó Delilah, abandonando por fin sus garabatos y besando a Kitty en la frente.

—¿La policía no se daría cuenta de que no fue un accidente? —preguntó Lis.

—Seguramente no. No existe el *CSI: Hollow Pike* —dijo Jack con una sonrisa.

Lis se rió. Pese a aquel contexto gore, no recordaba la última vez que se había divertido tanto. Había un ambiente tan agradable en aquel desván... A juzgar por el tiempo que había pasado con Laura y sus chicas, Lis dudaba de que nunca se divirtieran de aquella forma desinhibida. Estando con ellas, se había mostrado siempre tan cautelosa, tan temerosa del juicio de las demás, que no se había relajado un segundo. En el desván de Kitty, sin embargo, Lis no se sentía juzgada por nada: ni por su ropa, ni por su pelo, ni por quién le pudiera gustar o dejar de gustar...

—Si vamos a fingir un accidente, entonces seguramente no deberíamos dejar ninguna nota, porque Nasima negará haberla enviado, y la policía empezará a sospechar —señaló Jack—. Tal vez podríamos ponerle un SMS, y después quitarle el móvil al cadáver de las manos...

—Eso podría funcionar, aunque la policía seguramente se daría cuenta de que le

había desaparecido el móvil —respondió Kitty—. Por supuesto, no hay razón para que uno de nosotros no pueda ir con ella a la floresta mientras los otros esperan ya allí.

—¿Una trampa? —preguntó Lis.

—Sí —siguió Kitty—. Tú podrías fingir que la perdonas por el asunto del email, y que quieres seguir siendo amiga suya. Ella te seguiría al interior de la floresta, sin duda.

Lis no se había esperado un papel tan central en la trama. Se puso rígida, sin saber cómo reaccionar. Los demás la miraron con expectación, casi como si aquello fuera algún tipo de prueba iniciática de la que ella no sabía nada.

—Sí, supongo que sí —dijo por fin—, aunque no tengo muy claro que fuera capaz de convencer a Laura de que viniera conmigo. Soy muy mala actriz.

—En cualquier caso —empezó a decir Jack—, golpearle en la cabeza no me parece bastante. Yo quiero que sufra...

Como un puñal, el término «sufrir» le retorció a Lis las entrañas.

—Creo que deberíamos hacerlo en las vacaciones de mitad de trimestre. Sería más fácil convencerla entonces de que entrara en la floresta —sugirió Kitty.

—Todo el mundo sabe que es ahí donde esconden la bebida y el tabaco —añadió Jack—. No sería difícil hacerla entrar.

Delilah se acurrucó en el regazo de Kitty.

—El problema es, querido, que los que pasean a su perro y tal van a la floresta hasta después de que oscurezca. Alguien podría vernos... a menos que usáramos el viejo vertedero de basura, ¿no?

Lis se sintió mareada. Lo que había comenzado como un juego estaba empezando a parecerle un poco mórbido.

—Esa es una idea magnífica —dijo Kitty—. No tenemos más que arrojarla por el borde, y el pueblo entero se pensará que la estúpida borracha se ha caído en un trágico accidente mortal.

Lis recordó algo que le había ocurrido hacía tiempo, un día en que ella y Sarah habían ido caminando por Anglesey^[9]. Mientras corría por las dunas de arena, llena de energía, se había encontrado con una cría de gaviota que estaba malherida. Aún podía oír sus agudos chillidos que imploraban la salvación a su madre ausente. Recordó que Sarah, mayor y más inteligente que ella, se adelantó para librar de su sufrimiento a la indefensa criatura, completamente segura de que no había para ella curación posible. Aun sabiendo que Sarah actuaba movida por la bondad, Lis había sido incapaz de soportar la idea de acabar con la vida de aquella pobre criatura, y se dio la vuelta, negándose a mirar.

Laura Rigg no era ninguna criatura indefensa, pero Lis sabía que cuando llegara el instante de empujarla por el borde, seguiría acordándose de aquella gaviota. No mataría a ningún ser vivo.

—¿Qué sucede? —preguntó Jack.

Sin necesidad de mirarse al espejo, Lis sabía que se había quedado pálida como un fantasma.

—No puedo matar a Laura.

Las palabras se le agarraron a la parte de atrás de la garganta, y salieron casi como

una confesión. Qué irónico: ¡confesar que no quería matar a nadie! Hubo un instante de silencio, y a continuación los demás prorrumpieron en carcajadas incontenibles.

—¡Ah, pobre Lis! —logró decir Kitty por entre lágrimas de risa—. ¡Por supuesto que no podemos realmente matar a Laura! ¿Te imaginas...?

—«Perdona, Laura, ¿podrías estarte un momento quieta mientras te golpeamos hasta matarte?» —preguntó Delilah con exagerada cortesía.

Jack le dio a Lis un fuerte abrazo.

—¡Nosotros nos pasamos el tiempo haciendo estas cosas!

—¡Diseñando planes diabólicos! —anunció Delilah con una profunda voz teatral.

—Lo siento mucho, Lis —dijo Kitty con una sonrisa—. Bienvenida a nuestro retorcido tipo de diversión. ¿Ha sido demasiado siniestro?

Se sintió inflada de puro alivio. Lis negó con la cabeza, preguntándose en qué momento había empezado a olvidarse de que todo era una broma. Esperaba que los demás no la tomaran por idiota integral. Parecía que, estuviera uno en el grupo de amigos que fuera, siempre había una serie de normas diferenciales que había que comprender.

—¡En serio! —dijo Jack riéndose—. ¿Me imagináis en la cárcel? ¡No sobreviviría ni una hora!

Delilah empezó a juntar cuatro tazas, dispuesta a servir un té recién preparado. Entonces habló con suavidad, sin mirar a nadie:

—Bromas aparte, ¿lo haríais? Si tuvierais la ocasión, ¿mataríais a Laura Rigg?

El desván se quedó en silencio. Lis miró a los demás. Como era la recién llegada, no pensaba ser la primera en ofrecer a los demás su opinión, y ya sabía su respuesta: no.

Kitty se incorporó, bien recta.

—Si yo estuviera completamente segura de que no me iba a pasar nada, la mataría sin dudar.

—Yo también —dijo Jack—. Le haría un favor al mundo.

Los tres miraron entonces a Lis. Ella se quedó un instante callada, tratando de encontrar una respuesta diplomática:

—El instituto sería un sitio mejor sin ella —dijo.

Una sensación de culpa la invadió de inmediato. Por alguna razón, sentía como si acabara de firmar la condena a muerte de Laura.

La amistad

LA EXPRESIÓN DE LA CARA de Laura Rigg no tenía precio. Caminando con paso decidido por el pasillo, cerca de las taquillas, al lado de Kitty, Jack y Delilah, Lis la vio recibir su merecido. La gente miraba... Qué demonios, los ojos se les salían de las órbitas, pero tal como había imaginado Lis que ocurriría, ser parte de la tribu de los raros le hacía sentirse segura, casi poderosa. Le gustaba.

Su grupo era casi el paralelo al grupo «in» de Laura. Ellos eran los «out», algo que Lis decidió que era mucho más interesante en realidad. A semejanza del grupo in, Kitty, Delilah y Jack se daban aires por el instituto, llevando ahora a Lis a la zaga. Cuando Laura estaba presente, la gente lo notaba; y del mismo modo, cuando aparecía Kitty tampoco nadie podía ignorarla. A Lis le parecía que Kitty y Delilah habían comprendido que lo de agachar la cabeza era algo que no funcionaba. La gente iba a tomarlos como blanco de todos modos, así que era mejor divertirse un poco. Si la gente iba a criticarlos de todas maneras, entonces era mejor darles algo de qué hablar.

Cuando llegaron a las taquillas, Lis sonrió y hasta se atrevió a empujar un poco a Laura para pasar. Compartía con los otros la fuerza que les daba la crueldad de Laura, y el resultado era que ya tenía menos de víctima. Tal vez hubiera una especie de fórmula matemática que lo explicara: vulnerabilidad por mofa partido por apoyo, o algo así.

Recuperándose del susto, la cara de Laura adoptó su acostumbrado gesto de desprecio.

—¡Uy, qué bonito! ¡Las brujas han hecho una nueva amiga!

Lis se paró para volverse hacia ella. ¡Si Laura supiera algo de los elaborados planes que habían concebido para matarla! En ese caso no sonreiría igual.

—Efectivamente, Laura. Lo que me sorprende es que conozcas la palabra «amiga».

Tras ella, oyó cómo se reía Jack por lo bajo.

Nasima intervino:

—A lo mejor es que también es lesbiana.

Lis puso a prueba su valor recién encontrado:

—¿Por qué eres siempre tan corderito, Nasima? Tú eres la única alumna paquistaní de nuestra clase. ¿No sabes qué se siente siendo distinta?

Una mirada de enojo pasó por su cara.

—¡Que sea paquistaní no quiere decir que sea lesbiana! Eso es racismo.

Delilah avanzó poniendo los ojos en blanco:

—No gastes saliva, Lis. Si alguna vez hubiera tenido una célula en el cerebro, ya se le habría muerto de tristeza.

—Perdedores —dijo Laura con amargura—. ¿Cómo está el vagabundo de tu padre,

Bloom?

—Está bien, Laura, gracias —respondió Delilah con dulzura—. Pero ¿cómo estás tú? Aquí, entre mujeres, te noto un poco... cansada.

La suave pulla de Delilah dio en el blanco. Todo el rostro de Laura se tensó.

—¡Frikis! —Y echándose atrás sus castaños mechones, se fue caminando con paso orgulloso en la dirección opuesta.

—¡Buena respuesta! —le dijo Kitty desde detrás.

Lis se rió, y sus nuevos compañeros se rieron con ella.



Más tarde, Lis se descubrió a sí misma en la parte de atrás del laboratorio de ciencias con muy poca idea de lo que estaba ocurriendo. Ella era muy buena en Lengua y Literatura y en idiomas extranjeros pero, aunque sus notas estaban por encima de la media en Ciencias y en Matemáticas, le costaba un esfuerzo casi sobrehumano ser la primera de la clase en esas materias.

En aquel momento era vagamente consciente de lo que tenía que hacer, pero no tenía ni idea de para qué había que hacerlo. Se suponía que tenía que quemar magnesio en un recipiente hermético, pero se daba cuenta de que todos los demás estaban pesando sus pequeñas cazuelas. Echó pestes de aquella propensión suya a pensar en las musarañas. Como ninguno de sus nuevos amigos iba con ella a Química, se sentía sola.

Se armó del valor necesario para ir a preguntarle al profesor Maloney, y empezó a rodear su mesa de trabajo, pero la detuvo en seco Danny Marriott. El cerebro se le derritió al instante, y solo logró exhalar un leve sonido semejante a la tos. Él había penetrado en su medio metro de espacio personal. No lo había hecho queriendo, pero a ella el corazón le empezó a latir al sentir en su frente el cálido aliento de él.

—Lo siento —dijo echándose hacia atrás.

El cerebro de ella hizo un esfuerzo desesperado por volver a empezar y tratar de encontrar algo sensato que decir:

—Está bien, no te preocupes. —Hizo un esfuerzo para atreverse a mirar el color turquesa de sus ojos.

—Ibas a hacer mal el experimento.

Ella sonrió, al mismo tiempo que se ponía colorada como un tomate.

—¿Me mirabas?

Entonces fue su turno de ponerse colorado. Lis acentuó su sonrisa al tiempo que trastabillaba con las palabras:

—Bueno, eh... tú estabas sentada justo a mi lado. Pero parecía que estabas en Babia...

El simple hecho de que Danny le hubiera prestado un minuto de atención le pareció algo mil veces más cálido que el despliegue de quemadores que había a su alrededor.

—Tienes razón, estaba en Babia —admitió Lis. Entonces sonrió—: ¡Y se me había olvidado que tú antes eras un empollón! Explícame: ¿qué es lo que tengo que hacer?

—Vale, vale... no levantes la voz. De lo que se trata es de comprobar que el cambio de estado no afecta a la masa de los componentes químicos.

Lis se mordió un labio y movió ligeramente la cabeza hacia los lados. Sentía un poco de vergüenza: no le hacía ninguna gracia mostrar su ignorancia delante de Danny.

—Es fácil —siguió diciendo él—. Tienes que pesar tu recipiente, después poner el magnesio al fuego hasta que se consuma, y entonces comprobar que tu recipiente sigue pesando lo mismo.

—¡Ah, ya lo comprendo! Aunque no se pueda ver el magnesio, sigue allí.

—Exacto. El trabajo para casa es sobre los gases de los tubos de escape de los coches. Nuestro experimento demuestra lo malos que son los gases para la calidad del aire. Si tu recipiente no pesa lo mismo, será que el experimento ha ido mal en algún punto: seguramente la tapa no estaba bien apretada.

Lis sonrió de oreja a oreja oyendo el razonamiento de Danny. Recordó el momento de revelación que había tenido en el desván de Kitty. Estaba completamente segura de que Danny no hubiera podido hablar de ese modo ante Cameron ni Bobsy por miedo al ridículo. Tal vez de ahí provenía aquel asomo de tristeza que había en sus ojos.

—¿Te ríes de mí?

—¡No, es estupendo! Danny Marriott, el chico molón del equipo de *rugby*, tiene un secreto inconfesable: ¡es un chico de ciencias!

Se volvió, mirando a su alrededor, con algo de miedo. Lis sabía la importancia que tiene el saber ocultar la inteligencia de uno. Ser inteligente no está bien visto.

—No te preocupes, que no se lo diré a nadie. Al fin y al cabo, soy la chica que vendía en eBay o algo parecido su bebé imaginario, ¿no te acuerdas?

Él ahogó una risita:

—Sí, ya no me acordaba de tu secreto pasado.

—No te lo has creído, espero.

—¡Claro que no! Lo único que pensé es que Laura se había vuelto por fin loca del todo. Era algo que tenía que ocurrir tarde o temprano.

Lis se rió disimuladamente, sabiendo que el profesor Maloney hacía la ronda no muy lejos de allí.

Danny siguió:

—Pero, en serio, ten mucho cuidado con Laura. Sus secuaces le tienen miedo, y es por algo. También yo le tengo algo de miedo, si te soy sincero... y no te va a servir de nada el acercarte a Kitty y a Delilah.

Lis frunció el ceño.

—¿Qué pretendes decir?

Danny abrió desmesuradamente los ojos.

—No me entiendas mal, a mí ellas me caen bien. Hice con ellas la Primaria, pero todos esos rumores... ¡La gente dice que adoran a Satanás! Una cosa bastante tenebrosa.

Lis hizo esfuerzos por mantener la sonrisa. ¿De verdad creía Danny esas cosas? La

dura posibilidad de que Danny no fuera mejor que Cameron o Laura pasó por su mente revoloteando un instante.

—¿Hablas en serio?

—Vamos... Son raras hasta decir basta. Si empiezas a ir con ellas, la gente se cachondeará.

—Creo que esa es la diferencia entre tú y yo, Danny —declaró Lis con toda calma—. ¡A mí eso ya no me preocupa lo más mínimo! No puedo fingir que me gusta alguien tan repugnante como Laura. Tú puedes arrimarte a esas muñequitas si quieres, pero yo ya no estoy en esa banda.

Danny puso cara de cachorro apaleado, y Lis se preguntó si no se habría pasado un poco, pero en aquel instante el profesor Maloney pasaba por allí. Lis agarró su vaso de precipitados y se dirigió con él a las básculas, dejando a Danny plantado ante el banco de trabajo, viéndola alejarse mudo de asombro.



El instituto era un purgatorio más llevadero ahora que Lis ya no tenía miedo a los recreos, y el fin de semana llegó con increíble rapidez. Jack trabajaba unas horas cada semana en Fulton en una tienda de bocadillos de nombre tan inquietante como *Baguettoso*, y Delilah había explicado que, para evitar que se suicidara, solían pasarse un rato por allí para aliviar su aburrimiento.

Después de comer, las chicas anduvieron por la calle principal. Era un paisaje lamentable. Un montón de tiendas estaban completamente clausuradas, mientras que otras se hallaban en diversos grados de ruina, con carteles desvaídos y desportillados que crujían colgados al viento. Habían pasado no menos de tres bazares que declaraban orgullosamente que todo lo que vendían costaba «¡Solo una libra!» (o en cierto caso «¡Solo 99 peniques!»). Cada una de esas tiendas tenía montones de chismes horteras colocados a la puerta.

Parecía que había un gran restaurante, un italiano llamado Luigi's, que representaba todos los estereotipos italianos conocidos por el ser humano, y no parecía haber sido vuelto a decorar desde los años ochenta. También había un número de bares desproporcionado para semejante pueblo. Hasta el momento, habían pasado tres, que se llamaban «El Casco Roto», «El Cordero Degollado» y «El Hombre Verde».

—Por eso están todas las tiendas en tan mal estado —explicó Delilah, señalando los bares con un gesto de la mano—. Aquí la noche del viernes es como Sodoma y Gomorra.

—Aunque sin la sodomía, por desgracia —bromeó Kitty—. Pero, en serio, la noche del sábado esto es el salvaje oeste.

Lis miró a su alrededor con tristeza.

—¿No hay ninguna tienda que valga la pena?

Kitty y Delilah respondieron «no» al unísono, y a continuación se desternillaron de la risa.

—Bueno, está la tienda en que trabaja Jack, sin duda. ¡Un lugar con clase! Y también hay una cafetería muy agradable en el piso superior de la librería —dijo Kitty, señalando al otro lado de la calle.

—Mañana podríamos ir a Leeds —sugirió Delilah—. Mi padre me debe algo de dinero.

Kitty tenía una especie de comida familiar, así que no podía ir, y Lis no estaba segura de si podía permitirse aquel largo viaje teniendo tantos deberes que hacer. Así que empezaron a pensar en un viaje para el fin de semana siguiente, y Lis se sintió feliz de tener un sitio en los planes futuros de ellas. Resultaba tranquilizador.

Había una última estación en la visita. Kitty y Delilah habían prometido que lo mejor llegaría al final. Se dirigieron a una calle secundaria adoquinada y en curva que se alejaba del centro comercial. Después de un par de tiendas de aspecto falsamente antiguo, llegaron a su destino. Aquella parte del pueblo parecía más auténtica. Era un verdadero pueblo de Yorkshire, con su panadería, su herrería y algunas librerías de viejo muy pequeñas. Era una pena que no fuera así todo Fulton. De hecho, comprendió Lis, casi habían regresado andando a Hollow Pike.

—¡Oh, no! Mirad quién está ahí —susurró Delilah.

Al otro lado de la calle estaba Laura. Qué horror, ella era la última persona que a Lis le apetecía ver. Lis se puso tensa de inmediato, y sin darse cuenta se escondió detrás de Kitty. Su enemiga estaba discutiendo con un hombre apuesto que llevaba el pelo plateado cortado casi al cero y un bronceado de playa. ¿Sería su padre, tal vez?

—¡Atentos al espectáculo! —comentó Kitty con una risita.

Aunque estaban demasiado lejos para oír nada, era evidente que Laura y aquel caballero estaban teniendo un feroz enfrentamiento. Laura parecía acalorada y llorosa, incluso en un momento dio una patada en el suelo, en un gesto de terquedad. Escupió un insulto a la cara del hombre, pero eso fue la gota que colmó el vaso. Con su fuerte mano, él le agarró el brazo y la arrastró hasta un BMW azul casi negro que estaba aparcado en una de las calles adyacentes.

Incluso desde donde estaban, Lis oyó que Laura profería una maldición:

—Vamos, no nos metamos —dijo Delilah, y tiró de la mano de Lis para llevársela de allí, pero Lis sentía ya en el estómago aquella mezcla conocida de odio y fascinación que solo podía asociar con Laura Rigg. Con la cabeza gacha, siguieron su camino a toda prisa por los adoquines de la calle.

—¡Ya estamos aquí! —Delilah indicó una tienda que parecía venida a menos, con unos mugrientos visillos y un cartel en la puerta que decía «Amigos de la Iglesia». Lis comprendió que debía de ser una tienda benéfica, aunque lo que realmente le llamó la atención fueron las dos aterradores maniqués del escaparate. Una estaba calva y manca de un brazo y, pese a la peluca que le tapaba la mayor parte de la cara, se podía apreciar claramente que la compañera tenía las cuencas de los ojos vacías. Las dos tenían puestos unos espantosos vestidos estampados.

—¡Estáis de coña!

—¡No! —chilló Kitty—. Espera y verás... ¡Es sorprendente! Te prometo que aquí encontrarás tesoros escondidos.

Las dos chicas la cogieron cada una de un brazo y la metieron por la puerta de la tienda, en la que sonó un timbre primoroso anunciando su llegada. El olor de vieja ropa enmohecida y de bolas de naftalina impactó a Lis como un invisible maremoto. Le costó trabajo no dar arcadas.

—Dentro de un minuto ni notarás el olor —le susurró Delilah, leyéndole la mente.

La tienda se hallaba inmersa en una neblinosa penumbra, y solo unos pequeñísimos haces de luz se filtraban por los sucios visillos. La ropa colgaba de barras, y los trastos se amontonaban por todos lados, en cajas de embalaje recicladas. Las baratijas ocupaban cualquier espacio que pudieran ocupar, mientras las pilas de libros llenaban cada esquina. Al igual que le pasaba a TARDIS, la nave del doctor Who, la tienda parecía más grande por dentro que por fuera. Kitty tenía razón, sin embargo: pese al olor, Lis se encontró allí dentro como en la cueva de Aladino.

—¡Buenas tardes, señoritas!

Las tres saltaron de la sorpresa cuando apareció tras el mostrador aquella extraña visión. Era difícil calcular la edad de la tendera: estaba enterrada bajo una tonelada de maquillaje malo y una enorme peluca rubia. A Lis se le quedó la boca abierta: aquella mujer parecía medio humano, medio payaso.

—Hola, señora Gillespie —respondió Delilah cortésmente—. ¿Cómo está usted?

La figura movió una mano enjoyada como abarcando la tienda con ella.

—Ya sabes cómo es la cosa, cielo. ¡Demasiado que hacer, y muy poco tiempo para hacerlo!

Las tres chicas asintieron con la cabeza.

—No os pareceré maleducada si sigo doblando bufandas, ¿no?

—En absoluto.

La señora Gillespie tomó con lentitud una bufanda de un montón temblequeante, y la dobló pulcramente antes de pasar a la siguiente. Lis dudó que el doblar bufandas ayudara a rescatar la tienda del estado de caos en que se hallaba.

Kitty le cogió la mano, y se acercaron lentamente al fondo de la tienda.

—¿La conocéis? —le preguntó Lis en un susurro.

—Claro. Venimos mucho aquí.

—Ya sé lo que estás pensando —dijo Delilah, volviendo a leerle el pensamiento—, pero si miras bien, encontrarás algunas cosas retro realmente fabulosas. Todas las amas de casa desesperadas fueron jóvenes y guays en los años setenta y ochenta, y siempre están tirando cosas.

—¡Vale, empiezo a desenterrar!

—¡Que lo disfrutes! —dijo desde lejos la voz chillona de la señora Gillespie. Lis se preguntó si habría oído todo lo que habían dicho.

Una vez más, sus nuevas amigas habían dado en el clavo. Entre espantosas reliquias de la moda, había algunas cosas que encajaban con el nuevo estilo de Lis, su «estilo urbano adaptado al campo». Pero lo más divertido de todo eran los probadores: en realidad, una simple cortina que tapaba una esquina de la tienda. Las tres chicas se apresuraron a organizar un desfile de moda en el que las espectadoras eran ellas mismas. Por turnos, se metían tras la cortina con los brazos cargados de prendas.

Algunas eran cosas comprables, pero sobre todo cogían las cosas más grotescas, cosas con valor cómico que habían encontrado por allí. Kitty salió del probador con un vestido de dama de honor gigante de color melocotón, y al instante siguiente lo hizo Delilah a cuatro patas, enfundada en un vestido de gata de PVC. En cuanto a los trajes chaqueta de los ochenta, ¡molaban mazo! Lis se rió hasta que empezaron a dolerle las costillas.

—¿Qué os parece esto? —preguntó ella, luciéndose con una pequeña trinchera roja. Era el rojo sangre más atrevido que hubiera llevado nunca y, aunque no era su estilo habitual, se sentía valiente.

—¡Precioso! —exclamó Kitty entusiasmada—. Es muy «día de lluvia en Manhattan».

—¡Tienes que comprártelo! —la animó Delilah.

—¡Estupendo! —dijo Lis sonriendo, deleitándose en los fulgores de la amistad.

Mientras Delilah y Kitty buscaban un abrigo para esta última, Lis se separó y empezó a mirar por la parte de los libros y los regalos. La mayoría de las cosas eran platos viejos y adornos de cristal que parecían llegados de casas de ancianos fallecidos, una idea que le hizo sentirse incómoda.

Pasó un dedo por una pila de libros polvorientos coronados por tres ejemplares del *Anuario 1997 de las Spice Girls*. En la base misma de la torre había un enorme libro de tapa dura titulado: *La historia oculta de Hollow Pike*, por Reginald J. Dandehunt. ¿Tendría algo que ver con la señora Dandehunt?, se preguntó Lis. Extrajo de allí el pesado tomo, con cuidado de no derribar toda la pila. ¿Cuántos Dandehunt podía haber en un pueblo como aquel? Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, y posó delante de ella el viejo libro. Yendo a la página de créditos, descubrió que el libro se había publicado en 1922. ¡Era una reliquia! Lis sonrió al ver el precio escrito a lápiz que marcaba 1,75 libras. Se preguntó qué precio alcanzaría en uno de aquellos programas de antigüedades de la televisión.

Pensó que no se le debía olvidar preguntarle a la señora Dandehunt si su abuelo se había llamado Reginald, y a continuación empezó a hojear el libro. Lis adoraba las viejas fotografías: de niña, se había creído muy en serio que el pasado había sido en blanco y negro. No tardó en reconocer el pueblo de Hollow Pike. De lejos, parecía que casi no había cambiado con el tiempo: la floresta, las carreteras sinuosas, las calles de adoquines... Lo que parecía notablemente distinto era la gente: aquellos posaban delante de casas y tiendas viejas con rostro austero, inexpresivo.

Por lo visto era cierto: Hollow Pike tenía una historia sobrenatural. Abrió el libro por una página titulada: «Brujería temprana: la Reforma y poco después». No había fotos allí: solo curiosas pinturas y grabados que mostraban brujas introduciendo bebés regordetes en un caldero burbujeante, y riéndose al hacerlo; peste y forúnculos; campos enteros de ganado muerto: todo ello, se suponía, como resultado de actos de brujería. Una de las imágenes mostraba mujeres desnudas, brujas, danzando en torno a varias hogueras.

Abriendo el libro un poco más adelante, vio que este se volvía aún más tenebroso para ofrecer dibujos y grabados de estrellas de cinco puntas y demonios con cabeza de cabra. Palabras siniestras como «ritos sanguinarios» y «sacrificio» llamaban la atención a

lo largo de la página, y había imágenes inquietantes de ofrendas animales y extraños altares donde viejas brujas se enlazaban con alegres demonios. Lis recordaba lo suficiente de las clases de religión para saber cómo había demonizado la cristiandad las prácticas paganas pero, aun así, las imágenes la inquietaban. Sus ojos se detuvieron en una fotografía más reciente de cuatro figuras encapuchadas que, con las manos en alto, veneraban a una deidad que no se veía. Pero lo que estuvo a punto de hacerla llorar fue el fondo de la foto: en ella, resultaba perfectamente visible un diminuto arroyo. Era el arroyo de la Floresta de Pike: el arroyo de sus pesadillas.

—¿Qué estás mirando?

Al oír la voz de Kitty, Lis cerró el libro de golpe.

—Nada —dijo como por instinto, encajando el libro a la fuerza en el estante más cercano.

—Bueno, ¿te gusta este abrigo? —Kitty se había puesto un enorme abrigo marrón de piel falsa.

—¡Es precioso!

—¡Lo sé! ¿Has acabado ya? Preferiría volver pronto a mi casa.

Lis asintió con la cabeza, olvidando rápidamente el libro y su siniestro contenido.

—Solo tengo que pagar mi trinchera. —Cogió la prenda roja de donde la había dejado, y se dirigió con ella a la caja, donde la excéntrica señora Gillespie seguía doblando bufandas.

—Hola. Quisiera llevarme esto, por favor —dijo Lis.

La vieja siguió doblando las bufandas con sus largas uñas, aparentemente inconsciente de su presencia.

—Estoy aquí, señora Gill...

—Tú eres nueva —aseveró la señora Gillespie, alargando la mano para cogerle la trinchera.

Lis sonrió nerviosa, tratando de conservar toda la cortesía posible.

—Sí, acabo de venir de Gales.

A través de sus pestañas de araña, la señora Gillespie observó a Lis con recelo. Sus penetrantes ojos verdes hacían daño al mirar los de Lis, y sus labios rubí se tensaron. Por sorpresa, la mujer alargó un brazo delgado y agarró la mano de Lis. Fríos anillos le apretaron la carne.

—He oído hablar de ti, Lis London.

Lis retiró la mano con un movimiento brusco.

—¿Cómo sabe mi nombre...?

La señora Gillespie movió el rostro hacia los lados, en un gesto rotundo.

—Los pájaros son amigos tuyos, ¡pero ten cuidado con los árboles!

—¿Qué...? —Dios mío, la mujer estaba loca.

—No sabes nada, ¿verdad? —prosiguió la señora Gillespie—. Pues bien, escúchame, señorita... ¡tus sueños son una advertencia!

Las lágrimas asomaron de repente a los ojos de Lis. Aquella mujer no podía estar al corriente de sus pesadillas... eso no era posible.

—No entiendo qué quiere decir...

La señora Gillespie se calmó, y volvió a sonreír.

—Muy bien. Son tres libras con cincuenta, por favor.

Lis rebuscó a toda prisa en su monedero, mientras Kitty y Delilah llegaban y se colocaban a su lado.

—¿Estás bien? —le preguntó Kitty.

—Sí, estoy bien. Vamos.

Agarrando la trinchera, Lis se volvió y salió corriendo de la tienda, tropezando en los adoquines de la calle. Bajó el frío peldaño de piedra delante de Delilah.

—¿Lis? ¿Qué te pasa? Kitty no ha terminado de pagar el abrigo.

Lis miró el rostro preocupado de su amiga y dijo una mentira:

—Estoy bien. Es solo que ese olor me estaba mareando. Lo siento.

—No te preocupes —respondió Delilah con simpatía.

Sin embargo, Lis en aquel momento no tenía en la cabeza nada más que preocupaciones.

Cansada

A PESADILLA REGRESÓ CON NUEVAS FUERZAS, y además había evolucionado. Comenzaba como siempre: Lis arrastrándose a gatas, exhausta, a través de la Floresta de Pike, casi sin aliento. Los árboles, los pájaros, los gritos distantes estaban todos allí, así como el instante en que su perseguidor le hundía la cara en las heladas aguas del arroyo.

Y de pronto ella despertaba, protegida en la crisálida de su cama apacible, silenciosa. Se daba la vuelta entre las sábanas para volver a conciliar el sueño, pero entonces encontraba a la señora Gillespie, que estaba acostada en la cama, a su lado. Sus dientes amarillos le lanzaban un gruñido, y unas uñas pintadas de rojo se abalanzaban contra la cara de Lis...

—¡Liiiss!

Y solo entonces Lis despertaba de verdad.

Una semana de sueños interrumpidos terminó convirtiéndose en un insomnio en toda regla.

Aunque su cuerpo estaba agotado, el miedo le impedía dormirse, y hacia el lunes siguiente Lis notó que la falta de sueño empezaba a afectar a su salud. Débil y mareada, se sentía en cierto modo separada de la realidad, como un holograma.

¿Qué había querido decir la señora Gillespie cuando le comunicó que sus sueños eran una advertencia? Lis se preguntaba si la pesadilla era solo una advertencia de cosas que tenían que pasar, pero entonces se dijo que eso era imposible. También se recordó a sí misma que la señora Gillespie era corta de luces y estaba pirada, que muy bien podía estar hablando de sus propios sueños, pues era imposible que supiera nada de los de ella.

Dios, necesitaba imperiosamente pasarse toda una noche durmiendo.

Y sin embargo se fue a rastras al instituto, esperando que el tedio exprimiera hasta la última gota de aquel extraño encuentro en la tienda. Lis tuvo suerte: recibió una fría y dura dosis de realidad en cuanto entró por la cancela. Laura no le había mentado: la estaba esperando, tal como le había prometido. Ella y sus arpías se apoyaban en los barrotes de las verjas, como monstruos que protegieran su guarida. Nasima descubrió a Lis y se volvió para susurrar algo al oído de Laura. Un asomo de sonrisa malévolamente apareció por los labios perfectamente pintados de Laura al mirar a Lis, y se pasó por la garganta una uña de manicura perfecta.

Adoptando una actitud clásica de víctima, Lis agachó la cabeza y pasó a toda prisa antes de que la araña pudiera arremeter contra la mosca. Lis maldijo su propia debilidad. Si ella no fuera ella, seguramente se hubiera burlado de semejante actitud.

Lis lamentó no haber cogido el autobús con todos los demás, en vez de dejar que Max la acercara al instituto. Al menos en el autobús, contaba con la fuerza del número.

De algún modo, la reunión para pasar lista y la primera clase pasaron tan suaves como una vaga nube de verano. Estaba muy cansada. Tenía que dormir la noche siguiente. Había leído sobre todas las cosas que les ocurrían a los que pasaban demasiados días sin dormir: alucinaciones, ataques de ansiedad, arrebatos espontáneos de sueño, desvanecimientos... Lis sabía que no podía faltarle mucho para experimentar todo aquello. No había dormido más de treinta minutos en más de cuarenta y ocho horas.

Tenían clase de español a segunda hora. Al menos allí tenía todo un grupo que le podía ayudar a mantenerse a flote toda la clase. Se sentaron en la esquina, en la parte de detrás del aula, lo más lejos posible del profesor Gray, que estaba delante, y de Laura, que estaba junto a las ventanas. Pero la clase de práctica oral de español era aburrida, y en el aula hacía demasiado calor.

«Tal vez pudiera dormir aquí», pensó Lis. «¿Se daría cuenta el profesor?».

Al otro lado del aula, Laura había enrollado su chaqueta hasta convertirla en una almohada, y había posado encima su cabeza, haciendo como que le repetía las frases a Harry.

—*Me duele la cabeza* —declaró Jack en español. El español pronunciado con acento del norte de Inglaterra era algo muy original.

—«*My head hurts*» —repitió la traducción del CD.

—Tu turno —le dijo Jack, pero Lis seguía desplomada en su rincón, con los ojos doloridos.

—Dilo tú —farfulló.

Kitty se volvió desde la fila de delante y se arrancó los auriculares.

—¿Qué te pasa?

Lis se inclinó hacia delante. En el estado en que se encontraba, cada movimiento suponía un triunfo.

—No duermo muy bien.

Delilah se mostró preocupada, y detuvo el CD.

—¿Por qué? ¿Qué le pasa a tu cabeza?

—Nada. Supongo que soy de sueño difícil.

—Mi padre conoce algunos remedios homeopáticos contra el insomnio —dijo Delilah—. Le diré que te busque algo.

—Gracias, Delilah, pero estoy segura de que esta noche dormiré —le respondió Lis.

—Mi madre es una defensora a ultranza de tomarse tres tabletas de Nytol con una copa de *chardonnay* —añadió Jack, dándole a la pausa del CD.

Kitty preguntó:

—¿Pesadillas?

Lis se quedó paralizada. Por un brevísimo instante, en los ojos azules de Kitty brilló un destello que indicaba que lo sabía. Pero era imposible. Aquello volvía a ser producto de su paranoia. Kitty había hecho una pregunta completamente razonable, dado el contexto. Sin embargo, Lis no estaba lista para compartir el pleno horror de sus

pesadillas con sus amigos. Aún no. ¿Alguno de ellos comprendería sus horribles sueños recurrentes? Temía que fueran demasiado monstruosos, incluso para ellos tres.

—Algo así —farfulló Lis, cortando la conversación.

Kitty la miró por un segundo con recelo, y abrió la boca para hablar.

—¡Kitty! —exclamó el profesor Gray—. Date la vuelta y sigue con el ejercicio.

Kitty puso los ojos en blanco y volvió a colocarse los auriculares. Lis se inclinó hacia atrás y Jack siguió cometiéndolo contra la lengua española:

—*Me duele la espalda.*

—«My back hurts» —respondió el CD.

—*Me duele el brazo.*

—«My arm hurts».

—*Me duele...* —Bajó la voz.

Lis dio un respingo. Algo helado le había pasado por los pies. Tenía que ser una gotera, o una inundación... o sangre... Al bajar la vista, vio un líquido de color entre negro y morado, muy intenso, que le subía por los tobillos. El tiempo se ralentizó, y Lis se volvió hacia Jack, pero él ya no estaba. No quedaba nadie. Lis estaba sola en un aula vacía.

Un viento furioso pasaba de algún modo a través de los muros, y los pósteres y expositores del aula G2 se desvanecieron para ser reemplazados por la familiar celosía de ramas recortada contra el cielo de la noche, el follaje de los árboles encerrándola dentro de una jaula. La Floresta de Pike. Una vez más, Lis oyó las ramas que susurraban su nombre de modo monótono: «Liiiss», silbando la ese final como una serpiente.

El aula se disolvió en nada. Lis comprendió que se había quedado dormida en clase. ¡Dios mío! ¡Se había dormido en clase! Observó el bosque. Se encontraba de pie, pero hundida hasta las rodillas en un arroyo burbujeante de sangre oleaginosa. Sin embargo, aquello era diferente, nuevo... Nunca hasta aquel momento se había encontrado en pie en medio del arroyo. Tenía que despertar. Cerró los ojos con todas sus fuerzas. «¡Despierta, Lis, despierta, despierta YA!», se dijo a sí misma. Abrió los ojos pero, en vez de a Jack, vio otra cosa que nunca había visto hasta entonces en su pesadilla: a sí misma.

Unos seis metros por delante veía su propio cuerpo esbelto, apresado en aquella huida lenta e inútil por el arroyo, con el cabello castaño apelmazado sobre la empapada espalda.

—¡Lis! —gritó. Eso era extraño, llamarse a una misma—. ¡Alto!

Empezó a caminar por la sangre, o agua, o mezcla de ambas, hacia donde se encontraba su doble. Resultaba agotador, forzar sus piernas contra la corriente. Instintivamente, sabía que tenía que alcanzarse a sí misma, para avisarse sobre la inevitable conclusión que siempre alcanzaba la pesadilla. Tal vez esta vez pudiera romper el círculo.

—¡Lis! —volvió a llamar, pero su doble no respondió. Apresuró el paso, intentando correr por el arroyo. Los afilados guijarros del lecho del arroyo resbalaban bajo las plantas de los pies. Al acercarse más, vio que llevaba su uniforme del instituto. Nunca había notado tal cosa en sus visitas anteriores.

Le faltaban dos metros.

—¡Lis, por lo que más quieras...!

Tropezó y cayó de bruces en el agua helada. Al alzarse y recobrar la estabilidad, Lis vio que estaba a solo un metro de su otro yo.

Entonces su mano se movió como si no fuera suya. Ella se limitó a contemplar como los dedos avanzaban por voluntad propia, acercándose a su propio pelo empapado. En ese mismo instante, se dio cuenta de que en la mano derecha tenía un objeto sólido: sus dedos aferraban una especie de mango de cuero. Más allá del puño, había una hoja metálica de aspecto mortal, de borde ondulado, grabada con intrincados círculos y una especie de letras. Lis no pudo leer la inscripción, sin embargo. Parecía estar escrita en inglés antiguo, más allá de su capacidad de comprensión.

Su mano izquierda tomó contacto con los mechones oscuros y espesos de su otro yo, sus dedos tejiendo en las hebras goteantes del pelo. Lis suplicó a sus manos que se detuvieran, pero las manos tenían una voluntad propia y siniestra. Su mano agarró el cabello con firmeza, y tiró hacia atrás de la cabeza.

Pero ella ya no estaba agarrando su propia cabeza, sino la de Laura Rigg.

Abrió los ojos de repente, y se encontró mirando al rostro sonriente de Jack.

—Quinto, levanta, tira de la man...

Desde el otro lado del aula, interrumpieron a Jack un grito y un estrépito. Laura también había despertado dando un respingo, y se había echado completamente hacia atrás, como si despertara de la peor pesadilla imaginable. Su silla volcó hacia atrás, pegó contra la mesa que estaba detrás de la suya, y arrastró el reproductor de CD al suelo con ella.

El aula quedó muda de asombro. Lis se puso en pie, mientras Laura yacía en el suelo, aplastada entre sillas, patas de mesa y un reproductor de CD. Nadie dijo nada durante unos tres segundos, y entonces Bobsy probó a reírse.

—¡Esa ha sido buena, Riggsy!

El profesor Gray corrió hacia Laura desde el grupo con el que estaba trabajando.

—Robert, haz el favor de callarte. Laura, ¿estás bien?

Harry se apartó para dejar pasar al profesor y se agachó para ayudar a su amiga a levantarse.

—¡No me toques! —chilló Laura.

El profesor Gray retiró la mesa mientras Laura, con el pelo alborotado, conseguía ponerse en pie.

—Laura, déjame echar un vistazo a t...

—¡No me toque! —espetó ella—. ¡Estoy bien!

—Laura, simplemente déjame asegurarme de que no te ha pasado nada... —empezó a decir el profesor Gray.

Sin decir una palabra más, Laura salió corriendo del aula. Hubo otro segundo de silencio, seguido por unas feas risitas del resto de la clase, incluidos Kitty y Jack.

—¡Ya basta! —dijo el profesor Gray—. ¡Vuelta al trabajo!

Lis no se podía mover. Seguía ante su pupitre, con los ojos fijos en el punto en que

se había desarrollado toda la escena. Laura había aparecido en su sueño. ¿Cómo? ¿Por qué aquel cambio en su pesadilla? Las palabras de la señora Gillespie resonaban en su cabeza: «Tus sueños son una advertencia».

—¡Oye, esa chica parece que tome *crack!* —dijo Jack con una risita.

Kitty apenas podía esconder tras la mano su ataque de risa.

—¡A santo de qué ha venido todo eso...?

Delilah también tuvo que reprimir una sonrisa.

—Y el premio a la mejor actriz en una escena de crisis nerviosa es para...

A Lis no le pareció tan divertido. No le pareció divertido en absoluto.



Laura, Laura, Laura. Esa chica había estado en la mente de Lis desde la primera vez que la vio. Y de pronto, ya ni siquiera podía evitarla en sueños.

Otra noche de sueño malogrado. Lis ni siquiera podía cerrar los ojos. Estaba allí, en la cama, sin moverse, contemplando por las puertas acristaladas las estrellas que brillaban en el cielo sin nubes. Era como si el demente mensaje de la señora Gillespie hubiera hecho confluír la vida real y las pesadillas. Ya no se podía librar de Laura, de eso Lis se daba muy buena cuenta. Aquello parecía la segunda parte de lo vivido en el instituto de Gales. Y no era más que el principio. El miedo: miedo de Laura, miedo de las zorras que iban con ella, miedo del instituto... Y Lis sabía que a continuación empezarían sus mentiras: mentiras para librarse del instituto, enfermedades falsas, absentismo escolar. No estaba segura de cuál sería el tercer estadio, porque ese era el punto en que ella había abandonado Gales para irse a Hollow Pike.

Pero Lis no podía dejar que volviera a suceder. Tenía que hacer algo para cambiar la trayectoria, esta vez tenía que negarse a volver a ser la víctima. Tenía que coger el toro por los cuernos. Al pensarlo, Lis sintió miedo, pero al día siguiente tenía que ir a vérselas con Laura. La pesadilla de clase tenía que significar algo. La manera en que Laura se había comportado: era casi como si ambas hubieran tenido el mismo sueño. No, eso era ridículo, otra cosa más para la lista de sucesos imposibles. Pero después de aquel comportamiento histriónico, Laura le parecía más humana, le parecía que podía equivocarse. Había quedado en ridículo. Fuera el que fuera el motivo, el caso es que Lis ya no podía tenerle miedo. Merecía la pena ir a hablar con ella.

Tal vez era ese el mensaje que trataba de enviarle su subconsciente: que agarrara el toro por los cuernos. Era hora de vérselas con Laura Rigg.



Era martes por la mañana y solo había un lugar en el que Laura pudiera encontrarse a las 8.45: al borde de la floresta, fumándose el último cigarrillo antes de que empezaran las clases.

Por supuesto, Lis la vio al atravesar el campo de *rugby*. Laura estaba sola, fumando,

casi escondida donde empezaban los árboles. Estaba sentada, con las piernas cruzadas, en una butaca que los chicos habían llevado allí desde la escombrera ilegal que había en la floresta, y estaba escribiendo en un cuaderno monísimo estampado con primorosas flores de albaricoque.

Al acercarse, apenas podía reconocer a la chica de la butaca.

«¡Dios mío, qué cansada parece Laura!», pensó.

Pese a los meritorios esfuerzos que había hecho con su cabello y su maquillaje, unos círculos oscuros rodeaban los ojos de Laura, y tenía las mejillas chupadas. Además, se hacía raro verla sin su pandilla de compinches. Parecía frágil. Aquello que le había pasado en clase debía de haberla afectado realmente. Lis se acercó con cautela.

En cuanto Laura vio a Lis, posó el diario con un gesto de amargura.

—Mira quién está aquí: la bici de alquiler de Hollow Pike.

—Date un descanso, Laura —repuso Lis con tranquilidad—. Solo he venido a hablar contigo y a ver qué tal estás después de lo de ayer.

—Tranquila, Lis. Eso no tuvo ninguna importancia. Una regla muy dolorosa, ¿y qué?

—Ah... quería asegurarme de que estabas bien. Después de lo del email, yo...

Laura negó con la cabeza, y una sonrisa lúgubre apareció en su rostro.

—¿O sea que es eso? Bien hecho, Lis, la venganza es tuya. Hice el ridículo delante de toda la clase. Ahora, por favor, ¿serías tan amable de irte a la mierda? Tu cara me hace daño a los ojos.

Lis lanzó un suspiro.

—Mira, yo solo quería decir que sé cómo te sientes, y que espero que al menos podamos coexistir en el Instituto de Fulton. Yo me mantendré apartada de ti si tú te apartas de mí. No quiero volver a pelearme.

Laura saltó de su trono raído.

—Apáñatelas como puedas. Tú no sabes nada de cómo me siento yo. ¿Te crees de verdad que me importa un bledo lo que pasó ayer? Estamos hablando de mí, no de ti. Hasta la última chica del insti querría ser yo, y hasta el último tío querría hacerlo conmigo. Así que me parece que lo superaré. Sin embargo, puede que tú no lo superes. Te dije que iba a hacer de tu vida un infierno. Bueno, pues nada ha cambiado. ¡Tú sigues siendo la nueva de mierda, y yo sigo siendo la reina de este lugar!

Lis se cruzó de brazos, sin moverse un centímetro. Tenía que defender su sitio en aquel instituto.

—Entonces, ¿cuál es el problema? Porque pareces una piltrafa.

—Gracias. Lo mismo te digo, fracasada.

A Lis empezó a hervirle la sangre.

«Respira hondo y cuenta hasta diez», pensó.

—Laura, lo creas o no, estoy haciendo todo lo posible por ser agradable y arreglar las cosas. Ni siquiera sé qué hice para molestarte. ¿Es por lo que pasó en la fiesta con Danny? Porque si es eso...

Laura no le dejó acabar. En su voz había un deje de irritación:

—Te lo advierto, no te acerques a Danny.

—¡Ah, bueno! ¿Cómo voy a hacer para evitarlo? ¡Eso es una locura! —le soltó Lis.

—¡Vete a la mierda! No hace más que un mes que te presentaste aquí... ¡tú no sabes cómo es esto, ni me conoces a mí! Apuesto a que te crees que mi vida es un lecho de rosas, ¿no? Una casa bonita, ropa bonita, amigas majas... Bueno, ¿sabes qué? ¡Es todo una mierda! Y algunas veces quiero irme y no volver nunca a esta apestosa ciudad. — Laura hizo una pausa para respirar, y Lis descubrió que estaba empezando a sentir verdadera pena por ella—. Danny y yo estábamos bien hasta que apareciste tú —siguió Laura—. Hasta hablamos de irnos juntos de Hollow Pike.

A Lis se le quedó la boca abierta de la sorpresa.

—¿De verdad? Pero yo creí que a Danny no le gust... —se calló, comprendiendo que lo que estaba a punto de decir hubiera sonado muy mal. Pero era demasiado tarde.

Laura se rió con crueldad.

—¿Qué...? ¿Y te crees que tú sí que le gustas? ¡Ja! Me ha dicho que piensa que eres una friki, igual que Kitty y Delilah. Si te crees que Danny Marriott se rebajaría a tocarte, es que eres aún más ilusa de lo que pareces.

—¡No es verdad! —Lis se quedó con la boca abierta.

—Si te acercas a Danny, te voy a dejar hecha una mierda. Prometido.

Pero a Lis se le planteó una duda:

—Si Danny no está interesado en mí, entonces ¿por qué me tengo que mantener alejada de él? —preguntó con frialdad.

Laura terminó de estallar:

—¡Porque eres una guarra! —gritó.

La pena que Lis sentía por ella estalló como la más delicada de las burbujas.

—¿Sabes qué? Estabas a punto de darme pena, pero ahora pienso que te mereces lo que te pasa.

Lis se volvió para irse. Laura se quedó un momento sorprendida, y después gritó:

—¡Lis London, eres un cadáver andante!

Un viento frío, virulento, recorría el campo de *rugby* cuando Lis lo atravesaba. Mientras tanto, las ramas de la Floresta de Pike se balanceaban, agachándose hacia Laura como manos nudosas.

Venganza

A RABIA LE ESTUVO REVOLVIENDO el estómago a Lis durante toda la primera clase, que era de Lengua y Literatura. Le daba vueltas al lápiz, y dejaba que los monótonos laberintos intelectuales de la profesora Osborne sobre el personaje de Abigail en *Las brujas de Salem* le entraran por un oído y le salieran por el otro. Veía que Delilah tomaba notas detalladas, y contó con que su amiga las compartiera más tarde con ella.

¿Cómo había podido ir tan mal su encuentro con Laura? Se suponía que iban a ser conversaciones de paz. Lis no estaba segura de si su deseo de hacer las paces con ella surgía de la pura bondad humana, o era más bien la última manera de vencer a Laura en su lucha por el control de todo, de demostrarle a Laura que, pese a todo, ella era la mejor persona de las dos. En cualquier caso, su fracaso había sido mayúsculo.

A mitad del campo de *rugby*, se había jurado solemnemente no volver a hablar con Laura Rigg. Ella era tan cruel que hundía a todos y a todo con ella. Lis nunca había sentido una cosa así hasta entonces. Odio es una palabra muy fuerte, pero en este caso ella estaba segura de que era la palabra exacta: Lis odiaba a Laura Rigg.



Solo había una persona en el mundo con la que quisiera compartir aquella nueva amargura: Kitty, la única persona que se le ocurría que seguramente odiaba a Laura tanto como ella.

—Entonces, ¿qué piensas —le preguntaba Kitty—, que Jack es homo o hetero? Él es muy cauto sobre eso, y nosotras no nos atrevemos a preguntarle...

Por segunda vez en dos semanas, Lis había faltado a una clase, la de Educación Física, que era la última del día. Lo había hecho a sugerencia de Kitty.

Kitty le aseguró que no había ido a las clases de Educación Física desde noveno curso, y que nadie se había dado cuenta de su ausencia. Así que se metieron por la floresta, recorriendo todo el camino a pie hasta la mansión de Kitty. Jack y Delilah tenían clase de Ciencias para toda la tarde, y por una vez estaba bien disponer de Kitty para ella sola. Con un sol de miel que se colaba por entre las ramas, y con los pájaros piando alegremente, la floresta ya no parecía hecha del mismo tejido de las pesadillas.

—No estoy segura —respondió Lis, encantada de que apareciera un tema que la distrajera de Laura y sus preocupaciones—, ¿pero creo que una de dos, o es homo o está enamorado de Delilah!

Esta vez Kitty se rió.

—¡Sí, seguramente tienes razón! Me gustaría que se diera un poco de prisa en salir del armario. ¿Qué está esperando, una invitación por escrito?

Lis se encogió de hombros.

—Supongo que espera el momento adecuado. No creo que sea fácil. ¡No es que Hollow Pike tenga un ambiente gay deslumbrante!

—Ya, y su madre es un poco psicópata.

Lis se mordió el labio para no comentar nada sobre el severo padre de la propia Kitty.

—¿Qué pasa entre Delilah y tú? —le dijo entonces—. Hasta ahora no me he atrevido a preguntar.

Sonriendo con añoranza, Kitty llegó al vertedero ilegal situado en el centro de una hondonada rocosa de paredes verticales, y se dejó caer sobre un sofá roto. El agua del arroyo caía en un hilito por el borde del precipicio, creando una cascada de cuento de hadas.

—Para ser sincera, no hay mucho que contar. Somos amigas desde los diez años más o menos. Todo cambió en sexto. Delilah se volvió a Hollow Pike, desde el sur, y la cosa fue rara... Supe enseguida que yo quería ser su mejor amiga. Fue al instante, algo como... ¡pumba! No sé qué era realmente lo que nos hacía distintas a todos los demás, pero la gente empezó a tratarnos como a una barraca de circo.

—Puede que sea algo de la pubertad —dijo Lis, sentándose a su lado en el sofá lleno de manchas de humedad.

—Puede, ¿quién sabe? Sea lo que sea, nos hemos quedado muy enganchadas una a la otra. Al principio fue algo emocional, porque lo otro parecía demasiado horrible, pero el aspecto físico como que llegó por sí mismo. Parece el paso lógico, cuando alguien te gusta de verdad.

—Bueno, me parece que hacéis una pareja encantadora.

—Gracias, pero no sé si realmente somos una pareja. Nunca hemos tenido necesidad de clarificar lo que éramos. A las dos nos gustan los chicos tanto como las chicas, y ella puede ser una auténtica pesadilla. Siempre está ligando, nunca llega a tiempo, es poco independiente... Pero es la única persona que realmente me atrapa.

Lis le dirigió una tímida sonrisa.

—¡Pues a mí eso me suena a AMOR!

Kitty volvió a reírse.

—¡Calma, no te desboques! El tiempo dirá. Yo no sabría qué hacer sin ella, eso es verdad. Estaría perdida. Lo estaríamos las dos.

Lis respiró hondo, embriagándose con los aromas dulces, fuertes y terrosos del bosque. Kitty había ampliado los límites de la conversación, y ahora le tocaba a ella:

—Kitty...

—¿Sí...?

Lis se preguntó por dónde empezar:

—Me parece que estoy pasando por algo actualmente... —Las palabras se le pegaban a la parte de atrás de la garganta.

—¿Algo? ¿Piensas que tú también podrías ser lesbiana? —preguntó Kitty con una

sonrisa—. ¿Es que todo el mundo en Hollow Pike es homo o qué?

—¡No, no se trata de eso!

—¿Entonces de qué?

—¿Cómo sabe una si se está volviendo loca? —preguntó Lis con un suspiro.

Kitty levantó una ceja socarrona.

—¿Qué...?

—Lo digo en serio. Esto es como una enfermedad mental...

Kitty puso mala cara.

—¿Qué te hace pensar que te estás volviendo loca? —preguntó—. Creo que eres muy valiente al hablar de ello, pero a mí no me parece que tengas nada de loca.

—Varias cosas —dijo Lis sin atreverse a mirar a los ojos a Kitty—. Tengo unas pesadillas terribles. Llevo varias noches sin dormir.

Kitty arrugó el ceño.

—¿Qué es lo que sueñas?

—Vas a pensar que estoy de atar... pero mis pesadillas son sobre Laura. Se me ha metido en la cabeza completamente, no puedo dejar de pensar en ella. Esta mañana me acerqué para intentar arreglar las cosas entre las dos, pero al final me siento peor.

—Bueno —dijo Kitty con autoridad—, supongo que tienes dos opciones. Puedes hacer como hace mi madre, o como hace mi padre.

—Vale: explícate.

—La sorprendente estrategia de mi madre consiste en meter la cabeza bajo tierra y actuar como si no pasara nada. Se retira hacia su interior, y espera que el problema se solucione por sí solo.

—¿Y le funciona?

—¿No has conocido a mi madre? Tiene los nervios destrozados.

—Bueno, y ¿qué me dices de tu padre?

—Pega con la porra.

—¿Cómo dices? —preguntó Lis riéndose.

—¡En serio! ¡Mi padre ha sido el jefe de los antidisturbios durante años! Su filosofía es que o te quedas esperando a que alguien te arroje una botella o pegas primero con la porra.

—¿Eso funciona mejor?

Kitty asintió con la cabeza.

—Sí... Puede que disgustes a gente al hacerlo, pero al menos estás afrontando los problemas. Los estás afrontando de manera activa. Mi madre se esconde, pero sus problemas no desaparecen por sí solos. Y tú no puedes permitir que Laura Rigg gobierne tu vida.

—Pero yo ya me he plantado delante de ella, Kitty, y mira de lo que me ha servido —dijo Lis con un suspiro. Había escapado de Gales y ahora se refugiaba en los brazos de su hermana y de sus amigas cuando las cosas iban mal—. ¿Qué crees que debería hacer?

—Lo he dicho antes, y lo repetiré: matarla.

—¡Kitty! —Lis tiró de una hoja de una rama que llegaba hacia ella—, ¡eso no me sirve de nada!

—Tú solo piénsalo —dijo Kitty con una sonrisa—: te desharías de ella de una vez por todas.

—Olvídalo.

Kitty se rió y empezó a tararear con la boca cerrada, pensativamente.

—¿Qué? —preguntó Lis.

—Vale, ¿qué me dices de esto? No podemos matar a Laura, pero podemos darle un poco de su propia medicina. Haz algo para que te deje en paz para siempre. —Kitty le dirigió a Lis una sonrisa malvada.

Sonaba prometedor: ¡una vida en Hollow Pike sin Laura y con sus nuevos amigos y Danny! Eso sería el paraíso.

—Me parece bien, pero... ¿qué es lo que has pensado?

Kitty le sonrió.

—No te arrepentirás de esto, guapa...



Ese mismo día, avanzada la tarde, Lis se encontraba a la puerta de un establecimiento de comida rápida en Hollow Pike, con las manos metidas en los bolsillos. Trataba de mantenerse bien alejada de un grupo de chicas de noveno curso que pretendían convencer a algún viandante de que les comprara cigarrillos. Gente con clase.

El sol se había ocultado muy temprano, y aunque las calles seguían llenas de gente, todo el mundo tenía prisa por llegar a casa antes de que oscureciera del todo. Lis saltaba de un pie al otro, tratando de no quedarse helada. Justo a la hora, Laura Rigg descendió del autobús y cruzó la calle en dirección a ella. Conservaba puesto su uniforme escolar, excepto por las botas Ugg que se había calzado.

—¿No captaste el mensaje esta mañana? —le gruñó Laura cuando se encontró lo bastante cerca.

—Hola. Sí, lo siento. Quería intentar arreglar las cosas.

Lis trató de dirigirle a Laura una dulce sonrisa, aunque no le salió natural. Laura hizo un mohín que duró solo un segundo.

—Vamos, pues. Tu SMS decía que querías hablar sobre Danny. ¿Le has dicho algo? No me ha contestado a mis mensajes de hoy.

Lis vio que Laura parecía nerviosa por eso.

—No, no he hablado con Danny en todo el día. ¿Quieres venir a mi casa? Aquí hace un frío que pela.

Laura se encogió de hombros.

—Lo que quieras. ¿Dónde vives?

—Justo atravesando la floresta.

Laura asintió con la cabeza.

—¿De qué querías hablar? Tengo que estar en casa a las nueve y media. Mi madre está muy pasada últimamente.

Al lado de la tienda de la esquina salía un callejón que olía a orines que llevaba al

aparcamiento. Lis fue delante. En la parte de atrás del aparcamiento estaba la cancela que daba al campo de juegos. Había algunos estudiantes de Fulton subiendo a los columpios, riendo y bromeando mientras bebían cerveza barata.

—Me alegra que hayas venido. Quería dejar atrás las rencillas —dijo Lis mientras evitaba el parquecito de juegos infantiles y se dirigía hacia los oscuros árboles de la Floresta de Pike—. Yo nunca pretendí reñir contigo, y te juro que no pasó nada entre Danny y yo.

Laura la miró con disgusto.

—Lo sé. Si te prendieras fuego, Danny no se rebajaría a mearte encima.

Aquello era bastante ofensivo, pero Lis conservó la calma. Todo el reinado de terror de Laura podía acabar de una vez por todas si Lis conseguía mantener su actuación durante unos minutos más.

—Laura, estoy intentando arreglar las cosas. Me gustaría volver a ser amiga tuya. Tú eres sin duda más lista que Nasima y todas esas. Pensé que por lo menos escucharías.

Laura pareció ablandarse ante aquel cumplido. Resultaba fácil, mucho más fácil de lo que se había imaginado Lis.

—Lo que quieras. Mira, yo solo he venido a hablar sobre Danny. Tendrías que meterte en tu cabezota que no va a haber nada entre él y tú.

Las burlas y risotadas de los niños del parquecito ya no eran más que susurros lejanos, y el cuchicheo del viento entre los árboles era de repente mucho más fuerte. La negra floresta se alzaba ante ellos. Por el día los árboles no eran más que árboles, pero al anochecer constituían una sola entidad que se balanceaba ante ellas.

—Eso es lo que quería decirte —dijo Lis, conteniendo la rabia que la quemaba por dentro—. Las amigas son más importantes que los tíos. No me acercaré a Danny si tú dejas de martirizarme.

Laura pensó en ello un momento.

—Vale, pero si vuelvo a verte con él, te corto por la mitad, te lo juro. ¡Ah, y tampoco puedes andar con esa tortillera de Monroe! Ya sabes, una vez intentó tocarme con la lengua. En serio. Está obsesionada conmigo.

Lis tuvo que contener las ganas de darle un puñetazo allí mismo. Kitty era el doble de amiga de lo que había sido Laura.

—¡Ah, te lo prometo, palabra de *scout*!

—¡Sí, apuesto a que tú también eras de los *scouts*! —dijo Laura sonriendo.

Llegaron a unos escalones que había en la tapia que se subían para acceder a la floresta. Lis pasó primero. Laura se quedó atrás, en el otro lado, como si no se atreviera a poner el pie en el bosque.

—¿Qué pasa? —preguntó Lis.

—Nada. Solo que odio la floresta cuando se hace de noche.

—¿Tienes miedo? —Lis sabía muy bien que Laura lo tenía. Recordaba su primera conversación en la G2 sobre la madre de Laura y los cuentos de antes de dormir que la habían aterrorizado de niña.

—¡Ah, sí! Has oído los rumores, ¿no?

Lis podía ver que Laura no estaba bromeando. Sus labios se habían convertido en

una triste raya.

—¿Qué quieres decir? ¿Te refieres a la brujería y esas cosas? —preguntó Lis a la ligera—. ¡Son tonterías, nada más! Además, eso pasó hace cientos de años... como en la Edad de las Tinieblas.

Laura subió los escalones de la tapia.

—Tú no eres de Hollow Pike, no conoces las historias. Yo crecí con ellas, como todos los habitantes de este lugar.

—Laura, la casa de mi hermana está a cinco minutos. ¡Allí estaremos bien!

—Como quieras. —La hermosa muchacha miró a su alrededor con aprensión, inspeccionando el serpenteante camino que se internaba en el bosque—. Pero ve tú delante.

Lis tomó el camino. Sobre su cabeza, en algún punto en lo alto de las copas de los árboles, un cuervo graznó fuerte. Unas formas negras, aladas, atravesaron como dardos el techo de hojas. En la penumbra, era fácil confundirlos con murciélagos. Lis se daba cuenta del miedo que tenía Laura, pero se prohibió sentir ningún tipo de compasión. Aquel miedo le venía bien. Le ayudaría a caminar.

—Entonces, ¿de qué historias debería tener miedo yo? —le preguntó Lis.

—Cuando yo era pequeña, mi padre solía contarme historias de niños que entraban en la floresta y no salían nunca. Simplemente desaparecían —explicó Laura.

Las ramas crujían bajo los pies, mientras los árboles se cerraban en torno a ellas, tapando los últimos restos de la moribunda luz del día.

—Pero tú no te crees esas cosas, ¿no?

—No... quizá, no sé. Todo el mundo conoce esas historias. Todo el mundo sabe que no hay que entrar en los bosques cuando oscurece.

Lis se rió.

—¡Laura Rigg, la chica grande y malvada, asustada de los...! —Se paró y se dio la vuelta, oyendo un ruido tras ella. Desde las sombras, había salido al camino una figura negra. Un par de brazos fuertes agarraron a Lis. Gritó. Y Laura gritó también mientras otra figura surgía de detrás de un árbol. Ambos atacantes llevaban una túnica larga, marrón, tosca, con capucha de monje. Un tercer encapuchado corría por el camino, hacia ellas.

—¡Laura! —gritó Lis, y su grito desgarró el bosque—. ¡Huye!

¡Huye!

AURA RETROCEDIÓ, huyendo del encapuchado que se acercaba a ella.

L —¡Huye, Laura! —volvió a gritar Lis mientras el encapuchado que la agarraba se sacaba de la manga una daga de aspecto barato. Mientras Lis gritaba aquello, su captor le hundía la daga en el estómago, y ella se retorció, abriendo la boca en busca de aire. Se dejó caer de rodillas, agarrándose la herida mientras el encapuchado volvía a extraer el cuchillo del cuerpo.

Laura sollozó, llevándose las manos a la boca. Entonces, mientras Lis caía sobre la tierra, se volvió y echó a correr, alejándose del trío de encapuchados con pies temblorosos. Lis y el hombre de la daga le cerraban el paso por donde habían venido, así que Laura no tenía más remedio que internarse en el corazón del bosque.

Los tres encapuchados se colocaron en pie sobre el cuerpo de Lis, observando cómo desaparecía Laura en la oscuridad añil. En unos segundos, dejaron de oír los pasos que pisaban las hojas.

—¡Esto ha sido genial! —dijo Jack, echándose para atrás la capucha.

—¿Lo has cogido todo? —preguntó Lis al tiempo que se sentaba en el suelo.

—¡Sí! —Delilah se retiró también la capucha y apagó la cámara digital—. ¡Laura Rigg, la estrella principal de *Ensúciate las bragas*!

Kitty le dio un golpecito a la hoja retráctil del cuchillo que Jack tenía en la mano, una baratija de la tienda de bromas de la calle principal del pueblo.

—¡Esto ha sido estupendo! Lis, eres increíble, nunca olvidaré el gesto que puso. ¿Lo viste?

—Pues no, porque estaba muy ocupada haciéndome la muerta. ¿Puedo verlo ahora? —Le cogió la cámara a Delilah y se fue hacia atrás. La acción comenzó, mostrando a una granulosa Lis de andar saltarín, y a Laura, que iba por el camino con ella hablando de lo espeluznantes que resultaban los bosques. Entonces la señal de la batería empezó a avisar, y la pantalla se quedó en negro—. ¡Mierda! —exclamó Lis con un suspiro—. Tendré que cargarla cuando llegue a casa. Menos mal que hubo batería suficiente para la filmación.

—¡No me puedo creer que haya salido bien! —dijo Jack riéndose—. Ahora lo único que tenemos que hacer es amenazarla con poner esto en YouTube si no nos deja en paz. La tenemos en nuestras manos, podremos hacer lo que queramos con ella. No tendrás que volver a preocuparte, Lis... ¡y tampoco ninguno de nosotros! Jo, ¡me encanta hacer chantaje!

Kitty miró hacia delante con nerviosismo.

—Tenemos que salir de aquí. Si Laura llamara a la policía, nos veríamos metidos en

un buen problema.

Asintiendo con la cabeza, Jack empezó a caminar.

—Deberíamos separarnos, por si acaso.

—¡Sí, y esconder las túnicas! —apremió Lis, subiendo los escalones de la tapia.

—Dámelas, tengo que devolverlas al teatro del insti antes de que la profesora Osborne note que faltan. —Delilah se metió las túnicas en la mochila.

—Llamad cuando lleguéis a casa, ¿vale? —dijo Lis—. Os enviaré el vídeo por email.

—¡Ha sido épico! —Kitty le plantó un beso en la mejilla—. Llama en cuanto llegues.

Kitty y Delilah partieron en una dirección, hacia el parquecito infantil, mientras Lis y Jack se iban en la otra, hacia la carretera principal. Ya estaba completamente oscuro, y Lis se encontraba tan cargada de adrenalina que ni siquiera vio el cuervo que la vigilaba desde la ruinosa tapia de la floresta.



A poco más de un kilómetro de distancia, se alzaban los árboles más altos de la Floresta de Pike, envueltos en el impenetrable silencio de la noche. Hasta que un grito sonó a través del sereno bosque, resonando por todo el valle. El grito, ni tímido ni juguetón, hablaba solo de terror. Una chica se hallaba en gran peligro. Los árboles temblaron y los bosques despertaron a la vida. Los pájaros emprendieron el vuelo, huyendo del lugar. De repente, la floresta se había despertado completamente.

Unos pasos pesados hollaban la húmeda tierra. Más gritos, que ahora imploraban: «¡Para, déjame!». Estallido de palos y ramitas al romperse, el crujido de las hojas de otoño. Unos dedos desesperados se agarraban a las ramas y juncos. Más pies hollaban el suelo... ¡una persecución! Hacía mucho que la floresta no presenciaba una cacería: aquello era un retorno a los días de sangre.

Una chica huía, corriendo con tal ímpetu que las piernas le ardían. Aquel no era el tipo de carrera deportiva que se estilaba por entonces, sino la huida desesperada de una presa. Era una carrera de supervivencia, en la que había detrás, muy cerca, un depredador. Ella respiraba a broncos trompicones, mientras los pulmones se le inflaban y desinflaban de manera dolorosa. No le quedaba aire en el cuerpo para gritar pidiendo socorro, y no había a la vista posibles salvadores. Se giró vacilante, buscando a su perseguidor. No podía seguir corriendo, así que se agachó detrás de un árbol, metiéndose entre las raíces. Se aferró el pecho, apenas capaz de respirar, pero demasiado asustada para proferir sonido alguno. Sus pies sucios le sangraban porque había perdido los zapatos en la huida. Tenía los leotardos rasgados, y las manos en carne viva. Aguzó el oído. ¿Debía volver a correr? ¿O sería mejor que siguiera escondida?

El miedo la empujó. Echó a correr. Pero después de tan solo tres pasos, tropezó y cayó de bruces en una cuesta empinada. Esqueléticas manos de árboles le rasgaron la cara y el cuerpo. Apenas reconocible como humano, la chica parecía una bestia muerta de miedo. Rodó y se paró, gimiendo. Una sensación heladora le subió por las piernas.

Se había metido en el agua.

Todo le dolía: las piernas y los brazos, la piel, las uñas, el pelo... Con un gemido de agotamiento, empezó a arrastrar su cuerpo para sacarlo del arroyo, sirviéndose de las hierbas, pero se encontró deslizándose en el barro resbaladizo. Sollozó de modo incontrolable, implorando, gimiendo a la bandada de pájaros que alzaban el vuelo, ocultando la luna.

—¡Socorro! —gritó lastimeramente—. ¡Alguien... por favor...! Por favor, Dios, ayúdame... seré buena. ¡Lo intentaré con todas mis fuerzas, seré buena!

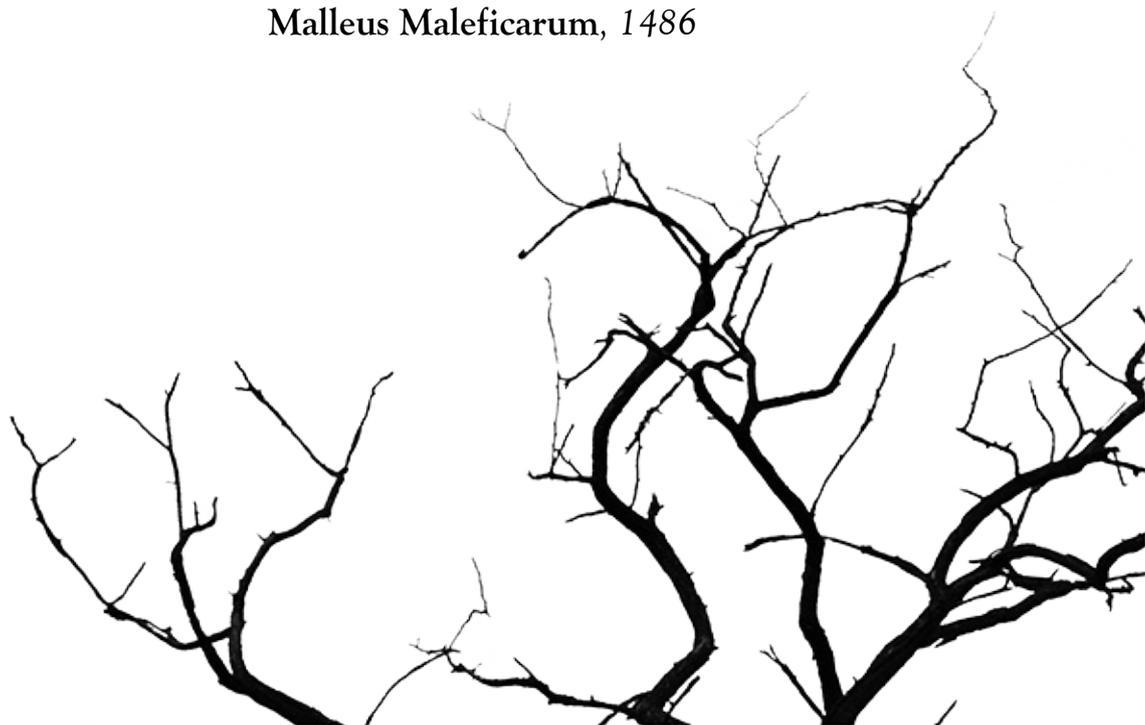
Se levantó sobre las rodillas, sin oír las pisadas que venían detrás. Demasiado tarde, vio algo por el rabillo del ojo. Unas manos la agarraron del pelo y tiraron de ella hacia arriba. Unos dedos rudos la aferraban con fuerza malvada, y entonces otro destello: la luz de la luna iluminó una curvada hoja de plata. Una vez alzada completamente del suelo, mientras daba patadas inútilmente en el aire, chilló: un chillido primario que le salió del interior de las entrañas. Fue el último ruido que proferiría Laura Rigg.



Segunda parte

*Y si buscan aprender algún secreto...
lo aprenden del demonio en sus sueños,
por razón de un pacto abierto, implícito,
que acordaron con él.*

Malleus Maleficarum, 1486





Al día siguiente

ALAS OCHO Y DOCE DE LA MAÑANA, Lis vio el primer coche de la policía. Pasó a su lado a toda velocidad, con la sirena encendida mientras ella iba a coger el autobús escolar. Su trinchera roja era la única nota de color en una mañana por lo demás monocroma.

Se había levantado y vestido para ir al instituto con mucho brío. ¿Se atrevería Laura a enseñar el morro en el instituto aquel día? Para entonces debía de haber comprendido que la habían filmado. Sonriendo para sí, Lis se fue de camino a la parada del autobús. Laura merecía todo lo que le pasara. Lis sabía que Laura se había recreado en el miedo de ella en el instituto. Pues bien, la noche pasada habían quedado en tablas. A Laura le había tocado su propio turno de tener miedo.

Por una vez, Lis llegó al autobús a tiempo. Aquel día subió al vehículo con más confianza que ningún otro, lista para comerse el mundo. Vio a Harry y a Fiona cuchicheando al pasar ella, pero ni siquiera se le pasó por la cabeza meterse a discutir. Se preguntó qué les habría dicho Laura. Cuando habló la noche anterior con Kitty, esta le dijo que nadie había llamado a la policía.

Se sentó al lado de Jack, en la parte de atrás del autobús. Stephen y Cameron hicieron un breve comentario cuando ella pasó a su lado.

—¿Es que no se van a cansar nunca? —dijo Jack.

Lis sonrió, nada dispuesta a permitir que la incordiaran.

—Probablemente no. No van a cambiar. Pero ¿sabes qué? Ya no me preocupa. No me pueden hacer daño si yo no me dejo.

Jack se rió.

—¡Muy bien dicho, señora!

—¡Jack, hoy es día uno! ¡Un nuevo comienzo!

—¡Amén!



A las 10.15, a mitad de clase de Lengua y Literatura, Lis pidió permiso para ir al aseo, aunque en realidad solo quería mirar el móvil para comprobar si tenía algún SMS de Kitty o de Jack. O incluso de la propia Laura.

Tras pedir permiso para salir de clase, y recorriendo los pasillos, observó una fila tras otra de compañeros del instituto. Toda aquella gente... Tras la noche pasada, sentía que había encontrado un lugar entre ellos. Ya no era una forastera, era alguien de allí. Perteneecía a aquel sitio con Kitty, Delilah y Jack. Volvió a darle la risita al recordar la

cara de Laura. ¿Dónde estaría? Se moría de impaciencia por rematar la broma: cuando Laura la viera, vivita y coleando. El móvil se encendió, pero no aparecieron nuevos mensajes en espera de ser leídos.

Dejando el aseo de las chicas, Lis se volvió hacia su aula, pero se quedó asombrada de ver a un oficial de policía que entraba en el despacho de la señora Dandehunt. La chaqueta amarilla fluorescente era inconfundible. Decidió dar un rodeo: un largo camino para volver a la B8 pasando por el despacho de la directora. Caminando despacio para poder curiosear, vio a dos agentes de policía, a la señora Dandehunt, al subdirector y al recepcionista del instituto reunidos en torno a la mesa gigante que había en el centro del despacho. Lis no podía oír lo que se decía, pero a través del grueso cristal pudo ver que la señora Dandehunt había perdido el color. Al empujar su silla para retirarla del escritorio, golpeó una maceta y la tiró al suelo.

Teniendo miedo de que la pillaran, Lis se dio prisa en volver a la clase, y a ocupar su asiento. Se acercó a Delilah y le susurró lo más bajo que pudo:

—Pasa algo. Hay dos policías en el despacho de la señora Dandehunt. No será por lo que hicimos, ¿no?

—No, seguramente no es nada —respondió Delilah encogiéndose de hombros—. ¡El instituto se coordina con la policía para tratar con los chicos malos!

—No, esto parecía más serio. Vi la cara de la señora Dandehunt: tenía aspecto de enferma.

—Mmm... Bueno, teniendo en cuenta cómo corren los chismorreos por aquí, estoy segura de que todos nos enteraremos de lo que sea antes de que termine el recreo.

Lis sonrió, sin fijarse en el majestuoso pájaro negro que estaba posado justo al otro lado del ventanal del aula. Estaba siendo observada.



A las 10.38, justo antes de que sonara el timbre del recreo, el conserje del instituto hizo salir a Nasima Bharat de la clase de Lengua y Literatura. Aparentemente confusa y algo preocupada, salió del aula y la acompañaron por el pasillo.

—¡Nasima! —exclamó Stephen Mangano—. ¿Conque has sido una mala chica, eh?

—Gracias, Stephen, ya es suficiente —bramó la señora Osborne.

Esta vez fue Delilah la que se volvió hacia Lis para decirle:

—¡Esto me parece cada vez más raro!



A las 10.47 se paró en una fuente. Al cabo de un momento, comprendió que se encontraba en medio de una fila de profesores y personal del instituto que se dirigía a la sala de profesores. Si bien no había nada de sorprendente en que los profesores usaran la sala de profesores, era extraño verlos entrando todos a la vez. Algo importante estaba ocurriendo, lo notaba. Y ni siquiera los profesores parecían estar al corriente. Lis

intuía que tenía algo que ver con la salida de Nasima de la clase de Lengua y Literatura. Nasima no había regresado a la clase.

Rachel Williams, una chica maja y estrafalaria, compañera de Lis en las clases de Arte, se detuvo también en la fuente.

Lis la saludó sin levantar la voz:

—¿Qué crees que pasa? —le preguntó.

—¡Bueno! —exclamó Rachel, disfrutando claramente del chismorro—. Danielle Chung me ha dicho que el padre de Nasima Bharat tiene cáncer o algo así. Pensamos que ha podido morir.

Lis frunció el ceño.

—Eso es triste, pero me pregunto si se tratará de eso.

Mientras lo decía, vio a los mismos agentes de policía que estaban antes en el despacho de la señora Dandehunt, y que ahora seguían al profesor Gray a la sala de profesores.

«¿Tendría que venir la policía aquí si se hubiera muerto el padre de Nasima?», se preguntó. Sí, la muerte del padre de Nasima sería una noticia triste, pero seguramente no sería motivo para la presencia de los policías.

—No creo que se trate de eso —le farfulló a Rachel, pero esta ya iba por la mitad del pasillo.



A las 10.53 la inquietud estaba empezando a revolverle el estómago a Lis. No encontraba a Jack, ni a Kitty ni a Delilah por ningún lado. Había acudido a su punto de encuentro habitual, debajo de la marquesina, y no solo no los había visto allí, sino que tampoco los había visto nadie en todo el recreo. A veces Jack acudía a la parte de picoteo del bar, así que merecía la pena echar un vistazo.

Para entonces, el instituto entero era un hervidero de rumores que se extendían como el fuego. Todo el mundo había visto a la policía, o sabía de alguien que la hubiera visto, y todo el mundo tenía su propia idea de lo que ocurría. Ni siquiera hacía falta escuchar a escondidas, pues los rumores corrían por todos lados. *Habían pillado a Jason Briggs con... Por lo visto, ella le dijo a la policía que él la asaltó, ¡en serio!* Lis hacía todo lo posible por desconectar.

Un rayo escindió el cielo, levantando exclamaciones en los atemorizados alumnos. Resulta extraño ver rayos cuando no llueve. Debía de estar preparándose una tormenta. Como estaba observando el cielo, Lis no se dio cuenta de que Danny se acercaba a ella. Chocaron los hombros, y Danny casi derriba a Lis al suelo. La cogió a tiempo de evitar que cayera, y ella se desplomó en sus fuertes brazos.

—¡Ay! —La exclamación surgió más como reflejo que por efecto del dolor. Entonces se incorporó.

—¡Lo siento! —dijeron los dos a la vez.

La cara de Danny estaba blanca como la leche, con un color que no era natural, un

color de muerte. Se apartó para continuar su andar febril, pero Lis le cogió la mano.

—Eh, ¿estás bien?

—No, no estoy bien. —Bajó los ojos, evitando la mirada de ella—. Tengo que irme.

Pero Lis no le soltó la mano.

—¿Qué sucede, Danny? Tienes un aspecto horrible.

Danny levantó la mirada y, al ver el dolor en sus ojos habitualmente tranquilos, Lis le soltó la mano. Él abrió la boca, pero no llegó a proferir ningún sonido.

—¿De qué se trata? —repitió ella.

Danny frunció el ceño, y una lágrima solitaria le asomó a un lado de la nariz. Se la quitó con el dorso de la mano antes de que pudiera caerle por la mejilla.

—Cameron ha recibido una llamada de su madre —dijo Danny, controlando con mucho cuidado su voz temblorosa—. Esta noche asesinaron a Laura.

—¿Qué...? —preguntó Lis casi sin voz. Sintió como si se acabara de romper la barrera del sonido. No, no era posible. Oía cosas. Ah, espera un minuto, ¿era aquello la venganza de Laura?—. ¿Estás seguro? —le preguntó a Danny.

—Esta mañana han encontrado su cadáver en la floresta.

—No, eso es una broma, ¿verdad? —susurró, aunque no necesitaba más prueba que la cara de Danny. Laura estaba muerta. El patio entero del instituto le pareció un carrusel que daba vueltas enloquecido. No podía ser cierto. Despertaría en un segundo. Pero no despertó. ¿Por qué no despertaba? Lis alargó la mano, y se apoyó en la pared más próxima para no caerse.

Cayó la primera gota de lluvia, que golpeó el cemento haciendo «¡paf!». Era como una gota de sangre.

—Mira, tengo que ir a buscar a Harry y a Fiona, no saben nada todavía. —Danny se volvió y echó a correr.

Lis trató de recuperar el aliento. Kitty. Jack. Delilah. No podían haber... ¿Qué habían hecho? ¿Se suponía que no iba a ser más que una broma! Tenía que encontrarlos.

Se levantó un viento feroz, y la lluvia empezó a caer con fuerza para unirse al granulado de las losas del suelo. Más rayos atravesaron el cielo, que parecía haber descendido más de lo que era posible, encerrando el instituto entre densas nubes. Lis echó a correr, derecha hacia el bar, chocando contra un montón de chicos de octavo que le llamaban de todo, aunque ella se movía demasiado rápido para oír lo que decían. Lis se había convertido en la propia tormenta, que arrasaba lo que encontraba en su camino.

Entonces empezaron a llegar los SMS. A su alrededor, los tonos que anunciaban un SMS sonaban ante caras que sufrían el impacto del horror y la incredulidad. Incontrolable, el fuego prendía, se extendía, lo arrasaba todo.

Cayendo casi por la escalera, Lis entró a trompicones en el comedor, y examinó el océano de estudiantes que engullía bocadillos y patatas fritas. No había ni rastro de su grupo. Su propio pelo, empapado, se le había quedado pegado a la cara. Un par de chicas de noveno se rieron al verla así, pero Lis no tenía tiempo de prestarles atención. Se fue hacia la puerta. ¿Dónde podían estar?

Para sus adentros, Lis tenía esperanzas de haber entendido mal. No había sido más que una broma, nada más que un juego tonto. Pero ahora Laura estaba muerta de verdad.

Se quedó quieta un segundo, dejando que la lluvia le diera en la cara. El agua le pasaba por encima, y sintió como se le pegaba la camisa a la piel caliente. Respiró hondo varias veces, tratando de evitar la evidente posibilidad de vomitar en un lugar público. Abriendo los ojos, tuvo un levisimo vislumbre de Kitty, que entraba en el viejo bloque G por donde estaban los lavabos de los chicos.

—¡Kitty! —gritó, sin hacer caso de las miradas de soslayo de los estudiantes que tenía alrededor—. ¡Kitty!

Sus gritos se perdieron en el ávido trueno, y empezó a correr por el hormigón lo más aprisa que le permitían las piernas. Al pasar empujó a un grupo de chicos de séptimo que querían resguardarse de la lluvia, y entonces vio a Kitty, que subía la escalera a toda prisa hacia el pasillo superior.

—¡Kitty! —gritó.

No quería perderla por nada del mundo, pero a juzgar por la mirada oscura y decidida de su amiga, también ella iba en busca de algo. ¿Habría oído también ella la noticia? ¿O habría sido Lis la primera en saberlo? El caso es que Kitty no se detuvo.

—¡Moveos! —exigió Lis a las niñas que se cruzaban en su camino. Pasó por entre ellas con dificultad, y llegó a la escalera, pero entonces ya no vio a Kitty por ninguna parte.

El viejo timbre de alarma que anunciaba un mensaje general empezó a sonar por todas las aulas estruendosamente. Lis se tapó rápidamente los oídos con las manos.

—¡Atención a todos los alumnos! Os habla el señor Raynor. —Era el subdirector del instituto—. Dentro de diez minutos habrá una reunión de todo el instituto en el gimnasio nuevo. Cuando suene el primer timbre, entrarán en el gimnasio los alumnos de séptimo, octavo y noveno. Cuando suene el segundo timbre, entrarán los de décimo, undécimo y Bachiller.

Empezó a repetir aquellas sencillas instrucciones, pero Lis ya iba de camino al gimnasio. Sus amigos tenían que estar allí.



11.17 de la mañana. Por desgracia, nadie parecía haber hecho caso de los dos turnos de entrada. El gimnasio era un caos. Los profesores intentaban desesperadamente poner algún tipo de orden entre las clases, colocando a los más jóvenes delante, y a los de Bachillerato atrás del todo.

Era la primera vez que Lis entraba en el gimnasio. Estaba completamente nuevo, y todavía conservaba aquel prístino olor a abrillantador aunque, a medida que se llenaba de empapados estudiantes, predominaban el aroma de la lluvia y del sudor.

En medio de la locura, Lis pudo ver claramente, al otro lado del gimnasio, a Jack y a Delilah que estaban sentados ya en el suelo, con las piernas cruzadas. Les hizo gestos

con la mano, frenéticamente, pero ellos no consiguieron verla entre las hordas de alumnos que pululaban por allí. Observando la sala, Lis no encontraba a Kitty por ninguna parte. A aquella chica de un metro ochenta, mestiza y con una cresta morada en la cabeza, se la veía sin esfuerzo en donde quiera que estuviera. Así que estaba claro que no estaba allí.

—¡Lis! —exclamó el profesor Gray, que parecía más alterado que nunca—, ¿puedes sentarte junto a Millie, por favor?

Ella abrió la boca para protestar: tenía que alcanzar a Delilah y a Jack.

—¡He dicho que te sientes, Lis!

Era inútil. Conteniendo el impulso de chillar de pura rabia, Lis se dejó caer junto a Millie Carpenter.

Laura Rigg había muerto. Había estado pensando en aquella chica hora tras hora desde que la viera el primer día en la G2. Ahora ya no volvería a verla nunca. ¡Laura Rigg! Lis cerró los ojos con fuerza y apretó las manos contra la cara. La oscuridad en sus ojos osciló, intercalada con truculentas imágenes que ella misma había evocado durante la reunión asesinatoria que había tenido lugar en el desván de Kitty: Kitty, con una piedra en la mano, cerniéndose sobre el cadáver de Laura y riéndose como una loca; Jack metiendo su cabeza bajo las negras aguas del riachuelo; Delilah riéndose con risita tonta mientras Laura se ahogaba en *alcoPOP* envenenado.

—¡Ya vale! —dijo la señora Dandehunt con voz de trueno, subida a una mesa de gimnasia delante de toda la sala, y justo debajo de un aro de baloncesto. Los agentes de policía estaban a su lado, junto con el señor Raynor. La señora Dandehunt se llevó el micrófono a los labios:

—Silencio. Ya sabéis que no me gusta gritar.

El gimnasio quedó rápidamente en silencio. En aquel momento, todo el mundo estaba impaciente por oír las noticias.

—Me temo que os hemos convocado aquí para daros una noticia terrible. Un profesor no debería tener que decir esto nunca, y ni siquiera sé por dónde empezar. Con gran pesar, tengo que deciros que esta noche una alumna del undécimo curso ha fallecido en circunstancias muy trágicas.

Un grito ahogado recorrió el gimnasio. Algunos se volvieron a sus amigos, con una pregunta en los labios. Eso quería decir que los SMS aún no habían llegado a todo el mundo.

—Para evitar los chismorreos y más aflicciones de las necesarias, os diré ya que esa alumna es Laura Rigg.

El gimnasio despertó con un rugido colectivo. Lis permaneció sentada, muda e inmóvil mientras todo el mundo a su alrededor prorrumpía en exclamaciones de sorpresa y horror. Lis se llevó las manos a los oídos. Entre el ruido que tenía en la cabeza y el ruido del gimnasio, aquello era más de lo que podía soportar.

—¡Silencio todo el mundo, por favor! Esto es algo muy serio. —El rostro de la señora Dandehunt era de mármol, completamente distinto al de la encantadora persona que Lis había conocido en anteriores reuniones—. No quiero que se extiendan rumores ni especulaciones. Sé que muchos de vosotros estáis afectados por la pérdida de vuestra

querida compañera. Laura era muy apreciada por muchos de vosotros.

Lis observó a Delilah y a Jack. Con los ojos fijos en la señora Dandehunt, eran estatuas que ni hablaban ni se movían.

—Nunca habíamos sufrido una tragedia semejante en el Instituto de Fulton. Me temo que no cuento con palabras de consuelo, nada que alivie la pena. Todos nosotros necesitaremos apoyo en este sórdido día. —Su voz se ablandó entonces—. Hoy hemos sufrido una gran pérdida. Algunos de nosotros hemos perdido a gente antes, otros quizá no. Pero ahora, más que nunca, nos necesitamos unos a otros para darnos fuerza, consuelo y cariño. Este es un día muy, muy triste. Os pido que dediquéis un momento a pensar en los amigos y en la familia de Laura. Por respeto a ellos, este será un día de serena reflexión, y el instituto cerrará sus puertas.

Ninguno de los presentes, ni siquiera los más detestables chicos de noveno, profirió un sonido al oír aquella noticia. Hasta los adolescentes más indomables sabían dónde estaba el límite.

—Pasad el día con vuestra familia y vuestros amigos. Reflexionad sobre la suerte que tenéis. O pensad en Laura y en lo especial que era. El Instituto de Fulton no será el mismo sin ella.

«El instituto sería un sitio mejor sin ella», eso era lo que había dicho Lis en el desván de Kitty, y ahora sus palabras la atormentaban.

—Pero antes de que volváis a vuestra aula, hay gente importante de la Policía del Norte de Yorkshire que os pide unos minutos de atención.

La señora Dandehunt le pasó el micrófono a una agente que se subió a la mesa de gimnasia y se puso a su lado.

—Buenos días, alumnos del Instituto de Fulton. Soy la agente Jacqui Briggs, coordinadora entre la policía y el instituto. Muchos de vosotros ya me conocéis porque en algún momento he estado presente en alguna clase.

Lis volvió a mirar a Delilah y a Jack, que esta vez trataban sutilmente de atraer su atención. Jack parecía formar con los labios las palabras «DIOS MÍO». Delilah separó las manos y movió los labios articulando: «¿DÓNDE ESTÁ KITTY?». Lis se encogió de hombros.

—Lo siento mucho, chicos y chicas —prosiguió la agente Briggs—. Esto tiene que ser para vosotros un golpe terrible. No hay nada peor que la muerte de alguien, pero siempre resulta especialmente doloroso cuando se trata de alguien tan joven. Sé que muchos de vosotros conocíais a Laura, y querréis hablar con vuestros padres y amigos sobre ello, pero hay un par de mensajes que quiero transmitirlos antes de que os vayáis.

Lis notó que Delilah parecía en aquel momento muy agitada, y que Jack trataba de calmarla. Quería acercarse a ellos y saber qué decían. ¿Tenían aspecto de culpables? No estaba segura.

—Necesitamos que ahora seáis especialmente prudentes y tengáis cuidado. Habrá una investigación policial, y necesitaremos que nos ayudéis en ella. Durante los próximos días hablaremos con algunos de vosotros para recabar información. Estoy segura de que haréis todo lo que podáis para cooperar. También será de gran ayuda que no os acerquéis por la Floresta de Pike. Muchas gracias, eso es todo por ahora.

El gimnasio volvió a sumirse en el caos, mientras los alumnos pasaban unos por encima de otros para llegar hasta sus amigos. Los profesores hacían todo lo que podían por restablecer la calma, pero con escasos resultados. Lis vio que algunas chicas de undécimo se desplomaban en los brazos de otras. Cierta número de compañeros de clase miraban a su alrededor aturdidos, sin saber qué hacer ni qué decir. Lis simplemente se quedó allí, en pie, petrificada. De pronto sintió como si hubiera demasiados colores en la sala.

Vio que Delilah se apresuraba a salir del gimnasio, seguida de cerca por Jack. El cerebro le decía que fuera tras ellos, pero los pies no se le movían. Y solo entonces se dio cuenta de que las lágrimas le caían libremente por las mejillas.

Preguntas y respuestas

LIS SE FUE A CASA y durmió el resto del día. Se hizo oscuro. Oía que su hermana y Max hablaban en voz baja cerca de la puerta de su habitación, pero ella siguió hibernando bajo el edredón. Algo más tarde, Sarah llamó a la puerta y entró con una taza de té y un sándwich de queso caliente, pero Lis seguía escondida bajo el edredón. Allí dentro, el asesinato de Laura no era real.

Durmió toda la noche, y cuando la luz de vainilla del alba traspasó las cortinas, se dio la vuelta hacia la pared, y siguió con los ojos cerrados.

Dormitó, soñando que Laura estaba vivita y coleando, y que su muerte no había sido más que una pesadilla. Eso era un dulce alivio, pero cada vez que despertaba, Lis experimentaba la desgarradora perspectiva de que uno de sus mejores amigos podía ser un asesino a sangre fría. Era una agonía.

Su mente repasaba una y otra vez la conversación que Laura y ella habían tenido al borde de la floresta. Recordaba los ojos angustiados de Laura, tan llenos de secretos. ¿Había sabido algo? ¿En qué se había visto atrapada? Fuera lo que fuera, el resultado había sido su muerte. Y lo peor de todo: ¿tenía las respuestas alguno de sus amigos? Demasiadas preguntas. Era como si le desgarraran el cerebro en trozos.

La propia Lis había deseado la muerte de Laura: había que tener cuidado con los propios deseos.



Era casi mediodía cuando despertó, hambrienta. Una lluvia fuerte aporreaba las puertas del patio, y de vez en cuando retumbaba el bramido del trueno.

¿Había alguna posibilidad de escapar de aquel día? Lis refunfuñó y retiró el edredón con los pies. No: aquel día tenía que ver a sus amigos. Había preguntas difíciles que exigían respuesta imperiosamente.

Se puso una bata de felpa y recorrió el pasillo. Desde lo alto de la escalera oyó voces que procedían de la cocina. Sarah le decía cosas a Logan, y Logan le respondía con balbuceos. Resultaba tan normal, tan real, tan reconfortante...

Sorprendida al ver entrar en la cocina a Lis, Sarah levantó la vista del periódico que estaba leyendo.

—¡Dichosos los ojos que te ven! —le dijo sonriendo cálidamente—. ¿Qué tal estás?

Logan estaba jugando feliz en el suelo, con unas tazas de plástico. Sus manitas y su mechón de pelo rubio y suave quebraron el cascarón de Lis. Cruzando la cocina, recogió en los brazos a su sobrino y lo apretó contra ella.

—¿Lis? —dijo Sarah con dulzura.

—Estoy bien, de verdad. Solo necesitaba dormir.

—A mí me pasa lo mismo cuando estoy depre. Pero todo parece mejor por la mañana.

Lis sintió que le caían lágrimas por los ojos, y besó a Logan en la cabecita, aspirando el aroma a talco y a loción de bebé.

—¿Quieres comer algo? —preguntó Sarah.

—Sí, porfa —respondió Lis—, ¡me muero de hambre! ¿Hay fruta? Tengo antojo de fruta, helado y tortitas.

—Concedido, concedido y concedido. —Sarah se levantó de la silla—. Tú pon la tetera.

Lis posó a Logan, que estaba empezando a moverse para escaparse, y llenó enseguida la tetera de agua. Al inclinarse contra la encimera, vio el periódico de Sarah. Le costó un segundo comprender que el rostro de la primera página era el de su antigua mejor amiga y peor enemiga.

Sarah se dio la vuelta desde la nevera, con las manos llenas de huevos y de helado. Se quedó parada, comprendiendo por qué Lis había dejado de hacer lo que estaba haciendo.

—¡Ay, Dios! ¡Lis, lo siento! ¡No mires eso!

Lis negó con la cabeza.

—No, no pasa nada. Todo esto ha ocurrido de verdad. Tengo que asimilarlo, ¿no? —Se sentó en una silla ante la gran mesa de la cocina, y respiró hondo antes de empezar a leer.

La Policía del Norte de Yorkshire prosigue hoy las pesquisas más importantes de su historia con la búsqueda del asesino de la estudiante de Hollow Pike, Laura Rigg, de quince años de edad, cuyo cuerpo fue encontrado en la Floresta de Pike, cerca de Fulton, ayer por la mañana. Un portavoz rehusó hacer comentarios sobre el creciente rumor de que se ha tratado de un asesinato ritual. La policía está interrogando a muchos testigos, incluyendo los padres de Laura y amigos del instituto, aunque han aclarado que no se ha realizado hasta el momento ningún arresto.

—Es triste que la gente siempre piense que son los padres —comentó Lis, leyendo entre líneas—. ¿No es enfermizo?

Sarah se sentó a su lado y le frotó la mano.

—Lo sé, pero así es el mundo en que vivimos. Tendrías que haber oído ayer las conversaciones en la oficina de correos. Cuánto chismorreó.

Lis recordó la discusión que Laura y su padre habían tenido en público en el pueblo. Seguramente eso no quería decir nada, ¿no? Seguramente no era más que una rabieta de niña creída.

—¿Qué crees que quieren decir con lo de «asesinato ritual»? —murmuró Lis.

—No tengo ni idea, cielo. No quiero ni pensarlo.

La noticia proseguía en la tercera página. No se ofrecía más información de cómo había muerto Laura y, aunque Lis no quería conocer los detalles más truculentos, las palabras «asesinato ritual» le habían despertado sus propios terrores. Los rituales podían incluir capas con capucha y puñales de ceremonia: el tipo de cosas que ella y sus amigos habían utilizado aquella noche, inspirados por lo que había visto Lis en el libro de la señora Gillespie.

Lo que resultaba más deprimente eran los alumnos que ofrecían sus loas a Laura, sin duda con dinero de por medio, en aquel periodicucho de mala muerte. Había una foto de Laura con Poppy Hewitt-Smith, la víctima de la cola de caballo. Lis sabía que Poppy y Laura se odiaban una a la otra, y sin embargo allí estaban, sonriendo para la inmortalidad: «Como hermanas», decía el pie de foto. La foto parecía ser de unos dos años atrás. Puaj, Poppy era un vampiro que se alimentaba de la muerte de Laura. Lis cerró el periódico de golpe y lo tiró al otro lado de la cocina, donde cayó en el cubo de reciclado de papel.

—¿Estás bien? —preguntó Sarah.

—Sí. Supongo que no será fácil.

Sarah sirvió el té.

—Bueno, hay otra cosa, Lis...

—Dilo.

Posando la taza de té al lado de Lis, Sarah empezó a mezclar la masa de los crepes.

—Bueno, mientras dormías, hemos recibido una llamada de la policía.

—¿Qué? —estalló Lis, y casi se le cae el té.

—¡No te preocupes! —se apresuró a decir Sarah—. Están hablando con casi todos los de tu clase. Solo quieren reunir información sobre los últimos días. Dijeron que no había nada de lo que preocuparse.

«¡Ah, si fuera así de verdad!», pensó Lis.



Dos horas después, Lis se encontraba mirando hacia el otro lado del aparcamiento. Una cortina de agua caía sobre el asfalto, tras la cual se podía distinguir la silueta de la comisaría de policía.

—De acuerdo, estoy lista —dijo con un suspiro.

—¿Estás segura? —preguntó Max con su cerrado acento de Yorkshire. Mientras Sarah se quedaba con Logan, Max había dejado su trabajo para acompañar a Lis—: Ya sabes que no tienes por qué entrar hoy. Dijeron que «cuando nos viniera bien».

Lis se volvió hacia él y trató de sonreír.

—¿Para qué vamos a esperar? Es mejor decidirse y pasar el mal trago cuanto antes.

Max abrió un enorme paraguas de golf, tapó con él a Lis y a sí mismo, y echaron a correr bajo el aguacero. Lis nunca había visto llover de aquella manera. Incluso aquella breve carrera fue suficiente para empapar a los dos antes de que llegaran a las puertas automáticas.

La comisaría de policía de Fulton era pequeña, de pueblo, pero tenía aquel extraño aire de ayuntamiento, con carteles viejos doblados por los bordes y folletos que cubrían rasgadas sillas de vinilo. Lis se sentó, tirando del material de relleno del asiento, que estaba expuesto al aire, mientras Max hablaba con el agente que estaba en información. Aquel lugar era casi tan caótico como había sido el gimnasio. Estaba claro que la comisaría de aquel sitio se veía desbordada al tener que manejar un asunto como aquel.

—Lis, tenemos que esperar aquí. —Max le hizo una seña para que pasara a través de una puerta de seguridad, y Lis se encontró en otra sala de espera casi idéntica. Se preguntó si la comisaría entera no sería como un grabado de Escher, en la que podría empezar a atravesar puertas solo para descubrir otra nueva sala idéntica detrás de cada puerta.

—Tengo que ir al aseo —dijo Lis, que se sentía cada vez más nerviosa.

—Vale, cielo, yo estaré aquí.

Lis dejó la sala de espera y recorrió el largo pasillo buscando el aseo de señoras. Dobló una esquina y vio los aseos junto a una alta máquina de café de color marrón. De repente, oyó una voz familiar.

—¿Tienes idea de lo embarazoso que resulta esto? —Era el padre de Kitty. Tenía un pelo gris cortado cortísimo, y barba a juego, además de una piel de color caoba muy oscura. Puede que fuera incluso más alto que Max, y eso era decir mucho. Él se alzaba por encima de una aterrada Kitty, que estaba puesta contra la máquina expendedora. Su amiga había estado llorando, y no llevaba puesto el maquillaje que era tan característico de ella. Parecía de menor edad. Rápidamente, Lis volvió a esconderse en la esquina, pero se quedó allí, donde podía oír.

—Lo siento mucho. Pienso que tendría que habértelo dicho antes —dijo Kitty. Los dos hablaban en voz muy baja.

—¿Ah, sí? —repuso su padre, furioso—. ¿O sea que piensas?

—¿Qué más puedo decir? ¡Lo siento! —En la voz de Kitty no había ni asomo de su habitual frialdad.

—Catalina, ¿crees que recibirás un trato especial por ser hija mía?

—¡Claro que no! —respondió ella con amargos sollozos.

—¡No te creas tan lista, jovencita! —le gruñó—. Y ahora ¿estás segura de que no quieres añadir nada más antes de irte? Porque si averiguo que has «olvidado» algo, te haré arrestar, ¡te lo prometo!

Lis se estremeció al oír aquello. Era algo doloroso de escuchar desde fuera, así que no podía imaginarse cómo sería recibir en carne propia aquellas amenazas. Jack tenía razón: el padre de Kitty era el hombre más aterrador del mundo.

—Eso es todo —dijo Kitty—, tuvimos una pelea en la fiesta de Danny. Ni siquiera una pelea de verdad. Laura se estaba burlando de Delilah, así que le di una bofetada y las dos caímos por la escalera. Eso es todo, papá, te lo prometo. ¡No tuvo nada que ver con lo que ha sucedido!

Su padre se quedó un momento callado.

—Vale, desaparece de mi vista.

Lis oyó acercarse los pasos de Kitty. Acto seguido empezó a andar, tratando de

parecer lo más indiferente posible. Kitty y su padre casi se chocan con ella.

—¡Lis! —exclamó Kitty muy sorprendida—. He intentado llamarte cien veces. Tenías el teléfono apagado. Yo...

—¡Suficiente! —espetó su padre—. Vete a casa, Catalina. Ya hablaremos más tarde.

Kitty pasó la mirada de Lis a su padre, y prefirió no discutir.

—Me llamas después, ¿vale? —le dijo a Lis, y salió a toda prisa.

El padre de Kitty se dirigió entonces a Lis:

—Bien, tú eres Elisabeth London, ¿no? Yo soy el inspector Keith Monroe. Te tengo apuntada como mi próxima entrevista.



Lis y Max fueron conducidos a un despacho que ostentaba el letrero «Entrevista 1». Una agente estaba tranquilamente sentada ante una mesa, en el cuarto húmedo y caluroso. Lo único que se oía allí era el aguacero golpeando contra la ventana de un solo cristal.

—Esta es mi colega Alison Price, que tomará notas mientras nosotros hablamos —explicó el inspector Monroe, haciéndoles un gesto para que se sentaran—. Intenta relajarte, Elisabeth, tú no estás metida en ningún lío. —Ahora el inspector estaba imbuido del encanto de los nativos de Yorkshire, pero Lis no podía olvidar la manera en que había tratado a Kitty.

—Todo el mundo me llama Lis —farfulló ella.

—De acuerdo. Bueno, Lis, nosotros necesitamos reunir tanta información como sea posible sobre los últimos días de Laura. Hemos hablado con todos sus amigos en el instituto, y ha salido tu nombre a relucir. Por eso queríamos hablar contigo.

Lis asintió moviendo lentamente la cabeza de arriba abajo. Bajo la mesa, Max le cogió la mano y se la apretó para infundirle valor.

—Ahora necesitamos saber todo lo que nos puedas contar. Hay cosas que pueden parecer intrascendentes, pero nunca se sabe cuándo algo podría ser la pequeña pieza que faltaba en el gran rompecabezas, ¿me comprendes?

—Claro —dijo ella en poco más que un susurro. Se aclaró la garganta con fuerza—. ¿Qué quiere saber? —El corazón le palpitaba en el pecho tan fuerte que Lis pensó que el inspector podría oír los latidos, retumbando: «soy yo, soy yo, soy yo». ¿Habrían confesado su pequeño juego Kitty, Jack y Delilah? Recordó que Delilah había insistido en que no escribieran nada para no dejar pruebas. ¿Por qué iban luego a ir y contárselo todo a la policía? Claro que entonces todo había sido hipotético, al menos para ella. Ahora era algo real. Tan solo respondería a las preguntas, decidió.

—Bueno. Algo que se ha comentado unas cuantas veces es que Laura había molestado a bastantes personas en el instituto. ¿Es verdad? Sé sincera. Y ve al grano.

—Bueno, sí. Laura podía ser realmente mala, me parece.

—¿De qué manera?

—Bueno... era grosera con mucha gente. Y cruel. Realmente cruel.

—¿Fue cruel contigo?

Santo Dios, ya veía adónde quería ir a parar. Max volvió a apretarle la mano.

«Sé sincera, nada más», se dijo Lis. Ella no había hecho nada malo. No tenía nada que ver con la verdadera muerte de Laura. La muerte hipotética era otra cuestión completamente distinta.

—Sí. Le dijo a todo el mundo que yo vivía con mi hermana porque había dado a mi bebé en adopción, o algo así. Es mentira, pero me dio mucha vergüenza.

—¡No nos dijiste nada de eso, cielo! —Max se mostró asustado.

—No es el tipo de cosa que me encanta compartir, Max.

Él exhaló una gran cantidad de aire por la nariz, y volvió a quedarse callado.

—¿La cosa acabó ahí? —preguntó el inspector Monroe.

—Sí. Hablé con el señor Gray, el tutor de mi clase. Dijo que la señora Dandehunt se estaba encargando del asunto. Laura se estaba metiendo con la mitad del instituto, ¡no era solo conmigo! —La rabia empezó a despertar en su interior. ¿Pensarían que podría haber matado a Laura por una diablura tonta? Por supuesto, había sido aquel correo electrónico el que había provocado que planearan la muerte de Laura, pero eso no tenía nada que ver.

Monroe se relajó en su silla. Era una especie de gesto de disculpa.

—Lis, no tratábamos de insinuar que hubieras hecho nada. Simplemente necesitamos conocer cada lado de la historia. Ya hemos charlado con el señor Gray, y nos dijo exactamente lo mismo que nos has dicho tú.

Lis asintió con la cabeza, ya más tranquila.

—¿Sabes de alguien que quisiera hacerle daño a Laura?

«Cualquiera que la conociera», pensó, pero dijo:

—No. —Y se quedó callada un momento—. No sé.

—¿Cómo es eso?

Lis miró a Monroe fijamente a los ojos, sin pestañear.

—¿Laura era desagradable? Sí. ¿Molestaba a un montón de personas? Sí. ¿Se me ocurre alguien lo bastante malo para querer matarla? No.

Con la última palabra, su voz se quebró en un sollozo. Era verdad. ¿Pensaba de verdad que Kitty, Jack o Delilah podrían haber asesinado a Laura? No, tenía que creer que ellos eran inocentes. Pero ¿y si no lo eran? Sintió como si un ácido le quemara las entrañas.

Monroe la observó por un momento con mirada astuta, y Lis contuvo el aliento. Al final el inspector apartó la mirada, aceptando, al menos en apariencia, hasta la última palabra que ella había pronunciado.



Empapada y fatigada, Lis subió la escalera hasta la puerta lateral. El regreso a casa había sido misteriosamente silencioso, sin un ápice de la conversación chistosa que solía mantener con Max. Tan pronto como entraron en la casa, Lis se dirigió a su

dormitorio, deseosa de volver a refugiarse bajo las mantas. Solo tenía que atravesar el salón.

—Elisabeth May London, ¿se puede saber qué ocurre? —¡Ah!, Sarah hablaba en serio cuando hasta le ponía su segundo nombre. También Logan la miraba de modo acusador... ¿qué sabía él? ¡Ni siquiera tenía un año cumplido!

Lis se dejó caer sobre el sofá.

—Ha sido horrible, Sarah. —Apenas podía encontrar las palabras.

—¿Por qué? —preguntó Sarah.

—Lo ha hecho muy bien —dijo Max desde la cocina—. Has sido muy valiente, pequeña.

—Entonces, ¿qué pasa? —quiso saber Sarah.

—Yo... yo... —¿Podía contárselo a su hermana? ¿Y si la metía en problemas? ¿Y si sus amigos no eran inocentes? ¿Acaso quería poner a Sarah en el disparadero?—. Yo solo... es que... ¡ha ocurrido un asesinato! ¡El asesino podría ser cualquiera!

—¡Serás tonta! Lo que le pasó a Laura no tiene nada que ver contigo.

En ese momento, un sollozo incontrolable sacudió el cuerpo de Lis. Y empezó a temblar, como si el sollozo tratara de encontrar la salida.

Sarah la miró con el rostro lleno de preocupación.

—Si está pasando algo, Lis, tú sabes que puedes contármelo, ¿no? Puedes contármelo todo, cielo.

Lis asintió con la cabeza, sin atreverse a hablar, por miedo a que todos los sucesos de las últimas semanas empezaran a salirle por la boca.

—Solo soy yo, tu hermana. No necesitamos contarle nada ni a mamá ni a Max —prosiguió Sarah, en un leve susurro.

Pero Lis no podía hacer tal cosa, a Sarah no.

—Estoy bien. Es que todo eso de Laura... es como las pesadillas. Solo que esta vez no me despierto. —Le falló la voz.

Con mucho cuidado, Sarah posó a Logan en la alfombra, se fue hacia ella y la envolvió en sus brazos.

—No eres demasiado grande para recibir un abrazo, so boba.

Lis se acurrucó entre los brazos de su hermana, y se llenó los pulmones con su reconfortante aroma.

—¿Qué quieres hacer, cielo? —le preguntó Sarah con suavidad—. ¿Quieres que veamos una película? ¿O quieres que vayamos de tiendas? Soy toda tuya. ¡Te tengo mal atendida!

Lis se puso derecha y se metió el pelo detrás de las orejas. ¿Cuánto podía arriesgarse a contarle a Sarah sobre Laura, los bosques, los rituales, los rumores de que sus nuevas amigas eran brujas? ¿Y qué le podía contar de aquellas pesadillas o, tal como le habían dicho, «advertencias», visiones de lo que estaba por llegar?

—Sarah... ¿conoces las historias sobre Hollow Pike? —empezó Lis.

Sarah se encogió de hombros.

—¿Qué historias?

Lis se retorció en la butaca.

—Ya sabes... sobre la floresta y... las brujas.

Sarah se rió con ganas, echándose para atrás su pelo rubio. Pero viendo la preocupación en el rostro de Lis, enseguida se volvió a poner seria.

—Lo siento, cielo, pensé que estabas bromeando.

—No.

—¡Eso es una cosa muy vieja, mi niña!

Eso no era suficiente.

—Pero ¿has oído esas historias?

Sarah arrugó el ceño. Se arrodilló al lado de Lis, tomando sus manos entre las suyas.

—Lis, mírame: ¡las brujas no existen!

Lis asintió con la cabeza, pero otra lágrima le cayó por la pálida mejilla.



Abrió los ojos. Estaba teniendo un sueño cálido y satisfactorio, pero de repente se había despertado. ¿Por qué? Incorporada en la cama, Lis se retiró el pelo del rostro y miró la luna que brillaba a través de las cortinas.

Podía oírles hablar a lo lejos. ¿Sarah y Max? Una rápida mirada al móvil confirmó que era la una y cuarto de la madrugada. Tal vez el pequeño Logan estuviera pasando una mala noche. Aguzó el oído tratando de entender la conversación.

Y entonces se dio cuenta de que no era la voz de Sarah. Ni tampoco la de Max. El que hablaba lo hacía en un susurro bronco, y Lis no podía entender lo que decía.

De repente, algo golpeó contra la puerta de la terraza: tres golpes breves y secos en el cristal. Se echó hacia atrás y se subió el edredón hasta la cara, mientras pegaba la espalda al colchón. Una vez más, había sombras extrañas en la terraza, y esta vez no era posible que estuviera imaginándose, ni de que se tratara tan solo de un pájaro.

Se desplazó lentamente en la cama hacia el lado de la puerta, consciente de que cualquier movimiento un poco apresurado alertaría a quien fuera de su presencia.

—Lis... —La palabra sonó esta vez con toda claridad, y dejó a Lis paralizada. No se atrevió ni a parpadear—. ¡Lis! —El tono fue más serio ahora. Amenazador.

La manilla de la puerta crujió cuando una mano escondida intentó accionarla por el otro lado. Oscilaron unas sombras, seguidas de frenéticos forcejeos contra el cristal.

—¡Déjanos entrar! —siseó una segunda voz, más enfadada que la primera. Lis reconoció aquella voz: era Kitty.

Habían venido.

La mano de Lis vaciló ante la manilla de la puerta, temblorosa e indecisa. ¿A quiénes estaba a punto de dejar entrar en su dormitorio? ¿A unos amigos o a unos asesinos?

¿Quién está ahí?

—¡P OR EL AMOR DE DIOS, LIS! ¡Solo somos nosotros! —se lamentó una voz con acento norteño—. Nos vamos a helar si no eres tan amable de abrirnos las puñeteras puertas.

Había algo en la voz de Jack que le impedía transmitir siquiera un átomo de amenaza. Y, además, ella tenía incontenibles deseos de hacerles a sus amigos algunas preguntas. Necesitaba saber la verdad.

Giró la llave en la cerradura. Los tres amigos aguardaban en el patio, apiñados para aguantar el frío, nada emocionados.

—¿Nos vas a dejar pasar, sí o no? —le preguntó Kitty enfurruñada.

—Entrad —dijo Lis—. Pero mi hermana y Max están aquí arriba...

—¿Y qué te piensas que vamos a hacer? —le soltó Kitty, empujándola al pasar.

—¡Baja la voz! —susurró Lis.

Jack y Delilah se dejaron caer en la cama, poniéndose cómodos, mientras Kitty se reclinaba despreocupadamente en la *chaise longue*, en plan Cleopatra o alguien parecido. Lis se sentó apenas en la silla de su escritorio, como si fuera ella la visita, en su propio dormitorio.

—¿Y bien? —preguntó Lis, haciendo esfuerzos por dominar el temblor de su voz. Era como si alguien hubiera dejado abierta la puerta de la jaula, y se hubieran escapado los leones. Tendría que andarse con mucho cuidado.

—¿Y bien qué? —preguntó Jack.

Lis abrió completamente los ojos.

—¡Ya sabéis a qué me refiero! ¿Lo hicisteis vosotros? ¿Vosotros la matasteis?

Bueno, al final no se había andado con mucho cuidado precisamente. Sus tres amigos se miraron unos a otros y pusieron los ojos en blanco.

—Por supuesto que no lo hicimos nosotros —respondió Kitty, como si estuviera declarando lo obvio—. ¿Fuiste tú?

—¿Qué? —preguntó Lis entre dientes.

Delilah se apoyó sobre los codos.

—Seamos justos. El calamitoso plan de venganza fue idea tuya tanto como nuestra.

—¡Yo quería hacerle chantaje, no matarla! —protestó Lis.

—¿Qué te crees que hemos estado haciendo nosotros todo este tiempo? —preguntó Kitty. Avanzó un dedo hacia Lis—. ¡Hemos estado *googleándote* para ver si te habías escapado de algún manicomio de Gales!

—¿Lo dices en serio?

—Lis —dijo Jack ladeando la cabeza—, tú tomaste en esto tanta parte como nosotros.

—¡Eso no es justo! —Pero entonces Lis comprendió que sí era justo. Lis había estado en el ajo tanto como ellos. Había estado allí, planeando y maquinando la broma, y después llevándola a cabo. Quería darle a Laura su merecido. Tal vez no era tan inocente como le gustaba creerse.

Kitty lanzó un suspiro.

—Mira: Después de que filmáramos a Laura, yo regresé a casa de Delilah y Jack se fue a su casa. No sabemos adónde fuiste tú. Cualquiera de nosotros podría haber vuelto a la floresta, pero te aseguro que ni yo ni Delilah lo hicimos.

—Y tampoco lo hice yo, le puedes preguntar a mi madre —añadió Jack.

—Bueno, tampoco fui yo. ¡Le podéis preguntar a Sarah! —exclamó Lis con vehemencia.

Delilah sofocó una risita.

—¿Así que ninguno de nosotros va a confesar un asesinato? ¡Qué decepción!

Jack se deslizó hacia el borde de la cama.

—¿Qué le has dicho a la policía? ¿Les has dicho algo de nuestros planes para quitarnos de encima a Laura? ¿Les contaste lo que hicimos?

Lis hizo un mohín.

—No. No soy completamente tonta.

Los tres suspiraron de alivio. Era evidente que habían estado tan preocupados como Lis.

—Entonces, si nosotros no la matamos, ¿quién lo hizo? Dificil pregunta, ¿verdad?

Los blancos dientes de Kitty brillaron en la penumbra del dormitorio. Lis se encogió de hombros, muy aliviada: aquellos que tenía delante no eran asesinos, eran sus amigos. Sus únicos amigos, en realidad.

—¿Le has enseñado el vídeo a alguien? —preguntó Delilah.

A Lis le costó un momento comprender a qué vídeo se refería.

—¡No, por supuesto! ¡Ni siquiera lo he visto yo! Cuando llegué a casa de la floresta, Sarah me pidió que bañara a Logan. Y creo que me olvidé del vídeo completamente.

Lis hizo girar la silla y hurgó bajo el montón de cuadernos y material escolar que tenía en la mesa para encontrar su cámara de color rosa y plateado.

—Deberíamos borrarlo ahora mismo —apremió Jack—. Si alguien ve eso algún día, estaremos tan muertos como ella.

—De acuerdo —respondió Lis.

—¡Espera! Al menos tendríamos que verlo primero —dijo Kitty—. Vamos, esta es la última película casera en la que participó Laura: alguien tiene que verla.

—Kitty, esto no es un juego —soltó Lis.

—Tranqui. Lo vemos una vez y lo borramos —dijo Kitty.

Lis abrió su ordenador portátil. El brillo blanquiazul de la pantalla iluminó el oscuro dormitorio, y el grupo se colocó alrededor de la mesa. Lis sacó un cable USB y conectó la cámara, que hizo «tin» al encenderse, mientras el ordenador empezaba a cargar.

—Vale, dadme un segundo. —Lis recorrió el escritorio para abrir el archivo pertinente—. Aquí está.

El vídeo empezó, tembloroso y con mucho grano. Delilah no iba para Spielberg, eso era seguro.

«Cuando yo era pequeña, mi padre solía contarme historias de niños que entraban en la floresta y no salían nunca. Simplemente desaparecían», decía Laura, aunque resultaba difícil oírla por encima del crujido de las hojas y de la respiración de Delilah. En el vídeo, Lis y Laura eran dos manchas borrosas que se movían en un entorno aún más borroso.

«Pero tú no te crees esas cosas, ¿no?». Lis recordaba haber dicho aquello. ¿Por qué había accedido a aquel juego? Laura ni siquiera hubiera ido a la floresta de no ser por ella.

«No... Quizá, no sé. Todo el mundo conoce esas historias. Todo el mundo sabe que no hay que entrar en los bosques cuando oscurece».

«Laura Rigg, la grande y malvada, asustada de los...».

Lo que seguía era un barullo. Como Delilah se movía, la imagen temblaba tanto que no se distinguía nada. Era como *El proyecto de la bruja de Blair* bajo los efectos del ácido. Sobre las pisadas y amortiguados forcejeos se oían gritos y chillidos. Se vio a sí misma cayendo al suelo mientras Jack fingía que la apuñalaba. Entonces Laura echó a correr para adentrarse en los negros abismos de la floresta, y la cámara se estabilizó a tiempo de ofrecer la imagen de Laura desapareciendo de la vista. Y de la vida.

—¡Dios mío! —murmuró Delilah, aún más pálida de lo normal. Parecía realmente alterada.

—No deberíamos haberlo hecho —dijo Lis en voz baja, mientras una lágrima le caía por la mejilla.

—¿Cómo íbamos a saber...? —respondió Kitty, demasiado alto—. ¡No era más que una broma!

—Espera —dijo Jack, inclinándose sobre su hombro—: ¿Puedes dar un poco hacia atrás? ¿Hasta el punto en que echa a correr Laura?

Lis se volvió hacia el ordenador y desplazó el cursor hasta la barra que indicaba el transcurso del vídeo, y la corrió unos dos centímetros hacia atrás.

—¿Aquí?

—Sí. Dale.

Lis le dio al «play», y volvió a ver a Laura cayendo torpemente en las sombras.

—¡Pausa! —le pidió Jack.

—¿Qué? —Kitty estaba irritada, lo que Lis interpretó como una señal de que se sentía culpable.

—Mirad... —Jack posó el dedo en la pantalla para señalar un árbol que estaba justo a la derecha del camino que había llevado Laura en su huida.

—¿Qué se supone que tengo que mirar? —preguntó Delilah en nombre de todos.

—¿Nos cambiamos el sitio? —Jack levantó a Lis de la silla del ordenador, y tomó el control—. No perdáis de vista ese árbol.

Le dio hacia atrás unos tres segundos al vídeo, y apretó «play». Aunque la definición era muy pobre, se podía ver que algo se movía en la corteza del árbol, una pálida araña que salía a la vista. Si uno se fijaba bien, parecía que podía tratarse de una mano: una

mano humana.

Lis se alejó un poco de la pantalla mientras Jack volvía a pasar el vídeo. Tal vez no fuera nada. Tal vez fuera solo una hoja que recibía el último destello de luz. Observó a los demás. Había una mirada de terror en los ojos de Delilah, y de desconcierto en los de Kitty. Cuanto más veían el vídeo, más parecía aquella araña una mano pálida que se apoyaba en el árbol. Y eso solo podía significar una cosa...

Que había alguien más en el bosque aquella noche.

In Memoriam

EL AGUA ERA NEGRA, IMPENETRABLE, corría por encima de su cuerpo y amenazaba con llevársela. El arroyo fluía más rápido que nunca. Estaba tan frío que le dolía. Lis prosiguió su búsqueda. Ya no iba a gatas, sino abriéndose camino por el agua, buscando y observando.

—¡Laura! —gritó, y su voz resonó por toda la floresta—. ¡Laura!

No había nada en el arroyo. Sus manos no encontraban más que piedras y hierbajos. Unos zarcillos húmedos y verdes se le retorcían en torno a los dedos, mientras su búsqueda se hacía más desesperada.

—¡Laura! —Se detuvo. No estaba sola. Más allá del arroyo, una silueta revoloteó entre los árboles, envuelta en sombras. Allí en el bosque había alguien más.

Un alga de agua dulce se le enmarañó en la muñeca. Sacó el brazo del arroyo. No era un alga, sino una espesa mata de cabello castaño que se había anudado a sus dedos. La cara de Laura flotaba, azul e hinchada, en la superficie del agua. Sus ojos muertos la miraban, y Lis no pudo hacer otra cosa que gritar.

—Lis... —decía el cadáver, sin mover los labios—. ¡Lis...!

Lis se lanzó hacia delante, casi pegando en la cabeza a Delilah, que la estaba moviendo suavemente para que se despertara.

—¡Lis, tienes que despertar!

Lis retiró el edredón y se frotó los ojos.

—Sí... ¿Qué hora es?

—No levantes la voz —le recordó Jack desde el interior del arrebujamiento de mantas en que dormía, tendido en el suelo—. Solo son las seis.

Kitty ya estaba levantada y rondando por la puerta.

—Tenemos que marcharnos si queremos prepararnos para ir al insti.

Lis se desprendió de la mente los últimos jirones de pesadilla.

—No podemos ir al insti hoy.

—¡Tenemos que ir! —dijo Delilah—. Es el primer día después del luto, y van a hacer el acto ese en recuerdo de Laura. Tenemos que comportarnos como todo el mundo.

Lis no se convencía.

—Pero ¿qué me decís del vídeo? ¡Hay un asesino por ahí!

—Mejor eso que no que uno de nosotros sea el asesino, ¿no te parece? —observó Kitty.

—Kitty, realmente creo que deberíamos llevar el vídeo a la policía.

Lis se salió de la cama y arrimó el oído a la puerta. Parecía que Sarah y Max seguían durmiendo. No sabía qué tal reaccionaría Sarah ante una reunión secreta como

aquella, que duraba toda la noche.

—¿Estás colocada o qué? Si le llevamos ese vídeo a la policía, mi padre nos matará. No podemos dejar que nadie se entere de que estuvimos en la floresta.

Ya habían discutido todo aquello hacia las dos de la madrugada, pero Lis seguía sin saber qué pensar. En el bosque, había estado a unos metros de alguien, quien fuera. Habían visto el vídeo una vez y otra y otra, y cada vez aquello se parecía más a una mano, a la mano de alguien que acechaba escondido.

—El caso es... —susurró Delilah—, que si nosotros lo vemos aquí... ¡él tuvo que vernos a nosotros!

El dormitorio se quedó en silencio. Delilah tenía razón. Jack se quedó impresionado, y Kitty sin palabras. Lis fue la primera en hablar:

—¿Creéis en las historias de brujas?

Kitty pareció aliviada ante el cambio de tema.

—Cielo, nosotras somos las historias de brujas.

—Lo pregunto en serio. Laura tenía mucho miedo de la floresta. Hasta Sarah ha oído las leyendas. Vosotros no pensáis que las brujas...

—¿... Que las brujas mataron a Laura? —Jack sonrió por primera vez en toda la madrugada—. Ya me gustaría. Hollow Pike está pidiendo a gritos un poco de diversión sobrenatural. ¡Podríamos ser el equivalente de Forks^[10] en el Reino Unido!

Lis respiró hondo y se dejó caer sobre la cama. Aquel era el momento de abrirse a ellos, de eso estaba segura.

—Lo digo en serio. Desde que decidí venirme a Hollow Pike he estado teniendo unos sueños horribles, superretorcidos, sueños en los que alguien intenta matarme. Sueños en los que aparecen Laura y la Floresta de Pike. La señora Gillespie me dijo que mis sueños eran advertencias. ¿Y si resultara que en Hollow Pike hay algo demoniaco?

Bueno, al menos no se rieron. Todo lo contrario. Delilah se colocó al lado de Lis y le cogió la mano, apretándosela para darle ánimos.

—Yo estoy de acuerdo con Jack —dijo Kitty con ternura—. Creo que alguien mató a Laura, no algo. Y la señora Gillespie está más loca que una cabra, así que no escuches ni una palabra de lo que diga.

—Y los sueños no son más que sueños —añadió Delilah.

A Lis se le quitó un enorme peso de encima. Un problema compartido era, en este caso, un problema dividido. Si Hollow Pike no tuviera un asesino suelto, sería un pueblo realmente agradable.

—Entonces ¿qué hacemos?

—Mantenernos unidos y no decirle a nadie ni una puñetera palabra. La policía ya atrapará al asesino. Ese no es problema nuestro.

Kitty habló con tanta seguridad, que le insufló fuerzas a Lis. Levantándose las puntas del pelo, Kitty abrió las puertas para salir al patio.

—¡Daos aire! Tenemos un acto en recuerdo de Laura Rigg al que asistir. Voy a necesitar Red Bull.



—Los alumnos han regresado hoy al Instituto de Fulton pese a que la policía no se encuentra ahora más cerca de atrapar al asesino de la estudiante Laura Rigg. Existe una presión creciente sobre la Policía del Norte de Yorkshire para que realice algún arresto...

—El abundante cabello peinado hacia atrás del periodista no se movía, pese a los furiosos vientos que azotaban la entrada del instituto.

Lis mantuvo la cabeza firmemente gacha al penetrar en el edificio. Era realmente sorprendente: su instituto parecía un plató cinematográfico. Debía de haber siete unidades de televisión, cada una con su propio personal y cámaras.

—Esto es un poco surrealista —murmuró Jack al pasar por delante de un equipo de filmación.

—Daliniano —corroboró Delilah.

Le costó un rato a Lis darse cuenta de qué era lo que no encajaba en la escena, hasta que se le encendió la bombilla. Nada había cambiado. Los chicos de séptimo daban patadas a un balón, gritando imprecaciones ante los errores de otros. Las chicas se arracimaban mirando los SMS recibidos en sus móviles. Un grupo de chicos de séptimo agarraban las mochilas de las chicas para que estas los persiguieran. Chicas de décimo curso se sentaban en las rodillas de sus novios. Una camarilla de *indie kids* estaba de pie, escuchando sus respectivos iPods.

Laura estaba muerta, pero todos los demás seguían viviendo.

—¡Vamos! —dijo Lis cuando llegaron a la entrada principal—. ¡A ver si la asamblea termina lo antes posible!



La fotografía más reciente de Laura Rigg aparecía orgullosamente colocada en el centro del estrado, rodeada por una enorme corona de flores, y desde allí sonreía con dulzura a todos los presentes. La foto se había pasado al blanco y negro.

«¿Es más triste el blanco y negro?», se preguntó Lis. «¿Es irrespetuoso el color?».

La serena sonrisa de Laura aparecía apacible y hermosa, a diferencia de lo que sucedía con la Laura real, cuyos rasgos a menudo resultaban maliciosos y retorcidos.

Lis y sus amigos se apretaron junto a Rachel Williams, que había llegado vestida con su mejor atuendo negro funeral en vez de llevar el uniforme. De hecho, la mayoría de los alumnos de séptimo parecían considerar aquella reunión como la sustitución oficial de un verdadero funeral de Laura, que por lo visto se había pospuesto mientras la policía llevaba a cabo sus investigaciones.

Cameron Green estaba sentado muy callado con sus amigos, con una cara que parecía esculpida en piedra.

—No sé cómo se atreve a presentar esa cara —cuchicheó Rachel—. Sabéis que la policía lo estuvo interrogando durante cerca de doce horas. La gente dice que lo hizo

él...

Lis no dijo nada.

La atmósfera era oscura y sombría. Parecía que el duelo por Laura era la nueva cosa «in» que había que hacer. Lis era muy consciente de que la mayor parte de los presentes habían odiado a Laura intensamente, y sin embargo, allí estaban, sollozando frente a un pañuelo o descansando la cabeza sobre el hombro de una amiga. La sensación de culpa y el disgusto se mezclaban en el estómago de Lis. Con todo lo mal que se sentía por haber planeado con sus amigos la muerte de Laura, no estaba ahora dispuesta a venerarla como si hubiera sido una especie de santa. Volviendo la cabeza, vio a Nasima Bharat que gemía dulcemente en los brazos de Danny, acariciándole el cuello con su elegante mano. Lis apartó la mirada bruscamente, sintiendo el desgarramiento de los celos con todo su ser. Aquello era tan poco decoroso... Danny y Nasima, ¿de verdad? ¿En serio? Eso le hubiera encantado a Laura.

Venció la debilidad, y Lis volvió a mirar hacia atrás. Para ser justos, Nasima parecía verdaderamente desolada, pero ¿necesitaba de verdad agarrarse tanto a Danny? De repente Danny miró en dirección a Lis, y sus ojos se encontraron directamente. Lis volvió la cabeza de golpe, pero se le había notado.

Afortunadamente, la señora Dandehunt y el profesor Gray entraron en el salón, con lo que Lis esperaba que Danny se olvidara de ella. Habían puesto un atril junto a la imagen de Laura, y la señora Dandehunt subió al estrado.

—Gracias por venir hoy al instituto, alumnos de undécimo curso. Seguimos llorando la muerte de Laura, y seguiremos haciéndolo todavía algún tiempo. A veces es posible encontrar consuelo en la normalidad; en estas aguas turbulentas, es mi esperanza que el Instituto de Fulton pueda ser un faro para todos nosotros. Algunos amigos de Laura querían hacer una reunión especial como homenaje a una chica especial, y me parece que esa será una forma conmovedora de recordarla. Bueno, os dejo con el coro, que va a cantar algunas de las canciones favoritas de Laura...

El coro cantó bien, aunque Lis sospechaba que las versiones corales de canciones de Lady Gaga, si bien constituían algo muy considerado con la fallecida, no acababan de resultar apropiadas. Poppy Hewitt-Smith (la favorita de la prensa amarilla) había escrito un horrendo poema titulado «Nuestra amiga». Lis resistió el impulso de levantarse e irse en aquel momento. Harry Bedsworth fue la última de las «amigas» de Laura en subir al estrado. Sin nada de maquillaje y con el pelo blanco combinado con su cara pálida, parecía Casper, el fantasma bueno.

—Quisiera decir unas palabras sobre Laura —empezó a decir con calma, y respiró hondo—. Ya sabéis que Laura podía ser un verdadero bicho.

La multitud se quedó con la boca abierta de espanto. Lis se volvió y vio a Nasima muy tiesa en su asiento, horrorizada.

—Vamos, ya la conocíais todos —prosiguió Harry, pero ahora apenas conservaba la compostura, y la voz le salía temblorosa—. Podía ser muy mala. Yo era una de sus mejores amigas, y aun así ella se portaba mal conmigo todo el tiempo. Siempre nos estaba imitando para hacer burla.

La señora Dandehunt y el profesor Gray se acercaron al estrado. ¿De verdad iban a

llevarse de allí a Harry?

Detrás de ella, Lis vio que los amigos de Laura, Cameron, Fiona, Nasima e incluso Danny, se mostraban muy incómodos, sin atreverse a mirar a Harry a los ojos.

—El caso es que, aunque la quería, a veces deseaba que Laura se muriera. —En ese momento, la voz de Harry se quebró en un sollozo—. ¡No sabéis cómo era eso! ¡Todo era culpa mía!

Sus lamentos resonaron en toda la sala. Lis sintió que las lágrimas le asomaban a los ojos. Se las limpió. Metida como había estado en sí misma, se había imaginado que era la única que había sufrido a causa de Laura. Por lo visto no.

—Por eso quería hacer este acto de recuerdo —terminó Harry—. ¡Porque lo siento mucho! ¡Y la voy a echar mucho de menos! —Y Harry se echó a llorar un mar de lágrimas reales y verdaderas. Con vacilación, el profesor Gray subió los peldaños del estrado y abrazó a su alumna. Ella escondió la cara en el pecho del profesor, mientras este la sacaba del estrado.

La señora Dandehunt tomó enseguida el micrófono:

—Alumnos de undécimo curso —empezó, mirando a los ojos a Lis—, creo que lo que ha dicho Harry es muy importante. Cuando alguien muere, nos sentimos un poco culpables porque tal vez reñimos con esa persona, o pensábamos en las cosas negativas que la caracterizaban, pero así es la naturaleza humana. Somos lo que somos. Y ninguno de nosotros tiene culpa de esta tragedia.

Lis se vio desbordada por nuevos deseos de llorar. Pero lo que hizo fue agarrarle la mano a Jack.

—Creo que ha llegado el momento de que cante el coro mientras todos vamos saliendo. Este es un día difícil para todos.



Concluido el acto de homenaje, todo cuanto tenía que hacer Lis era sobrevivir a la clase de Arte de la tarde, y después podría irse a dormir. El desahogo de Harry había resultado curiosamente purificador. Tal vez aquella culpa desgarradora que sentía fuera, al fin y al cabo, algo normal.

—¡Lis! —Se dio la vuelta y vio a Danny, que se abría camino hacia ella a través de la multitud de dolientes—. ¡Eh, Lis! No quería que te me escaparas. ¿Podemos hablar?

Lis se dio cuenta de que la miraban atentamente tres pares de ojos. Kitty, Jack y Delilah habían decidido no darse por enterados de que su presencia sobraba.

—Claro —le dijo ella a Danny—. ¿Nos vemos en la marquesina, vale? —les dijo a sus amigos de forma harto significativa.

Jack y Delilah apenas podían contener la risita, mientras Kitty se limitaba a sonreír.

—¡Pórtate bien, London! —le dijo.

Sus amigos se alejaron, echando ojeadas por encima del hombro. Lis se puso colorada.

—¿Te quedas esta tarde? —preguntó Danny—. Por lo visto, algunos alumnos de

undécimo tienen permiso para faltar.

Pese a la sorpresa de que Danny la estuviera buscando para hablar con ella, Lis no perdió la compostura.

—Sí. Solo tengo Arte. No creo que sea difícil de soportar.

—¿Ibas al bar?

—Sí.

—Genial, ¿puedo ir yo también?

Ella sonrió y siguió caminando. Él parecía nervioso.

—¿Estás seguro de que no le importará a Nasima? —preguntó Lis.

—¿A Nasima? —repitió Danny, confuso—. ¡Ah, bueno! Supongo que el homenaje ha sido demasiado fuerte. Estaba alterada, eso es todo.

—Ah, vale. —Decidió aceptar aquella vaga excusa—. Pobre Harry, su intervención ha dado ánimos a más de una.

—Desde luego —dijo él—. Además, tenía razón. Yo me he sentido culpable desde la muerte de Laura. Como si hubiera estado en mi mano el salvarla de algún modo.

Lis se atrevió a darle un apretón a Danny en el brazo. Esperó que pareciera platónico.

—No puedes culparte de nada. No sabes lo que le pasó a ella. Es la policía quien tiene que averiguarlo.

—Lo sé. Lo que pasa es que yo, más o menos, la rechacé. Dos veces, en realidad. Tal vez si no hubiera...

—Eso es una tontería...

—¡Lo sé, lo sé! Sé todas esas cosas, pero es como si no pudiera quitarme esas voces de la cabeza. —Se separó y se sentó en los peldaños, a la entrada de la cafetería. Se frotó las manos en los pantalones, y daba la impresión de que buscaba las palabras adecuadas.

Lis se sentó a su lado.

—¿Qué pasa? —preguntó con suavidad, sin querer parecer meticona.

—Nada. Solo que parece incorrecto.

—¿Qué es lo que parece incorrecto?

—Bueno, estoy intentando pedirte que salgas conmigo. —Danny la miró durante una fracción de segundo, y a continuación apartó los ojos—. Pero realmente parece horrible hacer tal cosa con todo esto de Laura...

A Lis se le salían los ojos de las órbitas. En un instante, su piel le ardía más de lo que podía soportar. ¿Había oído bien?

—¿Me estás pidiendo que salgamos...? —La idea de que Danny Marriott, aquel bombón jugador de *rugby*, estuviera interesado en ella, Lis London, la friki galesa recién llegada, parecía bastante absurda, al menos para ella.

—Sí. Bueno, si quieres. No estoy seguro de dónde podríamos ir. ¿Tal vez a Fulton, o algo...? Llevo un montón de tiempo preguntándome cómo pedírtelo. En realidad, nunca se lo he pedido antes a nadie. Quiero decir, he ligado en fiestas y tal, claro, pero no es lo mismo... No quería estropearlo todo. Cada vez que hablo contigo me parece que voy a decir algo realmente idiota y...

—¿Danny?

—¿Sí?

—Estás parlotando. Y antes de que digas algo realmente idiota, quiero responder que sí.

Él sonrió y la miró con franqueza. Sus ojos hicieron que el corazón de ella latiera tan aprisa que tuvo que apartar la mirada.

—¿De verdad? —preguntó.

Una amplísima sonrisa apareció en el rostro de Lis, acorde con la expresión de él. Todos los pensamientos tóxicos que albergaba la cabeza de ella desaparecieron por un momento, mientras se zambullía en el brillo solar de la situación.

—¿Sí, de verdad!

Danny levantó una ceja.

—¡Vaya, ahora sí que estoy nervioso! Creí que me dirías que no.

—¡Bueno, siento decepcionarte! —respondió Lis riéndose.

—No, no. Está bien. ¡Es estupendo! No puedo esperar. ¿Cuándo estás libre?

—Cuando quieras —dijo ella demasiado rápido. «Venga, Lis, tómate las cosas con calma»—. Bueno, me parece que no tengo mucho en...

Con una sacudida violenta, empezó a vibrar el teléfono que llevaba en el bolso.

—Ahora enseguida termino la frase —le dijo Lis, cogiendo el móvil. La pantalla decía: LLAMADA ENTRANTE. NÚMERO OCULTO. ¿RECHAZAR? ¿CONTESTAR?

Seguramente era Sarah que llamaba desde el fijo o algo así.

—¿Diga?

—Hola, Lis. —La voz sonaba distante, pero vagamente familiar.

—¿Sí...? ¿Quién es?

—Soy la señora Gillespie, cielo. La de la tienda.

Danny, viendo la expresión de desconcierto de Lis, frunció el ceño. Lis querría estar lejos de él. No querría que él escuchara aquella conversación.

—¿Cómo tiene usted mi...?

—Eso no importa —le interrumpió la señora Gillespie. Entonces se detuvo. Hubo un instante de silencio y continuó—: Sé lo que hicisteis tú y tus amiguitas...

La leyenda de Hollow Pike

LIS APORREÓ LA PUERTA TAN FUERTE que tembló en sus goznes. Aunque rompiera el cristal, no pensaba dejar de llamar. Debía de parecer ridícula, una chica de quince años con el uniforme del instituto y tan ansiosa por entrar en la tienda benéfica.

De todas formas, ¿por qué estaba cerrada aquella puñetera puerta?

Atisbando a través del sucio escaparate, Lis lo intentó de otro modo:

—¡Señora Gillespie, soy yo, Lis London! —llamó.

Presionó la oreja contra el mugriento cristal, y escuchó atentamente. Efectivamente, al cabo de unos segundos oyó unos tacones de aguja que avanzaban inseguros hacia la puerta. Unas uñas rojas recorrieron el visillo, y la señora Gillespie echó un vistazo hacia fuera antes de abrir.

—Te has dado prisa —dijo.

—He venido directamente del instituto —explicó Lis.

Al verla, recordó lo repulsiva que era la anciana. En esta ocasión llevaba una especie de túnica oriental con un turbante colocado encima de su desagradable peluca. Aquello debía de haber sido el no va más del *glamour* allá por los años treinta, pero en la actualidad parecía un disfraz de Halloween. El hedor de ginebra y cigarrillos que salía de su boca resultaba igual de repelente.

—Será mejor que entres. No puedes quedarte toda la tarde en la calle.

Haciéndose a un lado, la señora Gillespie la dejó entrar en la fría y húmeda tienda. Lis pegó los brazos al cuerpo, sin saber qué hacer ni qué decir.

—No te quedes ahí, nena, ¡ven a sentarte!

En la parte de delante de la tienda había preparada una especie de reunión para tomar el té: una primorosa mesa camilla con tres sillas de aspecto antiguo. Un mantel de encaje amarillo y con manchas colgaba sobre la mesa.

—Aquí es donde tomamos nuestro té de la tarde. ¿Quieres una taza, tesoro?

Lis se sentó con cautela en una de las sillas. Dado que la tienda estaba completamente vacía, no podía imaginarse a quién más se refería la anciana.

—No, gracias —dijo en voz baja.

La señora Gillespie se sirvió un poco de té de una tetera conmemorativa del enlace del príncipe Carlos y Lady Di, y se llevó la taza a los mustios labios.

—Entonces ¿vas a reconocerlo?

—No sé a qué se refiere. —Lis miraba el juego de té, incapaz de elevar la vista hacia la extraña mujer.

—Me parece que sabes perfectamente a qué me refiero.

Lis negó con la cabeza, empezando a sentir pánico. ¿Tendría que confesar toda

aquella lamentable travesura? ¿El juego del asesinato?

—Yo... yo...

—Tú robaste mi libro —soltó la señora Gillespie.

¿Qué? Lis parpadeó con fuerza para asegurarse de que no se imaginaba cosas.

—¿Qué libro?

La señora Gillespie golpeó en la mesa con su mano delgada, abultada por las venas.

—¿Tú sabes muy bien qué libro... *La historia oculta de Hollow Pike!*

¿O sea que aquello no tenía nada que ver con la broma? Lis sintió un alivio inmenso. Su boca formó un pequeño círculo.

—¿Yo no lo robé!

—Bien, entonces ¿fue alguna de tus depravadas amiguitas?

—No... no lo sé. Si ellas lo cogieron, no me lo han dicho.

«¿Pueden haberlo robado ellas?», pensó Lis. Pero entonces se preguntó para qué iban a querer un libro sobre brujería. Y además, lo normal en ese caso sería que lo hubieran mencionado aquella mañana, cuando ella sacó el tema.

—¿Quiero ese libro de vuelta! No está en venta.

—Sin embargo, estaba en el estante —observó Lis—. ¿Qué es lo que tiene tan especial, de todas maneras? —Lis se sentía mucho más relajada ahora que sabía que aquello no tenía: a) nada que ver con Laura, y b) nada que ver con ella en absoluto.

La señora Gillespie la observó como un halcón, con unos ojos como cuentas de vidrio, que brillaban por encima del juego de té.

—No me digas que no has oído las historias. Te vi mirando el libro.

Lis recordó su sueño por un segundo, pero lo desdeñó, aferrándose a la certeza de que el asesino era un criminal normal y corriente, sin conexiones sobrenaturales.

—He oído cuentos de hadas.

Los finos labios rojos de la señora Gillespie se separaron para mostrar unos dientes amarillos.

—¡Ja! ¿Cuántos años tienes?

—Casi dieciséis.

—Así que, por supuesto, tú sabes todo lo que hay que saber, ¿no? Es curioso que los jóvenes estéis dotados de tanta seguridad. ¡Yo estoy cada vez más insegura, cuanto más vieja me hago! —Y se rió socarronamente de su propia gracia.

Lis frunció el ceño. Aquello era una pérdida de tiempo.

—No lo entiendo.

—¿Por supuesto que no! ¿Cómo ibas a entenderlo? —La señora Gillespie se puso más seria de repente—: En los bosques hay más de lo que tú puedes saber, Lis. Son una ciudad llena de fantasmas.

—¿Qué? ¿Está diciendo que Hollow Pike está encantado?

La señora Gillespie consideró aquello.

—En cierto sentido. Encantado por el pasado. Por su propio pasado. Aquí sucedieron malas cosas. Muy malas cosas. Perseguían a la gente, la torturaban y la mataban, ya fuera quemándola o ahogándola. Hollow Pike es una fosa común.

Lis se daba cuenta de que no estaba bromeando. Aquello, al menos para la señora

Gillespie, era real.

—¿A quién mataron?

—A las brujas. Hace mucho tiempo, la gente venía a Hollow Pike con sus enfermos, impedidos o estériles. Las familias que vivían en los bosques y colinas ayudaban con los remedios y pociones. La gente decía que eran poderosos sanadores. Pero entonces desaparecieron un par de niños, alguna gente se puso enferma, el ganado moría... Coincidencias, mala suerte. Pero todos querían echarle la culpa a alguien.

—Entonces, ¿qué sucedió? —preguntó Lis con curiosidad, pensando si la historia sería cierta.

—Las quemaron. A principios del siglo XVII entraron en la ciudad los cazadores de brujas, que se hacían llamar a sí mismos los Rectos Protectores. Eran gente de la iglesia. No solo gente temerosa de Dios, sino fanáticos. Tenían como fiebre de odio. Pensaban que las brujas iban a traer un regreso a los tiempos oscuros, la caída de Dios. Sacaban a las mujeres de sus casas, y los Protectores las torturaban durante horas, hasta que confesaban. A algunas las ahogaron en el río, a otras las quemaron en el pueblo.

—Es espantoso. —Lis casi podía oír sus gritos.

—Sí, lo es. Toda esa gente que murió... su sangre está en las raíces de los árboles. Algunas personas dicen que el pueblo está maldito pero, claro, como tú misma has dicho: las maldiciones son cosa de los cuentos de hadas.

Eso pensaba Lis, ¿no? Pero, con todo lo ridículo que pudiera parecer, en el momento en que su madre la había metido en la Floresta de Pike, Lis había sentido algo extraño. El aire parecía más pesado, el cielo se había oscurecido, el bosque le había parecido aterradoramente vivo, y aquella urraca la había mirado como si la conociera. Sin embargo, admitir aquellas cosas parecía salirse del tiesto. Cosas como aquella pertenecían a los libros y a las películas, no a la monótona vida de Lis London.

—La magia y las maldiciones no existen. —Se levantó para marcharse, echándose la bolsa al hombro—. Mire, cuando vea a mis amigas, les preguntaré por el libro. Si lo cogieron ellas, se lo devolverán.

Alguien se había llevado el libro. Interesante. El asesinato de Laura había sido un crimen ritual, al menos eso decían los periódicos. Tal vez el asesino hubiera necesitado el libro para encontrar ideas o algo así.

La señora Gillespie se levantó y se acercó a Lis, retirándose un rizo suelto de delante de los ojos.

—Lis, pareces cansada. ¿Qué tal duermes?

Lis sintió un escalofrío, y se dirigió a la puerta.

—Duermo bien —dijo sin pensar. Aquello se estaba convirtiendo en su mantra. Miró a la cara de la señora Gillespie, intentando descubrir a una vieja bondadosa tras el maquillaje.

—¿De verdad? Algunas personas tienen el privilegio de tener sueños especiales, ya sabes.

—Bueno, yo no.

—¿Estás segura?

—Yo no soy nada especial, de verdad... puede preguntarle a cualquiera.

La señora Gillespie sonrió. Lis pensó que eso era probablemente su versión de una dulce sonrisa. Resultaba inquietante, por no exagerar.

—Antes de que te vayas, me encantaría que vieras a los niños.

—Vale —accedió Lis a regañadientes, pero queriendo ser cortés—, aunque tendría que llegar pronto a casa.

—Eso solo te robará un minuto, cielo. Vivimos justo encima de la tienda.

Lis siguió a la señora Gillespie a través de una puerta estrecha, y subió una escalera peligrosamente empinada.

—Los niños estarán encantados de conocerte, Lis.

El olor impactó a Lis en el mismo instante en que la señora Gillespie abrió la chirriante puerta de su apartamento. Se llevó la mano a la boca para reprimir las ganas de vomitar: nunca había percibido un olor como aquel.

Al entrar en la lúgubre habitación, la causa del olor quedó patente e inmediato: eran periquitos. Docenas de periquitos de colores brillantes, que ocupaban hasta el último trocito libre del sucio apartamento. Al principio Lis se quedó hipnotizada con la variedad de colores: azules, verdes, amarillo intenso, magenta oscuro... Era hermoso. Lis contó veinte pájaros alineados en la barra de la cortina. Había más en el fregadero, picoteando las gotas de agua que se escapaban del grifo. Y las crías desbordaban cualquier superficie. Al bajar los ojos, Lis vio que sus pies se hundían en una alfombra recubierta de heces. El estómago le dio un instintivo retortijón, y un poco de vómito le subió a la boca.

—¡Mirad quién está aquí, pequeños! ¡Es Lis, esa niña tan maja de la que os he hablado! —La señora Gillespie puso la sonrisa más amplia que cabía en su rostro cuando un increíble espécimen de color verde se posó encima de su peluca.

La habitación estaba llena de trinos y cantos. Tantos pájaros piando juntos sonaban como un chillido. Pero entonces, una a una, las pequeñas aves cesaron su canto y se hizo un espeso silencio. Miraron a Lis con intensa curiosidad. Un bravo individuo revoloteó sobre ella para poder observarla mejor. Lis retrocedió hacia la puerta, mientras otra ave intentaba posarse en su hombro. No comprendía: ¿por qué habían dejado de cantar los pájaros? ¿Los había molestado?

Salió por la puerta, y casi se cae de espaldas por la larga escalera de madera.

—¿No es interesante? —dijo la señora Gillespie con una sonrisa—. Has pasado la prueba.

—¿Qué? —dijo Lis casi sin voz—. ¿Qué prueba?

—«Nada especial», has dicho tú, pero hay algo más en ti de lo que ven los ojos, me parece.

—¿No sé de qué me habla! —repuso Lis, con enormes deseos de irse.

—Lo sabrás... muy pronto.

Los pájaros empezaron otra vez a cantar, y todo empezó a darle vueltas a Lis. Necesitaba alejarse de aquel ruido y aquel olor.

—¿Lo siento! Tengo que irme —farfulló—. Gracias por todo.

Bajando los escalones de dos en dos, llegó a la tienda, y después, en unos segundos, a la fresca calle. Se llenó los pulmones de aire limpio y fresco, y expulsó el hedor del

sórdido apartamento.

La anciana estaba loca, peor que loca... Kitty tenía razón, no debería haber escuchado una palabra de lo que decía la señora Gillespie. Echó a correr por la calle adoquinada, dejando a aquella espantosa mujer y sus misteriosas palabras lo más atrás que podía.

El espía

SA NOCHE, LIS SE ENCONTRÓ SOLA en el salón de casa. Agotados por su trabajo de padres, Sarah y Max se habían acostado temprano, dejando a Lis a solas con la ancha pantalla de televisión. Estuvo zapeando sin ton ni son, rehuyendo las noticias sobre la investigación del asesinato de Laura. Según el comunicado de aquel día, la culpa la tenía Internet.

Lis se había zambullido en la bañera durante más de una hora, pero estaba convencida de que el olor del apartamento de la señora Gillespie seguía allí, en su piel. Se sentía sucia, y no era solo por el apartamento. Los hechos y la ficción estaban empezando a desdibujar sus fronteras. Los hechos: Laura estaba muerta; alguien había afanado un libro de la tienda de la señora Gillespie; Lis tenía pesadillas. La ficción: había habido brujas en Hollow Pike, en otro tiempo; el asesinato de Laura guardaba relación con la brujería; los sueños de Lis eran un mensaje del Más Allá. Tenía que desprenderse de la ficción, que estaba amenazando con volverla tan loca como la señora Gillespie.

Lis bajó las piernas del sofá de cuero y se fue hacia las puertas correderas que daban a la terraza de delante. El helado aire de la noche era punzante, pero ella lo aceptó con gusto, esperando que ayudara a despejarle la cabeza. Sentía la frustración en todo su ser.

¿Cuándo se había vuelto todo tan confuso? Hacía muy pocos años, la vida de Lis había consistido nada más que en clases de *ballet* y en presentar su cobaya al premio a la mejor mascota de la feria de Bangor. Se suponía que Hollow Pike iba a ser un nuevo comienzo, y aunque había conocido a algunas de las personas más interesantes del pueblo, nunca había tenido tanto miedo. Cada vez que cerraba los ojos veía aquella mano plateada en el árbol de la floresta.

Todo cuanto había sucedido en Bangor, aquella punzada cotidiana de terror que sentía de camino al instituto, todo parecía de pronto leve e intrascendente. No era más que el acoso típico del instituto: burlas, motes, escupitajos... Casi le daban ganas de regresar a todo aquello. Desde luego, odiaba al instituto entero, pero al menos allí podría hacer como que nada de aquello había sucedido. En Gales no habían matado a nadie.

Algo que se movió abajo en la calle llamó su atención. Era una silueta agazapada en el callejón cubierto de grava, al otro lado de la carretera. Era un callejón privado, estrecho, que llevaba a la vieja casita donde vivían los vecinos.

La silueta se detuvo aparentemente, mirando a la terraza de ella. Lis le hizo un alegre gesto con la mano, pensando que sería tan solo el señor Carruthers, el anciano

que vivía en la casita, que habría salido a sacar alguna bolsa para los contenedores de reciclado o algo así. Pero la silueta no devolvió el gesto. Por el contrario, se quedó entre las sombras, lejos de las farolas, sin moverse, observando.

Lis se apoyó en la barandilla, entrecerrando los ojos para aguzar la vista. El espía estaba tan protegido por la oscuridad que era imposible saber siquiera si era un hombre o una mujer. Quienquiera que fuera estaba quieto como un maniquí, con la cabeza levemente ladeada, como si la estuviera evaluando. Observándola. Observándola tal como la había observado la urraca de la floresta.

Algo se restregó contra su piel, y ella lanzó un grito. Al volverse, vio que Sasha había salido, apretándose, por la rendija que había dejado en la puerta.

—¡Dios mío! —chilló, agarrando con una mano el collar del perro—. ¡Me has dado un susto de muerte!

Se volvió hacia la calle. El sinuoso callejón estaba vacío. El espía se había ido.

Antes de irse a la cama, Lis comprobó que cada puerta y ventana de la casa estuviera bien cerrada.



La cafetería apestaba a patatas fritas y vinagre, y Lis estaba sentada a la mesa con sus amigos, quieta como una estatua. Se había pedido una hamburguesa vegetal, pero no conseguía ni siquiera llevársela a los labios, pues su apetito parecía huir en desbandada.

—¿Eso era todo? ¿Que alguien mangó un libro? —Jack se metió una patata en la boca.

—Sí, pero un libro de brujas... —dijo Lis entre dientes.

—Lis, tienes que relajarte, encanto... —Delilah alargó la mano por encima de la mesa y le acarició la suya.

—En serio —corroboró Kitty.

Lis se inclinó hacia ellas.

—Pero hay más. Ya sé que va a parecer que no estoy bien, pero me parece que el viernes por la noche había alguien vigilando mi casa.

Sus amigos la miraron escépticos.

—¿Estás segura? —preguntó Kitty.

—Bueno, al principio pensé que era el anciano que vive bajando por la carretera, pero luego me di cuenta de que no. Aquella... silueta... simplemente estaba allí, mirándome.

—Tú estás para que te miren, reconócelo —dijo Jack riéndose.

Lis tuvo que reírse también al oír aquello.

—¿No os importa lo más mínimo que haya un asesino suelto en el pueblo?

—No —dijo Kitty negando al mismo tiempo con la cabeza—. Cualquiera que conociera a Laura querría verla muerta. Francamente, es sorprendente que nadie la quitara de en medio antes. Y ahora, Lis, por el amorcito del niño Jesús, ¡DÉJALO ESTAR!

Un tono fulgurante proveniente del bolso de Lis anunció la llegada de un mensaje nuevo. Lis sacó el móvil y lo abrió. Era Danny. ¡Maldita sea, se había olvidado completamente de Danny!

«Eh, Lis, como t va? Aun quieres hacer algo la semna q viene? D xx».

—¿De qué se trata, Lis? —preguntó Jack mirando por encima de su hombro.

Sin separar los ojos del mensaje, Lis colocó el teléfono sobre la mesa grasienta con cuidado, como si pudiera desaparecer.

—Es Danny, que pregunta por nuestra cita. Quiere hacer algo en las vacaciones de mitad de trimestre.

Gran error. Sus tres amigos estallaron en una explosión de burlas.

—Lis y Danny sentados en un árbol... —canturreó Delilah.

—Lis Marriott... Señora de Marriott, Marriott-London... ¡ah, esto suena a nombre de hotel! —exclamó Jack entre risas.

—¡Cierra la boca! —le soltó Lis, aunque no pudo evitar que le asomara al rostro una sonrisa. Después de tantas semanas, los demás sabían perfectamente lo que ella sentía por Danny. La turbia niebla de la muerte de Laura había abandonado la cafetería.

—Lo siento —dijo Kitty riéndose—. ¡Solo nos burlamos porque nos hace gracia que armes tanto revuelo por algo tan simple!

—¡Ya, ya lo sé! No puedo explicarlo... Quiero decir, he estado con otros chicos...

—¿Ah, sí? —dijo Delilah con recochineo, provocando carcajadas en Kitty, mientras Jack hacía un gesto obsceno con la lengua.

—¡Sois asquerosos! —dijo Lis riéndose—. ¡No me refería a eso! Lo que quería decir es que nunca me había pasado esto. En Gales, o no me entusiasmaba el chico con el que salía, o no le entusiasmaba yo. Esta es la primera vez que quedo con un chico que me gusta...

—¡Y al que le gustas! —declaró Delilah, muy contenta.

Lis sonrió.

—No sé por qué, pero él parece bastante entusiasmado.

—¡Ah, no tengo ni idea de por qué le puedo gustar con mi larga cabellera cautivadora y mis ojos de Bambi y mis impresionantes tetas! —dijo Jack poniendo una sonrisa tonta y una falsa voz de niña.

—¡Vete a la mierda! —respondió Lis riéndose.

Aquel era el momento más relajado que Lis había vivido en mucho tiempo. Se sentía bien, como si las últimas semanas no hubieran tenido lugar.

—Entonces, ¿tenemos que presumir que Danny Marriott sería el primero? —preguntó Delilah de forma directa, calmando el escándalo de la mesa.

—Eh... presumiríais correctamente —Lis dijo, atropellándose un poco con las palabras—. El año pasado, en décimo, se quedaron embarazadas cuatro chicas de mi clase. No juzgo a nadie, pero no es eso lo que yo quiero para mí, así que soy bastante mirada.

—Nos parece bien —dijo Jack asintiendo con la cabeza—. El año pasado Gemma Cutler dio a luz un niño en los aseos... ¡y todo el mundo la juzgó bastante!

Los cuatro se echaron a reír a carcajadas, las chicas balanceándose sin control en las

sillas.

—Vale, Jack. ¡Por esa sí que vas a ir al infierno! —dijo Lis.

Jack no respondió, sino que alargó el brazo hasta el otro lado de la mesa y le cogió el teléfono.

—¡Perdona! ¿Qué estás haciendo?

—¡Le estoy respondiendo a Danny!

—¡No!, ¡serás puñetero, no te atreverás...!

—Vale, pues hazlo tú.

Todos los rostros la miraron.

—No estoy segura de si voy a aceptar la cita o no —confesó Lis.

—Lis, ¿por qué no? —preguntó Kitty con los ojos como platos—. Has estado obsesionada con él desde que llegaste aquí. Ahora tienes tu gran oportunidad.

Lis lanzó un suspiro.

—No me entiendas mal, quiero ir, es solo que... con todo eso del asesinato...

—¡Por eso precisamente tienes que ir a la cita! —le ordenó Jack.

—¿Por qué?

—Calma y adelante, y todo eso que se dice. ¡Nadie te quita de tener novio!

Kitty y Delilah sonrieron para animarla y señalar que pensaban lo mismo que él.

Jack prosiguió:

—Tienes que salir con Danny. ¡Eres la única con posibilidades de una relación normal!

—Eh... ¿perdona? —Delilah indicó con un gesto la pareja que formaban Kitty y ella, apretujadas en el banco de la cafetería.

—¡Cierra el pico, yo no os vi a ninguna de las dos en la marcha del Orgullo! —dijo Jack con severidad.

—¿De verdad? ¿No me digas que tú si que fuiste? —contestó Kitty.

Jack le lanzó una mirada malévolamente con una sonrisa torcida hacia un lado.

—¡Vale, lo siento! Pero eso demuestra lo que quiero decir... solo porque nosotros seamos unos frikis, eso no quiere decir que tú no puedas tener un novio como Dios manda. Además, Danny es encantador. Y sexy.

Lis notó que las comisuras de su propia boca se le curvaban un poco hacia arriba. Nunca había tenido amigos así. Amigos que quisieran verla mejor, no peor. Sus caras de ansia eran como espejos en los que ella se podía ver con claridad.

—¿Y bien? ¿Vas a contestarle o le contesto yo? —preguntó Jack.

—¡Debo hacerlo? —preguntó Lis.

Tres cabezas asintieron con entusiasmo moviéndose de arriba abajo, y tres bocas sonreían mientras ella escribía la respuesta en el móvil. Le gustara o no, iba a quedar con Danny Marriott. Y, la verdad, le gustaba...

Primera cita

EL CINE MÁS CERCA QUE HABÍA de Hollow Pike se encontraba en un decaído «complejo de ocio» a las afueras de Fulton. Caía una leve llovizna mientras Lis aguardaba a la puerta del vestíbulo, ataviada con su trinchera roja y con la vieja bufanda de Sarah.

Tal vez fuera la perspectiva de una semana sin instituto, o tal vez el tiempo que pasaba con sus amigos, el caso es que Lis dormía aquellos días sin problemas. Ni Laura ni la señora Gillespie turbaban sus sueños. El cansancio estaba dejando de dominarla, y se sentía mejor de lo que se había sentido en mucho tiempo. Se encontraba en la mejor de las condiciones posibles para afrontar su primera cita con Danny.

La gente que no tiene edad legal para conducir, ¿cómo consigue quedar para una cita de las de antes? La idea de encontrarse en el autobús simplemente les había parecido tosca, así que ella había accedido a verse con él a la puerta del cine.

Max la había dejado allí pronto, Danny se retrasaba, y Lis empezaba a sentirse expuesta y vulnerable.

¿Y si aquella cita solo fuera una especie de broma muy planeada? Entonces empezó a pensar que la oferta de salir una noche con el adonis del equipo de *rugby*, Danny Marriott, tal vez fuera demasiado buena para ser cierta. ¿Estaban Danny y sus amigos escondidos entre los arbustos, filmándola con el móvil, y preparados para subirlo a YouTube?

Qué gran error había cometido. Qué tonta había sido al creer que era una chica normal, merecedora de las primeras citas y primeros besos y de novios. Mirando el teléfono por milésima vez, Lis decidió conceder a Danny otros diez minutos antes de asumir que la habían dejado incluso antes de la primera cita.

—¡Lis! —Danny dobló corriendo la esquina, aturullado y con la cara roja—. ¡Cuánto lo siento, llegar tarde!

«Lis, eres una paranoica», se dijo a sí misma mientras Danny llegaba hasta ella, a la entrada del cine.

—No te preocupes, no llegas tarde —mintió ella, lo cual confirmaba cuánto le gustaba él.

Danny vaciló a su lado, tal vez inseguro de si besarla. Inclinandose hacia su cara, le hizo una caricia en el brazo, y después dio la impresión de que se reprendía a sí mismo y volvía a acercarse para darle un sencillo beso en la mejilla.

—Me olvidé la cartera en casa. ¡Tuve que regresar! Bueno, ¿estás bien?

—Sí, estoy genial —respondió ella, y enseguida se preguntó si «genial» seguía siendo un término aceptable—: Vamos, o nos perderemos los tráileres.

—¿Te gustan los tráileres?

—Sí. ¡A veces son mejores que la peli!

Danny sonrió con aquella sonrisa, y el corazón de Lis empezó a palpar. Ahora que él estaba allí, el nerviosismo de ella alcanzaba niveles épicos.

—¡Qué chiflada! ¡Vamos entonces! —dijo Danny.

Pasaron por la doble puerta y recibieron un asalto olfativo de palomitas de maíz, olor corporal y perritos calientes de lata. Hacía mucho que aquel lugar no veía una mano de pintura. Cruzaron el vestíbulo alfombrado de chicles hasta la desordenada cola que salía de la taquilla.

Lis tenía de verdad muchas ganas de ver la continuación, excepcionalmente sanguinaria, de *Sierra de metal*, que se titulaba *Sierra de metal: el segundo trozo*. La primera parte había resultado cómica sin pretenderlo, pero también había tenido sus momentos escalofriantes. Antes, Jack había planteado la pregunta de si era aquella una película adecuada para una primera cita, especialmente teniendo en cuenta que había una chica asesinada y un asesino suelto por allí, pero Lis había pensado que Danny estaría encantado de ofrecerle un hombro en el que esconder la cara.

Una imagen en dos dimensiones y tamaño real del payaso satánico de la película, Mister Jinkie, dominaba el vestíbulo. Un escalofrío le recorrió la columna a Lis. Parecía irónico que buscara recibir sustos después de lo que había pasado últimamente.

—¿Te invito, vale? —dijo Danny, invistiéndose de seguridad masculina, para ver qué tal le quedaba.

—Perfecto caballero. Estoy impresionada —dijo Lis, y sonrió—. ¡Pero yo compro las palomitas, y no admito peros! ¿O eres de los que prefieren una bolsa de chuches?

—¿Aquí...? ¿Te imaginas todos los dedos que las han tocado? ¡No, gracias!

Lis se rió con una risa franca y plena. Hasta allí la cosa iba bien. De hecho, estar con Danny era sorprendentemente fácil. Parecía bastante natural.

—¡Entonces palomitas! —decidió Lis.

La cola avanzó rápidamente, y llegaron ante una cabina cerrada de plexiglás, en la que estaba un chico gordo, lleno de granos y con el pelo grasiento metido en una gorra de béisbol de la cadena de cines a la que pertenecía aquel y una tarjeta de identificación en la que indicaba que él era «Gary».

—Hola —dijo Gary con un rostro desprovisto de todo entusiasmo.

—Hola, amigo —respondió Danny—. ¿Nos puedes dar dos para *Sierra de metal*, por favor?

La expresión de aburrimiento de Gary vaciló un poco.

—El carné.

La sonrisa se borró de la cara de Danny. Todo el mundo sabía que aquel cine venido a menos dejaba entrar a los estudiantes a la película que les diera la gana. Era el único motivo para ir a aquel estercolero en vez de coger el tren a Leeds.

—¿Cómo? —preguntó Danny.

Gary se inclinó ligerísimamente hacia delante.

—¡He dicho el carné! Tengo que ver el carné. *Sierra de metal* es para mayores de dieciocho, amigo.

La película tenía que empezar en tres minutos, y todavía había una cola de clientes que esperaba para entrar. Lis oyó que la pareja de detrás lanzaba un notorio suspiro de impaciencia.

—Tenemos dieciocho los dos. Lo siento, pero me he dejado el carné en casa —dijo Danny sin perder la calma.

—No he dicho que ella necesitara el carné. He dicho que lo necesitas tú.

—Ah, bueno. Tengo dieciocho, en serio.

—¿Fecha de nacimiento?

Farfulló su fecha de nacimiento al de la taquilla.

«Dios mío, me alegro que sea bueno en Ciencias, porque para Mates parece negado».

—Muy bien, tío. Entonces tienes diecisiete años —calculó Gary.

—¡No! Yo tengo... —Danny hizo el cálculo demasiado tarde—. ¡Vale, ah! —Se puso colorado y no fue capaz de mirar a Lis a los ojos, ni siquiera cuando ella le cogió la mano. Ella vio con toda claridad su ego herido.

Se acercó un poco más al de la taquilla.

—Mira tío, has dejado entrar a la mitad de mi instituto, ¡no seas capullo!

—¿Me estás diciendo cómo tengo que hacer mi trabajo?

—¡En absoluto!

—Espero que no, listillo. —Lis se estremeció al oír aquello—. Tienes tres opciones: o me enseñas el carné, o te das el piro, o sacas dos entradas para *Castillo de la fantasía*. ¿Cuál eliges? —*Castillo de la fantasía* era una nueva película de animación en 3D que trataba de unicornios. Mejor no.

—Creo que nos daremos el piro —dijo Lis antes de que Danny pudiera responder—. No tenías necesidad de ser tan desagradable. Veo que te llamas Gary. Puede que llame mañana a tu jefe. Gracias.

Sonrió con dulzura, y arrastró al afectado Danny hacia la salida.

—Me he querido morir de la vergüenza —refunfuñó Danny sin atreverse a mirar a Lis a los ojos—. Debes de pensar que soy el mayor fracasado de la historia.

—No, pienso que el mayor fracasado de la historia es ese tío. Tú lo único que necesitas es mejorar tu agilidad con las matemáticas.

Danny logró sonreír ligeramente mientras salían al fresco del *parking*.

—Sí, ¿qué demonios le ha pasado a ese tío?

—Seguramente, que sigue virgen a los veintidós años y vive con su madre —dijo Lis riéndose. Soltó la mano de Danny y se volvió de cara a él—. No dejes que te afecte, él solo te tiene envidia. —Y haciendo acopio de confianza en sí misma, se puso de puntillas y le dio a Danny un beso suave, nada más que un roce en los labios. Dio la impresión de que aquello era lo que Danny necesitaba. Una amplísima sonrisa se extendió por su rostro: ¡misión cumplida!

—Bueno, si me tiene envidia, será solo porque estoy con una chica tan guapa —le dijo Danny.

Lis se echó a reír.

—Bueno, eso es un buen piropo.

—Gracias. —Él se rió también, y esta vez le cogió la mano—. El plan de ver la peli ha fracasado, así que ¿qué te parece ir a cenar? Nada más salir del *parking* hay una churrasquería excelente. ¡Es la mejor comida del mundo!

Lis frunció el ceño, como sintiendo pena.

—Danny... ¡soy vegetariana!

Él se dio con la palma de la mano en la frente. ¿Te llamo a un taxi?

—¡No! —sonrió Lis—. No tenías por qué saberlo. Tengo una idea mejor...



—¿Queréis pan de ajo, o pan de ajo extragrande? —preguntó la hosca camarera, que Lis reconoció como una estudiante de Bachillerato del Instituto de Fulton.

—Para mí, me parece que el extragrande. Lis, ¿crees que podrás enfrentarte a un pan de ajo extragrande? —preguntó Danny sonriendo.

—Extragrande es mi segundo nombre, querido.

—¡Extragrande para los dos!

La camarera puso los ojos en blanco y se fue de la mesa arrastrando los pies. Una fiesta de jovencitos, integrada por al menos diez chavales de noveno curso, ocupaba el siguiente reservado, y los niños no paraban de pasar al lado de Lis y Danny intentando llegar a la máquina de helados. *Pizza Factory* era un lugar con clase: Delilah había trabajado allí el verano anterior, por lo visto, pero había abandonado al cabo de una semana porque no podía soportar los chillidos de los niños.

—Lo siento mucho —dijo Danny inclinándose sobre la mesa de formica—. No es esta la noche que yo tenía en mente.

—Está bien —le dijo Lis por decimoquinta vez—. En realidad, tal vez es mejor así.

Danny se rió.

—¡Eso lo dudo!

—Pues lo digo en serio. Aquí podemos hablar. Eso no lo podríamos haber hecho en el cine.

—Es verdad. Entonces ¿de qué quieres hablar? —preguntó, mientras sus ojos de zafiro brillaban más que nunca. Lis se tomó eso como señal de que él mismo estaba disfrutando pese al fluorescente restaurante.

—Sobre ti —respondió ella con sinceridad. Era la primera vez en lustros que no estaba preocupada por chicas muertas ni por pesadillas.

—¿Sobre mí?

—Sí. Todo el mundo lo sabe todo sobre mí: yo soy la nueva, la rara, la galesa... y eso ya antes de la que me hizo Laura. —Dejó de hablar en cuanto el nombre de Laura salió de sus labios. No era aquel el momento ni el lugar para hablar de ella—. Pero ¿qué me dices de ti?

—¿Qué te digo de mí? No hay realmente nada que averiguar. —Levantó las manos en forma de libro abierto, poniendo los ojos como platos—. O casi.

—¡Como si eso fuera posible! No hay nadie tan franco.

—¿De verdad? ¿Cuál es tu secreto?

Lis frunció el ceño sin querer, y por un segundo se preguntó si él sabría algo. No, no era más que paranoia otra vez.

—No cambies de tema. Estamos hablando de ti —le reprendió.

—Vale, pero no hay realmente mucho que saber... Tengo cuatro hermanas y yo soy el único chico.

—¡Vaya, tu casa debe de ser una fiesta hormonal! —dijo Lis riéndose.

—¡Si lo sabré yo! Y encima soy el menor, así que soy el blanco constante. Pero mola. Helena y Abby se acaban de emancipar, así que la casa ya no tiene tanto de manicomio como antes.

—¿Crees que tus padres pensaban seguir insistiendo hasta que tuvieran un niño?

—¡Sí, justamente! —dijo riéndose—. ¡Yo soy el bendito varón! Debo de haber sido una gran decepción...

Lis sintió que las paredes se acercaban un poco. Hasta aquel momento, Danny había estado en plan divertido, como un presentador de televisión o algo así, ahora de repente parecía más real.

—¿Por qué dices eso? —preguntó.

—No lo sé. Simplemente no estoy seguro de que yo sea lo que mi padre quería en un hijo —farfulló—. Dios mío, esto es deprimente. ¡Vámonos!

—No, ya sé lo que quieres decir. Yo tampoco estoy segura de que mi madre me entienda.

Hubo un momento de silencio, y de repente ellos pasaron a ser las únicas personas del mundo entero, mientras el ruidoso restaurante se desvanecía.

—Supongo que ese es el problema con los hijos... —dijo Danny—, nunca sabe uno lo que se va a encontrar.

—¿Por eso te metiste en el equipo de *rugby*? —preguntó Lis en voz baja, confiando en no estar siendo demasiado atrevida—. ¿Para agradar a tu padre?

—¡Por supuesto! Lo hice porque él me prometió que, si lo hacía, me dejaría ir a ese macrocongreso de *Star Wars* en Londres.

—¡Espera un segundo, es demasiada la información que tengo que procesar! —dijo Lis riéndose.

Él respondió afablemente:

—Ya, ya lo sé. Pero, de todas formas, el *rugby* se me da bien y me gusta. ¿Casualidad?

—Creo que es solo casualidad, pero es una suerte que os venga bien a los dos, a tu padre y a ti.

—Eso crees, ¿verdad? ¡No, él simplemente encontró algo más con lo que mortificarme! —Danny frunció el ceño—. ¡No estoy haciendo gran cosa para impresionarte esta noche!, ¿no?

—¡Danny, yo me he desplazado trescientos kilómetros para vivir con mi hermana! Mi vida familiar tiene poco de idílico. Si ni siquiera he visto a mi padre desde que tenía once años.

—¡Suerte la tuya!

Los dos se rieron, regodeándose en aquel espacio común que habían encontrado. Y

en el momento en que Danny tendía la mano por encima de la mesa para coger la suya, la camarera le plantó el súper de ajo encima del brazo.



Hubiera sido mucho más fácil para los dos coger el autobús de regreso a Hollow Pike, pero eso habría supuesto pasar menos tiempo juntos, así que se volvieron andando. Fueron paseando todo el camino. Después de pasar cuatro horas juntos, no habían agotado las cosas que decir. Lis ya estaba imaginándose su vestido de novia, algo que se guardó mucho de confesarle a Danny. Aparte de eso, se moría de impaciencia por llamar a Jack y contarle todo lo que había pasado aquella noche.

—El caso es —comentó Danny sonriendo abiertamente— ¡que ni siquiera me gustan las pelis de miedo! ¡Propuse ir a ver *Sierra de metal* porque sabía que tú querías verla!

—¿Qué tienen de malo las películas de terror? ¡Son divertidas!

—A mí me parecen... desagradables. Quiero decir... ¿a quién le apetece ver a gente que asesinan y cortan en pedazos? —Sin ninguna intención, le cogió a Lis la mano, mientras serpenteaban la colina hacia la casa de Sarah.

—A mí. ¡Es emocionante! —respondió Lis.

—¿Te gusta que te asusten? —preguntó con incredulidad.

—Me estoy acostumbrando a eso... —¿Habría sonado demasiado raro? Se reprendió a sí misma por hablar antes de pensar.

—Bueno, conmigo estás a salvo de todo —dijo Danny, irguiéndose todo lo que podía.

Lis lo miró. ¡Tenía una cara tan bondadosa! No podía quitar los ojos de ella, ni dejar de examinar el subir y bajar de su estructura ósea.

—Esta es mi casa —dijo ella cuando llegaron ante el camino particular para el coche. Estaba muy nerviosa. Era el momento de decirse adiós, y pese a todo lo que le fastidiaba hacerlo, ¿quién sabía lo que vendría como gesto de despedida?

Danny se volvió hacia ella y le cogió las dos manos en las suyas.

—¡Dios mío, tus manos son como cubitos de hielo!

—Lo siento. —Sonrió lo más dulcemente que podía, ladeando su cabeza hacia la de él.

—Lis, he pasado una noche estupenda, ¡aunque todo saliera mal! Te prometo que en cuanto *Sierra de metal* salga en DVD...

—¡Olvidalo! Yo también he pasado una noche estupenda —dijo acercándose un centímetro más a él.

—Creo que eres impresionante —farfulló—. Si quisieras volver a salir la semana que viene o algo así...

—Sí, eso me encantaría.

La cosa estaba resultando difícil. Lis desplazó la punta de su zapato alrededor del pie de Danny, poniendo mucho cuidado en tocarlo.

—¡Genial! Bueno, nos veremos en el insti, claro, así que podremos pensar en algo.

—¿Danny?

—¿Sí?

—Es ahora cuando me tienes que dar un beso de buenas noches.

—¡Ah, bueno, me estaba preguntando cuándo era el momento!

Sonrió con una sonrisa amplia y magnífica, y entonces, por fin, se acercó, buscando con sus labios los de ella.

Lis sintió la boca cálida, húmeda y hermosa de Danny presionando contra la suya. Cerró los ojos, y fue como si todos los sentidos de su cuerpo se hubieran desplazado a sus labios para sentir hasta el último detalle del beso. Él bajó las manos hasta su cintura. Una corriente eléctrica le recorrió la columna vertebral con la ternura de su contacto. Incluso a través de su trinchera, ella pudo notar aquel calor magnífico de sus manos, y no pudo evitar imaginarse cómo serían en contacto con la piel.

Él la apretó contra él al tiempo que ella le pasaba los brazos por el cuello. El beso se hizo más intenso. Hubiera querido seguir y seguir y seguir.

—¡Anda! —dijo una potente voz con acento galés—. ¿No hace falta licencia para ese tipo de comportamiento?

Danny se retiró de inmediato, y Lis alzó los ojos y vio a Sarah, que estaba en la terraza de delante, saludándolos con la mano y con una sonrisa traviesa en la cara. Afortunadamente, Danny vio la cosa por el lado divertido, y soltó una carcajada, mientras correspondía con un tímido gesto de la mano.

Sarah le guiñó el ojo ostentosamente a Lis, antes de entrar en la casa.

—Danny, lo siento mucho. —Lis notaba que las mejillas se le encendían—. Es mi hermana.

«Y la voy a matar», añadió para sí.

—Ah, vale... Parece maja. Además, yo me estaba dejando llevar...

Lis sintió su propio corazón golpeándole contra las costillas, y amenazando con salirse del pecho. ¡Hasta él lo iba a oír!

—Yo también —farfulló ella—. Creo que tendría que entrar... y matarla.

Danny se inclinó una vez más y le dio un beso mucho menos osado, apretando sus labios brevemente contra los de ella.

—Buenas noches, Lis. Mañana me pasaré el día pensando en ti.

—Sí, ¡está bien!

La besó una última vez, sonrió como un loco, y después se volvió y se alejó caminando, dejándola a ella sonriente y feliz en el camino que llevaba a la casa.



—¿Por dónde andas, Sarah Harvey? —gritó Lis, entrando en casa a la carrera y dando un portazo tras ella—. ¡Qué vergüenza me has hecho pasar! ¡Quería morirme!

Sarah fingió despreocupación, haciendo como que hojeaba una revista en el salón, sentada en el sofá.

—¡O sea que ese era Danny?

Lis se paró delante de ella, con los brazos en jarras, intentando enfurecerse, pero no lo consiguió. La noche había resultado demasiado maravillosa para gastar el tiempo enfadándose. Sarah levantó los ojos de la revista, con una sonrisa que Lis no pudo resistir.

—¡Ah, Sarah! ¡Ha sido una noche espléndida!

—Lo sé, ya lo vi.

Lis se echó sobre el sofá, junto a su hermana.

—Me refiero antes de eso. Fuimos a cenar algo y simplemente hablamos y hablamos sobre su familia y su vida y... sobre... todo. Ha sido impresionante. Vamos a volver a salir la semana que viene.

—Solo un consejo, Lis, cielo... ¿Ajo en una primera cita? ¡Qué error de novata!

—¿Huelo?

—¡Apesta, cielo! Espero que él tomara alg... —Sarah se quedó callada de repente.

—¿Qué?

Sarah se inclinó hacia delante, cogiendo el mando a distancia de la tele que estaba en el brazo del sofá. Lis se retorció para ver la ancha pantalla, que retrasmítía la última edición del telediario. Laura ocupaba la pantalla.

Una locutora de mediana edad hablaba a la izquierda de la apabullante imagen de Laura: era la misma foto que había presidido tan orgullosamente su homenaje en el instituto.

—Los padres de la estudiante asesinada, Laura Rigg, han hecho hoy un emotivo llamamiento a los posibles testigos para que hablen. Desde North Yorkshire, Gita Nersessian.

La imagen se desvaneció para dar lugar a uno de esos partes de la policía que se ven todos los días en las noticias. Un panel de gente con aspecto cansado estaba sentada delante de una pantalla que mostraba un logo regional de la policía. Había esporádicos *flashes* y disparos de cámaras fotográficas, y periodistas que apuntaban con los micrófonos. En el centro estaba sentado el padre de Kitty con los padres de Laura.

Sarah se estiró hacia el otro lado del sofá, y le cogió la mano a Lis.

—¿Quieres que lo quite? —preguntó con gentileza.

—No —respondió Lis, cogiendo el mando y subiendo el volumen.

—Ha pasado una semana desde que el cuerpo de una adolescente de Hollow Pike, Laura Rigg, fue encontrado en este pintoresco lugar, pero la policía no ha llevado a cabo ningún arresto. Hoy los padres de la víctima, Ian y Jennifer Rigg, han hecho su sentido llamamiento...

Se vio un primer plano de una consternada mujer de cuarenta y pocos años. Era Laura, solo que veinticinco años mayor: el mismo pelo, cara, ojos... El parecido producía escalofríos.

—Hemos perdido lo que más queríamos en el mundo —dijo con voz temblorosa.

Junto a ella estaba un hombre robusto y apuesto, del tipo George Clooney. Sin lugar a dudas, era el mismo hombre al que había visto Lis en la calle, riendo con Laura. Pasó un brazo en torno a su mujer, en ademán protector.

Jennifer Rigg prosiguió:

—Necesitamos saber qué le sucedió a nuestra hija. No descansaremos hasta que lo sepamos. Seguro que hay alguien que sabe algo, que está protegiendo a alguien. Esto ya dura demasiado... Por favor, atrévase a ponerse en contacto con la policía. ¡Por favor!

Lis apretó el botón rojo y la pantalla quedó en negro. Toda su emoción se la había tragado la tele.

Sin decir una palabra, se levantó y se fue a la cama. Sarah la miraba, muda.

Una vez en el dormitorio, Lis se quitó la trinchera y se echó sobre la *chaise longue*. En la cama, se encogió en una bola. Se sentía culpable. Aquella sensación de culpa que le resultaba ya bien conocida regresaba.

Aquella noche había experimentado con Danny algo muy raro: un primer beso perfecto. Ya no habría más primeros besos para Laura Rigg: hacía semanas que había dado su último beso, sin siquiera saberlo. Habría pensado que tenía por delante una larga vida, repleta de besos. Pero ya no.

Lis comprendía toda aquella filosofía de «la muerte es parte de la vida», pero en aquellas circunstancias no significaba nada. No sabía por qué tenía que tener una sensación tan mala sobre la vida por el hecho de estar muerta Laura, pero así era. Las noticias de la noche habían supuesto un recordatorio en el momento preciso en que ella estaba a punto de sentirse feliz.

Procedente de las entrañas de su bolso, oyó un leve tono. Suspiró y se inclinó sobre el borde de la cama, acercó el bolso, y metió la mano para buscar el teléfono.

Un nuevo mensaje. Era de Danny:

«T lo dije en serio: no puedo dejar de pensar en ti! Dulces sueños D xxx».

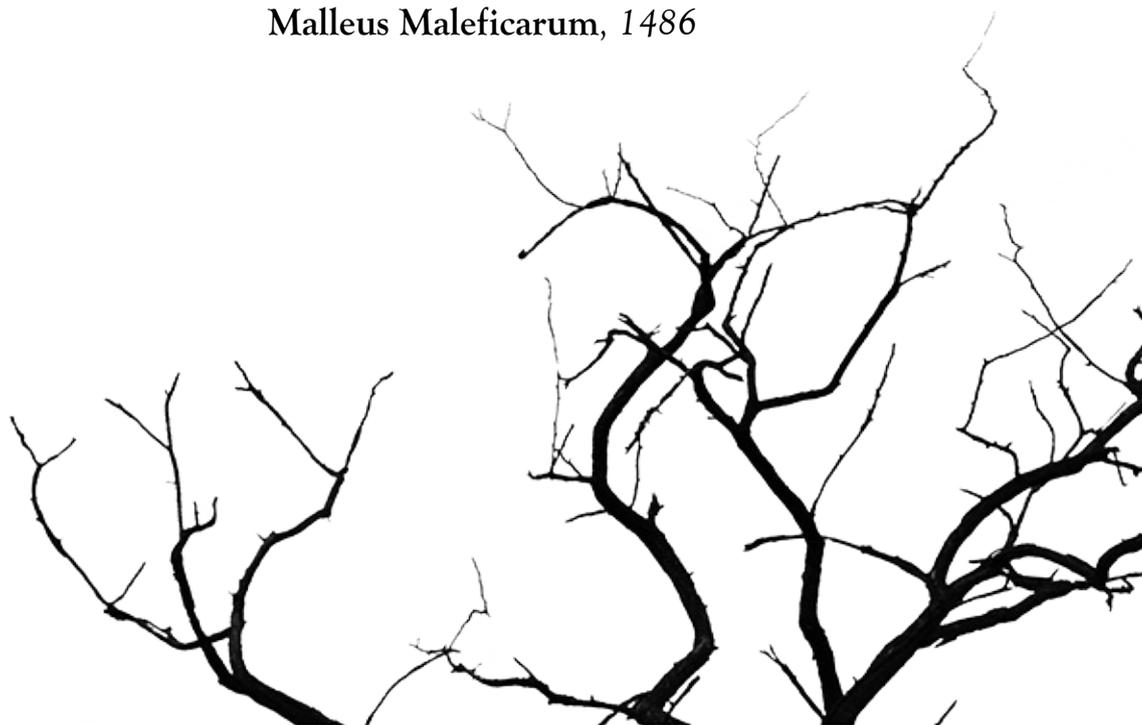
Había dicho en serio cada palabra: ella estaría a salvo con él. Aunque sabía que eso era un poco egoísta, Lis no pudo evitar sentir un cierto alivio por dentro. El corazón se le aceleró y, cerrando los ojos, sonrió y repitió el beso en su mente.



Tercera parte

*El demonio está más ávido de
tentar al bueno que al malo... Así pues,
el demonio intenta con todas sus fuerzas
seducir a las chicas más santas.*

Malleus Maleficarum, 1486





Ofrendas

EL MEJOR MODO DE SABER si un chico es virgen es entablar con él una conversación sobre sexo, como Lis descubrió el lunes siguiente a las vacaciones de mitad de trimestre.

—Creo que estuvo muy bien... —le dijo a Jack.

—¿Os acostasteis?

—¡Jack! —exclamó Lis mientras caminaban hacia las taquillas—. ¿Te importaría...?

—¡Cielo santo, lo hicisteis! ¿Qué tal fue?

—¡Jack!

—Bueno, ¿eso quiere decir que sí o que no? —preguntó él, con una sonrisa lasciva.

—¡Quiere decir que no, perverso!

El pasillo parecía especialmente deprimente aquella mañana. Era el día de vuelta de las vacaciones, y era como si la mayoría de los estudiantes estuvieran ya contando las semanas, días y horas que faltaban para Navidad. La semana se había pasado demasiado aprisa para el gusto de Lis: su cuerpo había reaccionado con irritación al sonar la alarma a las siete de la mañana. Lo único bueno que tenía aquello era que volvería a ver a Danny.

El funeral de Laura había tenido lugar durante las vacaciones. Apenas había merecido una mención en el telediario, pues había sucedido recientemente otra atrocidad que resultaba más emocionante para los canales de televisión. La gente se iba olvidando poco a poco de Laura Rigg.

—¡Yo solo preguntaba! —protestó Jack—. ¿Ya habéis quedado para volver a veros?

Lis arrugó un poco la cara.

—No. No ha parado de enviarme mensajes de móvil, pero no me lo ha vuelto a pedir. Estoy empezando a preocuparme.

—¿Por qué te iba a mandar mensajes de móvil si no estuviera interesado? Relax.

—¡Te haré caso con tal de que no vuelvas a usar nunca más la palabra «relax»!

Jack sonrió, parándose ante su taquilla, en la que alguien había tenido la gentileza de rayar la palabra «MARICÓN». Sacó un sobre cerrado.

—¿Qué es eso? —preguntó Lis.

—Mi excusa semanal para no hacer Educación Física. Mi madre ha tirado la toalla. Esta semana tengo la espalda mal, la que viene ya veremos.

—Tendréis que ir algún día —dijo Lis riéndose. ¿Cómo es que ella era la única del grupo que acudía a las clases de gimnasia?

—¡Cuando el profesor Colleman deje de llamarme «muñequita», empezaré a ir! —le respondió Jack.

A Lis le sonaban las tripas.

—¿Quieres ir a la cafetería?

—Sí, claro: me muero de hambre.

—Vale —dijo Lis con un suspiro—. Solo voy a preparar el equipo para la próxima clase. Algunas hacemos *netball*, ¿sabes? —Se acercaron a la taquilla de ella, que se encontraba amenazadoramente próxima a la de Laura, que estaba sellada con la cinta de colores de avispa de la policía. Se quedaron en silencio los dos. La cinta hacía que la taquilla roja pareciera un regalo de Navidad.

—Es deprimente —dijo Jack, mordiéndose una uña—. ¿Qué crees que habría dentro?

—No lo sé —dijo Lis, y se quedó callada, buscando en el bolso la llave de su candado—. Supongo que la policía la habrá vaciado. —Solo entonces se dio cuenta de que el candado de su propia taquilla estaba abierto. Lo quitó e intentó apretarlo. Pero estaba estropeado, y se negaba a volver a cerrarse.

—¿Qué pasa?

—Que mi candado está estropeado... —dejó la frase como interrumpida, mientras alargaba la mano hacia la manecilla de la taquilla. ¿Se había estropeado, o lo habían forzado? Sintió el corazón en un puño. Empezó a abrir la puerta de la taquilla.

—Lis... tal vez debiéramos...

Un amasijo negro se balanceó ante sus ojos. Lis se quedó paralizada, mientras su mente trataba de comprender lo que veía. Fue Jack el que lanzó el primer grito y saltó hacia atrás como si hubiera visto en el váter la aleta de un tiburón.

Más o menos grapado a la cara interior de la taquilla había un cuervo muerto, con las alas grotescamente abiertas, crucificado. Las plumas se caían de la taquilla, y una sangre escarlata había empapado el equipo de Educación Física y los libros de texto. Los ojos sin vida del pájaro la miraban acusadores.

Le costó a Lis un segundo, pero entonces lanzó un chillido.

Cayó hacia atrás, en los brazos de Jack, y lo derribó al suelo al mismo tiempo que la señora Dandehunt salía de su despacho.

—¿Qué demonios es todo este ruido? —soltó ella, pero viendo a aquellos dos que, aterrados, trataban de levantarse del suelo, se agachó para ayudarlos.

El profesor Gray salió a toda prisa del aula G2 y llegó ante Lis al mismo tiempo que la directora. Para entonces, habían llamado la atención de otros estudiantes que pululaban por allí.

—¿Lis? —El profesor Gray la cogió por las axilas y trató de ponerla en pie—. ¿Qué ha pasado, dime?

—¡Miren...! —dijo ella entre dientes—: ¡Mi taquilla!

La señora Dandehunt elevó los ojos a la taquilla. El profesor Gray abrió la puerta, para volver a cerrarla de un golpe, disgustado.

—¿Qué dem...? —dijo sin voz—. Lis, Jack, ¿estáis bien?

Jack asintió con la cabeza, sin poder decir nada de la sorpresa.

Lis hizo un esfuerzo por mantenerse en pie.

—Sí, estaré bien. —Era algo demencial. ¿Qué clase de persona podía haber hecho aquello? Con los profesores allí, se sintió más tranquila, pero sucia, realmente sucia.

Tenía sangre seca, marrón y pegajosa en las manos—. ¿Puedo ir a lavarme las manos?

El profesor Gray miró a la señora Dandehunt, que asintió con la cabeza.

—Sí, claro. Me encargaré de que alguien te quite eso de la taquilla —le dijo el profesor Gray—. Jack, por favor, ¿puedes asegurarte de que está bien?

—Naturalmente —respondió él con calma, pero con la tímida torpeza que le producía la presencia de profesores.

—Santo Dios, ¿por qué demonios puede hacer alguien una cosa así? —se preguntó el profesor Gray con una mueca de disgusto.

La señora Dandehunt echó otra mirada al interior de la taquilla. Arrugó los labios, pensativa.

—¡Mmm! —fue todo lo que añadió.

Mientras Jack se llevaba a Lis de allí, ella volvió a dirigir una mirada al cuervo. Solo se le ocurría una razón para semejante regalo: que fuera una advertencia. Una advertencia de alguien que sabía que ella había sido vista en algún lugar en que nunca debería haber estado.



Aun después de una ducha, la sensación de suciedad persistía. En su mente, la sangre seguía recubriéndole los dedos. Lis se envolvió el pelo mojado en una toalla retorcida, y se dejó caer en la cama. Cogiendo el libro de texto de español, intentó ocuparse la mente con el idioma, bloqueando la imagen recurrente del cuervo muerto. Su paranoia estaba haciendo horas extra. Lo único que se le ocurría era que aquello era un mensaje del fantasma del vídeo, de la mano en el árbol: «Te vi: mantén la boca bien cerrada».

A la taquilla de Jack no le pasaba nada, y él había puesto mensajes de móvil a Kitty y Delilah para preguntarles por las suyas. Ninguna de las dos chicas había recibido ninguna advertencia. Solo Lis. Había sido especialmente elegida.

Lis se desprendió la toalla, dejando que los húmedos mechones le cayeran por la espalda. Alguien golpeó en la puerta, y Lis se sobresaltó tanto que tiró la taza de té que tenía puesta en el tocador. No podía seguir así.

—Entra —dijo, secando el té derramado con un par de pañuelos de papel.

—Te dejaste el móvil abajo, en el bolso, cielo. Y no para de sonar —anunció Sarah, tendiéndoselo.

Tenía que ser Danny. Lis cruzó la habitación en un segundo.

—Gracias, Sarah. —Se llevó el móvil al oído, con el corazón palpitante—: ¿Sí...?

—Hola, guapa. Soy Delilah.

A Lis se le cayó el alma a los pies, y tuvo que apoyarse contra la cama. Le gustaba tener noticias de Delilah, pero era Danny quien de verdad quería que la llamara.

—¿Qué tal te encuentras? ¿Mejor? —preguntó Delilah.

—Ah, sí, superándolo. Dos duchas —le dijo Lis.

—Pobrecita mía. Jack nos lo ha contado todo. Parece horrible de verdad.

—Lo fue, lo fue. Sencillamente no entiendo por qué hizo eso quien fuera. —Se sentó

sobre las piernas—. ¿Crees que tendrá algo que ver con lo de Laura?

Hubo una pausa al otro lado de la línea.

—La verdad es que no lo sé, amiga mía. Podría tratarse de una broma de mal gusto. Pero que muy mal gusto.

—No te encaja, ¿a que no?

—No —admitió Delilah—. Solo hay dos cosas en las que no creo, y una de ellas es las coincidencias.

—¿Y la otra?

—El gobierno.

Lis logró reírse sardónicamente al oírlo.

—Esto podría no ser un ave casual. Podría tratarse de una ofrenda, de un sacrificio...

Lis frunció el ceño. ¿Qué le pasaba a la gente en aquel pueblo?

—¿Qué...?

—Ya sabes, paganos, brujería, satanismo... Algunos hechizos requieren una ofrenda. Una ofrenda sangrienta.

—¿Una ofrenda sangrienta a mi taquilla?

Delilah resopló al otro lado del teléfono:

—No era más que una hipótesis. Es verdad que el sacrificio se lo hacen al dios astado. Como mencionaste lo de las brujas, empecé a pensar que podía haber algo de eso, no es nada más.

—Ya, bien, las brujas son una de las cosas en las que no creo yo. O al menos creo que no creo en ellas —dijo Lis, cada vez más insegura.

—Amiga mía, no deberías ser tan cerrada de mollera, ya no se lleva —dijo Delilah en un arrullo.

En la mente de Lis se conectaron dos piezas del rompecabezas.

—¿Delilah...? ¿Cogiste tú el libro de la tienda de la señora Gillespie? ¿El de *La historia oculta de Hollow Pike*?

—No —farfulló Delilah—. Soy inocente.

Lis se colocó muy tiesa en el borde mismo de la cama, otra vez tensa.

—¿Crees que podría haberlo hecho Kitty?

—No es su estilo, la verdad. No seguirás sospechando que podamos tener algo que ver con el asesinato de Laura, ¿no?

Lis negó con la cabeza:

—No, no: claro que no.

—Llegaremos al fondo de esto, te lo prometo —dijo Delilah—. No hay de qué preocuparse. Si había alguien más en el bosque, esa persona no querrá que nadie la descubra, ¿no? ¿Por qué iban a hacerse ver dejándote cosas muertas en la taquilla? Eso no tiene sentido. La policía atrapará al asesino de Laura. Hasta entonces, tenemos que pasar desapercibidos. Callados como una tumba.

Suspirando, Lis se dejó caer en la cama.

—Vale, eso puedo hacerlo.

—Bueno, espero que duermas bien. Dulces sueños, guapa. —Delilah le lanzó un beso, y colgó.

Lis se masajeó las sienes, que le dolían. Dándose la vuelta, enterró la cara en la almohada, y ahogó un grito que restalló por dentro como una descarga. ¿Cuándo despertaría de una vez de aquella pesadilla?



Al otro lado de la línea, Delilah colgó y posó con cuidado su móvil sobre un libro viejo, encuadernado en piel, que se titulaba *La historia oculta de Hollow Pike*.

La canguro

LOS ALTOS VENTANALES CON VIDRIERAS esparcían rayos de luz multicolor por la grande y tenebrosa biblioteca. Pensativa y melancólica, Lis contemplaba cómo hacían piruetas en esos rayos las motas de polvo. Ahora que estaban en noviembre, había más estudiantes en las salas de lectura, que acudían allí para escapar de las zonas al aire libre. Se hacía cada vez más difícil no perder el sitio en aquel calentito rincón con su cojín, pese a que Daphne, la bibliotecaria, intentaba reservárselo.

Sola ante una mesa de estudio, Lis repasaba por encima su libro de español y leía un artículo sobre la ciudad de México. Las ruinas aztecas parecían increíbles, lo que quedaba de ellas. Se imaginó una época en que dispondría de dinero para ir a verlas por sí misma. ¿Cuánto tardaría en suceder eso? ¿Diez años, quince...? Un fragmento optimista de su cerebro le permitió imaginar que, para entonces, aquella cruz que era Laura Riggs se le habría caído ya del hombro. La verdad es que ahora entendía mucho mejor a Lady Macbeth^[11]: el sentimiento de culpa es horrible, y eso que ella ni siquiera había matado a nadie.

Un par de manos le taparon los ojos.

—¿Quién soy...?

—¿Banquo?

Danny se sentó a su lado, bastante perplejo.

—¿Qué?

—Olvidalo —dijo ella, emocionada de verlo—. No me has mandado ningún mensaje. ¡Lo estuve esperando levantada toda la noche!

—Lo siento. Tuvimos partido contra los de la Escuela de Gramática de Blackheath. Nos ganaron.

Lis se rió, ¿pensaba él que ella era de esas?

—¡Estaba bromeando! Siento lo del partido.

—No pasa nada. Y te aseguro que quería ponerte un SMS, de verdad. Quiero saber cuándo estás libre.

Al otro extremo de la biblioteca, Daphne se llevó un dedo a los labios antes de menearlo acusatoriamente contra ellos.

—Cuando quieras —admitió Lis. Estaba harta de juegos—. Lo último que necesito ahora es disponer de tiempo para mí sola.

Danny dejó caer las cejas.

—¿Qué te pasa?

Lis se encogió de hombros, no sabiendo cómo explicarlo.

—Eh... ¿por dónde empiezo? ¿No has oído lo del ave muerta que pusieron en mi taquilla? Daba bastante miedo.

—Sí, lo siento. Seguramente fue Connor O’Grady, que está loco de atar. ¿Por qué no hacemos algo esta noche para que te distraigas? ¿No te quitaré los ojos de encima! —dijo con una sonrisa.

Ella hizo un mohín.

—No puedo. Tengo que hacer de canguro de mi sobrino.

Danny arrugó la nariz por un segundo.

—Vale, ¿y si voy a ayudarte? ¿Le molestaría a tu hermana? Podríamos poner una película algo así.

En Bangor, «poner una película» era una frase en clave que quería decir otra cosa.

—¿Ah, sí?

—¡No es lo que estás pensando!

O sea que lo de poner una película significaba allí lo mismo.

—Me comportaré. Si quieres puedo descargar *Sierra de metal 2* para verla —sugirió Danny—. Es totalmente ilegal, ¡pero tú lo mereces!

Lis sonrió. Danny volvía a aliviar sus penas.

—La cosa no tiene mala pinta —le dijo—. Pero yo no prometo comportarme...



¿Qué se ponía una para una cita de canguro/sesión de cine? Todo lo que había probado parecía excesivo. Al final, Lis le robó a Max una antigua camiseta de *Guns N’ Roses*, y se la puso sobre unos *leggings*: quedaba de andar por casa, guay y un poco roquero. Había acostado ya a Logan, y ahora aguardaba en su habitación, con una música tranquila de fondo. Danny tardaría aún una hora más o menos en llegar.

«Respira hondo, Lis, respira hondo».

En pie, delante del espejo, se despeinó un poco, deseosa de no dar la impresión de haberse pasado una hora preparándose. En el piso de abajo, oyó un ruido de patas y ladridos estridentes: Sasha se había levantado para acudir a la puerta. ¡Uf, Danny llegaba muy pronto...!

Lis cruzó el descansillo y bajó la escalera a saltos, impulsándose desde el pasamanos a la cocina. Y entonces frunció el ceño: Sasha daba saltos ante la puerta de atrás. El porche tenía una puerta que daba al camino del coche, y otra que daba a la terraza trasera. Pero no había acceso al jardín de atrás desde la calle. Entonces comprendió que no había oído el timbre de la puerta, tan solo a Sasha. Qué extraño.

—¿Qué te pasa, perrita loca? ¿Quieres salir? —Le abrió la puerta, y la sujetó al enganche de la pared. Una ráfaga de frío aire de noviembre invadió la casa.

Sasha salió al patio corriendo, ladrando como una loca. Subió por la escalera que llevaba a la terraza trasera, la del dormitorio de Lis. Lis salió al patio oscuro, sintiendo las losas heladas a través de los calcetines.

—¡Sasha, no te vayas! —gritó—. ¡Haz lo que tengas que hacer y vuelve a entrar!

El tendedero en forma de paraguas, que tenía algunas toallas viejas colgadas, chirrió al girar con la brisa. Lis se frotó los brazos para calentarlos ante el penetrante frío, mientras Sasha seguía ladrando desde lo alto de la escalera del jardín. Tras echar un vistazo atrás, a la casa, para asegurarse de que no se le cerraba la puerta, Lis subió la escalera corriendo. El perro de la familia ladraba a las sombras, como un centinela escrupuloso. Recordando las sombras que habían aparecido hacía semanas ante su dormitorio, Lis observó el jardín detenidamente. Pero lo único que se movía era el molinete de plástico de Logan, que giraba con la brisa.

—¿Qué mosca te ha picado? —dijo Lis, agarrando a Sasha por el collar—. ¡Vamos para dentro!

Arrastrando tras ella a la fuerza a la peluda criatura, bajó las escaleras y volvió a meter al perro en casa.

—¡Perra tonta! —dijo alborotándole el pelo. Cerró de un portazo y bajó el cierre. Después, pensándolo mejor, también giró la llave en la cerradura, por si las moscas, y después sacó las llaves de las cerraduras de ambas puertas, delantera y trasera, y regresó a la cocina para echarlas en el frutero, que era donde se solían dejar aquellas llaves.

Miró el reloj de la cocina y vio que le quedaban cincuenta minutos hasta que llegara Danny. ¿Qué haría hasta entonces? ¿Dar vueltas por la casa? Ver *Glee*^[12], esa era la respuesta. Los episodios de *Glee* siempre la relajaban. Secándose las húmedas manos en la camiseta, entró en el salón y encendió la tele.

Pero Sasha seguía mostrando aquel comportamiento extraño. Ahora corría como una exhalación de una ventana a otra de la casa, intentando atisbar en la noche.

Lis no estaba dispuesta a permitir que una perra hiperactiva echara a perder su noche con Danny.

—Ya basta —le dijo cariñosamente—. A tu cesta.

Llevó a la perra a través del invernadero, que comunicaba con el salón, hasta donde tenía la cesta.

—Ahora a dormir, bobalicona.

Dejó allí a Sasha y volvió a entrar en el salón.

—A ver, ¿qué estaba haciendo? ¡Ah, sí, el DVD!

Subió la escalera corriendo, irrumpió en su habitación, y localizó en la estantería el estuche de *Glee*. Lo sacó y se volvió para salir del dormitorio. Solo entonces notó que algo no estaba en su sitio. Incluso con la escasa luz que daba la lámpara de su dormitorio, podía distinguir algunos detalles sutiles. La puerta del armario estaba abierta. Los cajones de la cómoda, junto a la puerta, estaban abiertos. Nada más que unos centímetros, pero ella siempre los cerraba bien para que el cuarto no pareciera desordenado. Por mucha prisa que tuviera, ella siempre los cerraba.

Alguien había entrado en su cuarto.

El estómago le dio un vuelco. ¿Era posible que ella misma lo hubiera dejado así? No. ¿Habría entrado en su dormitorio Sarah? No. La mano se le fue a la boca. La puerta de atrás: la había dejado completamente abierta cuando se fue a buscar al perro. ¡Dios santo!

Le dio al botón de apagado de la base del iPod. La casa se quedó en silencio, salvo

por la ruidosa televisión de la planta baja. Sus ojos se fueron hacia la rendija de un centímetro de grosor de la puerta del ropero. No podía haber nadie allí, entre la ropa, ¿verdad? Miró a su alrededor, y cogió un candelabro de hierro forjado de su mesa.

Sintió mareo y se dio cuenta de que había dejado de respirar. Con los ojos empañados, avanzó un paso hacia el armario. Su dedo alcanzó la rendija de la puerta. Como quien arranca una tirita, Lis abrió la puerta y se echó para atrás, levantando el candelabro, dispuesta a golpear con él. Nada. Tan solo una barra de la que colgaban vestidos y prendas de abrigo. Hizo la ropa a un lado, aunque ya sabía que nadie podía haberse escondido allí.

Oyó un crujido procedente de la planta baja: el de un pie que pisaba fuerte en una tabla del suelo. ¡Estaba en la casa! ¿Dónde tenía el móvil? Tenía que llamar a la policía. Pero no lo encontraba por ninguna parte. ¿Qué había hecho con él? ¿Tenía que salir de la casa! Eso era lo que ella siempre les quería gritar a aquellas chicas de las películas de terror: ¡salid de la casa!

Pensó en las puertas acristaladas que daban a la terraza: no, por ahí solo se podía ir a la floresta. Se asomó al rellano. No había moros en la costa. Las puertas que daban al estudio y al cuarto de Logan estaban oscuras.

«¡Dios mío, Logan!». Olvidando su propia seguridad, entró como una exhalación en el cuarto del pequeño. Dentro giraba una lucecita que quedaba encendida toda la noche, y que proyectaba en el techo siluetas de cuento de hadas. En la cuna, su sobrino dormía como un tronco. Lis cerró los ojos y respiró, temblorosa: el niño estaba sano y salvo.

Se oyó un ruido. Sonó lejos, como una puerta que daba un portazo. Una chispa de valor prendió en sus entrañas: tenía que averiguar quién había entrado en la casa, tenía que encontrarlo. El instinto le decía que se trataba del espía, de aquel al que había visto espiando la casa. Tal vez también el que se ocultaba tras los árboles. Cerró la puerta del cuarto de Logan y se fue de puntillas hacia la escalera, sin soltar el candelabro. Observó el salón: estaba tal como lo había dejado, con la tele encendida. Y Sasha, en el invernadero. No había movimiento ni sombras en las que ocultarse. El salón tenía acceso a la terraza, pero estaba siempre cerrado, salvo en los días más calurosos del verano. Eso dejaba solo la cocina como vía de escape.

Bajó sigilosamente la escalera y entró en la cocina a través del salón. Estaba muy iluminada, con una luz blanca que se reflejaba en las superficies de acero inoxidable. Agachándose, miró debajo de la mesa: nada. Es más, tanto la puerta de delante como la de atrás estaban perfectamente cerradas, y las llaves seguían en el embarullado frutero en que las había dejado. Solo quedaba una posibilidad.

Detrás de ella, la puerta interior que daba al taller de Sarah estaba abierta de par en par. La rendija, de cinco centímetros de anchura, parecía sonreírle burlonamente. Posó el candelabro sobre la encimera y sacó un cuchillo de cocina del bloque de madera. Su fría hoja emitió un destello al reflejar la luz.

La puerta del sótano chirrió al abrirla del todo. La escalera descendía a un mundo subterráneo oscuro e inmóvil. Lis le dio al interruptor, y abajo del todo se encendieron con parpadeos unos tubos de luz, que invadieron la estancia con un destello azulado y

palpitante. Con el cuchillo por delante, descendió los dos primeros peldaños. Desde aquel ángulo, seguía sin poder ver el sótano. Cualquiera cosa podía guardarla allí. Al fin y al cabo, aquello era Hollow Pike.

Se agachó y dio los últimos pasos como un tigre, preparada para saltar. El olor a serrín y barniz era muy fuerte, y a ella normalmente le gustaba aquel aroma, pero no esa noche. Bajo aquella turbia luz, Lis distinguió cuatro antiguos armarios, todos listos para que Sarah los restaurara, todos con las puertas abiertas. Retrocedió ante ellos, y se apoyó en la pared. Aquello era una pesadilla. Cuatro cajas vacías, verticales, como ataúdes. Su cuerpo se vio sacudido por el impulso de reír, o de llorar, o de ambas cosas.

Aquello era una equivocación. Se daría la vuelta, subiría aquella escalera corriendo y saldría por la puerta. El cerebro le gritaba que saliera, y sin embargo sus pies se dirigían hacia el primer armario. Con el cuchillo de trinchar delante de ella, estiró la mano hasta el borde de la puerta...

A la derecha se oyó un fuerte repiqueteo. Lis soltó un grito y cortó el aire con su cuchillo. Se escondió tras el armario. Otro golpe. Al mirar, Lis vio el tragaluz del taller abierto de par en par. El viento batía las hojas, que pegaban contra el marco. Por allí había salido. Lis corrió hacia el tragaluz y miró por él. Solo vio la furgoneta de Max en el asfalto, pero desde algún punto lejano se oían las pisadas de alguien que corría por la grava.



Una hora después, Lis se apretaba contra el pecho su taza de té. Ella, Delilah y Jack estaban sentados en el salón, cada uno enrollado en sí mismo como un muelle demasiado tenso.

—Entonces, ¿qué demonios le has dicho a Danny? —preguntó Delilah.

Lis se encogió de hombros.

—Le dije que tenía una migraña y que necesitaba dormir. Lo noté destrozado, como si yo lo estuviera abandonando o algo así.

—Has hecho bien. Ya lo comprenderá —le dijo Delilah.

—Tienes que haber pasado un miedo tremendo —intervino Jack—. ¡Yo habría salido por la puerta gritando «Asesino, asesino» con todas mis fuerzas!

—Necesitaba saber quién era. No podía contenerme —respondió Lis, viendo en aquel momento su actuación como lo que había sido: una completa locura. Lo más extraño era que después de eso no fue Danny a quien ella quería tener a su lado. Necesitaba a sus amigos, los que habían estado con ella aquella noche horrible.

—Me pregunto qué sería lo que buscaba —dijo Delilah, jugando con su pelo y con la mente perdida.

—No tengo ni idea —respondió Lis sorbiendo su té—. No he echado de menos nada.

Kitty entró a lo bestia por la puerta de atrás, blandiendo en una mano una linterna, y en la otra sujetando la correa de Sasha.

—Nada. No anda nadie por aquí, Lis. Quienquiera que fuera, se ha ido hace rato.

Lo siento.

—No es culpa tuya.

—Pero nos quedaremos esta noche. Para asegurarnos de que no te pasa nada —prometió Kitty.

Lis reflexionó sobre aquellas palabras:

—La única manera de que me sienta segura es que atrapemos al que sea.

Delilah se colocó junto a su chica en el sofá.

—¿Qué quieres decir?

—La policía no se está dando ninguna prisa, ¡y esta noche alguien ha entrado en mi dormitorio! ¡Podría haber pasado cualquier cosa! Aquella noche nosotros estábamos allí. Somos los únicos que sabemos lo que pasó.

—Pero no vimos nada —apuntó Kitty sin ningún énfasis.

Lis estaba en el centro de la alfombra, dando a sus amigos un apasionado discurso, como un político que empezara una vehemente campaña electoral:

—Había alguien en la floresta, y nos vio. Pensad en ello. Si hubierais matado a Laura y visto a unos cuantos muchachitos que os filmaban en el bosque, ¿qué os empujaría a hacer vuestro instinto?

—Encontrarlos y matarlos —respondió Jack con rotundidad. Se había quedado completamente blanco.

—Eso es exactamente lo que pienso yo —dijo Lis con gravedad—. Pero ¿por qué no os está pasando nada de esto a vosotros?

Delilah dijo en voz muy baja:

—¿Y si tiene intención de ir por nosotros, pero uno a uno?

—¡Dios mío! —exclamó Jack—. ¿No lo creeréis de verdad?

Lis prosiguió:

—Alguien metió ese cuervo en mi taquilla. ¡Mirad lo que le pasó a Laura! Yo no tengo ganas de terminar como ella. Tenemos que averiguar quién está haciendo esto.

Jack se retorció las manos.

—Lis, esto es demencial, ¿qué vamos a hacer nosotros?

—¿Lo es? —repuso Kitty—. No podríamos hacerlo peor que mi padre. Él está completamente desorientado.

—Por favor, Jack —rogó Lis—. Quiero recuperar mi vida. Y eso no sucederá mientras siga toda esta locura.

—Lis tiene razón —dijo Delilah como quien mete su voto en la urna—. Si queremos recuperar algo que se parezca a la normalidad, tenemos que encontrar al asesino de Laura antes de que él, o ella, vuelva a atacar. Hasta entonces, todos estaremos en peligro.

Todos los ojos cayeron en Jack, que se retorció bajo aquel examen implacable. Estaba asustado, y con toda la razón. Lis también estaba asustada. Petrificada. Pero ella, la víctima, estaba en el exilio. Era el momento de enfrentarse al peligro.

—Vamos, Jack, te necesito.

—Mierda, contad conmigo —anunció—. ¡Debo de estar loco!

Lis respiró hondo, sin saber muy bien en qué se acababa de meter. Era aterrador,

pero no podía pasar otra noche como aquella. ¿Qué se supone que tenía que hacer? ¿Escondarse el resto de su vida detrás de sus amigos? No: necesitaba poder estar sola sin necesidad de vigilar cada sombra ni de mirar debajo de cada cama. No había otro modo.

—Excelente. Entonces... ¿por dónde empezamos?

Kitty se incorporó en el sofá.

—Creo que tenemos que saber todo lo que sabe la policía... Mi padre ha estado trayéndose carpetas a casa. Dentro de poco casi todo lo referente al caso estará en mi casa, y entonces... ¿Quién se apunta a pasar la noche en casa del Inspector Jefe?



Esa noche, cuando regresaron Sarah y Max y sus amigos se marcharon a casa, Lis volvió a entrar en su dormitorio con miedo. Tal vez hubiera sido prematuro rechazar el ofrecimiento de Kitty y Delilah de quedarse, pero no le hacía gracia la idea de estar de más en su propio dormitorio.

Lis inspeccionó los cajones que estaban abiertos. ¿Qué interés podía tener nadie en hurgar en su dormitorio? ¿Qué quería encontrar? Lo único que había allí eran camisetas. Todo parecía muy hecho al azar, o es que tal vez ella estaba dejando de ver algo que resultaba cegadoramente obvio. Lanzó un suspiro. No le dijo nada a Max y Sarah del intruso porque no quería preocuparlos, pero la preocupación le zumbaba sin cesar, como una mosca encerrada.

Se quitó la ropa, se puso el pijama y se metió bajo el edredón. Aquella noche dormiría, desde luego, con una luz encendida. Lis se dio vuelta en la cama y, como hacía siempre, metió las manos debajo de la almohada para calentárselas. Solo cuando los dedos rozaron algo peludo, gritó y los sacó de allí. Dios, ¿de qué se trataba ahora? Primero un cuervo... pero esto parecía más pequeño, como un insecto o algo así.

Sin atreverse apenas a respirar, Lis levantó la almohada. No eran más que un par de ramitas. Qué extraño. Al acercarlas, vio que en realidad eran tres tallitos de espliego atados con una raída cinta negra. Olían fuerte. Si no hubiera sido por la cinta, habría pensado que era algo que había traído Sasha del jardín, pero las patas de los perros no valen para atar flores.

Solo las manos humanas pueden hacer tal cosa.

El expediente de Laura

ACK SE RASCABA LA CABEZA, confuso.

J —Entonces, ¿no había brujas?

—No estamos seguros —dijo Delilah—. Algo hacían las chicas en el bosque, pero negaron que fuera brujería.

Kitty sonrió.

—Podría tratarse de juegos normales del siglo XVII, algo así como hacer girar la botella y al que le toque, que diga lo que no ha hecho nunca.

Jack arrojó a un lado su ejemplar de *Las brujas de Salem*.

—Entonces, ¿por qué se arma tanto jaleo?

—Ahí está el quid de la cuestión. Cuando enferma la pequeña Betty, todo el mundo quiere echarle la culpa a alguien. Así que se la echan a las llamadas brujas. Es algo que tiene que ver con el miedo a lo desconocido —dijo Delilah, mordiendo su lápiz.

—Esto me pone enfermo —dijo Jack suspirando—. ¿De verdad tenemos que hacer esto ahora? ¿No podemos ver una peli o algo así?

Estaban todos en el desván de Kitty. Los cuatro, metidos en sacos de dormir, acurrucados como orugas entre cajas de *pizza* vacías.

—Yo tendría que estar escribiendo mi trabajo sobre *Las brujas de Salem*... —dijo Lis preocupada, desde su posición de privilegio en el sofá de piel. Habían transcurrido dos semanas sin nuevos incidentes. El aburrimiento no había sido nunca tan bienvenido, pero sabía que en algún momento tendría que ponerse a hacer los deberes.

Jack se rió a carcajadas al oír eso.

—No, gracias. Tenemos helado y tenemos pelis, ¿por qué tendríamos que ponernos a trabajar? ¿Nos merecemos un poco de relax!

—Me parece que tienes razón —aceptó Lis—. Tomaré otro plato entonces —dijo levantando el envase de la mano de Delilah.

—¿Y si volvemos a ver *Chicas malas*? —sugirió Jack.

—¡Sí, voto a favor! —exclamó Delilah, dando una palmada.

Llegaron murmullos de aprobación parecidos por parte de Kitty. Jack metió el disco en el aparato y se sentó junto a Lis en el sofá.

«Qué maravilla», pensó Lis. Después de horas interminables de preocupación, era un gran alivio encontrarse haciendo lo mismo que hacía cualquier otro quinceañero del planeta. Naturalmente, en cuanto la casa estuviera en reposo, empezarían a hacer algo completamente distinto: jugar a los detectives.

—¿Qué hora tenemos? —preguntó.

—Pasa un pelín de las once —respondió Delilah.

—¿A qué hora crees que se dormirán tus padres?

Kitty meditó la pregunta:

—Mmm. No tardarán. Pero tenemos que estar seguros, porque si nos descubrieran...

Lis asintió con la cabeza.

—¿Y estás segura de que eso estará aquí?

—Mi padre se ha estado trayendo trabajo a casa desde la muerte de Laura. Ahora hay una tonelada de material en su estudio.

—Vale.

—Iremos en cuanto acabe *Chicas malas* —sugirió Jack—. Para entonces tendremos el terreno despejado.

—A ver si conseguimos concentrarnos en la peli —dijo Delilah tendiéndose bocabajo. Jack le dio al «play», y Lis intentó no pensar en el destino que había corrido su propia «chica mala».



Hacia la una y media, la casa estaba a oscuras y en silencio, y los cuatro amigos salieron del desván. Kitty mostraba el camino con una linterna, y los demás la seguían de puntillas por la casa en reposo. Seguramente tendrían un aspecto cómico, como salidos de *Scoob Doo*, pero no estaban de humor para bromas. Lis se sentía realmente mal, pese a que los ronquidos de Keith Monroe, resonando a través de las paredes, le proporcionaban una cierta seguridad.

Unidos unos a otros en un tren humano, dejaron atrás el piso de los dormitorios y bajaron la escalera. Kitty les advirtió que se saltaran un peldaño que crujía antes del siguiente rellano.

No tardaron en hallarse ante la puerta del estudio. Kitty accionó la manilla, y la abrió muy suavemente y muy despacio. Pese a todo el cuidado, chirrió, y Kitty lanzó un taco que solo pudo oír el cuello de su camisa. Renunció a seguir abriendo la puerta en cuanto el hueco fue lo bastante grande para que pudieran pasar por él.

Una vez dentro, volvió a cerrar la puerta y encendió una alta lámpara de esquina. El despacho parecía un santuario dedicado al golf, con palos, trofeos y otros objetos de interés que abarrotaban el lugar.

—Vale, tendremos que hablar en voz muy baja —dijo Kitty siguiendo su propio consejo.

—¿Dónde está lo que buscamos? —preguntó Jack en un susurro.

En el centro de la habitación había una gran mesa de caoba en la que se amontonaban las carpetas.

—Aquí —dijo Kitty, cogiendo una de las carpetas—. Esto es el expediente del caso.

Por lo visto, Keith Monroe había estado trabajando en la investigación hasta bien entrada la noche. Rodeaban sus notas tres tazas en las que quedaban posos de café.

—No descoloquéis nada —advirtió Kitty—. Si después colocamos las cosas en orden incorrecto, estamos perdidos, y si se enterara alguien, mi padre perdería el trabajo.

Delilah levantó una carpeta del montón y se la pasó a Lis.

—Con esto tendrás bastante, amiga mía.

Lis encontró un rincón vacío en el suelo, donde podía sentarse a examinar la carpeta. ¿Realmente quería saber lo que contenía? ¡Sí! Respirando hondo, abrió la carpeta de repente. Error: lo primero que encontró fue la cara de Laura muerta. Un primer plano: la piel blanca azulada, los ojos completamente abiertos, mirando a la nada... Barro y piedrecitas le tachonaban el rostro como joyas de suciedad.

Lis no dijo nada, no hizo nada, se quedó paralizada ante la imagen. No supo cuánto tiempo se quedó mirando la foto. Parecían horas. Laura era dolorosamente hermosa, aun de muerta. Haciendo acopio de fuerzas, Lis pasó a la foto siguiente. Aquella era una foto tomada de más lejos, y resultaba menos personal pero más informativa. Estaba claro que el cuerpo de Laura había sido colocado en el suelo, no tirado sin más. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, las piernas estiradas y juntas. Estaba tendida en el centro de un círculo grabado en la tierra. Dentro del círculo, alguien había dibujado una estrella de cinco puntas, una de las cuales se hallaba bajo los pies de Laura. Un pentagrama.

Lis se quedó con la boca abierta.

—¡Dios mío...! Venid... tenéis que ver esto.

Los demás estaban examinando sus propias carpetas: Delilah sentada a la mesa, y Kitty y Jack en el suelo, como Lis.

—¡Baja la voz! ¿De qué se trata? —Kitty se arrodilló para mirar mejor.

Lis levantó la foto.

—¡Joder! —exclamó Jack entre dientes—. ¿Quién le hizo eso?

—Qué asco lo que le hicieron —comentó Kitty.

—Laura fue una ofrenda —dijo Delilah, mostrando una imagen aún más gráfica de la autopsia de Laura—. Le arrancaron el corazón.

Lis se dio cuenta de que estaba temblando.

—¡No!

Delilah asintió con la cabeza.

—Brujería.

—Eso no lo dijeron en la televisión —comentó Jack, con los ojos como platos.

—¿Se lo vas a reprochar? —susurró Kitty—. ¿Qué querías que dijeran: «Traten de no asustarse, porque una estudiante ha sido asesinada en un sacrificio satánico»?

Lis negó con la cabeza, furiosa.

—¡Esto es una mierda! La mataron, no hay más. Si vamos a la policía y les decimos «lo hicieron las brujas», nos mandan al manicomio.

—Sí —dijo Kitty—. Pero al menos ahora sabemos por qué lo hicieron. Fue una especie de ofrenda.

Lis volvió a posar los ojos en la foto de la cara de Laura. No era justo. El hecho de que alguien pensara que tenía poderes mágicos no hacía más que empeorar las cosas. Pero ¿era así? ¿Se trataba de una bruja, o de alguien que había querido que pareciera cosa de brujas? Le iba a estallar la cabeza.

—Eh, oíd esto —dijo Jack, hojeando papeles que crujían entre sus dedos—: «¡El padre

de Laura no cuenta con una coartada sólida!».

—¡No es posible! —exclamó Delilah.

—Siempre los padres... —reflexionó Kitty.

—¿Qué...? ¿Creéis que su padre es un brujo? ¿Existe tal cosa? —preguntó Lis.

—No lo sé —contestó Jack, y prosiguió—: por lo visto, él dice que estaba en un hotel de Birmingham la noche que murió ella, pero el hotel no ha podido confirmar nada porque pagó en efectivo. O eso dice. Están esperando a que las cámaras de seguridad demuestren su inocencia.

¿Podía ser así de sencilla la cosa? ¿Que el padre de Laura la matara? Tal vez fuera la mejor explicación. La riña de aquel día, en la calle, parecía muy fuerte, pero la cosa no acababa de encajarle. Lis recordó a aquel padre fuerte y robusto en aquel llamamiento público que había hecho, con la policía. ¿Cómo iba a sentarse alguien delante de una cámara de televisión sabiendo que había robado una vida?

—Hay más —siguió Jack—. La madre de Laura no apoya la coartada del padre. Él dice que la llamó por teléfono esa noche, desde Birmingham, ¡pero la madre dice que es mentira!

—Si la madre piensa que él mató a su hija, ¿por qué iba a mentir por él? —dijo Delilah, pasando las hojas.

—Tengo aquí la declaración de Nasima —dijo Kitty, levantándola para que la vieran—. Vaya, por lo visto Laura escribía en su diario religiosamente, cada día. La policía está convencida de que si su padre estuviera abusando de ella, o algo así, estaría ahí escrito. Han contactado con los padres de Laura, pero ellos no saben dónde está el diario, y por lo visto la señora Dandehunt también dice que no está en el instituto.

—Mmm, Laura podría haber escrito sobre el asesino... —dijo Delilah levantando una ceja—. «Querido diario, me parece que mi padre podría matarme esta noche...».

Lis se puso de pie de un salto, y atravesó el despacho para mirar el documento de Kitty.

—Es posible... El día que fui a ver a Laura en el campo de *rugby*, me acuerdo de que estaba escribiendo en un cuaderno muy florido. Entonces no pensé en ello, pero puede que sea importante. ¿Y si Laura supiera que alguien iba tras ella, y escribiera al respecto? ¡Tenemos que encontrar ese diario!

—¿Qué? ¿Estás loca? —dijo Jack con una mueca.

—Nunca he hablado tan en serio. Laura tenía miedo a la floresta, y en el instituto se portaba de manera rara, ¿no? Tal vez supiera algo. Y tal vez lo contó en el diario.

Kitty levantó los ojos.

—Lis —dijo—. Yo sé dónde está el diario de Laura.

En casa de Laura

—¡O SEA QUE ES ESO! —Kitty arrojó un álbum de fotos desvencijado en el centro de la alfombra que cubría el suelo de su desván. Las páginas desvaídas tenían color de té allí donde les había dado la implacable luz del sol. Pasando las acartonadas hojas, Kitty se detuvo ante una página en la que había una sola foto.

Lis, Delilah y Jack se inclinaron para observarla mejor. La imagen mostraba a dos niñas. La primera tenía un bonito pelo afro que enmarcaba un rostro de angelito. No había duda de que se trataba de Kitty. Se encontraba junto a una niña regordeta de densos rizos castaños.

—¡Dios mío, mirad cómo estaba Laura de gordita! —chilló Jack.

—¿Esa es Laura? ¡Manda narices! —En su interior, Lis reprimió un sentimiento de alegría al descubrir que Laura había sido gordita. No era un sentimiento ni bondadoso, ni que viniera al caso.

—Bueno, esa foto debió de hacerse en la época en la que ella no había roto relaciones con cualquier tipo de comida sólida —dijo Delilah bromeando.

Kitty se rió.

—Vale, pero ¡mirad lo que tiene en las manos!

Olvidándose de los personajes y mirando los detalles del entorno, Lis reconoció los elementos de una fiesta de cumpleaños: banderitas, tarjetas de felicitación y papeles de regalo. En la mano regordeta de Laura había un bonito cuaderno estampado de flores y atado con una delicada cinta rosa.

—¿Su diario? —preguntó Lis.

—¡Sí! —Kitty se recostó en el raído sofá de cuero, y cruzó sus piernas increíblemente largas—. Lo sé porque se los compré yo.

—¿Hay más de uno? —preguntó Jack con el ceño fruncido, examinando la foto.

—Sí: era un conjunto de cinco volúmenes, pensados para cinco años. Cada diario tenía un color diferente y un dibujo diferente. Os lo creáis o no, a los diez años Laura y yo éramos muy buenas amigas.

De repente, aquello cobró sentido para Lis. La enemistad entre Kitty y Laura siempre había parecido algo muy personal, y ahora resultaba que lo era. Lis recordó cuando ella y su mejor amiga, Bronwyn, habían sido unas despreocupadas niñas de doce años, allá en Bangor. Eso había sido antes de que Bronwyn se volviera contra ella de aquel modo terrible. Los amigos pueden hacer el doble de daño que los enemigos.

—Dios, ya me acuerdo de esa fiesta —dijo Delilah en voz baja—. Yo fui la única chica de la clase que no estaba invitada.

—Sí, ahí fue cuando empezó a joderse todo —respondió Kitty.

Las sonrisas de la foto no auguraban los años de tormentos y perrerías que iban a seguir. Laura parecía tan suave, tan inocente...

—Dijiste que sabías dónde guardaba ella los diarios... —soltó Jack, interrumpiendo los pensamientos de Lis.

Kitty sonrió.

—¡Bueno, sé dónde los guardaba hace cuatro años!

—Vale... ¡suéltalo!

—¡En el cuarto de baño de su dormitorio!

—¡Qué cutre! «Querido diario: hoy no ha habido acontecimientos intestinales...» —dijo Jack riéndose.

—Eh... bueno. El panel de una pared de su bañera se baja. Estaba tan orgullosa de su genial escondite que me lo enseñó.

Lis se apretó la gruesa chaqueta de punto. A altas horas de la noche, el desván se quedaba helado.

—¿Crees que seguirán allí?

—No sé por qué no. Es un escondite muy bueno.

Los cuatro se miraron unos a otros, en silencio. Todos sabían lo que había que decir, pero nadie quería ser el primero en decirlo.

—En fin... —empezó Jack.

—En fin, habrá que ir a ver si siguen allí —terminó Lis.

Delilah pasó la mirada, insegura, de Lis a Kitty.

—¿De verdad queremos hacer eso? Si nos pillan nos veremos metidos en un problema muy, muy gordo.

Lis se puso en pie y caminó por el desván. Estaba más decidida que nunca.

—¡Sí! —declaró—. Sería maravilloso pasar desapercibida y hacer como que nada de esto me incumbe. Me encantaría no hacer otra cosa que ir a clase y pasar el tiempo con vosotros y darme el lote con Danny... ¡pero eso no va a ser así! No mientras haya alguien jugando conmigo. Y no creo que esa persona vaya a desaparecer por las buenas.

—Tienes razón —dijo Kitty asintiendo con la cabeza—. Primero Laura, después el cuervo, luego alguien que entra en casa de Lis... No sabemos quién podría ser el siguiente. Los diarios son una posibilidad muy remota, pero es lo mejor de lo que disponemos para encontrar una pista sobre quién puede estar detrás de todo esto.

—¿Estamos todos de acuerdo? —preguntó Lis mirando a su alrededor.

Delilah asintió con la cabeza en un gesto sincero, y aunque no se mostraba emocionado, también Jack movió la cabeza de arriba abajo.

—Guay —dijo ella—. Bueno, entonces supongo que necesitamos un plan.

—Un plan, eso suena bien... —Jack logró esbozar una leve sonrisa de ánimo.

—Tenemos que entrar en el baño de Laura de algún modo... —Lis dejó la frase en suspenso, porque no conseguía imaginarse cómo hacerlo.

Desde su situación central en el sofá, Kitty tomó la palabra:

—Escuchadme: esto es lo que vamos a hacer...



La calle arbolada con plátanos en la que vivían los Rigg era tan tranquila, tan silenciosa, que parecía un cuadro. Un cuadro que se titularía: *El sueño de la clase media*. El asesinato no tenía nada que ver con aquel callejón sin salida. Por aquel día habían terminado las clases en el instituto, y empezaba a anochecer. El cielo adquiría un color morado desvaído al apagarse el sol de finales del otoño.

—Asegúrate de que me dejas el camino libre —le dijo Jack a Lis.

—¡Deja de hablar! —le respondió Lis—. ¿Te vas a esconder o no?

Jack hizo un mohín y se metió en el acebo que había delante de la puerta principal, y se agachó hasta volverse invisible.

—¡Ay, esto se me ha metido en el...!

—¡Shhh!

Lis caminó hasta la puerta e hizo sonar el impresionante timbre. Un carillón retumbó en el salón. La casa de Laura solo estaba a un paso de la de Kitty, y era tan imponente como la suya: una explanada de césped verde brillante se extendía detrás de ella por un espacio que parecía comprender más de una hectárea.

—A lo mejor no hay nadie en casa —susurró Jack.

—¡Shhh! —repitió Lis más fuerte, mientras los pasos se acercaban a la puerta.

El plan era sencillo, pero no por ello invitaba a la confianza. Lis, que era nueva en el pueblo y desconocida para los padres de Laura, llevaría unas flores a la casa como gesto de pésame e intentaría que la invitaran a entrar y tendría que apañárselas para enzarzarse en una conversación con quien hubiera dentro. Mientras tanto, Jack, más pequeño y más ligero de pies que Kitty, se deslizaría al interior de la casa, echaría un vistazo en el baño de Laura y cogería los diarios, si es que se encontraban allí. Kitty y Delilah estarían cerca por si las necesitaban. Fácil. ¿Qué podía ir mal?

La puerta chirrió al abrirse. La señora Rigg apareció en el umbral, con una impenetrable expresión en el rostro e inmaculadamente vestida. Lis se preguntó si no estaría a punto de salir, pues ¿quién se calza zapatos de tacón para estar en casa?

—Hola, ¿la señora Rigg? —preguntó Lis sonriendo—. Usted no me conoce... Soy Lucy, del instituto de Laura. Éramos buenas amigas, y simplemente he querido traerle a usted estas flores. No sabe cómo me entristece su pérdida.

La señora Rigg frunció el ceño. Era una mujer deslumbrante, pero ¿cuál era la palabra? ¿Severa, tal vez?

—¿Lucy? No recuerdo que Laura tuviera ninguna amiga llamada Lucy.

—Soy nueva aquí —explicó Lis—. Laura se encargó de mostrarme Fulton. Era una chica maravillosa. —Parecía que las mentiras podían escaldarle la lengua, pero Lis se alegró de la facilidad con la que fluían. El corazón le palpitaba, pero siempre y cuando pudiera seguir con la conversación normal, estaría bien.

—Ya veo. Bueno, me alegro de conocerte, Lucy. Yo soy Jennifer, la madre de Laura. Gracias por las flores, son muy bonitas. Siento no haberte invitado al velatorio. Hicimos todo lo posible por decírselo a todas las amigas de Laura. —Su actitud se relajó

un poco. Era muy seria, estrictamente formal. Hizo ademán de coger el ramito de las manos de Lis.

Aquella era su única oportunidad. Era el momento.

—Perdone, pero ¿podría utilizar el aseo ahora que estoy aquí? Tengo que coger el autobús para volver a Fulton...

La apenada madre no se mostró encantada, pero asintió con cortesía y se hizo a un lado.

—Por supuesto, cielo, pasa.

La señora Rigg la acompañó por el pasillo. Lis se volvió para cerrar la puerta tras ella, pero bloqueando antes el pasador para que Jack pudiera entrar sin problemas. Ahora lo único que tenía que hacer era perder todo el tiempo posible. ¿Cuánto necesitaría Jack para encontrar los diarios?

Se encontró de repente en un magnífico vestíbulo embaldosado, con una preciosa escalera en curva que subía a un rellano. Afortunadamente para Jack, todas las puertas que daban a aquel rellano parecían abiertas. Se quedó con la boca abierta al ver una asombrosa araña de luces que colgaba del centro del techo.

—¡Vaya, señora Rigg, tiene usted una casa preciosa!

—Gracias. Trátame de tú, por favor. Todas las amigas de Laura lo hacen. Lo hacían.

Pero ella no era realmente una amiga de Laura. Se sintió un poco culpable.

«Mantén la calma», se dijo.

—Está por aquí, cielo. —El acento de Yorkshire que tenía Jennifer era muy cortado, como si hubiera hecho esfuerzos por perderlo.

Lis la siguió por un breve pasillo que llevaba a una gran cocina familiar. Justo antes había una pequeña puerta que daba al aseo de la planta de abajo.

—Aquí lo tienes. Estaré en la cocina, buscando un jarrón para poner el ramo —dijo Jennifer, haciendo un leve movimiento con las flores.

Lis se encerró en aquel lavabo rosa rococó, se sentó en el inodoro y sacó el teléfono. Llamó enseguida a Jack: era la señal para que entrara. Entonces aguzó el oído y creyó oír cómo se abría la puerta de la calle, así que tiró de la cadena e hizo todo el ruido posible, para lo cual abrió los grifos a tope y hasta se puso a tararear mientras se secaba las manos. Pero todavía tenía que proporcionarle más tiempo a Jack.

Tras salir del pequeño aseo, Lis se dirigió a la cocina, donde encontró a Jennifer, que estaba colocando las flores en un alto jarrón de color negro. Lis se preguntó cuántos jarrones de flores habría colocado aquella pobre mujer en las últimas semanas.

—¿A que están preciosas? —dijo Jennifer con una sonrisa—. Gracias de nuevo, Lucy.

Lis se frotó las manos en el uniforme del instituto.

—Me imaginé que usted seguramente tendría ya montones de flores, pero no sabía qué otra cosa traerle.

—Ha sido muy amable por tu parte —respondió Jennifer—. La primera tanda de flores se ha secado ya, así que estas son muy bienvenidas.

Lis se acercó a la isleta que había en el centro de la cocina, tratando de encontrar algo más que decir.

—¿Quieres un vaso de agua, o alguna cosa? —preguntó la señora Rigg. Era,

obviamente, una experta anfitriona.

—Eh... eso estaría bien, gracias. —¿Qué estaba haciendo Jack? ¿Se había perdido? Se suponía que tenía que llamarla en cuanto volviera a salir.

Los ojos de Lis se posaron en una enorme foto en blanco y negro, enmarcada, que había en la pared. Era uno de esos retratos familiares llenos de brillos que hacían en las tiendas de fotografía. Sarah se había pasado semanas intentando convencer a Max de que eran elegantes, y no de mal gusto.

En la foto, los padres de Laura aparecían en una disposición graciosa, con los brazos alrededor de Laura. Una familia espléndida.

—Es una foto asombrosa, ¿verdad? —dijo la señora Rigg, sonriendo levemente mientras seguía la línea visual de Lis. Le entregó un vaso de agua antes de atravesar la cocina de camino a la fotografía. Lis la siguió—. Nos la hicimos en las vacaciones de verano. Es la última foto que tenemos de ella. Por supuesto, a ella le molestó posar para esta foto. Habría dado cualquier cosa por estar con sus amigos en vez de con sus viejos y aburridos padres. ¡Tuvimos que amenazarla con retirarle la asignación que le dábamos! —Dejó de sonreír—. ¿Te habló alguna vez de nosotros? ¿Era muy infeliz?

La pregunta pilló a Lis desprevenida. Abrió y cerró la boca como una carpa.

—Yo... creo que no. Ella... eh, nunca me dijo nada.

—Ya sabes, Lucy, tú te pareces mucho a ella... —La señora toqueteó con los dedos, sin pensar en lo que hacía, una delicada cruz de plata que llevaba alrededor del cuello, mientras observaba a Lis.

—¡No, Laura era mucho más guapa que yo! —exclamó Lis sorprendida.

La señora Rigg alargó la mano y le apartó el pelo de la cara.

—El mismo pelo... ¡Tan espeso, y con ese brillo...!

Parecía como si mirara más allá de Lis, a otra época, zambulléndose en recuerdos de Laura. Con un estremecimiento, Lis se apartó de aquella mano.

Sin previo aviso, un golpe fuerte sonó en el techo, justo encima de ellos.

—¿Qué demonios ha sido eso? —Jennifer dejó caer de inmediato el pelo de Lis, y salió de la cocina.

¡Jack! La mente de Lis se aceleró mientras ella seguía instintivamente a Jennifer. Tenía que evitar que la madre de Laura subiera la escalera, a toda costa. ¿Qué hacía Jack? ¿Se habría herido? ¿Lo descubriría la señora Rigg?

«Piensa rápido, piensa rápido...».

—¿No habrá sido su gato? —preguntó.

—No tenemos gato, así que lo dudo —espetó Jennifer atravesando el majestuoso vestíbulo, con sus tacones de aguja martilleando en las baldosas. Lis la siguió, intentando encontrar algo más que decir.

—¡Deténgase, señora Rigg! —le dijo a la mujer, cogiéndola por el brazo.

En el rostro de Jennifer apareció una expresión de ferocidad, que le recordó a Lis cómo se ponía Laura cuando había pelea.

—¡Suéltame ahora mismo! —le dijo con frialdad.

—¡Pero, señora Rigg, si ha entrado alguien en el piso de arriba, podría ser peligroso! —Lis sabía que podía parecer una loca, pero que encontrarán a Jack en casa de Laura

Rigg podría tener consecuencias devastadoras. El inspector Monroe los encerraría a todos y no haría nada por ellos.

—Tienes toda la razón, cielo. —Jennifer entró en el salón contiguo: otro amplio espacio immaculado, de revista, en cuya chimenea abierta ardía un fuego crepitante—. ¡Será mejor que coja esto!

Con un único y fluido movimiento, la madre de Laura sacó de la chimenea un atizador de hierro. Un segundo después se encontraba de nuevo al pie de la escalera, armada y lista. Lis la miró sin poder hacer nada, esperando tener una inspiración antes de que la señora Rigg alcanzara a Jack.

Jennifer ascendió por la escalera blandiendo el atizador. Mientras Lis la seguía vacilante, oyó más golpes en el piso de arriba. ¿Llegaría la señora Rigg a darle a Jack con el atizador? Se dio cuenta del desastroso estado en que se hallaba su plan infantil. ¿Cómo se les había podido ocurrir tal cosa? Se habían metido en un lío tremendo, e iban a verse con el agua al cuello, ¡menudo desastre!

—¡Por favor, señora Rigg, tenga cuidado! —Lis corrió a su lado. Tal vez pudiera evitar que golpeará a Jack, llegado el caso.

—A mí no me pasará nada, cielo. Tú no te acerques.

Las dos alcanzaron el rellano en curva del final de la escalera. Lis estaba a punto de contar toda la verdad. Tal vez si lo dijera todo, si explicara la historia entera, ¿les perdonaría la señora Rigg? ¡Era muy difícil!

Un espeso silencio se cernía sobre ellas al aguzar el oído para escuchar al intruso. Nada: el rellano estaba en calma.

—Creo que el ruido procedía de la habitación de Laura —dijo Jennifer entre dientes—. ¡Periodistas! ¡Ya me pareció horrible cuando se metieron en los cubos de la basura, pero esta vez se han pasado! ¡Escoria!

—Señora Rigg, ¡salgamos! ¡O llamemos a la policía! —le rogó Lis.

La señora Rigg le lanzó una fría mirada que la mandaba callar de una manera muy rotunda. Entonces empujó con suavidad la puerta de la habitación de Laura. Chirriando, la puerta se abrió.

La luz del crepúsculo se filtraba hasta el rellano cuando Jennifer entró en el dormitorio. Respirando hondo, Lis entró tras ella.

Parecía un lugar arrasado por las bombas. Debía de estar tal como Laura lo había dejado la última vez que salió, cuando se fue al encuentro de su asesino. El edredón estaba arrebuñado sobre la cama, cosas de maquillaje y accesorios se extendían por un magnífico tocador, y un bolso había sido vaciado entero sobre el suelo. Había pósteres en las paredes y fotos en el espejo. Era un típico dormitorio de adolescente, solo que este se había quedado sin adolescente ya para siempre.

Jennifer observó la habitación, volviéndose desconcertada en todas direcciones. Vio la puerta interior que tenía que dar al cuarto de baño. ¿Cómo podría evitar que la madre de Laura entrara allí?

—Qué extraño. Juraría que había sonado aquí... —dijo la señora Rigg, bajando por fin el atizador.

—A lo mejor fue fuera de la casa —sugirió Lis.

La señora Rigg parecía a punto de asentir con la cabeza, pero entonces posó los ojos en la puerta que daba al cuarto de baño. A Lis se le habían agotado las ideas. La señora se encaminó al baño. Estaban perdidos.

Sonó el timbre: aquel timbre carillón tan ostentoso. Y volvió a sonar. Alguien estaba llamando a la puerta con insistencia, y el carillón inundaba la casa con su sonido.

—¿Quién demonios mete tanta bulla? —dijo la señora Rigg, y salió corriendo de la habitación.

Lis esperó hasta que oyó los pasos de la señora Rigg en la escalera, y entonces entró en el cuarto de baño. Era pequeño, nada más que cabía una bañera, un lavabo y la taza del váter. Vio al instante que el panel de una esquina de la bañera estaba suelto.

—¿Se ha ido? —preguntó Jack desde debajo de la bañera. Hizo a un lado el panel de plástico y salió de su escondrijo. Era una suerte que fuera tan pequeño, porque de lo contrario no hubiera cabido allí. En las manos tenía cuatro preciosos cuadernos estampados de flores, cada uno atado con una cinta.

—¡Los has encontrado!

—Sí, pero se me cayó el panel de la bañera. ¡Pesa un quintal! Llamé a Kitty enseguida para pasar al plan B. ¡Lo siento!

—No importa —susurró Lis, disponiéndose a salir al dormitorio de Laura—. ¡Tenemos que salir de aquí, ya!

Lis corrió al rellano. Vio a la señora Rigg ante la puerta de la casa. En el umbral de la puerta estaba Delilah, con sus rizos rojos embutidos en su vieja gorra de repartidora de *pizzas*.

—Esta es la dirección que me han dado —estaba diciendo con los brazos llenos de cajas de *pizza*.

—¡Le aseguro, jovencita, que yo no he pedido ninguna *pizza*!

—¿No es este el número 32 de Cedar Drive?

—¡Sí!

—Bueno, pues entonces es la dirección que me han dado... —insistía Delilah.

Lis volvió corriendo al dormitorio de Laura.

—Vale, bajaré e intentaré llevármela a la cocina. Tendrás dos minutos para salir, ¿vale? —le dijo a Jack.

Jack estaba delante de ella, ya escondido, aguardando tras la puerta del dormitorio, con los diarios en la mochila.

—Vale, y si no puedo salir por ahí, lo haré por la ventana: hay un árbol por el que podría bajar.

—Jack, cuando esto termine, tendrías que apuntarte a los GEO, en serio.

Jack sonrió como si aquel fuera el mejor cumplido que hubiera oído en su vida. Lis lo dejó solo y se volvió a la planta baja, preguntándose qué mentiras le soltaría a la señora Rigg. Ella no se merecía entrar en los GEO: se merecía un Oscar. Pero tenían los diarios. Si Laura había tenido alguna pista sobre quién era su asesino, todo acabaría pronto.

Misión cumplida.

Querido diario

EL SMS DECÍA SENCILLAMENTE «¿Nos vemos en el parque?». Una oferta demasiado interesante para resistirse. Así que había dejado a Delilah examinando los diarios, y se había ido a ver a Danny. Se hacía de noche cerrada cuando atravesaba la verja del parque infantil de Hollow Pike. Danny estaba solo, balanceándose en un columpio.

—¡Eh...! —A Danny se le iluminó la cara al verla, y una vez más la sonrisa de él la dejó a ella sin respiración.

—¿O sea que esto es lo que haces por las noches? ¿Meterte en los columpios a esperar que pasen chicas? —se burló Lis.

—Por supuesto. ¿Te gustaría acompañarme?

—¿Cómo podría resistirme? —Se colocó en el columpio que había al lado del de él—. ¿Alguna novedad?

Él empujó con la punta del pie el suelo acolchado.

—Mi hermana, la que está en Oxford, que ha venido a pasar unos días. ¡Necesitaba salir de casa! Tú me has salvado.

—Pues te volveré a salvar siempre que quieras. —Se impulsó con una patada en el suelo, y empezó a columpiarse, recordando cómo era lo de desafiar la gravedad en aquellos chismes, alcanzando un punto muy alto en el que el asiento se detiene un instante, antes de volver a caer.

—Sin embargo, no era solo eso. Ya ha pasado un tiempo, y lo de mandarse mensajes por el móvil no es lo mismo que vernos. Pensé que estaría bien que nos dejáramos caer por aquí —siguió Danny.

—¡Bueno, espero que no literalmente!

—¿Más migrañas? —preguntó él.

A Lis le costó un momento recordar a qué se refería él. Pero se dio cuenta justo a tiempo:

—¡Ah, sí! Quiero decir... no, no he vuelto a tener. Siento mucho aquello. No sé por qué me puse así.

—¡Ahora todo va bien?

—Sí, todo va bien. —Más mentiras. ¿Cuánto tiempo se pasaba últimamente contando aquellas mentiras llamadas inocentes pero que, al fin y al cabo, no dejaban de ser mentiras?

—Bueno. ¿A qué te has estado dedicando?

«A allanar el cuarto de baño de una chica asesinada para robarle los diarios».

—A poca cosa.

—Siempre dices lo mismo. —Danny se echó hacia atrás hasta que apenas alcanzaba el suelo con las puntas de los pies, y entonces empezó a columpiarse.

—¿Qué quieres decir?

—Que eres muy misteriosa. ¡Y eso resulta bastante sexy!

—¡Ah, bien, vale!

Danny se rió.

—¿No serás una especie de espía?

—Nah.

—¿O tal vez un superhéroe, como Clark Kent, con una identidad secreta?

—Sigue intentando.

—Ya sé, apuesto a que eres una testigo reubicada... ¿O eres una amish y lo mantienes en secreto?

—¿Qué?

—Ya sabes, como esa peli del chico amish.

—¡Me has pillado! Mi nombre real es Eduvigis. ¿Me prometes que no se lo dirás a nadie?

Danny dejó de balancearse y cogió una de las cadenas del columpio de ella para detener también su movimiento. En cierto sentido tenía razón. El hecho de mudarse allí le había conferido un aura de misterio. De hecho, en Bangor ella había sido un libro abierto, pero ahora tenía secretos de verdad. De verdad, no tan solo chismorreos de instituto. Hubiera querido poder contárselos a él, pero eso hubiera sido completamente egoísta, y ella no quería arrastrarlo al lío en que se hallaba metida. Tal vez hubiera sido mejor que le hubiera hecho caso a la cabeza, no al corazón, y no hubiera accedido a quedar con Danny. Con todas las chicas majas y normales que había en Fulton, Danny había tenido que elegirla a ella: qué mala suerte la de aquel muchacho.

—¿Por eso me pediste salir? ¿Porque soy un enigma? —le preguntó, envolviendo aquella última palabra con una voz profunda, espeluznante.

—¡Nah!

—¡Me alegro, porque te ibas a decepcionar mucho!

—¿Y qué se supone que quiere decir eso? —preguntó con una sonrisa—. ¡Estás volviendo a ser enigmática!

Ella no dijo nada, consciente de que no estaba ayudando a su causa. El silencio resultó cálido y denso, cargado de expectación. La puntera de la Adidas de él la alcanzó, propinando a los zapatos del uniforme de ella una patadita juguetona. Lis le dirigió a Danny una mirada tímida, y un codazo suave. Aquello era coqueteo: ¡algo infantil, pero electrizante!

Danny tiró de la cadena del columpio de ella para acercarla a él. Con una mirada traviesa, la besó en los labios, y un estremecimiento de placer recorrió el cuerpo entero de Lis. De repente se encontró a kilómetros de distancia del parque infantil, en algún lugar luminoso y tranquilo. Durante un instante de éxtasis, Lis se olvidó de todo. No había allí nada más que el beso.

A lo lejos sonó un teléfono que la hizo volver al mundo real. Cada vez que hablaba

con Danny, aquel chisme tenía que interrumpirlos.

—¡Lo siento!

—No te preocupes.

Él sonrió y se relamió los labios. Lis cogió el teléfono del fondo del bolso.

—¿Diga?

—Hola, guapa, soy yo —le dijo Delilah.

—Hola. —Retorciendo el cuerpo, Lis se separó un poco de Danny para que este no oyera lo que no debía.

—¿Podemos vernos? ¿Podrías venir a mi casa?

—¿Ahora? —preguntó Lis.

—Sí, es importante. No te lo pediría si no lo fuera.

Lis lanzó un suspiro, levantó los ojos hacia Danny, que en aquellos momentos apartaba la vista hacia el horizonte, y cuyo hermoso perfil destacaba a la luz de las estrellas. Hubiera querido quedarse con él todo el tiempo. Pero Delilah, la lectora más rápida del mundo, tenía unos diarios de enorme atractivo también.

«Podría terminar todo esta noche», pensó Lis.

—Vale. ¿Cómo hago para llegar?



La «Hacienda de Fulton» era algo muy distinto del resto de Hollow Pike. La cancela de aquel complejo residencial presentaba los restos de un minibús quemado debajo de un alegre cartel que daba la bienvenida a los residentes. Las casas con acabado en gravilla tirada estaban viejas y grises, muchas completamente decrepitas, con ventanas de metal selladas para evitar a los ocupas. Algunos miembros orgullosos de la comunidad habían tratado de mantener un jardín bonito en la parte de delante, pero estaban en flagrante contraste con la mayoría, que contaban con una selva desbocada que invadía la acera. Lis no pudo evitar preguntarse por qué tantas de aquellas casas tenían una bañera en el jardín, y por qué había tantos coches sin ruedas aparcados en el camino que llegaba a la casa.

Se sorprendió de que aquello pudiera existir a solo cinco minutos de autobús del palacio que tenía Kitty en la colina. La penuria y el peligro parecían colgados de las rotas farolas. La casa de Delilah estaba hacia el medio de la gama. No había en ella bañeras ni coches quemados, pero el jardín no era más que una frontera boscosa. Sin embargo, de algún modo funcionaba: las más hermosas flores silvestres crecían a los lados de la casa, y unos árboles de hoja esbelta enmarcaban la casa como una cortina de encaje.

Entró empujando la cancela oxidada, se acercó a la puerta principal, y llamó. Dentro atronaba una televisión. Entonces se abrió la puerta para mostrar a un hombre alto, de elegante perilla y largo pelo gris recogido en una coleta. Llevaba puesto un mono lleno de manchas de aceite.

—Hola —dijo él, mostrando un diente de oro al sonreír—. Debes de ser esa Lis de la

que he oído hablar. Vamos, entra. —A Lis le cayó simpático inmediatamente. Parecía un pirata amable.

Entonces llegó Delilah.

—Hola, Lis. Sube a mi cuarto —le dijo, agarrándole la mano y arrastrándola al interior de la casa.

El apretado salón estaba lleno de muebles que no casaban entre sí, y olía fuerte a cigarrillos y marihuana. Lis vislumbró vagamente la silueta del hermano de Delilah, que estaba jugando con una consola, pero Delilah tiraba de ella demasiado rápido para hacer las presentaciones.

Subieron corriendo por una escalera llena de tazas y guías de teléfono, hasta que llegaron a un rellano. Había un dormitorio que una cortina dividía en dos por algún motivo, pero Delilah la hizo seguir y entrar en la siguiente habitación. Seguramente era una habitación pequeña, aunque Lis no estaba segura del todo, pues el espacio estaba casi por completo abarrotado de libros. Cada una de las superficies, llena de montones de literatura, de todas las formas y tamaños. Delilah había renunciado incluso a una cama y un armario para poder tener más sitio para sus novelas. Había un simple colchón encajado en una esquina, y una barra en la que colgaba la ropa. La habitación reverberaba a la luz de velas de té encendidas dentro de tarros de mermelada y colocadas encima de las torres de libros. Aquella habitación era Delilah en estado puro.

—¡Vaya, es increíble!

—Gracias, guapa. Y gracias por darte tanta prisa en venir.

—No hubo problema. —Lis se preguntaba dónde tendría que sentarse—. ¿Qué ha pasado?

Delilah le hizo un gesto a Lis para que se sentara a su lado en el colchón.

—Me va a dar un ataque, Lis.

—¿Por qué? —Lis vio que Delilah no estaba exagerando, parecía que estuviera a punto de vomitar, estaba aún más pálida de lo normal—. Si te cuento una cosa, ¿me prometes que no se lo dirás a nadie? Esto es realmente serio, es una catástrofe.

—Vale... —accedió Lis, preguntándose qué sería aquel secreto. Porque en aquel pueblo los había bien gordos.

—El verano pasado, antes de que llegaras, me emborraché en la barbacoa que hicieron en la casa de Rachel Williams. Kitty no estaba invitada porque, ya sabes, ella piensa que son un montón de gilipollas con ínfulas...

Lis sonrió a su pesar.

—¿Y...?

—Y terminé engañándola.

—¡Vaya! ¿Con quién?

—Eso es lo peor de todo. Fue con Cameron Green —se lamentó Delilah.

—¿Qué...? —Lis estalló como fuegos artificiales—. No me digas que tú...

A Delilah le cayeron lágrimas por el rostro.

—¡Dios, no! No fue más que un achuchón en realidad. Encima de un montón de anoraks. Yo estaba muy borracha. Me arrepentí enseguida, fue una imbecilidad.

Lis no encontraba palabras: ¿qué tenía en la cabeza aquella criatura?

—¡Por favor, no se lo digas a Kitty!

—No lo haré, no lo haré —prometió Lis—. Pero eso ya es pasado, ¿por qué te preocupas ahora?

Delilah cogió uno de los diarios, el azul.

—Porque aparece en el diario de Laura. Por eso fue por lo que dejó a Cameron. Si Kitty lo ve...

Lis le dio un abrazo a Delilah.

—¿Qué vamos a hacer contigo, eh?

—No sabía a quién contárselo —explicó Delilah sollozando.

Lis le cogió el cuaderno.

—Mira, ¿y si arrancamos esa hoja? ¿No podríamos hacerlo sin que tuviera importancia para el resto?

Delilah se secó los ojos con el forro polar de la pizzería.

—Pienso que no pasaría nada, pero ¿no está feo? Esta es la última palabra de Laura, ¿comprendes? Sin embargo, no creo que tenga ninguna relación con lo que ha pasado, ¿tú que piensas?

—No lo sé. A Cameron no le gustó que ella lo dejara.

Lis abrió el libro y empezó a pasar páginas escritas a mano. Con su peculiar inclinación, la escritura alocada e infantil de Laura recorría todo el diario.

—¿De verdad? Bueno, mira: es poco probable que Kitty quiera leer estos diarios palabra por palabra. Podemos contarle simplemente lo más importante, sin mencionar lo de Cameron y tú. ¿Qué más había en los diarios? ¿Alguna otra pista?

—No realmente. —Delilah se recobró, y ya parecía más contenta—. Los tres primeros libros son una tontada, más que nada listas de personas que le gustaban y de personas que no le gustaban.

—Yo antes llevaba una lista de gente que tenía que morir —admitió Lis—. Pero ya no, ¿eso que quede muy claro!

Delilah consiguió esbozar una leve sonrisa.

—En este había un par de cosas interesantes. Escucha esto: «Querido diario, bla bla bla, no me entra en la cabeza lo que Cameron hizo con esa guarra muerta de hambre». Gracias, Laura, ha sido muy bonito. «He acabado con los chicos de Fulton. Bueno, quitando a Danny, él es distinto».

—No se acostó con Danny, ¿o sí? —Si lo hubiera hecho, Lis pensaba que no sería capaz de soportarlo.

—No creo. Pero si lo hizo, no está en este volumen.

—¿Dónde está el siguiente?

—No lo sé. Este es el último de los cuatro y acaba en julio —dijo Delilah—. Pero las cosas parecen cambiar en este.

—¿En qué sentido?

—Bueno, Laura pensaba que su padre tenía una aventura, por un lado. Y además ella no se encontraba muy bien. Iba al médico por un problema de sueño.

El aire escaso y viciado que había en aquella habitación diminuta parecía haberse escapado a través de las paredes. Lis hacía esfuerzos por respirar.

—¿Qué... era lo que le pasaba? —Pero en realidad, ya conocía la respuesta antes de que Delilah abriera la boca.

—Tenía pesadillas. Escucha: «Querido diario: estoy muy cansada, pero tengo miedo de cerrar los ojos. ¿Por qué no puedo soñar con Taylor Lautner, como hace todo el mundo? No, tengo que arrastrarme por la floresta. Eso es una idiotez. Ahora, por el día, ni siquiera me da miedo, pero no se me ocurren palabras para describir lo que sucede en cuanto me quedo dormida. ¡Estoy agotaaaaaada! Mamá dice que el médico me ayudará, pero yo no sé cómo va a hacer el médico para cambiar mis sueños». — Delilah se interrumpió—: ¿Estás bien, Lis?

El cuarto daba ahora vueltas alrededor de Lis.

—No, realmente no estoy nada bien.

—Amiga mía, me estás asustando. ¿Has tomado algo?

—No, Delilah... Es que yo tengo la misma pesadilla.

—¿Eh? No sé si eso es...

—¿Posible? Bueno, parece que lo es —dijo Lis.

Delilah posó el diario, pero no tuvo valor para mirar a Lis a los ojos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lis.

—Bueno, si tienes los mismos sueños...

—¡Termina de decirlo, Delilah, por favor!

—Bueno, escucha la última entrada: «Querido diario: No es posible este horror. He llegado a casa y me he encontrado un pájaro muerto en la cama. ¿No es macabro? Ha tenido que entrar volando por la ventana del dormitorio, o algo así, ¡y después morirse! Es asqueroso. Mi madre lo está quitando de ahí ahora, pero ella está igual de extrañada que yo». —Delilah se quedó callada y miró a Lis de soslayo—: Otro pájaro. ¿Qué piensas que puede querer decir?

Lis se puso de pie y caminó por la habitación. La cabeza le daba vueltas.

—Laura encontró un pájaro en la cama, y murió. Delilah, yo también he encontrado un pájaro...

Delilah negó con la cabeza.

—¡No, yo no estaba pensando en eso!

—¿Es una señal? ¿Quiere decir que voy a ser la próxima?

Su amiga no encontró respuesta a aquella pregunta. Para no caerse, Lis se apoyó en una de las torres de libros que descansaban contra la pared. Empezó a notar que el corazón se le tranquilizaba. Entonces vio el libro en el que tenía apoyada la mano: *La historia oculta de Hollow Pike*.

Tic tac

DELILAH COMPRENDIÓ AL MISMO TIEMPO que lo hacía Lis. Saltó de la cama con la cara colorada, pues se sentía descubierta con las manos en la masa. Se agachó para esconder el libro, pero Lis lo cogió rápidamente de su sitio, en la cúspide de la torre, y no lo soltó.

—¿Por qué tienes este libro, Delilah? —preguntó.

Delilah refunfuñó:

—Ah, Lis, ya sé lo que parece...

—¿De verdad? ¿Qué es lo que parece? ¡A mí me parece como que me mentiste con todo el morro! —soltó Lis.

—Bueno, ¿qué iba a hacer? —dijo Delilah, otra vez a punto de llorar. Intentó coger el libro, pero Lis no se lo entregó—. Después de la muerte de Laura, los periódicos dijeron que parecía algo ritual, ¡y me entró terror! Me refiero... ¿qué habrías hecho tú?

—Eh... ¿decir la verdad, tal vez? Delilah, ¿qué es lo que tengo que pensar? Tú tienes el libro y tú estabas en el bosque. ¿Seguro que tú no...?

Delilah se dejó caer sobre el colchón. Entonces se hizo una bola, y se balanceó hacia delante y hacia atrás.

—No, por supuesto que no lo hice yo. ¡No seas loca!

—Vale... pero voy a necesitar algún tipo de explicación en los próximos cinco segundos...

—No sabes lo que me pasa, Lis. Siempre meto la pata. Todo lo que toco lo echo a perder. Siempre ha sido así. No tienes más que preguntarle a mi madre. Salió de aquí disparada. Tú me dejarás. Kitty me dejará cuando se entere de lo que hice con Cameron. Todo el mundo me deja antes o después.

Lis observó a aquella niña perdida encima del colchón, y le dio mucha pena. Parecía bastante frágil, como un pajarillo recién nacido que se cae del nido. Se agachó junto a Delilah, sin soltar el libro.

—Nadie te va a dejar, ¿vale? Pero sería mejor que me dijeras ahora mismo lo que estás haciendo con este libro. Delilah, no estoy bromeando.

Encogida como estaba, Delilah miró por encima de las rodillas.

—¿Qué voy a decir...? Soy una bruja.

—¡Pero... qué... dices...!

—Una bruja moderna. ¡Sin escoba, sin sombrero en punta, sin rituales de sacrificio! ¿Es tan difícil de entender? Mi madre era wiccana^[13], igual que mi padre y mi madrastra. Es magia de la Tierra, con canciones y salmodias y hechizos, nada que ver con Buffy. ¡Yo no puedo descargar rayos, ni volar! Y es una cosa pacífica. Lo que le

ocurrió a Laura no tiene nada que ver con la Wicca. Eso fue otra cosa, algo mucho, mucho más siniestro.

Lis examinó los libros de los estantes: *La bruja adolescente, Guía moderna para la práctica de la Wicca, Velas para principiantes...* Parecía todo bastante inocente. Sin embargo, tenía que asegurarse:

—Delilah, ¿cómo puedo creer una palabra de lo que me dices? ¡Me mentiste!

Agotada, Delilah puso los ojos en blanco.

—Lis, cielo, no es más que un librito tonto al fin y al cabo. Lo cogí para leerlo. ¡Te aseguro que no lo he estado usando como manual de instrucciones para un asesinato ritual!

Una sonrisa sardónica apareció en el rostro de Lis.

—Está bien, Delilah. Piensa en cómo murió Laura. Fue un acto ritual. Vimos las fotos.

—Y te aseguro que está muy por encima de mí. Ni siquiera sé qué tipo de magia es esa.

—¿Qué piensa Kitty?

—Kitty ni siquiera sabe que lo robé —confesó Delilah.

Lis sentía que aquello sí era verdad.

—Bueno. ¿Te ha aclarado algo el libro sobre lo que pasó?

Delilah adelantó la mano, y esta vez Lis se lo entregó.

—Es realmente fascinante. —Delilah lo abrió por una página que había marcado previamente—. No sabía hasta dónde llegaban las leyendas.

—¿Sobre Hollow Pike?

—Exactamente. ¿Sabías que los soldados romanos no atacaron el pueblo porque pensaban que estaba protegido por los dioses?

Lis negó con la cabeza.

—¿Y que las mujeres estériles solían venir aquí para ver a médicos hechiceros? Los druidas venían aquí en peregrinación en el solsticio de verano... ¡casi nada!

—¿Qué pasó?

—Los juicios del siglo XVII —dijo Delilah, y sus ojos parecieron más oscuros a la luz de las velas—. Todas las brujas de Hollow Pike fueron colgadas, quemadas o ahogadas. —Delilah pasó a otra página marcada que mostraba un viejo grabado, que representaba a una joven atada a un poste, mientras las llamas le lamían los pies. A su alrededor, los aldeanos de Hollow Pike contemplaban cómo ardía.

Lis resopló.

—Bueno, parece que al menos se olvidaron de una, ¡porque alguien en este pueblo sigue haciendo extraños sacrificios rituales!

—Eso parece —corroboró Delilah con tristeza.

Un silencio cordial se hizo en la habitación. La idea de que la pequeña Delilah tuviera algo que ver en lo de Laura era ridícula, eso lo comprendía bien Lis, pero ¿cuándo llegaría el día en que pudiera sentir que estaba metida en el ajo igual que los demás? Porque no acababan de salir misterios de los armarios (o de las taquillas).

—Mañana le llevaremos ese libro a la señora Gillespie, ¿vale? Está bastante cabreada.

Delilah abrió la boca para discutir, pero al ver aquella expresión en el rostro de Lis, tan parecida a la de Kitty, se dio por vencida.

—Vale —dijo con un suspiro.



A la mañana siguiente, Lis y Delilah se saltaron la primera clase para ir a devolver el libro robado a su legítima dueña. Tenía algo de tabú aquello de estar en el pueblo durante las horas de clase, y Lis se sentía más cercana a Delilah ahora que las dos estaban haciendo novillos juntas. El hecho de compartir secretos también había producido entre ellas una extraña sensación de hermandad.

Lis veía Hollow Pike de un modo completamente distinto ahora que la ficción de la brujería se había convertido rápidamente en un hecho. No había rincón oscuro, ni estrecho callejón que no estuviera poblado de brujas y asesinos imaginarios. El mercado estaba muy bullicioso. Parecía animado y entrañable pero, a los ojos desconfiados de Lis, adquirió repentinamente un aire siniestro. Vio a uno de los vendedores meter mano bajo una cortina para entregarle a un cliente un sencillo paquete marrón. ¿Sería simplemente fruta, o algo mágico y misterioso?

Había un puesto en el que vendían cosas para mascotas, y algunos animalitos pequeños como hámsteres y jerbos. Al pasar, Lis pensó que veía, solo por una fracción de segundo, que el vendedor le entregaba a una mujer una delgada culebra verde, que se enroscaba un instante en la muñeca de la señora antes de caer en su bolso. ¿En qué clase de pueblo estaba viviendo? ¿O era todo producto de su desbocada imaginación?

Dejaron la calle principal y tomaron el serpenteante callejón adoquinado que llevaba a la tienda de los Amigos de la Iglesia. Lis estaba nerviosa, pero le alegró dejar atrás el claustrofóbico mercado.

—¿Qué vamos a decir? —le preguntó Delilah al llegar ante la puerta.

—Creo que deberíamos decir la verdad. No creo que ella sea tan mala, al fin y al cabo —respondió Lis.

—Cuidado, Lis: estás hablando como en Barrio Sésamo.

Lis se rió, y las dos pasaron la puerta a la de tres.

Se quedaron paralizadas al instante. Acababan de meter la pata bien hondo. Ante el mostrador se hallaba la señora Dandehunt, la directora del instituto. Y lo más extraño de todo era que la expresión de su rostro sugería que era ella la que había sido pillada in fraganti. Lis y Delilah no sabían de qué estarían hablando las dos, pero el caso es que la conversación se frenó en seco, y las dos se quedaron tan rígidas como los viejos maniqués del escaparate.

—¡Hola, chicas! —dijo alegremente la señora Dandehunt, saliendo de su momentánea parálisis—. ¿Qué tal os encontráis en esta preciosa mañana?

Lis no sabía muy bien cómo responder, así que permaneció en silencio. Por desgracia, Delilah hizo lo mismo. Lis intentó sonreír, pero la atmósfera de la tienda era tan tensa que apenas pudo mover los músculos faciales.

—La señora Gillespie y yo estábamos terminando de planificar unas cosas para la Feria de Navidad —siguió diciendo la señora Dandehunt—. La señora Gillespie siempre nos da algunas cosas para el puesto de las baratijas.

—Eso es. Baratijas —añadió la señora Gillespie, tocándose los labios rojos con una mano enguantada.

—Ah, vale —dijo Lis.

La señora Dandehunt se subió la cremallera del chubasquero y se puso un gorro de lana sobre el pelo cortado a tazón.

—¡Bien! Mejor me voy, aunque siempre es un placer veros, chicas.

Y la directora salió tambaleándose de la tienda. Sin duda, aquel había sido uno de los encuentros más extraños que había tenido Lis en su vida. La señora Dandehunt no había visto el momento de salir de la tienda, y ni siquiera había hecho alusión al hecho de que, evidentemente, ellas estaban haciendo novillos. Lis hubiera querido saber de qué hablaban las dos mujeres, pues realmente dudaba de que fuera sobre las baratijas. Encontró difícil imaginar que aquellas dos señoras fueran amigas. Las dos estaban chifladas, desde luego, pero la señora Dandehunt era del tipo chiflada adorable, y la otra era chiflada siniestra.

Mientras Lis se preguntaba sobre ello, Delilah se acercó al mostrador.

—No sabía que usted conociera a la señora Dandehunt —le dijo a la tendera.

—En un pueblo como Hollow Pike, todo el mundo se conoce —dijo la vieja bruja cogiendo una etiquetadora de precios—. Bueno, supongo que habréis venido a devolver algo que os llevasteis sin querer...



—«Quisiera tres pestilis, poo favoo». —Una vez más, el acento de Jack masacraba la lengua española.

—¿Quieres tres «pestilis»? —le preguntó Lis.

—«Tres pasteles» —se corrigió Jack.

—Ah, vale.

Lis y Delilah habían vuelto al instituto antes de la segunda hora, y se encontraban sanas y salvas en su clase de español. Le habían dicho al profesor Gray que necesitaban ir a la clínica de planificación familiar, y él les había franqueado la salida sin preguntar ni media palabra más. Los profesores hombres siempre resultaban muy fáciles de convencer de ese modo, se les mencionaba el sexo o la regla y se convertían en estatuas de piedra: aquello funcionaba como una moderna Medusa.

Kitty miró por encima del hombro y susurró:

—Entonces ¿qué decía el diario de Laura?

—Nada sustancial —respondió Delilah entre dientes—. Pensaba que su padre mantenía una relación con alguien del trabajo. Los vio cenando juntos. Una cena muy picante, por lo visto.

—Eso puede explicar lo del hotel de Birmingham —observó Jack.

—Y también por qué la señora Rigg no le apoyó en su coartada —añadió Kitty—. Pero no me parece que tuviera que arrancarle el corazón a Laura por eso. ¡Un poco exagerado!

Delilah les contó entonces lo del pájaro muerto que Laura había encontrado en su cama. A Lis volvió a helársele la sangre. Demasiadas coincidencias: los sueños, los pájaros... ¡hasta el mismo enamoramiento! Y la madre de Laura había comentado cómo se parecían las dos.

Lis se atrevió a echar un vistazo por encima del hombro, y vio que Danny la estaba mirando. Se puso rojo y apartó la mirada, haciendo como que estaba muy interesado en el ejercicio de español. Pero a continuación volvió a mirar, y se quedó con los ojos fijos en ella más tiempo del prudente, y entonces le tocó el turno a Lis de ponerse colorada.

—Tal vez deberíamos buscar el quinto diario —terminó Delilah—. Seguramente seguiría escribiendo en él hasta el último día.

—No —dijo Jack—. Podría estar en cualquier parte. ¡Y no pienso volver a colarme en su cuarto de baño!

Lis se pasó los oscuros rizos por encima del hombro.

—No. Tengo la sensación de que está en el instituto. Laura estaba escribiendo en él cuando yo fui a enfrentarme con ella. Eso fue el día en que ella... en que nosotros...

—Pero la policía vació su taquilla —comentó Jack.

Los amigos se miraron unos a otros, completamente perplejos.

Desde el otro lado del pasillo central, un Cameron Green muy sonriente se inclinó hacia Kitty:

—Eh, Monroe. Cuando te canses de las chicas, te dejo «que me comas el pollo» —le dijo en español.

—Gracias, Cameron. Me encantará «comerte el pollo» —le respondió Kitty sin ambages—. Pero supongo que lo que querías decir era «polla», capullo.

Hasta Harry y Nasima se rieron cuando Cameron se volvió a sus compañeros avergonzado. Danny le gesticuló a Lis un «lo siento».

Lis miró de reojo a Delilah, que se había quedado blanca como un cadáver. Lis sabía por qué. Pobrecita... ¡menudo error, pegarse el lote con semejante orangután!

Sonó el timbre del recreo de la mañana, y todo el mundo empezó a recoger sus libros.

—¡No salgáis corriendo! —rogó el profesor Gray mientras los estudiantes embestían contra la puerta—. Lis, ¿puedo hablar contigo un segundo nada más, por favor?

Lis asintió con la cabeza, echándose al hombro la mochila.

—Te esperamos en el patio —le dijo Jack, saliendo en fila con sus amigas.

—Vale. —Lis se dirigió a la mesa del profesor y se quedó por allí hasta que todos salieron por el pasillo—. ¿Hay algún problema?

El profesor Gray frunció el ceño en una mezcla de preocupación y fastidio.

—No lo sé. ¿No hay nada que me quieras contar, Lis? ¿Sucede algo...?

Sucedían un millón de cosas, pero ninguna que quisiera contarle. Desde luego, era un profesor muy majo, pero ella nunca había sido una de esas chicas sensibleras que se

lo cuentan todo a los profes. En el anterior instituto, los profesores no habían hecho más que empeorar las cosas.

—No, todo está bien, gracias —dijo con cautela.

—En ese caso, ¿me podrías explicar lo de tu trabajo de casa, por favor?

¿Su trabajo de casa? ¿La redacción sobre la moderna ciudad de México?

—No entiendo. Lo entregué ayer.

—¡Eso ya lo sé! —El profesor Gray abrió el cuaderno de ejercicios de Lis y se fue hasta la última página, donde estaba la redacción. Solo que ahora, encima de su pulcra letra bastardilla, figuraban tres palabras furiosas, garabateadas en algo que solo podía ser sangre: «YA FALTA POCO».

La solución

QUELLAS PALABRAS ERAN COMO FEOS tajos rojos cortados en la carne del papel. Los ojos de Lis se llenaron de lágrimas al tiempo que retrocedía torpemente alejándose de la mesa del profesor.

—¿Y bien? —preguntó el profesor Gray.

—¡Yo no lo hice! —exclamó Lis. Apenas daba crédito a lo que veía. Era horrible, y sin embargo era incapaz de apartar la mirada. Las palabras eran una clara amenaza: «YA FALTA POCO», no tardaría en llegar su hora.

—No estoy diciendo que lo hicieras tú. Lis, ¿hay algo que esté haciendo que lo pases mal? Si es así, puedes contármelo.

—Alguien debe de haber... Alguien ha...

—¿Alguien ha qué? —Su expresión sería resultaba insoportable—. ¿Lis...?

Ni podía decirle la verdad ni se le ocurría ninguna mentira plausible. Solo quería salir del aula.

—No es nada. Nada —dijo Lis con voz ronca.

—Pues no da la impresión de ser nada. «Ya falta poco». ¿Qué significa eso, en cualquier caso?

—Mire, ha sido una broma tonta entre Kitty y yo. Lo siento —mintió con torpeza, con un nudo en la garganta. Necesitaba respirar aire fresco para quitarse el amargo sabor de bilis de la boca—. ¿Puedo irme?

El profesor Gray no parecía ni remotamente convencido.

—Esto no tiene nada de gracioso, Lis. Me preocupé por ti.

—Lo siento —repitió ella, sin despegar los ojos de la alfombra.

—Esta noche repetirás el ejercicio, ¿queda claro?

—Por supuesto. —Prácticamente arrancó el cuaderno de ejercicios de las manos de él, y a continuación salió del aula, sin detenerse siquiera a despedirse.



De repente todo quedaba muy claro. Lis estaba sentada en los peldaños de la puerta de la biblioteca, con las rodillas levantadas hasta la barbilla. La luz era algo más brillante allí, e incluso el aire de la mañana parecía más suave. Había calma. Había sentido la necesidad de escapar del bullicio del instituto para poner sus pensamientos en orden. Era hora de afrontar la realidad. Aquello no era ningún juego. Y si lo era, no lo estaba ganando. Lis ya tenía suficiente. Aquellas malvadas palabras en rojo eran la gota que colmaba el vaso. Acababa de tomar una decisión: tenía que irse de Hollow Pike.

Al cabo de unos minutos, u horas (no estaba segura), oyó pisadas que crujían en el suelo al acercarse a la biblioteca.

—¡Ahí está! —anunció Jack—. ¿Qué sucede, Lis? Te hemos buscado por todas partes.

—¿Qué quería de ti el profesor Gray? —preguntó Kitty, preocupada.

Con un gesto justificadamente dramático, Lis le entregó el cuaderno de ejercicios abierto por la página en la que se había plasmado la amenaza. Los tres miraron las letras de sangre, y se quedaron callados.

—Dios mío, Lis —dijo Kitty, levantando lentamente los ojos del lúgubre mensaje—: ¿Quién hizo esto?

—¿Quién crees que sería?

Estaba casi temblando, en parte de miedo y en parte de rabia. En aquel momento salía todo junto.

—Ha tenido que ser el asesino. Brujas, no brujas, hadas malditas... ya me da igual. ¡Me vuelvo a casa! Regreso a Gales... con mi madre.

Siguió un instante de silencio. No tenía pensado contar tan pronto su decisión, pero era el único modo. Si no podía ir a la policía, y sabía que no podía, entonces tenía que abandonar el pueblo. Todo había empezado cuando decidió irse a vivir a Hollow Pike. Tal vez también terminara todo en cuanto se fuera de allí. Tal vez en un mundo paralelo, en el que Hollow Pike contuviera a sus amigos y a Danny, pero no asesinos, todo hubiera sido distinto. Pero no era aquel el momento de ponerse a jugar a «Cómo sería si...».

—¡No puedes irte! —exclamó Jack, aunque casi no le salió la voz.

Una risa exasperada, de absoluta derrota, escapó del cuerpo de Lis.

—¡Jack! ¡Mi llegada aquí sirvió de petardo para una explosión de mierda! Desde el mismo instante en que llegué, mi vida se convirtió en una pesadilla. Lo de Laura no fue más que el comienzo. Estoy harta de tener miedo.

Delilah se inclinó hacia delante, en actitud razonable.

—Lis, todos lo estamos pasando mal con este asunto. No estás sola. Todos estábamos allí aquella noche.

—Pero ninguno de vosotros recibe amenazas de muerte —protestó Lis.

La voz de Jack empezaba a cascarse:

—Lo sé, pero ¿y nosotros? Tú nos encontraste aquí. No estaría tan mal la cosa.

—Por supuesto que no —dijo ella, reprimiendo sollozos—. Pero creo que si vuelvo a mi casa, al menos estaré a salvo. Las cosas pueden volver a ser como eran antes.

—¿A qué te refieres? ¿A volver a ser desgraciada y acosada? —preguntó Kitty, implacable contra la resolución de Lis.

—No veo cómo podría ser peor de lo que es ahora.

—¿Qué me dices de Laura? —preguntó Delilah.

—¿Qué pasa con ella? ¿Por qué sigue mandando en nuestra vida? ¡Está muerta! He cambiado de opinión, ahora pienso que la policía puede encargarse de encontrar al asesino, ¡no pienso seguir jugando a los detectives! Podéis seguir vosotros si queréis, pero yo abandono. Ya no es asunto mío. No pienso que merezca la pena morir por ello.

—Pero estamos muy cerca, Lis. ¿Y si el último diario está en algún lugar del

instituto? Solo tenemos que pensar en un plan para encontrar el sitio —dijo Delilah.

Kitty se levantó.

—Esto es una porquería. Tú estás asustada, simplemente eso. ¿Adónde vas a huir la próxima vez, Lis? —Y diciendo eso, se marchó enfadada.

—No te preocupes por ella, solo está molesta. Es su respuesta típica, pero nosotros no queremos dejarte ir —dijo Delilah, paciente como siempre.

Jack asintió con la cabeza, totalmente de acuerdo.

—Lo siento. —Lis notó que se le empapaban los ojos. No quería llorar—. Voy a hablar con mi madre esta noche. Va a venir a casa de mi hermana por Navidad, y regresaré con ella. No diré nada de lo que hicimos. Guardaré el secreto.

—Pero te echaremos de menos —dijo Jack sonriendo y frunciendo el ceño al mismo tiempo—. Ha estado todo mejor desde que estás aquí.

Los amigos se abrazaron en un abrazo que los comprendía a todos. Lis sabía que los echaría de menos, más que a ningún amigo que hubiera tenido antes, pero estaba decidida a no cambiar de idea.

—¿Y qué nos dices de Danny? —preguntó Jack, secándose la nariz con la manga.

Oír aquel nombre le afectó como un puñetazo en plena cara. Pero Lis ya había desaprovechado bastante de la vida de aquel pobre chico. Era hora de soltarlo.



Los gremlins de su mente luchaban entre sí mientras Lis se dirigía al campo de *rugby*. Sabía que no podía irse de Hollow Pike y conservar a Danny, y tan solo pensar en él le entraban ganas de echarse atrás. Tenía que hablar con él antes de que se derrumbara.

Tenía que irse. La razón le decía que ese era el único modo de seguir con vida, pero algo dentro de ella, algo que estaba más allá de la razón, quería a Danny. Esa simple idea amenazaba con vencer a cualquier otra cosa que tuviera en la cabeza. Además, no parecía justo. Ella había abandonado prácticamente la esperanza de enamorarse de alguien a la manera en que otras chicas parecían hacerlo cada semana, y cuando por fin le había ocurrido, no tenía más remedio que dejarlo.

«Sé fuerte, Lis», se dijo. «Hazlo, y se acabó».

Apretándose bien al cuerpo la trinchera roja, penetró con vacilación en el campo de *rugby*. Las bailarinas se le iban hundiendo en el barro. En el otro extremo del campo estaban entrenando. ¿Estaba siquiera segura de que Danny estaba allí? Entonces lo vio.

Un nuevo gremlin apareció de un salto en su mente. Este era especialmente feroz, y reaccionó a la vista de Danny vestido con su equipo de *rugby*: musculoso, manchado de barro y con aquellos ojos imposibles que Lis encontraba completamente irresistibles.

Viendo el final del partido, Lis comprendió que había llegado al final del plan. Solo había pensado hasta aquel punto de ver a Danny después del entrenamiento. No tenía ni idea de qué era lo que iba a decirle realmente.

Un silbato hirió el aire. El señor Coleman, que era profesor de Educación Física y antiguo soldado, se quedó en pie en el centro de aquella ciénaga, con las manos en

jarras.

—¡Chicos! ¿Qué os tengo dicho sobre las animadoras? —gritó. A Lis le costó un rato comprender que se estaba refiriendo a ella.

—¡Es la de Marriott, señor! —le respondió un joven de enorme corpulencia.

Desde su alejado rincón, Danny miró al cielo.

Maravilloso, ella le estaba avergonzando delante de su equipo.

—¡Marriott, líbrate de ella, ahora mismo!

Con la cara colorada, Danny se fue corriendo hacia Lis. Al acercarse, ella no pudo dejar de notar la curva de su pecho bajo el jersey de *rugby*. Se apresuró a levantar la mirada, porque cuando eran los chicos los que le miraban de esa forma el pecho a ella, le reventaba.

Danny llegó hasta donde estaba Lis, y ella olió su sudor por un instante. Era embriagador. Lis separó los fríos labios, pero se dio cuenta, con consternación, de que no salía ni un sonido por ellos. Nada.

—Hola, Lis, ¿qué pasa? ¿Habíamos quedado, o algo?

Se la llevó con gentileza hacia el camino, alejándola de la vista de sus risueños compañeros.

—Tenía que verte... —empezó a decir Lis.

Danny sonrió, comprobó que no hubiera nadie mirando, y le dio un beso de improvisado.

—¡Estupendo, pero será mejor que te des prisa, o el señor Coleman me arrancará una parte de mi anatomía a la que me siento muy unido!

Los labios no le respondían:

—Yo, yo... tenemos que hablar —logró balbucear.

—¿Ahora?

—Sí... Dios mío, lo siento. No tendría que haber venido. Soy una tonta.

—Lis, me preocupas. ¿Qué es lo que ocurre?

—Danny, no sé cómo decir esto...

El rostro de él se entristeció hasta recordar la expresión que tenía el día en que le habían contado lo de la muerte de Laura.

—¿Vas a romper conmigo?

¿Era demasiado tarde para cambiar de opinión? La expresión del rostro de él era dolorosa. Lis sintió como si estuviera pegándole patadas a un cachorrillo.

«No seas cobarde», pensó.

—No... eh... sí, tengo que hacerlo —respondió.

—¿Qué...? —El tono de su voz ascendió diez octavas.

Lis le agarró la mano, pero él se soltó.

—El problema no eres tú, es que... —empezó a decir Lis.

—¡No te atrevas a terminar esa frase! —espetó Danny. Daba la impresión de que podía echarse a llorar.

«Por favor, no», pensó Lis, «no podría soportarlo».

—Lis, pensé que había algo.

—No había, Danny: hay algo.

—Entonces, ¿qué sucede?

—Que me vuelvo a casa. Regreso a Gales, con mi madre.

Los brillantes ojos de Danny le taladraron los suyos, pero no dijo nada.

—¿Danny?

—Lo siento, pero no puedo soportarlo —dijo al fin—. ¡Me destroza la cabeza!

Levantó las manos, se volvió, y empezó a marchar por donde había llegado, dejando a Lis desolada y sola.

—¡Danny, por favor, no te vayas! —le gritó.

—¿Para qué quieres que me quede?

—¡Tenemos que hablar de esto!

Danny miró atrás con cara sombría.

—Si ya has decidido que te vas, entonces no hay nada que decir, ¿no te parece?

—¡Danny, no puedo quedarme en Hollow Pike! —Esta vez no pudo contener las lágrimas—. Me gustaría poder explicártelo, pero no puedo. Tú eras mi última razón para seguir aquí.

—¿Se supone que eso tendría que hacerme sentir bien? —preguntó—. ¡No seas infantil!

—Lo digo en serio, Danny.

—¿Sabes qué? —le interrumpió él furioso—. Tal vez esté bien que te vayas a Gales. Todo era más fácil antes de que llegaras. —Se volvió hacia el campo de *rugby*, igual que un lobo herido busca a la manada.

Lis empezó a llorar en público, sin importarle quién la viera.

Haciendo las paces

SARAH INTENTABA COMPORTARSE como la hermana mayor, dura como una piedra, pero le apareció en los ojos una mirada llena de emoción.

—Pero ¿por qué, Lis? Aquí parecías mucho más feliz. ¡Cuando te vi la Navidad pasada, estabas tan delgada que parecías enferma!

Incapaz de mirar a Sarah a los ojos, Lis pasó los dedos por la veta de la madera de la mesa de la cocina.

—Lo sé, pero es complicado.

—Entonces, por el amor de Dios, ¡explícamelo! —le rogó Sarah.

Lis hubiera querido contarle toda la historia a Sarah, pero tenía miedo de que aquel que iba tras ella pudiera ir también detrás de los que ella quería, si sabían demasiado. Hasta la idea de que alguien merodeara alrededor de la casa mientras Logan dormía en su cuna le ponía la carne de gallina.

—No hay nada que explicar —mintió Lis—. Solo quiero irme a casa. Echo de menos a mamá.

Esto solo era una parte minúscula de la verdad, pero era más fácil que contar la verdad completa.

—¿Tiene que ver con Laura? ¿O con Danny? Sea lo que sea, me lo puedes contar —insistió Sarah.

Lis negó con la cabeza, triste. Tenía que ver con todo eso, efectivamente, y también con muchas cosas más.

—Te pasa algo, Lis. No soy tonta.

Lis se quedó callada. ¡Sarah le había concedido una libertad tan maravillosa desde que llegó a Hollow Pike! Tal vez el período de gracia había terminado, y ahora su hermana estuviera esperando que se derrumbara en el interrogatorio y empezara a largar.

Cuando la tensión se hacía insoportable, Max entró en la cocina con toda tranquilidad.

—¿Quedan *frosties*? —preguntó, mirando en el armario de arriba.

—En el armario de abajo —le dijo Sarah, sin apartar los ojos de Lis.

—Estáis un poco serias aquí —murmuró Max, cogiendo la caja de cereales—. ¿Pasa algo?

Lis aprovechó la oportunidad:

—Nada. Pero me vuelvo a Bangor. Echo de menos a mi madre.

Su cuñado se quedó callado, mostrando una expresión de genuina decepción. Posó los *frosties* en la mesa y se sentó con ellas. Sarah siguió mirando a Lis con escepticismo.

—Lis, me da mucha pena —le dijo Max—. Nos gusta tenerte aquí. No pensarás que molestas, ¿verdad?

—No, no es eso. Solo quiero volver a casa —repitió Lis.

Él puso de broma una cara triste.

—¿Significa eso que tendremos que empezar a pagar a canguros?

Como siempre, Max consiguió ablandar a Sarah.

—¡Max! —le soltó, pero aquella expresión de dureza había abandonado sus ojos, y se calmó ante los ojos de Lis—. Piensa en ello un poco más, Lis. La casa no será la misma sin ti.

Si su estancia en Hollow Pike no hubiera consistido más que en aquello, en Sarah y Max sentados en torno a la mesa de la cocina, con el bebé Logan dormidito en su cuna, entonces Lis no tendría que irse. Pero no era así. Alguien la perseguía.

Sonó el timbre de la puerta, y Sasha atravesó la casa como un bólido ladrando en modo «alerta visitantes».

—¿Quién llama? —preguntó Max. Por lo visto, debía de pensarse que Lis y su hermana eran adivinas.

Sarah cogió a Sasha por el collar para quitarla de delante, y abrió la puerta del porche. Desde la calle llegó una voz que a Lis le resultaba familiar:

—Hola, soy Danny. ¿Está Lis en casa?

Lis se quedó paralizada. Danny estaba en su casa.

—¡Ah, sí! —dijo Sarah, sonriendo—. Vamos, entra.

Como hacía con cualquier visita, Sasha saltó para llenar de lametones a Danny, que no parecía en absoluto molesto por aquella bestia pelirroja que se le echaba encima mientras él trataba de entrar en la cocina.

Lis, insegura de cuál sería la actitud de él tras la conversación previa que habían mantenido, se quedó quieta, de pie junto a la silla, delante de la mesa. Tenía todos los ojos puestos en ella, pero ella no se sabía ninguno de los pasos de aquel baile.

—Hola, Lis —dijo Danny, y sonrió con torpeza—. ¿Podemos hablar?

—Sí, claro... Eh... vamos a mi habitación.

Con la cabeza gacha, ella lo condujo a través del salón, y lo hizo subir al piso de arriba.

—¡Qué casa tan bonita! —comentó Danny, tratando de ser cortés.

—¿A que sí? La hizo Max desde los cimientos —le respondió Lis.

—Admirable.

Lis se detuvo un instante antes de abrir la puerta de su habitación. ¿Habría dejado bragas, sujetadores o tampones a la vista? No estaba segura, pero pensó que tenía un noventa y nueve por ciento de posibilidades de que no resultara demasiado vergonzoso dejar entrar a Danny en su sanctasanctórum. Así que contuvo el aliento y abrió la puerta.

—Entra.

Solo una lámpara de mesita de noche iluminaba la habitación, proyectando en el suelo sombras y formas alargadas. De modo muy consciente, Lis se sentó ante su mesa, segura en su propio espacio personal. Danny se sentó incómodamente sobre la *chaise*

longue, sin apoyar la espalda en el respaldo.

—Bien —empezó Danny—, quería venir a pedirte perdón a la cara. Antes me porté como un gilipollas.

Lis sintió que una llama volvía a encendérsele, como por ensalmo, en el interior del estómago.

—No te tienes que disculpar. Yo no debería haberme presentado de ese modo en el entrenamiento.

—Claro que tengo que disculparme. Yo no debería haber dicho que quería que te fueras. Porque no quiero que te vayas.

Por un lado, Lis necesitaba oír aquello, y por otro era lo que menos necesitaba.

—Me gustaría poder quedarme —admitió—. Tal vez si las cosas fueran distintas... pero son como son.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué no te puedes quedar? ¿He hecho algo? —preguntó Danny, acongojado.

Lis se rió, pero la pena que transmitían sus palabras le afectó como por sorpresa.

—¡Por supuesto que no! No tiene absolutamente nada que ver contigo.

Danny sonrió con tristeza, pegando con la puntera de la zapatilla en el borde de la alfombra.

—Sabía que iba a ocurrir algo así. Tenía que estropearse antes o después. Nunca he salido con una chica que me gustara tanto como tú. ¡Era demasiado bueno para ser verdad!

—Pero ¡es verdad! Lo juro. —Lis no había querido a nadie más que a él. ¿Cómo podía alguien tan hermoso tener tan poca autoestima?—. No quiero que parezca que estoy loca, pero yo me siento... ¡estoy colada por ti, Danny! Estas no han sido las mejores semanas de mi vida, pero tú lo has hecho todo mucho más agradable.

Danny sonrió mientras asimilaba sus palabras.

—Ah... no sabía si yo te gustaba o no.

—¿Me tomas el pelo? —le preguntó Lis—. Lo que todo el mundo se pregunta es qué demonios has visto tú en mí. El instituto al completo piensa que soy una friki total. Y tienen razón.

Danny se puso en pie, cogió a Lis por la mano y tiró de ella para levantarla. Se quedaron a solo unos centímetros de distancia.

—Bueno, entonces yo me debo de estar volviendo friki también —respondió Danny—, porque tengo una fijación friki. —Sonrió, y le retiró el pelo del rostro—. ¿No podemos olvidar lo que pasó antes? —siguió diciendo—. Tú no eres como las demás chicas del instituto, Lis. Eres fuera de serie, y eso me encanta.

—Sí, vale. —Volvió a esconderse bajo su pelo. La cara le ardía.

—Me encanta. Eres increíble. Lo digo en serio, mírate, ¡eres preciosa!

Ella resopló un poco al oír aquella insensatez.

—Vamos, lo eres... Bueno, a mí me lo pareces. Y eres lista, realmente lista y divertida, más divertida incluso que mis compañeros. Y no dejas que la gente te cambie la manera de pensar. Me encanta cómo cuidas a tus amigos. Podría seguir... ¡hay una larga lista de cosas que me gustan de ti!

Lis lo miró a los ojos, sabiendo lo peligroso que podía ser hacer tal cosa.

—No quiero que te vayas, Lis. Dije eso solo porque me enfadé. Quiero que seas mi novia. Me refiero en serio.

Esta vez no necesitó ninguna invitación para besarla. Cogió su rostro en sus cálidas manos y se inclinó hacia ella. Como si fueran dos partes de un todo, sus labios se cerraron sin esfuerzo. Danny besaba de manera hábil y suave. Había un calor sumamente agradable que salía de las yemas de sus dedos y le penetraba por las mejillas, irradiando hacia su interior. Lis deseó que él la reconfortara, limpiándole todo lo malo que había sucedido en Hollow Pike.

Con la mano libre, Danny cogió a Lis por la parte baja de la espalda y la acercó a él, apretándola contra su cuerpo. Ningún otro pensamiento le nubló la mente a ella, demasiado consciente del contacto de Danny, del magnetismo de cada punto de contacto entre ellos. Lis siguió las líneas de sus hombros, y después bajó las manos por el pecho hasta que encontró la suave piel, justo por encima del cinturón.

Él sonrió, agarrándole la muñeca.

—¡Qué chica tan mala!

—¿Quieres que pare?

—No.

Se volvieron a besar, con más ímpetu esta vez. Lis nunca en su vida se había sentido tan viva como en aquel momento. Enmarañado cada uno en los brazos del otro, cayeron en la cama.

«Así es como sucede», comprendió Lis. «Sin planes, sin juegos, solo el instante».

Se tendió en la cama mientras Danny le besaba el cuello. Ella prácticamente no percibía otra cosa que la presencia de él, y sin embargo algo le llamó la atención: ¿Por qué estaba encendida la alarma de fuera?

Abrió los ojos de repente al tiempo que volvía a la realidad. Miró las puertas acristaladas de la habitación. Al otro lado de las finas cortinas de muselina, pasó por la terraza la silueta de un encapuchado. El movimiento fue preciso, simple, fluido, como una aleta de tiburón al cortar las olas. Y tan mortífero como el tiburón.

Danny notó que Lis se quedaba congelada. La confusión apareció en su rostro, al tiempo que ella se ponía rígida. Incapaz de encontrar las palabras, Lis apuntó un dedo hacia la silueta, que se apresuraba a desaparecer de la vista. Danny se levantó y se fue hacia las puertas en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Qué dem...? —Miró por la ventana y se volvió hacia Lis, cuyos ojos seguían encendidos.

—¡Hay alguien ahí fuera!

Danny empezó a abrir las puertas, pero Lis lo agarró por el brazo.

—¡Alto! —dijo casi sin voz.

—¡Déjame, se va a escapar! —gritó Danny.

Imágenes y palabras se mezclaron en la cabeza de Lis, mientras el cerebro asimilaba lo que sucedía en su habitación.

—¡No puedes salir, Danny!

—¿Por qué no? Va a enterarse ese...

—¡Porque te matará! —soltó Lis apretando los dientes. No sabía quién estaba allí fuera, pero estaba convencida de que había cometido un asesinato, y de que ella era la siguiente en su agenda.

Danny seguía tirando hacia las puertas, y ella necesitó toda su fuerza para impedirsele.

—¿Por qué no me dejas? —le preguntó—. No serán más que unos niños tontos, y ahora se están escapando.

No era el momento de actuar como un héroe.

—Ya me gustaría, pero no es así. ¡Siéntate, Danny!

Él dejó de tirar, y ella lo soltó. Con las manos en las caderas, Danny aguardó una explicación.

—Siéntate —le repitió Lis. Danny le lanzó una mirada sombría, y se sentó en la cama, esperando la explicación.

Lis se sentó a su lado, con los hombros caídos.

—¿Te has dado cuenta de que a veces estoy algo rara?

—Lo he notado, sí.

Se metió el pelo tras las orejas, intentando mostrarse todo lo desapasionada posible.

—Bueno, todo tiene que ver con la muerte de Laura.

De inmediato, Danny se puso tenso y se apartó un poco de ella.

—Sigue...

—Danny, nosotros estábamos allí —musitó Lis. Las palabras le temblaban en los labios.

—¿Qué? —Un frío ártico invadió la habitación.

—No es lo que piensas. ¡No hicimos nada! —exclamó Lis. Lis lamentó la distancia que había en la cama entre ellos, y que parecía aumentar. Solo quería volver a sentir el cuerpo de Danny contra el suyo.

—Entonces, ¿qué pasó? —preguntó Danny.

—Estábamos en el bosque aquella noche —siguió Lis. Decidió omitir algunos detalles vitales, pues no se veía capaz de permitir que Danny la juzgara como un monstruo—. Vimos a Laura, pero había alguien más allí, y creo que nos vio.

Todo el color se fue de la cara de Danny al procesar lo que ella le decía.

—Tú piensas que...

—Pienso que esa persona va ahora por mí. Quienquiera que sea.

Sabía que no debería estar contando nada de aquello, y que si Kitty se enteraba, la mataría.

Danny apartó la mirada, frunciendo el ceño como si estuviera tratando de responder al problema matemático más difícil jamás planteado.

—¿Quiénes estabais?

—No te lo puedo decir —respondió con firmeza, aunque ella sospechaba que resultaría más que evidente—. ¿Ahora comprendes por qué tengo que irme?

Él no dijo nada por un rato que pareció un mes.

—Creo que sí, pero ¿por qué no vas a la policía?

—Porque estábamos allí... Y todo el mundo sabe que Laura y yo nos odiábamos. ¡La cosa no tiene buena pinta! No puedo contárselo, Danny. Simplemente no puedo.

De nuevo, Danny se quedó callado.

Lis prosiguió:

—Pero Laura tenía unos diarios: cinco diarios con estampado de flores. Pensamos que podría haber escrito en ellos algo sobre su asesino.

—¿De verdad? —Danny parecía intrigado—. ¿Dónde están ahora los diarios?

—Ese es el problema. Sabemos dónde están varios de ellos, pero el último no lo sabemos. Pensamos que podría encontrarse en algún lugar del instituto. Si pudiéramos encontrarlo y averiguar quién va detrás de mí, las cosas resultarían distintas, pero... — No quería darle falsas esperanzas.

—Deberías haberme dejado ir tras ese. ¡Esto podría haberse acabado! —le dijo Danny.

Lis se acercó a él por encima del colchón. Le cogió las manos entre las suyas.

—No. Porque si algo te sucediera, yo ya no querría seguir en este mundo, ya no digamos en este pueblo, ¿lo has comprendido?

Danny se puso colorado y asintió con la cabeza. Lis le quitó una pelusa que tenía en el pelo, y se concedió un momento para tratar de grabar en la mente su increíble rostro. No iba a tardar en dejar de verlo para siempre, y no quería olvidarlo nunca.

—Me voy de Hollow Pike. Es el único modo de permanecer a salvo.

Danny no dijo nada más, la tendió en el colchón y la agarró en un fuerte abrazo. Después la abrazó por detrás, y Lis sintió el cálido aliento de él en su pelo. Cerró los ojos para guardar cada segundo en su memoria.



Desde los enredados arbustos del final del jardín, una silueta observaba la casa atentamente. Los pálidos dedos apartaron las hojas, buscando el mejor modo de observar el edificio. Solo había una luz encendida.

A través de las delgadas cortinas que tapaban las puertas de cristal, la silueta vislumbraba una joven pareja que se abrazaba tiernamente.

«Disfruta mientras dure. ¿Sabes lo que va a pasar? ¿Sabes lo poco que te queda?».

La silueta echó una última mirada antes de fundirse en la infinita oscuridad de la floresta.

La directora

LIS CASI SE QUEDA DORMIDA en los brazos de Danny: un raro momento de perfección. Era reconfortante saber que tales momentos aún eran posibles, y que le podían suceder a ella. Había empezado a temerse que solo ocurrieran en la tele.

Ella no estaba dispuesta a pronunciar la palabra que empezaba por a y terminaba por r, pero sí que pensaba en ella.

Sin embargo, Lis no cambió su decisión: tenía que irse de Hollow Pike. Ya no había duda de eso. Había habido alguien en su terraza. Se había sentido a salvo con Danny, pero no lo iba a tener siempre a su lado. Él no podía ser su guardaespaldas.

Se fue andando sola hacia el instituto, sintiendo su soledad intensamente.

«Las brujas no existen, las brujas no existen», se repetía, como si fuera un mantra propio. Observando la espesura de los árboles, envueltos en la niebla matutina, la idea de las brujas casi parecía plausible. Las escenas de *Las brujas de Salem* no estarían fuera de lugar en aquellos bosques: chicas danzando en torno a las llamas, espíritus oscuros que emergían del fuego... A Lis le pareció que casi podía oír las salmodias canturreadas en voz baja.

En un intento de pensar en algo distinto, Lis no tardó en llenarse la cabeza con ideas sobre la Navidad. En el suelo brillaba la escarcha y en el aire quedaban suspendidos un instante jirones de niebla luminosa salidos de sus pulmones. Si podía sobrevivir a las últimas semanas del trimestre, se vería libre de aquel pueblo. Quién sabía lo que le estaría esperando en Bangor, pero Bronwyn y sus arpías no podían ser peores que la turbia silueta que la vigilaba, invadía su habitación y le enviaba siniestras amenazas.

Las carreteras parecían aquella mañana más tranquilas de lo habitual. ¿Por qué no había nadie por allí? Cada vez que crujía una hoja, Lis volvía la cabeza para mirar. No se atrevía a conectar el iPod por si acaso no le dejaba oír posibles pisadas a su espalda. No podía desprenderse de aquella sensación de que había ojos observándola. Era como si los propios árboles estuvieran mirándola, expectantes.

Muy tensa, Lis llegó por fin al Instituto de Fulton. Al entrar por la cancela principal vio a Nasima y Fiona que andaban zumbando alrededor de Harry, que se había convertido en la nueva abeja reina. Debía de haber habido una coronación a mitad de trimestre más o menos, porque Harry había tomado el lugar de Laura. Su melena era más amplia, su piel estaba más bronceada. Sin tener cerca a Laura para rebajarle la categoría, ella hasta parecía más alta, aunque Lis se imaginó que eso era puramente psicológico.

—¿Todo bien, London? —le preguntó Harry con sorna—. Bonitos zapatos, ¿dónde te

los has comprado? ¿En el rastro?

Lis no se podía molestar aquel día con aquello.

—No, Harry: se los robé a un vagabundo después de follármelo. ¿Satisfecha?

Harry no encontró respuesta para aquello, y Lis se sintió de pronto muy pagada de sí misma. Kitty se hubiera sentido orgullosa de ella. No había que molestarse, pero tampoco que ignorarlas, sino guardar el terreno. Al fin y al cabo, tal vez volviera a Gales fortalecida.

Jack, Kitty y Delilah ya estaban en la G2. Lis se sentó en su sitio, junto a Jack, y esperó a que pasaran lista.

—Eh, ¿cómo no has venido en el autobús? —le preguntó Jack.

—Volví a perderlo.

Evidentemente, Kitty no se iba a disculpar por haberse puesto borde el día anterior, pero actuó como si nada hubiera ocurrido, cosa que le pareció bien a Lis.

—Buenas... ¿Qué hiciste anoche? —le preguntó Kitty.

—Nada —mintió Lis. No pensaba contarles todavía su conversación con Danny, y menos el hecho de que le había contado su secreto más inconfesable—. ¿Y vosotros?

—Pasar el rato en casa de Jack —dijo Kitty sin pensarlo mucho.

—¿Los tres? —Lis no quería dar la impresión de que los estaba interrogando, pero tenía que enterarse.

—Sí —respondió Jack—. Te envié un SMS, pero no contestaste.

Eso era verdad, había recibido una invitación de él. Tenían coartada.

El profesor Gray, a quien seguramente le caía mucho peor Lis después de lo sucedido el día anterior, entró torpemente en la clase, ostentando una gran mancha de té en su camisa de rayas. Posó una taza en su mesa, y observó a la clase hasta que sus ojos dieron con ella.

—Ah, Lis... ¿serías tan amable de ir al despacho de la señora Dandehunt? —Lis debió de poner una cara tan larga que le llegaba hasta el suelo, pues el profesor se apresuró a añadir—: Creo que no tienes de qué preocuparte.

—Ah, vale —respondió Lis, y sin embargo, le dirigió a Jack un gesto de preocupación y nerviosismo.

Delilah le hizo un gesto admonitorio con el dedo.

—Buena suerte, amiga mía —le dijo, y le guiñó un ojo.

Jamás en su vida le habían hecho ir al despacho del director. Ese privilegio, ¿no estaba reservado a terroristas y gente así? Incluso cuando las cosas iban realmente mal en el instituto de Gales, siempre había tratado con sus profesores. Saliendo del aula, Lis se encaminó por el corredor del ala G. A mitad del pasillo, se detuvo ante el despacho de la directora y vio que tenía la puerta abierta.

—Ah, Lis —le dijo la directora—. Por favor, entra y siéntate. No te importa que me termine mis cereales, ¿verdad?

—No —respondió Lis, entrando en el despacho y tratando de ignorar el extraño espectáculo que ofrecía una mujer hecha y derecha comiéndose aquella papilla en un plato de plástico. El despacho era una habitación sencilla, cuadrada, con una estantería en la pared que exhibía una envidiable colección de esferas de nieve.

«Envidiable si eres una loca que colecciona adornos chabacanos», pensó Lis.

Colgando de las paredes, había fotos de la señora Dandehunt en compañía de diversos alumnos del instituto. Algunas parecían tan viejas que podrían estar en una tienda de antigüedades. ¿Cuánto tiempo llevaría trabajando en Hollow Pike la señora Dandehunt?

Lis tomó asiento ante la gran mesa central, mientras la directora engullía la última cucharada de papilla.

—¡Mmm, qué rico! —declaró, dejando caer la cucharilla en el plato.

—El señor Gray me ha dicho que quería verme usted...

—Sí, pero no tienes de qué preocuparte —dijo la directora, calcando las palabras del profesor Gray—. Es que me ha llamado tu hermana.

Eso lo explicaba todo.

—Ya. ¿Qué le ha dicho?

La señora Dandehunt apoyó la regordeta barbilla en las manos.

—Me ha dicho que estabas completamente decidida a dejar el instituto. ¿Es cierto?

—Sí. Me vuelvo a vivir con mi madre.

—Comprendo. Me imagino que la echas muchísimo de menos.

—Sí, me resulta duro.

—Y supongo que el instituto tampoco te habrá puesto las cosas fáciles, ¿verdad? —La señora Dandehunt miró a Lis con unos ojos sabios de búho. Lis recordó que el profesor Gray le había dicho, semanas atrás, que los profesores siempre escuchaban. ¿Qué sabría la señora Dandehunt?

—Lo siento, no sé a qué se refiere —dijo Lis con cuidado. La señora Dandehunt le dirigió una sonrisa cómplice.

—Bueno, primero fue el problema con Laura Rigg, que en paz descanse. Me enteré de lo de aquel pequeño rumor de Internet.

—Bueno, eso no fue nada.

—¡Cómo que no! Fue algo muy cruel, contra una chica nueva en el instituto —insistió la señora Dandehunt—. Y después has caído con las señoritas Monroe y Bloom, y con ese jovencito tranquilo que anda con ellas. Unos alumnos majos y listos, pero... quizá no los amigos más llevaderos del mundo.

—A ellos no les pasa nada, de verdad. —Aquello resultaba atroz, peor que las pequeñas conversaciones con el profesor Gray.

—Bueno, eso espero, porque no me gustaría nada pensar que tu decisión ha tenido nada que ver con problemas en este instituto. Querría decir que el instituto no es el tipo de centro que queremos tener —dijo muy seria la señora Dandehunt.

De pronto, las matemáticas de la primera clase parecían más apetecibles que nunca.

—Mis amigos son estupendos, de verdad.

La señora Dandehunt se dirigió a la estantería y agitó una de sus esferas de nieve, haciendo que el polvillo girara y lanzara destellos al caer en torno al gatito que había dentro.

—No hemos hablado del pájaro que había en tu taquilla, ¿verdad?

—¿El cuervo?

—El *corvus*.

—¿Qué?

—*Corvus*, cielo. Era un *corvus*. No es lo mismo. Los cuervos son un tipo de *corvus*, pero no todos los *corvus* son cuervos. ¿Comprendes?

Lis asintió con la cabeza, aunque no estaba completamente segura de comprender.

—Eso fue algo muy raro, ¿no? Ya sabes que, hace cientos de años, el *corvus* tenía un significado mayor que el que tiene hoy. Era un símbolo muy importante. Y un augurio, además.

De repente, Lis se dio cuenta de que tenía húmedas las palmas de las manos.

—Ajá...

—Ya sabes, muchas brujas tenían aves como espíritus familiares. ¿Sabes lo que es un espíritu familiar, Lis?

Lis sintió pánico de repente. No podía mirar a los ojos a la señora Dandehunt, así que se fijó en la mesa atestada de cosas que tenía delante. Había allí más esferas de nieve, una foto de la señora Dandehunt con un peludo gato negro, y unas cien carpetas rebosantes de impresos.

—No, yo... —Lis se calló, con la boca apretada de horror, porque debajo de algunos impresos, que solo había quedado visible porque sin querer había desplazado una carpeta con la mano, había un cuaderno de tapa dura estampada con flores de albaricoque y atado con una cinta amarilla: el último diario de Laura.

En la boca del lobo

—¿QUÉ, CIELO...? —le preguntó la señora Dandehunt, esperando que terminara la frase que había empezado.

Lis apartó los ojos del cuaderno. Era el diario de Laura. La había visto con él aquella mañana, en el campo de *rugby*, y era el mismo. «¿Por qué estaba en poder de la señora Dandehunt? ¿Por qué no se lo había entregado a la policía? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué no he respondido yo a su pregunta?», pensó Lis, horrorizada.

—Solo iba a decir que el instituto Fulton me ha encantado —farfulló Lis—, pero no me daba cuenta de lo mucho que iba a echar de menos Gales. Soy galesa de pura cepa, supongo.

Sabía que tenía que parecer un poco loca, pero tenía la sensación de que necesitaba salir del despacho en los siguientes diez segundos, o el grito que se incubaba en su pecho estallaría allí mismo. Pues el único motivo por el que la señora Dandehunt podía estar escondiendo aquel diario era que tuviera un secreto que guardar.

Y fue entonces cuando Lis lo vio: en el segundo estante empezando por arriba, casi oculto en el museo de esferas de nieve, había un discreto ramito de espliego atado con una cinta negra.

Lis casi se cae de la silla. ¡La directora era una bruja! Por muy demencial que sonara, aquello cobraba de repente sentido. Después de todas aquellas semanas de susurros, rumores e historias de fantasmas, Lis se veía viviendo en un mundo lleno de brujas: una realidad nueva, imposible.

—Lis, ¿te encuentras bien, cielo? —le preguntó la señora Dandehunt, mirándola con ojos de halcón desde detrás de los gruesos cristales de sus gafas.

—Sí. Yo, eh... es que he mirado el reloj y he pensado que sería mejor que volviera al aula —respondió Lis—. No quisiera perderme la clase de Matemáticas.

—Buena chica. ¡Qué estudiante tan seria! ¡Si fueran todos como tú!

Sin perder más tiempo, Lis saltó de la silla y se fue hacia la puerta, casi tropezando de la prisa.

—Gracias, señora Dandehunt, hasta luego.

—Ten cuidado, Lis —exclamó como despedida la directora. Y casi parecía una advertencia.

En cuanto salió del despacho, Lis vio el pelo morado de Kitty, que se meneaba en dirección a la salida, al final del pasillo G y, abriéndose paso entre el río de alumnos, corrió para alcanzarla. Al apartar del camino a un grupo de chicos de octavo, Lis se alegró de ver que Jack y Delilah iban con ella.

Al llegar junto a ellos, Lis le tiró de la manga a Kitty para que se fuera a un lado

antes de entrar en la clase de Matemáticas.

—Ay, Lis, ¿qué estás haciendo? ¿Me quieres arrancar el brazo?

—No podéis entrar en clase, ninguno de vosotros. ¡Tenemos que hablar AHORA MISMO!



La biblioteca estaba casi vacía, salvo por Daphne, que pasaba el plumero a los estantes. Los cuatro amigos se metieron en su rincón habitual, por el que pasaban las cañerías, que estaba siempre calentito.

—¿Estás segura de que era el mismo diario? —preguntó Jack, arremetiendo contra un bocadillo de jamón.

—Completamente segura. El mismo libro —le dijo Lis.

Delilah miró a Kitty y comunicó telepáticamente con ella, al modo en que lo hacen las parejas.

—Dios mío... Eso significa...

—¡... que ha tenido algo que ver con la muerte de Laura! —concluyó Kitty—. De no ser así, ¿por qué no lo iba a entregar a la policía? Sabía que lo estaban buscando, el expediente policial decía que habían contactado con la directora para preguntarle por él.

Lis habló en voz muy baja:

—Lo que voy a decir ahora puede parecer completamente demencial, pero escuchad un minuto: creo que es una bruja.

Jack casi se ahoga con el bocadillo.

Delilah levantó una ceja bien perfilada.

—¡Ah, ahora crees en las brujas! —le dijo.

—¡Lo sé, lo sé! —Lis miró a su alrededor para asegurarse de que no había nadie en la vieja biblioteca escuchando—: Tiene un gato negro, y las mismas flores de espliego que alguien me puso debajo de la almohada.

—El modo tan siniestro en que mataron a Laura tenía más de sacrificio que de ataque —admitió Kitty, razonando.

—Y vivimos en Hollow Pike —añadió Delilah—. Puede que los juicios contra las brujas no acabaran con todas. Tal vez siga habiéndolas, a escondidas.

Jack se terminó el bocadillo.

—¿Os estáis oyendo? A Laura la mató un psicópata con un cuchillo bien grande. Y no hay más vueltas de hoja.

—Pero, Jack, mira la manera en que la mataron... —dijo Delilah impetuosamente, mientras la imagen tomaba forma en su mente.

—Vale, pues la mató una psicópata con cuchillo que se cree que es una bruja —se corrigió Jack—. ¿Hay algo más psicópata que eso? ¡Nada en absoluto! —Entonces él mismo se quedó pensativo—. La señora Dandehunt está bastante pirada. La verdad es que pudo ser ella.

Lis tenía que admitirlo, Jack tenía su punto de razón. Ella no creía en brujas que volaran en escoba mágica, pero sí que creía en gente a la que se le iba la olla. A fin de cuentas, ¿no es por eso por lo que la gente hace cosas terribles? ¿Porque albergan oscuras creencias? Un escalofrío le subió por la espalda.

—Tenemos que coger ese volumen del despacho de la señora Dandehunt. Si encontramos pruebas en él, se lo daremos a la policía, y... colorín colorado, se acabó la bruja.

—¿Cómo vamos a cogerlo? —preguntó Delilah.

—Eso da igual —dijo Lis con total rotundidad—, el caso es que tenemos que cogerlo. Y después de eso podremos descansar tranquilos para siempre. Danny y yo, tú y tú, Jack y... quien demonios se le antoje.

—Bueno, muchas gracias, Lis —dijo Jack riéndose.

—De nada. Así que necesitamos un plan...

Todos los ojos se volvieron hacia Kitty, su intrépida líder.

—¿Quién os creéis que soy yo? ¿El número de teléfono gratuito para encontrar planes? —preguntó Kitty gruñendo. Los demás asintieron con la cabeza, y Kitty puso los ojos en blanco—. Bueno, vale. ¡Pero nos vamos a ver metidos en un buen lío si nos pillan!



El reloj tenía que ir mal. Corría a la mitad de la velocidad de un reloj normal; cada minuto parecía que duraba una hora. Agitada, Lis tamborileaba con el lápiz en su cuaderno de ejercicios, deseando que el tiempo transcurriera. Cuanto antes sonara el timbre de las tres, antes llevarían a cabo aquel plan desquiciado, y terminarían con él.

Kitty le lanzó una dura mirada desde el otro extremo del aula de Tecnología de los Alimentos, haciéndole una seña para que se relajara, pero Lis no podía. Se había visto incapaz en todo el día de sentarse tranquila, y había puesto todo su empeño en evitar a Danny. No hacía ninguna falta que él la viera hecha una calamidad.

Miró la página en blanco que tenía delante. La receta para un postre apto para diabéticos tendría que esperar, pues de ninguna de las maneras lograba concentrarse. No había nada que hacer. Aquel era el último intento de resolver el misterio. Si no funcionaba, lo único que quería era pasar sus últimas semanas en Hollow Pike con Danny antes de volver a Gales.

Al final, la profesora Paniagua (sí, en serio: la profesora de Tecnología de los Alimentos se apellidaba Paniagua), anunció que todo aquel que no hubiera terminado el trabajo (y, claro está, también todo aquel que no lo hubiera empezado) tendría que acabarlo en casa, y entonces les mandó recoger sus cosas.

«¡Al fin! ¡Pongamos manos a la obra!», pensó Lis. Metió sus cosas en la mochila atropelladamente, y corrió al lado de Kitty.

—¡Por lo que más quieras!, ¿es que no te puedes calmar un poco? —le soltó Kitty.

Lis hizo un mohín.

—¿Y tú no podrías convertirte en humana?

Kitty se ablandó y le frotó el brazo.

—Lis, esto va a salir bien, en serio. Vamos.

Deseando que pudiera tener una pequeña parte de la valentía que tenía Kitty, Lis salió de la cocina detrás de su amiga, y bajó con ella la escalera que llevaba al patio, donde ya las estaba esperando Jack. Su expresión estaba mucho más cerca del terror de ella que de la seguridad de Kitty, y eso a Lis le resultó reconfortante.

—Bueno, ahora sí que estoy nervioso —les susurró.

—¡Gracias! —exclamó Lis—. Yo también.

Kitty no les hizo caso:

—Aprisa, Delilah nos está esperando.

Nadando contra la corriente de alumnos que bajaban por el camino que llevaba a la cancela, los tres se escondieron en la biblioteca. Pasaron al lado de Daphne, que estaba en el mostrador, y atravesaron la puerta interior que daba a la sala de informática de Bachillerato. Durante las horas de clase, aquello pertenecía al exclusivo dominio de los últimos cursos pero, después de las clases, aquella aula más pequeña de informática se convertía en zona de trabajo para los chavales que no tenían ordenador en casa. Como casi todos tenían, la sala nunca estaba llena, y menos aún desde octubre, cuando un alumno de noveno se había visto metido en serios problemas por descargar pornografía.

Delilah ya estaba allí, mirando algo en Internet.

—¡Eh, chicos, rápido, mirad esto! —les dijo.

Ellos bordearon la pequeña isla de ordenadores para ver el monitor de ella. Delilah estaba contemplando una especie de grabado de la Edad Media, que representaba a un viejo grotesco rodeado de gatos e inclinado sobre un caldero burbujeante.

—¿Qué se supone que es eso? —preguntó Jack, frunciendo el ceño ante la imagen.

—Se llama «Mago con familiares» —explicó Delilah.

—¡Eso no nos va a servir de nada! —dijo Jack.

—He estado pensando en Laura —siguió diciendo Delilah.

—Eso sí que es una deliciosa novedad —bromeó Kitty.

Delilah no le hizo caso:

—Le arrancaron el corazón, ¿verdad? Bueno, en el siglo XVI, se ofrecía a menudo un corazón de oveja o de cabra al dios astado. Las brujas pensaban que él satisfaría sus deseos si se le ofrecía un buen sacrificio.

Jack hizo una mueca ante el grabado.

—¡O sea que la señora Dandehunt buscaba el corazón de Laura como sacrificio! —exclamó. Entonces añadió bromeando—: La señora Dandehunt es una persona felina, y yo nunca he confiado en la gente felina.

—Eso es lo que yo estaba buscando.

—¿Gente felina que además estuviera pirada?

—¡No! —dijo Delilah con un resoplido—. Familiares. Estaba tratando de enterarme de por qué Laura y Lis recibieron los cuervos. Pienso que tendría que tener alguna relación con el hecho de que esas aves fueran familiares de las brujas.

—Eso es lo que dijo la señora Dandehunt —añadió Lis pensativa.

Los patios del instituto ya estaban vacíos, y el cielo de diciembre iba adquiriendo un tono malva. Lis estaba nerviosa, y las siniestras teorías de Delilah no le servían de ayuda. En muy poco tiempo, estarían a punto de arriesgarlo todo para conseguir el diario.

—¿Cuándo podremos dejar esta sala? —preguntó Lis.

—El entrenamiento de *rugby* es hasta las cinco, el club de español hasta las seis. Entonces entraremos en acción —sentenció Kitty.

—Bien —dijo Lis inclinando la cabeza—. Y ahora, mientras esperamos, ¿quién me ayuda a escribir una receta para diabéticos?



Un centro educativo oscuro y silencioso era algo que resultaba sumamente extraño. Era una contradicción. Ni gritos, ni timbres, ni vida... Al aproximarse las seis en punto, Lis se encontró extrañamente tranquila, resignada a acometer lo que hubiera que acometer.

Daphne se había ido de la biblioteca hacía tiempo, instruyendo a los «majísimos alumnos de undécimo» de que cerraran bien la puerta cuando terminaran de hacer los deberes.

Los cuatro pasaron ostentadamente por delante de las cámaras de vigilancia que enfocaban el mostrador y la salida de la biblioteca. Tenían que quedar grabados saliendo. Lis tenía que admitirlo: el plan de Kitty estaba bien pensado. Era un desperdicio tenerla en el instituto: los servicios secretos la necesitaban.

En cuanto salieron del campo de la cámara, al frío helador, el grupo se detuvo.

—Vale —dijo Kitty con autoridad—, ¿todos habéis entendido cuál es vuestro puesto?

—¡Todos preparados y a sus órdenes, mi capitán! —dijo Jack haciendo el saludo militar.

—Esto debería resultar relativamente sencillo —siguió Kitty—. Entrar y salir en diez minutos. Si el diario no está allí, se acabó.

Lis asintió con la cabeza, tratando de no pensar en los diez mil millones de cosas que podían ir mal. Kitty prosiguió:

—Cada uno a su puesto, y si alguien ve acercarse a quien sea, que envíe un SMS a los demás. ¿Están los móviles en modo vibrador?

Cada uno comprobó su móvil. Lis se volvió hacia Kitty:

—¿Estás segura de que esto va a funcionar?

Kitty asintió con la cabeza.

—Las cámaras de vigilancia son como cámaras de vídeo normales. No hay más que darle al «stop».

Kitty se había inventado antes un recado para ir al despacho de la directora. Por supuesto, había ido para reconocer el terreno, y se había enterado de todo lo que necesitaba saber sobre la deficiente seguridad del instituto.

Las cámaras de seguridad eran un sistema de grabación de vídeo del año de la polca. Nadie se extrañaría de que se hubieran estropeado. Lo más peliagudo eran las alarmas antirrobo, pero la clase de español para adultos que se impartía en la G2 no terminaba hasta las ocho, así que no conectarían las alarmas hasta entonces. El plan consistía en coger el diario durante esa clase de español, de modo que tendrían que preocuparse de las cámaras, pero no de las alarmas.

—Recordad —dijo Delilah—: no os acerquéis por la G2, o la habremos pifiado.

—Muy bien —dijo Lis, que hubiera creído que tenía el estómago lleno de ácido—. ¡Vamos allá!



Llegaron a lo alto de la escalera, y echaron un vistazo con cautela al oscuro pasillo que se extendía ante ellos, y cuya única luz salía de la G2, ya al final. Allí eran vulnerables: si alguien salía de la clase de español para adultos, estaban perdidos.

—No hay moros en la costa —musitó Lis desde su puesto.

—¿Y qué nos dices de la clase de español? —preguntó Delilah entre dientes.

—Parece que están todos dentro —respondió Lis.

—Vale. Ahora, pegadas a la pared y agachadas —ordenó Kitty.

Jack ya se había ido a ocupar su puesto como vigía más distante. Su lugar se encontraba ante la entrada principal al pasillo B, que era el único acceso al corredor G, aparte de la escalera principal, que tenía que cubrir Delilah. Lis bordeó el pasillo, sin atreverse apenas a respirar y sin apartar los ojos del aula del final. Sus suelas de goma hacían un ruidito casi inaudible, pero ella lo lamentó de todas formas. Tres chicas raras que se arrastraban con sigilo por los pasillos del instituto tendrían que parecer algo cómico, pero aquel momento era tan serio como un funeral. Los latidos del corazón los notaba retumbando en el cráneo, pero Lis no se dejó asustar, y se apresuró hasta alcanzar el empalme del bloque en forma de T, donde se encontraban las taquillas y la sala de profesores.

Doblando la esquina, se encajó lo mejor que pudo al lado de las taquillas metálicas. Kitty y Delilah se le juntaron. En aquel escondite no las podía ver nadie de la G2.

—¡Dios! —A Delilah le brilló el blanco de los ojos—. No sé si esto es para mí.

Kitty le dio en los labios un beso lento y firme.

—Ya casi lo tenemos. Lo más difícil ya ha pasado. Tu puesto es este: si alguien sale de la G2, comunícanoslo.

Delilah se metió entre las filas de taquillas, desapareciendo en la oscuridad.

—Por favor, ten cuidado. Te quiero.

—¡Lo mismo te digo!

Kitty sonrió y Lis tomó fuerzas de su afecto.

—Lis, la secretaría está justo bajando por esta escalera.

—Vale —susurró Lis.

Lanzó un último vistazo a las sombras que pululaban por la G2, y empezó a bajar la

escalera que llevaba al vestíbulo. Al llegar al final de la escalera de piedra, el antiguo y grandioso reloj sonaba más fuerte de lo que parecía posible. Una vez en el vestíbulo, a su derecha quedaba la salida que daba al camino por el que entraban los vehículos, y a la izquierda estaban los aseos de los chicos: dos posibles rutas de huida en caso necesario. Pegada a la pared, evitando las zonas de luz en el suelo, atravesó el vestíbulo de puntillas y entró en la breve escalera que llevaba a lo que era esencialmente el sótano del instituto. En aquel nivel solo estaba el despacho del subdirector, el del administrador, y la secretaría, donde se encontraba el equipo de vigilancia del centro.

Aunque su papel no fuera tan esencial como el que jugaba Kitty, Lis sabía que no podía fallar. Ellos cuatro no deberían encontrarse en el instituto de ningún modo, y si las cámaras mostraban a Kitty entrando en el despacho de la señora Dandehunt, entonces se armaría la marimorena. Era misión de Lis asegurarse de que la cinta de las cámaras no los mostraba en ningún momento después del instante en que habían salido de la biblioteca.

«No tiene por qué ser difícil», pensó Lis. «No es más que un aparato de vídeo, por lo que más quieras. Detenerlo, rebobinar, y llegar al final. ¡Es fácil! En teoría».

Tal como había predicho Kitty, la puerta de la secretaría estaba abierta. Lis la empujó con suavidad, maldiciendo el estridente chirrido que producía. A través de la penumbra, pudo ver tres mesas sucias y numerosos archivadores. Encima de uno de ellos había un simple grabador de vídeo y un aparato de televisión. La luz del grabador de vídeo indicaba que estaba grabando, pero la televisión no estaba encendida.

Lis se fue hasta allí como una flecha, y apretó el botón de encendido del monitor. La luz roja del *stand by* se encendió, pero la televisión no lo hizo. O sea que necesitaba el mando a distancia. Estupendo. ¿Dónde estaría? Se giró hacia la mesa que tenía detrás y empezó a revolver por entre todos los chismes que había amontonados sobre ella: tazas sin lavar, impresos, calendarios, alfombrillas de ratón, un teléfono, una grapadora, ¡pero ningún mando a distancia! Estaba empezando a perder la paciencia cuando sus manos encontraron un delgado artilugio de plástico escondido debajo de una arrugada revista de cotilleos. Lis encendió el monitor.

La televisión se encendió con un zumbido, mostrando doce recuadros granulados que transmitían las imágenes tomadas por las distintas cámaras de seguridad del instituto. Cada una de ellas tenía una etiqueta que decía: «cámara 1», «cámara 2», y así sucesivamente. A Jack se le podía ver en la cámara 4, aguardando junto a un contenedor de basura a la entrada del pasillo B, y saltando de un pie al otro para combatir el frío. Delilah y Kitty seguían escondidas junto a las taquillas, en la cámara 6.

Lis estudió el mando a distancia y encontró el botón de parada del grabador de vídeo. Apuntó con el mando hacia el aparato, y apretó el botón. Una lucecita roja se encendió inmediatamente. Trabajo hecho. Las cámaras seguían mostrándole lo que sucedía en los distintos puntos del instituto, pero ahora ya nada de eso se grababa. Lis resopló como no había resoplado nunca en su vida.

Sacando el móvil del bolsillo, le escribió un mensaje a Kitty con toda agilidad: «Cámaras apagadas, ¡¡¡adelante!!!». Un par de segundos más tarde, Lis vio a Kitty mirar su móvil, dirigirle unas palabras a Delilah, y salirse fuera de campo de la cámara 6. Un

poco después, su sombra entró en el campo de la cámara 5, que abarcaba toda la longitud del pasillo G. Aquel trozo era arriesgado, porque el despacho de la señora Dandehunt se encontraba solo a dos puertas de distancia de la G2. Incapaz de apartar la mirada, Lis observó la delgada figura que bordeaba el pasillo. Aquello sí que era un programa imprescindible. Tragó saliva: tenía la lengua y la garganta tan secas como un desierto de arena.

Y esperar. Algo se movió en la última fila de cámaras. Por una fracción de segundo, algo atravesó la cámara 9, atrayendo la atención de Lis. Se levantó de la mesa, en la que estaba medio sentada, para mirar más de cerca. La cámara 9 enfocaba el atrio al que daban las aulas de humanidades, en el bloque T. No debía haber nadie allí, así que ¿qué podía haber sido aquello? Hacía años que habían visto irse a su casa a los de la limpieza.

Y allí estaba otra vez: ante la cámara, una silueta pasó en la oscuridad. La imagen era tan pobre que parecía un espectro que atravesara el vestíbulo, pero no había confusión posible: alguien más se encontraba en el instituto.

Instintivamente, Lis cogió el móvil mientras la silueta salía de campo en la cámara 9. Echó una maldición en voz muy baja. ¿Dónde iría después? ¿Debía avisar a Kitty? ¿Suspender la búsqueda? Se dio una palmada en la sien, intentando poner algo de lógica en su cerebro. El bloque T... ¿adónde llevaba? A mitad del pasillo, a la sala de profesores, al pasillo G... Observando atentamente las cámaras, Lis localizó la sala de profesores en la cámara 7. Por supuesto, la misteriosa silueta apareció en la esquina más oscura de la pantalla. Aguzando la vista delante de la imagen, Lis podía ver ahora que el extraño llevaba capa y una capucha sobre la cabeza. Aquello no resultaba precisamente tranquilizador.

De repente, comprendió que la cámara 7 estaba justo a continuación de la cámara 6. ¡Delilah! Su amiga vigilaba desde las taquillas, esperando a que volviera Kitty, que, según podía ver Lis por otra cámara, acababa de llegar al despacho de la directora. Delilah daba la espalda a la sala de profesores, y estaba claro que no sospechaba que alguien pudiera estar llegando por detrás.

Lis observaba horrorizada como la sombra se deslizaba hacia su amiga, como un tigre que salta sobre su presa.

—¡Delilah! —gritó Lis, quebrando el silencio con su voz aguda. Demasiado tarde. Mientras su grito resonaba en el instituto, el encapuchado tapaba con una mano el pequeño rostro de Delilah, sellándole la boca con fuerza. En un movimiento simple y fluido, el atacante sacó a su amiga de la vista.

Tenía que ayudar a Delilah. Al ir corriendo hacia la puerta, Lis se perdió lo que sucedía en la cámara 11: otra silueta caminaba por el pasillo inferior hacia la secretaría donde estaban las cámaras de vigilancia, y donde se encontraba ella.

—¿Lis?

Lis gritó, dejando caer el móvil y viéndolo rebotar bajo la mesa. Danny Marriott estaba en la puerta, bloqueándole el paso.

—¿Danny? ¿Qué estás haciendo aquí? —Tenía que ir al encuentro de Delilah, pero aquello no tenía sentido. Danny había surgido de las sombras, como algo propio de

una película de terror.

—¡Precisamente, yo iba a preguntarte lo mismo! ¿Por qué estás en el instituto a estas horas?

Ella empezó a farfullar la disculpa que tenían preparada:

—Delilah piensa que las llaves de su casa tienen que estar en objetos perdidos. En realidad, no importa... ¿Por qué estás tú todavía aquí?

Él se puso rígido y dio un paso atrás. La sombra ocultó sus hermosos rasgos.

—Yo pregunté primero.

—Danny, no tengo tiempo para juegos, simplemente dime por qué estás aquí. ¡Delilah está en apuros! Y ¿qué es lo que escondes detrás?

—¡Nada! —dijo él demasiado rápido, retrocediendo otro paso.

Las alarmas empezaron a sonar en la cabeza de Lis, pero de todos modos avanzó hacia él. Él estaba en la puerta y ella necesitaba salir de allí para socorrer a Delilah.

—En serio, ¿qué tienes en las manos?

—Lis... —empezó a decir él, pero antes de que pudiera acabar, ella se abalanzó. Corrió hacia él, y él instintivamente levantó las manos para evitar que ella pudiera alcanzar aquello que escondía. Lis había jugado al *netball* suficientes veces para contrarrestar su defensa, y con un simple golpe, le arrancó aquello de la mano.

Un cuaderno cayó al suelo: un cuaderno de tapa dura, decorado con pequeñas flores de albaricoque y atado con una cinta amarilla. Lis lo reconoció al instante: era el diario de Laura.

El cerebro de Lis empezó a funcionar a toda velocidad. Había dado por hecho que la señora Dandehunt era la asesina porque tenía el diario y no lo había entregado a la policía. Si contenía claves para encontrar al asesino de Laura, entonces obviamente el asesino tampoco querría que lo tuviera la policía. Pero ahora Danny tenía el diario. ¿Danny o Dandehunt?

«El asesino tiene el diario».

—Lis... no es lo que estás pensando —dijo Danny.

—¿Qué es lo que estoy pensando? —preguntó ella, con el corazón golpeándole en las costillas.

Danny abrió los brazos y dio un paso hacia ella. Lis, por puro reflejo, retrocedió para mantenerse a distancia de él.

—¡Dios mío, ya sé que parece sospechoso! —rezongó Danny.

—¿Por qué tienes ese diario? —preguntó Lis, tratando de que el pánico no aflorara a su voz. Había estado tan ciega... Laura le había dicho que Danny y ella estaban enrollados, pero ella lo había ignorado, deseosa de creerse cualquier cosa que le dijera él. ¿Él había matado a Laura con sus manos, o lo había hecho su cómplice enmascarado, el que ahora acababa de atrapar a Delilah?

—Yo lo... lo he encontrado —tartamudeó Danny.

—¡Sí, claro! —Entraron en liza el impulso de luchar y el de huir, y ganó claramente la posibilidad de huir, especialmente porque, justo en aquel momento, Delilah la necesitaba. Lis pasó al lado de Danny hacia la puerta abierta, pero él la cogió en un segundo. Como era el doble de grande que ella, Danny no tuvo problemas para

inmovilizarla contra el marco de la puerta. Su columna vertebral chocó contra la madera. Lis gritó de dolor.

—¡Espera! —le dijo él—. ¡Tengo que explicártelo, Lis!

—¡Apártate de mí! —gritó Lis, pero él no la soltó.

A la desesperada, Lis le dio una patada en la espinilla. Profiriendo un alarido, Danny la soltó al instante, y Lis salió corriendo por la escalera. Por muy dolorida que tuviera la pierna, Lis comprendía que un jugador de *rugby* no iba a pararse tan fácilmente. De hecho, podía oírlo detrás de ella, tan veloz cojeando como ella corriendo. Ella subió a saltos el primer tramo de escalera, y fue entonces cuando se encontró ante la necesidad de elegir si salir por la puerta principal, meterse en los aseos de los chicos, o subir la escalera hasta la G2. A Danny le costaría tan poco esfuerzo alcanzarla en el camino de fuera como en la escalera, según comprendió. Su única posibilidad estaba en alcanzar a los alumnos de la clase de español, así que se encaminó hacia la G2.

Iba por la mitad del vestíbulo cuando Danny la alcanzó. Estiró el brazo y la agarró por la chaqueta. Lis chilló y se desprendió de la chaqueta, dejándole con ella en la mano. Un poco más despacio, pero ardiendo de adrenalina, Lis empezó a subir corriendo el tramo más largo de escalera.

—¡Para, Lis! —la llamó Danny, tirando al suelo la chaqueta. Corrió hacia ella, tratando de agarrarle las piernas en uno de los peldaños inferiores—. ¿Es que no me vas a dar una oportunidad?

Ella subió la escalera corriendo, pensando solo en llegar arriba. Sin embargo, los pasos de Danny estaban cerca, y más cerca a cada segundo que pasaba.

—¡Maldita sea, Lis, eres condenadamente difícil! —le soltó Danny, volviendo a estirarse para alcanzarla.

Esta vez Lis sintió su mano aferrándole el tobillo. Instintivamente, ella sacudió una patada hacia atrás, y se desprendió de él. Oyó un ruido tras ella, y al mirar atrás vio a Danny cayendo por la escalera. Golpeó el suelo con un ruido sordo. La fuerza de la caída le hizo girar la cabeza hasta un ángulo doloroso, y le cerró los ojos. Se quedó allí tendido, flojo e inerte, como una muñeca de trapo. De la nariz o de la boca, Lis no sabía, manaba un hilo de sangre carmesí que le caía por la barbilla.

Lis lo miró, incapaz de respirar. Aquel era el momento en que sabía que tenía que escapar. Él se levantaría y correría tras ella. Siempre hacían eso los asesinos en las películas. Y, sin embargo, se sintió incapaz de moverse. Era como si la lucha le hubiera extraído toda la energía del cuerpo. Lo miró, esperando cualquier leve movimiento procedente del pie de la escalera.

—¿Qué demonios pasa aquí? —preguntó una voz seria que retumbó desde lo alto de la escalera.

Lis se volvió, para ver al profesor Gray que bajaba hacia ella corriendo.

—¿Lis? —preguntó con preocupación—. ¿Lis? ¿Qué ha ocurrido?

Le pasó el brazo alrededor, y entonces ella sintió que su mente se calmaba: estaba a salvo, estaba bien, no estaba sola. Lis se desplomó en sus brazos, como una marioneta con los hilos cortados.

—¡Señor Gray, Danny es el asesino! —sollozó Lis—. Él mató a Laura. Venía a por mí. Y Delilah... ¡alguien ha cogido a Delilah! —Las palabras se atropellaban unas con otras.

—¿Qué...? —El profesor Gray se echó hacia atrás—. ¿Estás bromeando?

—¡No! ¡Es verdad!

Él la miró a los ojos, intentando comprender, y entonces miró a Danny.

—¡Por Dios, Lis! ¡Está bien?

El profesor Gray la colocó tras él, y empezó a bajar la escalera hacia su alumno inconsciente.

—¡Deténgase! —le rogó Lis—. ¡Es peligroso!

—¡Tú quédate ahí! —le ordenó el profesor Gray. Entonces se inclinó cautamente sobre Danny. Lis vio la sangre, pero ¿respiraba? ¿Había matado a su novio?

—Está vivo —anunció el profesor Gray. Danny se movió y el profesor retrocedió, asustado.

Lis no pensaba esperar al segundo asalto. Bajó corriendo la escalera, y tan solo fue ligeramente más despacio al pasar con cuidado alrededor del cuerpo de Danny.

—¿Adónde vas? —le preguntó el profesor Gray.

Lis siguió corriendo por el vestíbulo, de vuelta a la secretaría.

—¡A llamar a la policía! —le gritó—. ¡Y todo esto habrá acabado! ¡Ahora tenemos pruebas!

Bajó al trote los últimos peldaños y entró en la secretaría, ya familiarizada con el entorno. Acercando el teléfono de la primera mesa que encontró, levantó el auricular y empezó a marcar el número. Nunca lo había hecho hasta aquel día. Esperaba que todo resultara muy claro. Así era la cosa. Tras aquella llamada, todo estaría fuera de sus manos para siempre. Podría ver a sus amigos, asegurarse de que Delilah estaba bien, y vivir feliz para siempre.

Una mano cálida le quitó el auricular de la mano y tranquilamente volvió a colocarlo en su sitio. Se volvió y encontró su rostro a unos centímetros del profesor Gray.

—¡Solo estaba llamando a la policía! —exclamó, completamente confusa.

—¡Ah, Lis! —le dijo el señor Gray en un tono distinto, condescendiente—. No puedes llamar a la policía.

—¿Por qué?

—Porque Danny no mató a Laura.

Entonces él dio un paso atrás, y le propinó un puñetazo tan veloz que Lis ni siquiera tuvo tiempo de pestañear. El puño hizo contacto en su rostro y, tras una fracción de segundo en que sintió el dolor más aplastante de su vida, Lis perdió la consciencia.

Brujas

AQUEL SUEÑO SUPERABA A TODOS los demás. ¡Esta vez, Lis había allanado el instituto fuera del horario, había visto cómo secuestraba a su compañera un encapuchado, y después había tirado a su novio por la escalera dándole una patada!

—¿Qué podía significar todo aquello?

«No, espera...».

Sus ojos parpadearon y se abrieron para ver largos rectángulos blancos que pasaban por delante de ellos. ¿Dónde estaba? La nariz le dolía de modo atroz, y en la boca tenía sabor a sangre.

«Dios mío, eso no era un sueño. Danny... el señor Gray... Todo había ocurrido realmente. Todavía estaba ocurriendo».

Lis comprendió que tenía las piernas en el aire. Los rectángulos alargados que había observado eran tubos de neón. La estaban llevando a rastras. Empezando a moverse, Lis se retorció como una anguila, soltando un lastimero grito de socorro.

—¡Cállate, Lis! —dijo el profesor Gray, que era quien la llevaba a rastras. Le juntó los pies para impedir que propinara patadas—. Ya casi hemos llegado, así que no armes tanto jaleo.

Empleando los brazos, Lis trató en vano de empujar en la dirección opuesta, clavando las uñas en las baldosas del suelo, pero no conseguía agarrarse a nada. Gray podía hacer lo que quisiera con ella.

—Lis, ¿te vas a calmar? ¡Solo conseguirás hacerte daño!

Ella soltó un improperio, y trató de liberarse a base de patadas. Empezó a llorar de rabia y miedo.

—Por favor, no llores. Los hombres somos físicamente incapaces de tratar con chicas que lloran. Eso es un hecho de la vida.

Lis soltó otro improperio, esta vez más fuerte. ¿Por qué se estaba comportando el profesor Gray de manera tan absurdamente amable? ¿Por qué no podía terminar el trabajo de una vez?

De repente, la sensación táctil que notaba en la parte de abajo de la espalda cambió, cuando un fuerte empujón de Gray la hizo atravesar el hueco de una puerta y la arrastró hasta una alfombra. Las delicadezas terminaron entonces, cuando él la agarró por el pelo y tiró de ella para ponerla en pie.

Estaban en la G2, que se encontraba abarrotada de gente. La mente de Lis giró desafortadamente en todas direcciones. Percibió el fuerte olor a pimienta de la estancia. Le costó un momento amoldarse a la nueva postura.

Vio primero a Kitty y a Delilah, que estaban ambas atadas a sendas sillas en el centro del aula. El resto de las sillas y mesas estaban esparcidas por el perímetro del aula. Lis ahogó un grito: le alegró ver vivas a sus amigas, pero eso también le infundió terror. Kitty y Delilah estaban terriblemente atadas con cinta de embalar marrón, y no podían mover ni los brazos, ni las piernas, ni la boca. Aquello era algo que uno esperaría ver en el vídeo casero de un terrorista, pero no en la vida real.

Lis se giró en busca de Jack, siempre sujeta por el profesor Gray. No estaba allí. Pero sí había mucha otra gente. Reconoció de inmediato a Jennifer Rigg, la madre de Laura, que permanecía de pie en un rincón, en una postura elegante, y tan pulcra como la había visto en su propia casa. Sentada a su lado y sosteniendo una pila de libros de aspecto antiguo estaba la vieja Daphne, la de la biblioteca.

Aquello era demasiado raro. ¿Por qué no la socorrían? ¿Por qué se quedaban allí todos sentados?

—¡Socorro! —gritó Lis, tambaleándose mientras Gray la empujaba hacia una silla—. ¡Por favor!

Al menos la señora Rigg tuvo la gentileza de apartar la mirada. Aparentemente, Daphne encontraba divertida su exclamación.

—Bienvenida a la clase de español para adultos —se burló el profesor Gray. La empujó contra una silla y, con un rollo de cinta en la mano, Jennifer Rigg se paseó ufana hasta ponerse a su lado. En unos segundos, a Lis le ataron las manos a la espalda.

—Déjale la boca —le pidió Gray—. Ahora, vamos a hablar.

—No comprendo —rogó Lis—. Por favor, suéltenos. ¡Nosotras no hemos hecho nada malo!

Gray la miró, mostrando en los ojos auténtica compasión.

—¿Sabes qué, Lis? —musitó, acercándose tanto a ella que casi le tocaba el cuello con los labios—: Siento muchísimo que seas tú, lo digo de verdad. Imploré que se tratara de cualquier otra persona, pero no... Tenías que ser tú.

—¡No sé lo que quiere decir! —gritó Lis. Vio que a Delilah le caían lágrimas de los ojos. Hasta la dura Kitty tenía los ojos desorbitados de terror.

—¿De verdad que no lo sabes? —dijo Gray sonriendo—. Eso no es cierto, ¿a que no? ¡Bruja!

¿La estaba llamando bruja a ella? ¿No tendría que ser al revés? Observó toda el aula a su alrededor, asimilándolo todo. Había velas encendidas en los alféizares y en la mesa del profesor, donde habían colocado un cuenco de bronce en el que se quemaba incienso, cosa que llenaba el aire con el aroma impactante que Lis ya había percibido. Era como si hubieran vuelto atrás en el tiempo, cientos de años, hasta los días tenebrosos, los más tenebrosos, de la historia de Hollow Pike. Lis recordaba los viejos grabados de antorchas y cuerpos encendidos, y los rostros atormentados de brujas atadas al poste y rodeadas por ansiosas multitudes que las contemplaban con regocijo.

Y entonces lo comprendió. *Las brujas de Salem*. El rompecabezas estaba completado, ¡y no se trataba de una bonita estampa!

—¿Quiénes sois vosotros? —preguntó en voz baja.

—¡Bueno, eso es exactamente lo que iba a preguntarte yo! —repuso sonriendo—.

Nosotros somos los Rectos Protectores. Dudo que hayas oído hablar de nosotros, porque no estamos realmente en la misma onda que los jóvenes. Ni siquiera tenemos página en Facebook.

Pero Lis sí había oído hablar de ellos. De repente lamentó no haberse tomado el tiempo de leer por sí misma el libro de Dandehunt.

—Sí que he oído hablar —repuso.

Los adultos presentes en el aula se pusieron tensos. Jennifer Rigg se quedó completamente pálida.

—Lo sabía. Han estado al tanto de nosotros todo el tiempo.

—Tranquila —le ordenó Gray—. ¿Y qué es lo que has oído?

Lis se quedó un momento callada. ¿Sería mejor callar o decir la verdad? Se imaginó que ya era demasiado tarde para actuar de modo inocente. Al fin y al cabo, eran profesionales.

—Son una especie de grupo religioso... De hace mucho tiempo. ¿Protegen ustedes Hollow Pike? Creo que se dedican a cazar trasgos y fantasmas.

Los adultos se rieron, salvo Gray, cuyo rostro, ensombrecido, amenazaba tormenta.

—¿Crees que se trata de una broma? —gruñó—. ¡Nuestros ancestros fundaron la sociedad de los Rectos Protectores hace casi cuatrocientos años para purgar este pueblo de gente como tú! Aquellos vecinos del lugar llamados «sanadores», o «sabias mujeres», eran pecadores. Danzaban con el demonio, y así pasó lo que pasó: niños que empezaban a desaparecer, enfermedades que se extendían... Las brujas convirtieron este lugar en un pueblo maldito. Nosotros purificamos Hollow Pike.

Se metió la mano por el cuello de la camisa y sacó una delicada cruz de plata que era idéntica a la que Lis le había visto puesta a Jennifer en su casa.

—Nuestras familias han continuado la Obra de Dios durante cientos de años —siguió diciendo.

—¿Están ustedes emparentados?

—No todos. Los nombres cambian con los años, pero todos somos Sterne, como mi primo y mi abuela, aquí presentes. Los Sterne estuvieron ahí desde el comienzo, fueron los más orgullosos cazadores de brujas. Hasta ayudamos a traducir el *Malleus Maleficarum*. Vosotras no sois las primeras brujas con las que tratamos.

—¡Nosotras no somos brujas! —exclamó Lis con sinceridad.

De nuevo, la pequeña congregación se rió con ganas.

—Entonces ¿cómo os llamáis a vosotras mismas, cielo? —preguntó Daphne desde su silla.

—¡Nada! ¡Yo solo soy una chica!

—¡Lis! —la reprendió Gray—. ¡Tienes la autoestima muy baja! ¡Tú eres mucho más que una simple chica! —El profesor se arrodilló ante ella, para examinarla detenidamente—. ¿No has tenido nunca sueños, Lis...? ¿Sueños en los que ves cosas que aún no han sucedido? ¿Nunca has tenido una sensación de *déjà vu* que no acababas de comprender? ¿Nunca has notado el modo en que parecen seguirte los pájaros?

Una lágrima le asomó a Lis a los ojos, y le cayó por la mejilla. Él la conocía mejor de lo que se conocía ella misma. Tiró de sus ataduras por probar, pero la habían atado

demasiado fuerte.

—No sé lo que quiere decir.

El profesor Gray le secó las lágrimas, y ella se estremeció al notar su contacto.

—Esto es curioso. En el pasado las brujas no lloraban al ser torturadas, ese era un medio de distinguir a un ser maléfico. Tú debes de tener muchísimo poder. Hemos estado observando y escuchando muy atentamente, Lis. ¿Te dice algo el nombre de Rushworth?

Sin contestar nada, asintió con la cabeza. Su abuela, la madre de su madre, se llamaba Vida Rushworth, eso era cierto.

—Todo cambió cuando llegaste tú —le soltó Jennifer—. Empezaron los sueños de Laura...

—Por favor —imploró Lis—. ¡No sé lo que quieren decir!

Gray lanzó un suspiro de impaciencia.

—Bien, supongo que tenemos tiempo para una pequeña lección de Historia. ¿Estás cómoda? Bueno, pues nuestros ancestros, los Rectos Protectores, llegaron a este lugar infernal hace casi cuatrocientos años. El lugar tenía ya reputación, como estoy seguro de que sabéis. Los Rectos Protectores entraron en los bosques y sacaron a las brujas de sus casas. De acuerdo con la ley de Dios, las brujas fueron juzgadas, condenadas y ejecutadas.

—¿Quiere decir que las torturaron hasta que confesaron? —preguntó Lis, enojada.

Al profesor Gray le temblaron las aletas de la nariz, pero no respondió a su provocación.

—Por desgracia —prosiguió—, algunos de sus bastardos sobrevivieron. Algunas gentes del lugar sentían compasión por ellos, ¡parece increíble...! Veían a las brujas como sanadoras y ese tipo de cosas. Aquellas gentes compasivas se enteraron de que llegábamos y decidieron esconder a los retoños de las brujas.

De pronto Lis comprendió adónde quería llegar él. Pero era imposible. Lo habría sabido. Alguien se lo habría dicho, su madre o su abuela...

—La familia Rushworth es una de las sospechosas de haber adoptado aquellos niños demoniacos y de haberlos criado como si fueran propios. Sin embargo, nosotros no hemos podido demostrarlo... hasta ahora. Laura era una bruja de los Rushworth. Igual que tú.

—¿Qué? —preguntó Lis suavemente.

Jennifer habló en voz muy baja. La luz de la vela titilaba en sus rasgos faciales.

—Era adoptada. Yo... yo no podía tener hijos.

Daphne se acercó a Jennifer.

—Eso no fue culpa tuya, Jennifer. No podías saber que estabas adoptando una bruja.

Gray agarró a Lis por los hombros, y dijo con una voz repentinamente profunda y terriblemente seria:

—¿Cómo pudimos ser tan tontos? La más antigua familia de los Rectos Protectores de Hollow Pike y nosotros hemos estado a punto de consentir que nuestra estirpe quedara manchada. —De pronto regresó aquel extraño tono ligero—. Así pues, Lis, tu

abuela fue la tía abuela de Laura. ¡Solo que ninguna de ellas lo supo, porque la verdadera madre de Laura no le dijo a nadie que estaba embarazada!

Y entonces, con un grandilocuente movimiento del brazo, Gray sacó el diario de Laura del bolsillo interior y se lo enseñó a la audiencia.

«Debe de haberlo cogido en la secretaría después de pegarme a mí», pensó Lis. Percibió un estremecimiento en la señora Rigg.

—Jennifer, ¿quieres encargarte de esta parte, o lo hago yo? —le preguntó el profesor Gray.

—No, por favor, Simon —respondió ella con su acento falso y cortado.

Gray sonrió.

—No sabemos cómo lo hicisteis, pero de algún modo conseguisteis los otros diarios de Laura, ¿no? Pero el que estabais buscando era este, me parece. ¡Y es lógico! Es una lectura apasionante: el diario en el que Laura averigua por fin que ella es una bruja.

Lis apretó los labios. Intentó establecer contacto visual con Kitty, preguntándose si sus ataduras serían más fáciles de romper que las de ella, pero Kitty era la que estaba más cerca de Daphne, y sobre el regazo de Daphne yacía un cuchillo muy adornado y de pésimo aspecto. Era una especie de daga ceremonial con empuñadura de cuero y una hoja larga y ondulada. Lis estaba demasiado lejos para verlo, pero sabía que el cuchillo tenía una primorosa inscripción en la hoja. Y lo sabía porque lo había visto anteriormente: en sus sueños.

—Así que supongo que Laura era la que llevaba la voz cantante en vuestros aquelarres, ¿no? —le preguntó a Lis el señor Gray—. Ella no hubiera permitido que fuera de otro modo.

Lis estaba a punto de negarlo cuando notó que a Kitty le temblaba la cabeza. ¿Tendría un plan? Lis no estaba segura, pero pensó que mientras el profesor Gray estuviera hablando no estaría utilizando la daga, así que sería mejor seguirle la corriente. Y ¿dónde estaría Jack? ¿Y Danny? ¡Ay, Dios, pobre Danny! Si alguno de ellos hubiera llamado a la policía, todo lo que ella tendría que hacer sería asegurarse de que Gray no paraba de hablar. Al mismo tiempo, ella seguía rozando una muñeca contra la otra, intentando aflojar la cinta que la ataba.

—Lo que usted diga —dijo Lis con toda la convicción posible.

—Cuatro brujas hacen un aquelarre. Un nuevo aquelarre en Hollow Pike. Eso no lo podemos consentir. De Kitty y Delilah sospechábamos hacía tiempo. Kitty, tú eres bruja por tu abuelo, claro está, y en cuanto a la madre de Delilah, todos la conocemos...

Aunque amordazada, a Kitty se la vio claramente desconcertada, evidentemente ignorante de su supuesta ascendencia bruja, mientras que los ojos de Delilah lanzaron un destello de rabia.

El profesor Gray continuó:

—Sumasteis cuatro cuando tú llegaste aquí, Lis, y entonces fue cuando Laura empezó a tener sus sueños y empezó a hacerle preguntas a su padre. Él le dijo que era adoptada, y fue solo cuestión de tiempo que empezara las cuatro a practicar la magia negra. Teníamos que terminar con eso.

A Lis se le partió el alma. Pobre Laura, sufriendo aquellas pesadillas ella sola. Ella

había pasado por lo mismo que Lis, pero sin nadie a quien contárselo. ¡No tenía nada de raro que sus últimos meses hubieran sido tan tumultuosos! Lis sabía perfectamente cómo era eso, pero al menos ella había podido contar con los otros al final. Si Laura se hubiera abierto aquel día en el campo, las cosas habrían ido de otra manera. Pero los Rectos Protectores la habían matado, igual que ahora iban a matarla a ella y a sus amigas.

Una lágrima ardiente le cayó por la mejilla. Ahora lo entendía todo. Estaban conectadas, todas ellas. En su primer día en Fulton, Lis se había sentido atraída hacia Laura, tanto como hacia sus futuras amigas. Tal vez se tratara de una especie de magnetismo debido al parentesco. Pero Lis había llegado demasiado tarde para ayudar a Laura. Demasiado tarde.

Sus ojos se posaron en la señora Rigg, y Lis vio brotar en ella una sensación desconocida: la rabia.

—¡Usted mató a su propia hija! —exclamó aterrada.

—No era mi hija, ya no —respondió con frialdad la señora Rigg—. Pertenecía a Satanás. Como vosotras. Cuando me contó lo de los sueños, lo de los pájaros, comprendí que estaba ligada al demonio. Yo no podía hacer nada por ella. Laura tenía que morir.

—¡Bueno, siga engañándose de ese modo! —le soltó Lis, sin poder contenerse.

La señora Rigg cruzó el aula. La cara le ardía de la rabia.

—¡Eres una perra! —Echó el brazo para atrás, dispuesta a golpear con él, pero intervino Gray, que le cogió la mano.

—No te acerques mucho —le dijo—. Podría ser un truco. Recuerda con quién estás tratando.

—Nos dijiste que el incienso nos protegería de los hechizos —repuso Jennifer, señalando el recipiente de la mesa del profesor.

—Con las brujas todas las precauciones son pocas...

«¡Me tienen miedo!», comprendió Lis. «¿Podría servirme de algo?».

Intentó dirigirles una mirada persuasiva, pero seguramente solo resultó hosca. La cinta que le ataba las muñecas se estaba aflojando, sin embargo. Lo más disimuladamente que pudo, intentó desprender los dedos retorciéndolos una y otra vez.

«Hay que ganar tiempo», se dijo.

—O sea que usted mató a Laura... —volvió a comentar—. Muy bonito. Ella no había hecho nada malo.

—Sabíamos que erais cuatro, así que empezamos a buscar enseguida —le dijo Gray—. Estudiamos los árboles genealógicos. Vosotras tres, las tres procedentes de antiguas familias de Hollow Pike, uña y carne las tres. Para ser sincero, no costó mucho adivinarlo. Desde entonces, os hemos estado vigilando.

—¡Fue usted el que se asomó a mi habitación anoche! —comprendió Lis de repente—. ¡Pervertido!

Gray le guiñó un ojo.

—Montaste un buen espectáculo con el señor Marriott, por cierto. Fue tan fácil... Te

oí decirle que estabas buscando el diario en el instituto, así que solo tuvimos que esperar aquí a que fuerais lo bastante tontas para entrar. Pero hubiera preferido que fueran otras personas diferentes, no vosotras. ¡Vosotras sois estupendas! ¡Todo instituto necesita sus bichos raros!

—Bueno, ¡pues entonces suéltennos! Nosotras no hemos hecho ninguna brujería. Ni somos malvadas.

Él permaneció allí, alto, serio, implacable. El fuego del odio ardía en su interior.

—Lo siento, Lis, pero ¿no te das cuenta de la responsabilidad que conlleva ser un Recto Protector? La nuestra es una misión sagrada, un deber encomendado por Dios. Los Rectos Protectores somos los que nos interponemos entre el bien y el mal. Estamos en todas partes, Lis, guardando al mundo de los de vuestra especie para que esté a salvo.

—Vuestro poder es malévolos —intervino Daphne—. Lleváis el mal en la sangre.

—¡Eso no es cierto! —exclamó Lis—. ¿Le parezco malvada?

—Lo siento, Lis. No es así la cosa. No importa lo que parezcas, pues el mal toma muchas formas distintas. —Gray se volvió hacia los otros—. Bueno, ¿cómo hacemos esto? ¿Cuál va primero?

—¡Un momento! —rogó Lis—. Kitty y Delilah no tienen nada que ver con esto... Ellas no son brujas... ¡solo lo soy yo! ¡Suéltennas a ellas!

Daphne negó con la cabeza.

—¡Siempre sois cuatro! —chilló antes de sonreír burlescamente—. ¡Tú, Laura, Kitty y Delilah!

Y entonces, de la nada, salió un objeto plateado que brilló a la luz de las velas... un par de tijeras que se aproximaron al cuello del profesor Gray como la más letal de las culebras.

Una mano delgada agarraba la hoja y la pegaba contra la garganta del profesor.

—¡Y Jack! —dijo este.

La pesadilla

A JACK LE TEMBLABA LA MANO mientras apretaba con un filo de las tijeras el cuello del profesor Gray. Lis vio que su amigo tenía los ojos desorbitados, aterrados.

—Bien, esto es lo que va a pasar —dijo—. Si alguien se mueve, le cortaré el cuello al señor Gray. Va muy en serio: lo haré.

—¿Quién es ese? —preguntó Jennifer, mirando fijamente a Jack.

Lis no se había alegrado tanto de ver a alguien en toda su vida. Aquella era su oportunidad: logró por fin liberar las manos, y se dobló para desprenderse la cinta de las piernas. Mientras tanto, Jennifer agarró la daga de Daphne y la blandió dispuesta a matar con ella, pero se detuvo al oír el grito de dolor del profesor.

—¡Pose el cuchillo! ¡Ahora mismo! —bramó Jack, sacando una gota de sangre del cuello del profesor.

—¡Cálmate, Jack! Todos sabemos que no quieres herir a tu profesor. Tú eres de los chicos buenos... —le susurró Gray, tratando de engatusarlo.

—Sí, ya... no se fie de las mosquitas muertas... —farfulló Jack—. ¡Ahora, suéltelas! ¡A las tres! ¡Háganlo! —les dijo a Daphne y a Jennifer.

Lis acabó de soltarse ella sola, y quitó la silla de en medio de una patada. Jennifer había dejado la daga en el suelo, tal como le había mandado Jack, pero el arma aún se encontraba más cerca de ella que de Lis. Si Lis intentaba cogerla, Jennifer podría fácilmente arrebatársela.

—¿Qué espera? ¡Muévase! —Pero Jack estaba falto de convicción, y el pánico apareció en su voz, en forma de un chillido agudo. Sin embargo, Daphne empezó a desatar lentamente a Delilah.

Entonces todo sucedió tan rápido que fue imposible verlo: moviéndose como un rayo, el señor Gray, que le sacaba doce centímetros a Jack, se hizo a un lado y le echó los brazos encima. En un abrir y cerrar de ojos lo derribó al suelo, pese a todos los esfuerzos de Jack por clavarle las tijeras. Distraída por aquello, Lis no se dio cuenta de que Jennifer alcanzaba el cuchillo que había quedado en la moqueta, y solo se percató de ello cuando la mujer la atacó con él. Pensando a toda prisa, Lis cogió una silla de plástico con patas de metal y la blandió delante de su rostro. Las patas de la silla sonaron al golpear contra su cráneo y, con un grito de dolor, Jennifer cayó de espaldas en los brazos de Daphne.

—¡Corre, Lis! ¡Ve a pedir ayuda! —gritó Jack, inmovilizado en el suelo, bajo el peso de Gray.

Ella dudó un instante, viendo como se echaba a perder el rescate de Jack, y preguntándose qué debía hacer.

—¡Vete, Lis! —gritó Jack—. ¡Trae a la policía!

Lis no perdió más tiempo. Se dio la vuelta y echó a correr.

Con el ruido de la silla resonando en los oídos, Lis corrió hacia la salida de emergencia. Al pegar contra la barra de metal, las puertas de emergencia se abrieron piadosamente, y ella salió a trompicones al helado aire de la noche invernal. ¿Hacia dónde iría? Aquella era la parte de atrás del instituto, que no daba al camino que llevaba de la puerta principal a la verja.

«¡Piensa, cerebro, piensa!». Por aquel lado tenía las pistas de *netball*, el campo de *rugby* y la floresta. Por supuesto... la floresta. Todo se volvía espantosamente claro. La señora Gillespie le había dicho que sus sueños eran una advertencia... una advertencia contra aquello, y sabía perfectamente qué le esperaba entre los negros árboles.

Lis se volvió otra vez hacia la salida de emergencia, pero oyó unas fuertes pisadas que procedían del interior y se acercaban. Con sueño o sin él, no había otra salida, eso estaba claro. Tal vez incluso pudiera utilizar su sueño... En su mente se formó un mapa de los entrecruzados caminos que atravesaban la floresta. Estaba segura de que podría llegar al otro lado del bosque, a lugar seguro. Esta vez, se aseguraría de que la pesadilla tenía un final feliz. Además, ¿qué otra posibilidad le quedaba? Era aquello o la muerte. La única esperanza era ir por allí.

—Id a por Danny Marriott, está en la entrada principal —oyó Lis que gritaba Gray a Daphne y a Jennifer, dentro del edificio, a su espalda—. No podemos permitirnos testigos: ¡matadlo! ¡Yo me encargo de Lis!

«¡Muévete, ya!», se dijo Lis. Se metió por un lado de la pista de *netball*, y se dirigió hacia el campo de *rugby*. Si conseguía llegar a la floresta, entonces emplearía la oscuridad, los árboles, los pequeños escondites. Gray estaría tan perdido como ella. Y si conseguía llegar al otro lado... ¡allí encontraría Hollow Pike, la policía, la seguridad!

Volviendo la vista atrás, vio al profesor Gray saliendo por las puertas de emergencia. La había visto.



Allá en la G2, Jennifer se puso de rodillas sobre el pecho de Jack, aplastándolo contra el suelo.

—¡Ya te tenemos, mal nacido! —le soltó Jennifer. Jack respondió escupiéndole en la cara.

Jennifer le dio una bofetada. Daphne se acercó, y entre las dos mujeres arrastraron a Jack por la moqueta, mientras él gritaba y pataleaba.

—¡Contra la mesa! —ordenó Jennifer, sacando la cinta y pasándola una y otra vez alrededor de él y de las patas, como si intentara convertirlo en una momia—. ¡Tienes que matar a Danny! —añadió—. Si despierta, estaremos metidas en un problema. —Le entregó a Daphne la adornada daga.

—¡De acuerdo! Volveré en un minuto, descuida.

—Vosotras esperad a que Lis avise al padre de Kitty —dijo Jack gruñendo—. Él os

hará lamentar haber nacido.

Jennifer se rió.

—¡Imbécil! Tu amiguita no va a llegar nunca a la policía. ¡Ella está ahora exactamente donde la queríamos tener! ¿No pensaríais que os íbamos a matar en el aula, no? Lis ya es un cadáver.



En cuanto llegó ante el muro destartalado que marcaba el límite entre los campos de juego del instituto y la floresta, Lis se levantó la falda y trepó por las piedras desmoronadas. Llegó arriba con dificultad, y se dejó caer por el otro lado, sin hacer caso de los pequeños dolores y escozores. La nariz, que el profesor le había golpeado con el puño, estaba completamente entumecida, ¿qué más le daban unos arañazos y cortes más?

Cayó torpemente entre la maleza, y se levantó, alejándose voluntariamente de la luz del instituto para penetrar en la más completa oscuridad, que ahora, en su fuga, le parecía un aliado.

—¡No vas a conseguirlo, Lis! —gritó Gray. Lo vio aparecer en lo alto del muro—. ¡Ríndete ahora, será más fácil si lo haces!

No la convenció. Lis corrió con todos sus músculos doloridos. Sus piernas no estaban acostumbradas a aquellos esfuerzos, no se le daba bien correr. La oscuridad la envolvía, y ya no podía ver dónde pisaba. Las zarzas le rasgaban los muslos, y los pies se le hundían en el pegajoso barro. Pero tenía que seguir: más adentro, más oscuro; más adentro, más oscuro.

Los pasos del profesor Gray, que corría tras ella, se oían cada vez más cerca, y le servían de impulso. ¿Cómo de cerca se encontraría?

«Sigue corriendo, no te pares». Parecía que los pulmones se le encogían hasta volverse inútiles, como un peso doloroso en el pecho. No podía seguir así, estaba haciendo demasiado ruido, y su perseguidor daba las zancadas más grandes. Aunque las ramas le arañaban la cara, se agarró a la áspera corteza del tronco del árbol más cercano. Apretando su cuerpo contra él, se quedó allí pegada, arrodillándose entre las retorcidas raíces.

Aguzó el oído. ¿Dónde estaría él?

De repente, un brillante destello de luz agitó la floresta, sacudiendo a los pájaros de las ramas en que dormían. Un instante después, llegó un trueno profundo y furioso.

«¿Cómo es lo que dicen?», pensó Lis. «Cuanto menos tarda el trueno después del rayo, más cerca está la tormenta». Otro rayo atravesó el cielo, seguido por otro trueno tan potente que Lis notó que agitaba el aire.

La tormenta se acercaba.



Un par de botas de invierno, forradas de lana de oveja, recorrían el pasillo del ala G del instituto. Con la daga aferrada en la mano, delante de ella, Daphne llegó a la larga escalera de piedra que bajaba al vestíbulo. Salvo por el monótono tictac del reloj, el instituto se hallaba en silencio. Al pie de la escalera yacía un joven inconsciente con brazos y piernas extendidos. Parecía robusto, y aunque se suponía que no iban a matar a nadie dentro del instituto, ¿cómo se las iba a arreglar para sacarlo fuera? Imposible, tendría que matarlo allí mismo. Siempre surge algún imprevisto, ¿verdad?

Sujetándose al pasamanos, porque la escalera era empinada y ella tenía mal la cadera, Daphne empezó a bajar hacia el muchacho al que Simon había llamado Danny. Pobrecito. Aquello no tenía nada que ver con él, pero no merecía la pena exponer a los Rectos Protectores por un chico, después de tantos siglos de existencia secreta.

Bajando la escalera, se paró a medio camino y aspiró hondo a través de la nariz: era espliego. Sin asomo de duda, el instituto olía a espliego.

—¿Espliego? —susurró en voz muy baja, algo nerviosa, antes de preguntar—: ¿Quién está ahí?

No vio el bate de béisbol que se le venía contra la parte de atrás de la cabeza hasta que fue demasiado tarde. Daphne se desplomó en los fríos peldaños de piedra.



La lluvia era intensa; cortinas de agua descendían entre las ramas. Lis tenía el uniforme pegado a la piel. Se atrevió a echar un vistazo desde detrás del árbol. Por allí cerca, en alguna parte, se oyó una ramita que crujía al ser pisada. La tormenta era por un lado un inconveniente más, por otro una ayuda. Un luminoso rayo podía revelar fácilmente su situación, pero al menos los truenos impedían que se oyera su irregular jadeo.

Por encima de su cabeza, en las esqueléticas ramas de los árboles, los pájaros trazaban círculos como murciélagos. Era como si compartieran su pánico. No se podía quedar allí toda la noche. Gray terminaría encontrándola. Saliendo a la oscuridad de la noche, Lis echó a correr para alejarse de su escondite. Si subía la colina hasta el punto más alto de la floresta, estaría a medio camino de Hollow Pike.

La lluvia abría ciénagas bajo sus malditas zapatillas de lona, y sin embargo ella corrió con renovado vigor, entre pájaros que la animaban con cánticos estruendosos. Su manera de correr era infantil, demasiado frenética y desesperada para parecer atlética. Le ardían los muslos mientras se esforzaba por seguir corriendo por aquel terreno irregular, después de perder por completo el sendero. Las retorcidas ramas de los árboles se estiraban para atraparla, como garras que se le clavaban en el pelo, que le caía por el rostro revuelto en marañas. El agua helada se le metía por los ojos, y le emborronaba la visión. De vez en cuando Lis se chocaba contra un árbol. Su único consuelo era pensar que Gray sufriría los mismos inconvenientes.

Se detuvo, tratando de orientarse. ¿Subía o bajaba? ¿Había cambiado de dirección? Estaba rodeada por árboles que parecían idénticos en la oscuridad. No había mojones ni postes que le indicaran el camino. Estaba perdida.

—¡Lis! —oyó gritar a Gray, con sed de sangre en la voz—. ¡Ya te veo!
Lis volvió a correr.



—Ya sabes que el demonio engendraba niños en las brujas mediante los incubos y súcubos —dijo Jennifer, caminando de un lado al otro del aula con aire arrogante. A la luz inquieta de las velas, resultaba extrañamente hermosa.

—¡Está usted chiflada! —le soltó Jack.

—La Bestia camina por el bosque —dijo acariciándole el cabello a Delilah—. Pero eso tú ya lo sabes, ¿no, Delilah? Tú también lo has sentido.

Delilah no pudo hacer otra cosa que fruncir el ceño.

—¿Por qué crees que tu madre dejó el pueblo con tanta prisa? Nosotros descubrimos su secretito... Así que tuvo que huir y abandonarte, ¿sabes? —susurró Jennifer.

Un insulto ahogado salió de la boca de Delilah, mientras balanceaba hacia delante y atrás su silla, muriéndose de ganas de echarle las manos encima a la señora Rigg.

—No es usted quién para hablar sobre cariños paternos —le dijo Jack—. ¡Bonito trabajo hizo con Laura!

Jennifer hundió los dedos en el cabello de Jack, y le retorció la cabeza hacia atrás. Jack soltó un grito:

—No te vayas a pensar que no puedo matarte aquí, mariquita —dijo con un gruñido. Entonces paró y olfateó el aire—: ¡Espliego! —exclamó.

—¿Qué? —Jack forcejeaba con sus ataduras.

—Para protección... —siguió diciendo Jennifer, aunque ahora parecía que estaba hablando consigo misma.

El aroma de espliego se hizo más intenso y llenó al aula G2. El aire casi parecía volverse más denso, mientras se llenaba de una niebla de olor suave. A Jack empezaron a llorarle los ojos, pero al menos Jennifer le soltó el pelo.

—¿Qué demonios...?

Como espectros en la niebla, unas voces inconexas penetraron en el aula. Provenían de ningún sitio y de todas las partes, como si fueran las paredes mismas las que hablaban. Eran voces suaves, amables, irreales. Las palabras se fueron haciendo más fuertes y claras:

A salvo en tu luz. A salvo del daño. A salvo del miedo. A salvo en tu luz. A salvo del daño. A salvo del miedo. Así sea.

La salmodia se repetía, dando vueltas y más vueltas como un carrusel, y el aula empezaba a dar vueltas con ella. Jack sintió náuseas y mareo. Aquella niebla con olor de espliego era embriagadora. La visión de sus ojos oscilaba.

—¡Alto! —bramó Jennifer, cogiendo las tijeras de Jack de donde las había dejado caer él en la pelea—. ¿Qué está pasando?

Las voces se hacían más profundas y fuertes, menos infantiles y más siniestras, y ahora parecían proceder de abajo, de las entrañas de la tierra.

A salvo en tu luz. A salvo del daño. A salvo del miedo. A salvo en tu luz. A salvo del daño. A salvo del miedo. Así sea.

Jennifer parpadeó con fuerza, atisbando a través de la neblina de espliego. ¿Eran imaginaciones suyas? ¿Había aparecido de pronto algo escrito en la pared, o siempre había estado allí? Ancestrales ensalmos parecían brotar del yeso de los muros, letras rojas de sangre que se transformaban en pentagramas que después giraban y cambiaban, tomando una nueva forma. Las imágenes emergían juntas para formar una sombra que se elevaba en los muros, corriendo hasta el techo. La sombra tenía más o menos el tamaño de un hombre, pero la cabeza era más como la de una cabra o un toro, con dos cuernos retorcidos, uno a cada lado del rostro. Los gruesos brazos terminaban en garras de halcón.

La silueta se cernía sobre Jennifer Rigg, y a medida que se hacía más y más grande, parecía aplastarla. La mujer retrocedió hasta el rincón más remoto del aula, huyendo y acurrucándose para protegerse de aquella sombra monstruosa.

—¡No, por favor! ¡No puede estar ocurriendo esto! —exclamó con voz ronca—. ¡Padre nuestro que estás en los Cielos, santificado sea tu...! ¡Sálvame...! ¡NO!

Mientras ella gritaba, las ventanas se estremecían en sus jambas.



«¡Sigue, no te pares!». Lis avanzaba con esfuerzo, golpeando contra las ramas bajas que se interponían en su camino. Ya le daba igual en qué dirección estuviera corriendo, con tal de alejarse de los pasos que sonaban tras ella.

Y entonces, de repente, el suelo ya no estaba allí. Las piernas de Lis cedieron, y ella cayó con dolor sobre la cadera izquierda y fue dando vueltas por la rampa. Y mientras caía por entre zarzas y espinas, se preguntaba si no sería aquella su última caída. Cerró los ojos y aguardó el final. Pero al final se detuvo en medio del barro.

Una sensación heladora le subió por las piernas. Estaba metida en el agua: en el arroyo. Por el rostro le corrieron nuevas lágrimas de desesperación. Agarrándose a los juncos, intentó levantarse y escapar del arroyo, pero se volvió a caer en el resbaladizo barro. ¡No! Aquello no podía estar ocurriendo realmente. Pero sí que estaba ocurriendo, y ella ya había estado antes allí.

El agua, los guijarros, la lluvia, los pájaros... el sueño. Todo lo que tenía a su alrededor era igual, y sin embargo también era diferente. Sus sueños simplemente parecían reales, pero aquello era real, el sonido envolvente, alta definición. Todo tenía sentido entonces, por supuesto: Lis y Laura, hermanadas por el parentesco, por Hollow Pike, por la Floresta de Pike, por la muerte. Y no solo por la muerte de Laura, sino por las muertes de todas aquellas mujeres que habían muerto a manos de los Rectos Protectores. ¿Las habrían ahogado en aquellas mismas aguas?

Lis tenía bien aprendida aquella parte. Allí era donde tenía que correr a rastras. Tal vez esta vez terminara de modo diferente... Eso esperaba. Empezó a avanzar. La lluvia la acribillaba, envolviéndola en agua y hundiéndola en el arroyo, y se preguntó si no

podría dejar que se la llevara la corriente, aunque ni siquiera estaba segura de en qué dirección se la llevaría: ¿hacia Hollow Pike o de vuelta a Fulton?

No podía correr el riesgo. Bien dentro del arroyo, forcejeó sirviéndose de músculos que no había empleado nunca. Exhalando un gruñido, se impulsó a través del crecido arroyo, mordiéndose los labios para resistir el frío. Avanzó a rastras por todo aquello que tenía: por Sarah, por Max, por Logan y por su madre. Y por Kitty, Jack y Delilah. Y por Danny... ¡por todas las cosas que tenía que decirle a Danny! No habría en el mundo entero agua helada, ni nariz sangrante, ni tobillo retorcido, ni cadera dolorida que pudiera impedirle explicárselas.

Las luces. En la distancia vio luces: casas, personas, salvación. ¡Lo conseguiría! En su corazón penetró un rayo de esperanza, como el alba en la noche.

Allí estaba: la mano fuerte y silenciosa en su cabello.

Tendría que haberlo comprendido.



A través de la nube creciente de humo que olía a espliego, penetraron dos siluetas con los brazos extendidos. La primera llevaba un mortero de piedra del que salía el espeso humo. La segunda silueta tosía y resoplaba, avanzando en la niebla.

La señora Dandehunt se echó atrás la capucha y penetró completamente en el aula.

—Parece que hemos llegado justo a tiempo, Celeste.

La señora Gillespie apagó el cuenco del que salía el humo y lo posó sobre la mesa del profesor Gray.

—Así sea —dijo, terminando su ensalmo.

—Kitty, Delilah y, eh... Jack. Os sacaremos de aquí en un santiamén —dijo la señora Dandehunt, avanzando hacia Jennifer y sacando de su rincón a la sollozante mujer. La señora Rigg estaba pálida y rígida del pánico.

Jack miró a Kitty y a Delilah, que parpadeaban con fuerza a causa del turbador humo que aún quedaba en el aula. La señora Gillespie tardó poco en liberar a Delilah, y se puso a hacer lo mismo con Kitty. La cabeza seguía doliéndole a Jack tanto como si le fuera a estallar, y apenas podía ver bien. Fuera lo que fuera lo que había en el mortero, se trataba de algo potente. Poco a poco recuperó la visión y el resto de los sentidos.

—Daniel estaba volviendo en sí —dijo la señora Dandehunt mientras ataba a Jennifer Rigg a una silla con su propia cinta de embalar—. A estas horas ya habrá llamado a la policía.

—¿Dónde está la bibliotecaria? —preguntó Kitty en cuanto la señora Gillespie le quitó la cinta de la boca. Delilah estaba ocupada desprendiendo a Jack de las patas de la mesa.

—Está descansando —respondió Celeste Gillespie como quien no quiere la cosa.

—Ahora me parece que tendríamos que poner en claro nuestras historias, ¿no? —dijo la señora Dandehunt, moviendo la cabeza de arriba abajo en un gesto dirigido

sucesivamente a cada uno de ellos.

—Pero, señora Dandehunt —imploró Jack—, ¡Lis está en peligro!



—Lo siento, Lis. No hay más remedio.

Aquella excusa vacía era lo único nuevo de aquella experiencia. Lis se soltó jadeando, llenándose los pulmones con el aire tan necesitado. ¡Él era tan fuerte! El cuerpo empapado de Lis había logrado resbalar de los dedos del profesor Gray un par de veces, pero él siempre recuperaba el dominio.

Aunque Lis supiera cómo terminaba aquello, en la nada, no estaba dispuesta a morir sin luchar. Clavó hondo los dedos en la carne de los antebrazos de él, y le escupió en la cara, alegrándose al ver el breve destello de ira que él mostraba antes de recuperar el control.

—Relájate, Lis. Será mejor para ti si simplemente aceptas que suceda.

—¡Váyase al infierno! —gritó ella, pero él simplemente volvió a hundirle la cabeza en el negro arroyo.

El cielo se desvaneció. Ella empujaba y daba patadas, y se retorció, pero él la agarraba con fuerza. Irguiéndose, su cara logró quedar por encima del agua, pero Gray le desprendió la mano del cuello y se la colocó en la cara para volver a sumergirla.

El agua le entró por la nariz. Recordaba aquello vivamente de su pesadilla. Pronto todo quedaría en calma. Las batallas del bosque y de su cabeza dejarían de luchar, concediéndole un momento de silencio antes del final.

«Si la muerte es así, no hay nada que temer», pensó mientras se apaciguaba todo. Sabía que debería seguir luchando, pero aquella sensación de paz era extrañamente agradable, algo así como caer bajo los efectos de la anestesia. Lis no quería morir. Pensaba en todas aquellas cosas que quería hacer, en todos aquellos lugares a los que quería ir, y que no eran nada ya. Solo sueños.

Podría ser peor. Ella había llegado hasta allí. ¿Tal vez los otros habrían podido dominar a las dos señoras? Sin Gray, no era completamente imposible que consiguieran escapar.

«Este es un buen pensamiento final, aférrate a él», se dijo Lis. Sintió que la presión de Gray en el cuello se relajaba ligeramente mientras la vida escapaba de su cuerpo. ¿Sería así como había matado a Laura? La muerte la había envuelto con sus suaves pétalos, y empezaba a cerrarlos.

De repente, Lis sintió que Gray la soltaba. ¿Por qué? Ella todavía no estaba muerta. ¿Creía él que sí lo estaba? Sus manos le soltaron la garganta, y vio como él se separaba de ella, tambaleándose. Haciendo un último esfuerzo, obligó a su exhausto cuerpo a incorporarse. Su cara volvió a ascender por encima de la superficie del agua, y mientras le salía de la boca una mezcla de agua y barro, empezó a entrar un aire dulce, suave... Se ahogó y tosió, resoplando mientras se secaba los ojos.

¿Qué había pasado? Lis miró a su alrededor. Gray había caído hacia atrás, y estaba

sentado en el arroyo de rápidas aguas. Parecía aturdido. Un cuervo enorme, brillante, graznaba arrojándose al rostro del profesor, picoteándole la piel. Lis había sido salvada por un pájaro. En otras circunstancias, se habría reído a carcajadas. Unas plumas de negrísimo terciopelo se agitaban contra el rostro desconcertado de Gray.

El profesor Gray hizo un esfuerzo por ponerse de pie, y salió a trompicones del arroyo, tambaleándose a izquierda y derecha. Mientras lo hacía, otro cuervo se sumó al primero, arañándole con garras como agujas los ojos y el rostro. Y después otro más. El profesor se golpeaba a sí mismo tratando de espantar a los pájaros. Lis aprovechó la oportunidad para salir del arroyo y llegar a la orilla. Entonces, susurrando un «gracias» a los cuervos, empezó a correr hacia las reconfortantes ventanas anaranjadas de Hollow Pike, que brillaban con luz trémula justo sobre la colina.

Dando un último golpe a los pájaros, Gray volvió a correr tras ella, pero ahora Lis se sentía más fuerte, como si la muerte misma le hubiera concedido una segunda oportunidad. Gray la cogió por los hombros, pero Lis se giró y le arañó el rostro ya sanguinolento.

—¡Suélteme! —le gruñó.

Gray intentó echarle las manos al cuello, pero Lis le tiró hacia atrás de la cabeza agarrándolo por el pelo, para evitar que pudiera aferrar bien el empapado cuerpo de ella. Deslizándose por el barro acuoso, ambos se separaron del arroyo. Con pasos pesados, avanzaron por la maleza, lanzándose golpes uno contra el otro. Ya no había modo de que Lis se rindiera. Con un último grito de guerra surgido de lo más hondo de las entrañas, ella lanzó todo su peso contra él, y ambos cayeron hacia delante en un abismo negro.

Lis podría estar volando. Sus manos intentaban inútilmente agarrar el aire, y el horror y la sorpresa de la caída fue todo lo que apareció en su grito. Fue algo lento, fluido, mudo e ingravido. El aire helado ascendía a su alrededor, y ella se separó de Gray y cerró los ojos. Cuando el vuelo terminara, el dolor sería terrible. Mientras caía, Lis se preparó para el impacto.

Al pegar contra el suelo chilló, pero sin necesidad. Lo que había debajo de ella estaba húmedo, pero era blando. Su cara pegó contra aquello y se hundió en ello, y eso le recordó el puñetazo de Gray. Pero no le había pasado nada. Oyó un chasquido fuerte y húmedo a su lado, y después casi silencio. Solo el graznido de los cuervos podía oírse débilmente sobre el agradable susurro del rápido arroyo.

Por fin se atrevió a abrir los ojos. Estaba en el vertedero. Claro. El montón ilegal de escombros había amortiguado su caída. Lis se encontraba bocabajo sobre un sucio colchón amarillo, pero el profesor Gray no se movía. No comprendía: ¿por qué no se levantaba e intentaba atraparla?

No tardó en ver por qué: Gray había caído en un ángulo imposible, sobre un montículo de muebles tirados allí, y la pata de metal de una silla le salía por un horrendo agujero que le había abierto en el cuello. La sangre caía por la larga y fina pata de metal al tiempo que la lluvia corría por su rostro, horrorizado para siempre.

Si aquello fuera una película de terror, Lis sabía que debería dispararle al malo en el corazón, o cortarle la cabeza, o algo así, pues el monstruo nunca moría del todo,

siempre regresaba para dar un último susto. Pero desde donde estaba Lis, agachada sobre su sucio colchón, el profesor Gray tenía toda la pinta de estar perfectamente muerto. Sí, estaba muerto. Y en aquel momento, ella no consiguió encontrar en su corazón otra cosa que alivio.

Procedente del otro lado de la Floresta de Pike, oyó el hermoso canto de las sirenas de policía, y empezó a llorar.



La señora Dandehunt llevaba por el pasillo C a los tres asustados adolescentes, dispuestos a encontrarse con los policías.

—Entonces, ¿tenemos ya todos claro lo que vamos a decir?

—¡Pare, señora Dandehunt! Tenemos que ir a buscar a Lis. ¡Si no, la matará! —dijo Kitty, agarrando a la señora Dandehunt por el brazo.

La señora Gillespie sonrió, con un rostro que resultaba fantasmal a la luz de las velas.

—No tenéis que preocuparos por Lis —respondió—. Me ha dicho un pajarito que está bien...

Gota a gota

LIS HABÍA DORMITADO DURANTE la noche con la ayuda de los calmantes que los médicos le habían introducido en el cuerpo. Había sido un sueño superficial, poco satisfactorio, cuajado de momentos de terror en los que despertaba y no recordaba dónde estaba. Era ya por la mañana, aunque por la ventana la calle parecía casi tan negra como de noche. Las nubes seguían en el cielo como gigantes de acero, un severo recuerdo de la tormenta de la noche anterior. Lis estaba en la cama, bastante incorporada, y la rubia cabeza de Sarah reposaba en un rincón del colchón.

Una enfermera alegre y regordeta entró en la habitación y en ese momento Lis distinguió el chaleco fluorescente de un policía colgado en la parte de fuera de la puerta.

—Buenos días, preciosidad —dijo la enfermera con fuerte acento jamaicano—. ¿Te encuentras mejor? Una hipotermia no es cosa de risa...

Lis se levantó un poco, despertando a Sarah al hacerlo.

—Sí, estoy bien —respondió.

La enfermera sonrió. Lis no se había visto en ningún espejo, pero si la compresa que tenía puesta en la nariz tenía el aspecto que se imaginaba, prefería no mirarse.

—Lo siento, Lis, debo de haberme quedado dormida —se disculpó Sarah.

—Me parece muy bien, no seas boba. —Lis se notó la garganta irritada. Debía de ser por todo lo que había gritado. Recordó vagamente como se había desplomado en brazos de la mujer policía que la había encontrado, aunque todo era un borrón de luz producido por las linternas y reflectores en la lluvia. Durante un rato breve pero terrible, Lis se había temido que no la encontraran en el laberinto de árboles, y que la dejaran morir allí.

La enfermera le metió entre los dedos un vaso de plástico con agua y vigiló que se tomara varias pastillas. Mientras lo hacía, la puerta volvió a abrirse y entró por ella el padre de Kitty, llenando el hueco de la puerta con su imponente estructura ósea. La última vez que lo había visto, iba con Kitty en la parte de atrás de la ambulancia, aferrado a su hija, abrazándola contra su pecho y besándola en la frente.

La enfermera se le acercó poniéndole mala cara.

—¡Debería dejarla en paz, para que descanse!

—Solo serán cinco minutos.

Lanzándole una mirada gélida a Monroe, la enfermera salió de la habitación. Sarah lo recibió con el mismo entusiasmo que la enfermera.

—¿Es necesario hacer esto ahora?

—Me temo que sí.

Esta vez se mostraba muy diferente, como ablandado.

—¿Qué tal te encuentras, Lis? Supongo que pasaste una noche espantosa. Menuda tormenta, ¿eh?

Lis apenas logró contestar con un gesto afirmativo de la cabeza.

—Bueno, ahora puedes descansar. Todo ha terminado. El señor Gray ha muerto. —¿Le diría en algún momento algo que ella no supiera?—. Eres la única persona que vio lo que sucedía... Lo siento, pero tengo que hacerte unas preguntas.

Al cerrar los ojos, Lis vio la misma imagen que había estado rememorando durante toda la noche, una y otra vez.

—La tormenta era horrible, él me perseguía y nos caímos por el borde. No podíamos ver por dónde íbamos.

—Eso fue lo que nos imaginamos. No te preocupes, Lis, no estás metida en ningún problema. La daga que encontramos en el instituto se corresponde perfectamente con las heridas que Laura presentaba en su cuerpo. No podemos estar seguros de que fuera Gray quien la utilizó, pero sí de que tenía sus huellas dactilares. La cosa parece bastante probable.

—Bueno, ¿has oído eso, Lis? —preguntó Sarah.

—Jennifer Rigg y Daphne Gray son cómplices de asesinato, claro está; ni siquiera han intentado negarlo. En cuanto se les dé el alta en el hospital, quedarán detenidas a espera de juicio.

—¿Están aquí? —preguntó Lis casi sin voz.

—No, cielo. Se encuentran en otro hospital de Leeds, y están bajo vigilancia policial, así que no te preocupes. Ni siquiera hemos empezado a interrogarlas. Dios sabe qué fue lo que se apoderó de ellas... pero llegaremos al fondo del asunto.

Pero Lis sabía que no llegarían al fondo de nada. Hollow Pike siempre guardaba sus secretos. Miró a Sarah, que le sonreía cariñosamente. Su pobre hermana, ¿qué pensaría de todo aquel follón?

—¿Y mis amigos?

—Danny, Jack, Delilah y Cat... Kitty están bien. Solo tienen heridas leves. Ya se les ha tomado declaración.

—¿Puedo verlos?

—¡No! —intervino Sarah—. Aún no. Cuando te encuentres mejor. Ahora tienes que descansar.

Lis vio lágrimas en los ojos de su hermana. ¿Sería que les echaba la culpa a sus amigos? ¿Pensaría que la habían arrastrado ellos a aquel desaguisado?

Monroe bordeó la cama con su enorme corpachón, y acercó una butaca.

—Tengo algunas preguntas más, Lis. ¿Qué sucedió en esa aula? Nunca había visto nada parecido.

Se oyó un ruido en la ventana. Los tres se volvieron para ver una enorme forma negra que golpeaba con el ala en los cristales. Las plumas del pájaro ofrecieron destellos de color zafiro al posarse en la cornisa.

Hollow Pike aguardaba su respuesta. El cuervo era su mensajero.

Lis se volvió hacia Monroe y mintió entre dientes:

—No lo sé. Mientras Jack las distraía, yo escapé corriendo.

Monroe la miró con ojos penetrantes. Ella notó que la parte blanca que rodeaba el iris tenía un leve tinte anaranjado.

—Lo siento, no sé —repitió.

—¿Y no tienes ni idea de por qué iban tras de ti y de tus amigos?

Desde luego, tenía una idea muy clara. Pero, aunque la razón fuera ridícula, sabía callar la boca.

—No. Simplemente parecían habernos elegido, por el motivo que fuera.

Monroe se dejó caer en la butaca, aparentemente exhausto.

—Bueno, última pregunta: todavía no hemos encontrado el diario de Laura Rigg. Danny Marriott dice que se le cayó al suelo de la secretaria, pero nuestros hombres no han conseguido encontrarlo. ¿Alguna idea?

—No, lo siento —susurró Lis.

—Yo también. Allí podría encontrarse la respuesta a algunas de nuestras preguntas. —Parecía triste, con la tristeza de quien está de vuelta. ¿Cuánto tiempo llevaba trabajando en aquel pueblo? ¿Qué tipo de cosas había visto? ¿Cuántos casos «sin explicación» había encontrado? ¿Cómo podría la policía abordar alguna vez la oscuridad que ella había tenido ante los ojos?

Monroe se puso en pie y le estrechó la mano a Sarah antes de darle una palmada en el hombro a Lis.

—Duerme un poco, Lis.

El inspector de la policía la miró pensativo una vez más, antes de salir sigilosamente de la habitación. Su largo abrigo se levantó ligeramente a su espalda, como una capa.

Al otro lado de la ventana, el cuervo emprendió el vuelo.



Transcurrieron un par de semanas en una mezcla entre el régimen hospitalario y el de Sarah. A Lis se le permitió leer libros y revistas, después le trajeron su Nintendo, y pudo disfrutar de la compañía de Max y de Logan. Pero no le dejaron el teléfono móvil, ni ver a sus amigos, ni leer el periódico, ni ver la tele. A los ojos de Sarah, no estaba todavía «lo bastante fuerte». Tal vez Sarah tuviera razón. Las pesadillas dejaron de aparecer, pero fueron reemplazadas por una oscura ausencia poco natural durante sus horas de sueño, una nada pacífica que recordaba de modo inquietante sus últimos segundos bajo el agua del arroyo. Demasiado tranquila.

Tratar con su madre había resultado difícil, por decir poco. Deborah, su madre, había llegado de Bangor el día después de la muerte de Gray, con un montón de preguntas que Lis no podía responder. Su madre culpaba a Sarah por no cuidarla debidamente, se habían peleado sin parar, y Lis se había sentido peor aún. Las cosas se habían calmado para cuando Deborah había regresado a Gales por el trabajo, pero sin duda las discusiones volverían a estallar cuando volviera en Navidad.

En el lado positivo, a Lis iban a darle el alta en el hospital al día siguiente. Llegaría

a casa con tiempo suficiente para preparar la Navidad. Aunque, cuando la dejaran salir, tendría que hacer frente a los periodistas, claro está. Sarah decía que se habían instalado delante de la casa.

Lis pensaba a menudo en el señor Rigg, que estaba solo en aquella enorme casa del barrio de arriba. ¿Cuántas cámaras de televisión le estarían apuntando? ¡Pobre hombre! Había perdido a su hija y a su mujer. Volvió apresuradamente la página de la revista que estaba leyendo. Cada vez que pensaba en Laura, aunque solo fuera por un segundo, le volvía a invadir una sensación de culpa. ¿Podrían haberla ayudado? ¿Podrían haberla salvado? Tal vez si Laura hubiera tenido amigos como Kitty, Jack y Delilah, gente con la que realmente hubiera podido hablar... Pero ella había mantenido a distancia a todo el mundo. Al final, aunque se suponía que los frikis eran Kitty, Jack y Delilah, seguramente Laura se había encontrado más sola de lo que ellos hubieran estado nunca.

Llamaron suavemente a la puerta.

—Adelante —dijo Lis.

La señora Dandehunt entró en la habitación detrás de un imponente ramo de flores.

—Hola, cielo. Estas vienen de parte del instituto.

—¡Gracias! —sonrió Lis. Era imposible no sonreír cuando la señora Dandehunt estaba cerca—. No tenían que molestarse...

La directora se sentó en la butaca.

—Por supuesto que sí. Creo que es lo menos que podíamos hacer, teniendo en cuenta... lo que sucedió.

Lis se miró las manos, sin saber muy bien qué decir.

Metiendo una mano en su bolso, la señora Dandehunt sacó un DVD que colocó sobre el regazo de Lis: *Las brujas de Salem*.

—He pensado que te podría gustar la película.

Lis se rió.

—¡Siempre he querido verla!

—No te voy a dar la lata mucho tiempo, Lis, cielo. Solo quería asegurarme de que estabas bien. Ya me imagino que tu opinión sobre el Instituto de Fulton debe de estar por los suelos ahora mismo, pero quisiera creer que una chica fuerte y valiente como tú se encontrará en condiciones de volver con nosotros después de Navidad. Sería una pena perderte.

—Yo no creo que sea fuerte ni valiente.

El rostro redondo y bondadoso de la señora Dandehunt le sonrió, y le cogió a Lis las manos. Tenía una piel suave y cálida que le recordó a Lis la de su anciana abuela Rushworth.

—Yo creo que sí —insistió la señora Dandehunt, amablemente—. Aquí en Hollow Pike hacemos a la gente fuerte y valiente. Tú y tus amigos... Lo que hicisteis... ¡fue una locura completamente espectacular! Tendríais que hacer que os miraran la cabeza, a todos vosotros... pero desde luego fue algo extraordinariamente valiente y propio de personas de gran, gran fortaleza.

A Lis le acometió un acceso de llanto. Miró fuera, por la ventana, sintiendo algunos de sus pájaros, no demasiado lejos, en los árboles más próximos. Eso era reconfortante.

—Ya, pero yo no soy de Hollow Pike, ¿o sí?

La señora Dandehunt se levantó para irse.

—Sin lugar a dudas, tú eres una chica de Hollow Pike. Lo llevas en la sangre, querida. —Le dirigió a Lis una tierna sonrisa y caminó pesadamente hacia la puerta.

—¿Señora Dandehunt? —dijo Lis incorporándose en la cama—. ¿Tuvo usted un antepasado llamado Reginald?

—Sí, cielo. Fue mi abuelo. —Ella se demoró un poco en la puerta—. Un tipo muy perspicaz.

—¿Quién... qué es usted?

La señora Dandehunt sonrió con la sonrisa vieja de alguien cansado de la vida, y volvió al lado de la cama de Lis.

—Lo más importante que tienes que saber sobre mí es que soy, primero y principal, una maestra. Como le sucede a cualquier buen maestro, mi prioridad es proteger a los niños que tengo a mi cargo. Recuerda esto: mientras permanezcas en Hollow Pike, Lis, siempre habrá alguien a tu lado.

Una vez más, metió la mano en su bolso y sacó un ramito de espliego atado con una cinta negra.

—Espliego. Para protección. El negro es el color de la protección, ya ves.

—Fue usted —comprendió Lis en aquel momento—. ¡Usted colocó el espliego bajo mi almohada!

La señora Dandehunt se echó a reír.

—Todo esto comenzó cuando tú llegaste, Lis. Yo no creo en las coincidencias, así que comprendí que, una de dos, o eras la asesina de Laura, o te encontrabas en grave peligro. Cuando apareció el pájaro en tu taquilla, comprendí que teníamos que protegerte. En el siglo XVII, los Rectos Protectores solían clavar un espíritu familiar en las casas de las mujeres sospechosas de brujería. Una costumbre bastante truculenta con la que pretendían advertir a la gente de que no se acercara.

—Pensé que había sido usted —susurró Lis—. Usted tenía el diario de Laura.

—Sí, pero quizá sea mejor que no se lo menciones al Inspector Jefe, Monroe. Yo sabía lo que significaba la muerte de Laura. Sabía más de lo que la policía podría comprender nunca, así que cogí su diario de la taquilla.

—¿Qué decía el diario?

La señora Dandehunt se volvió hacia la ventana, justo al tiempo que un débil rayo de sol se filtraba por entre las nubes que cubrían el cielo.

—¡Pobre Laura, tan perdida y sola! Loca por saber quién sería su auténtica familia, y qué significaban sus sueños. Amenazaba con escaparse.

«Con Danny», pensó Lis. «Tal como le había dicho aquel día en el campo de *rugby*».

—¡Pero Laura no era ninguna bruja! ¡Ninguno de nosotros lo es!

Sonriendo con tristeza, la señora Dandehunt dijo:

—¿No crees que siempre ha sido igual, Lis? —le preguntó dando unos golpecitos sobre *Las brujas de Salem*—. Paranoia, miedo, rumores maliciosos... Algunas personas no

parecen capaces de ver quiénes son los demás, solo qué son.

—¿Por qué odiaban tanto a las brujas?

—Si los humanos no se odiaran tanto unos a otros, ¿qué iban a traer los periódicos?

Lis sintió que se ponía colorada, pero tenía que preguntar. Tenía que saber.

—O sea que ustedes son...

—¿... brujas? —terminó la frase la señora Dandehunt—. Bueno, si quieres verlo así, pues sí.

—Pero ¿brujas blancas?

—Ve usted demasiada tele, señorita London —dijo acariciándole el pelo.

Lis negó con la cabeza.

—Pero yo no creo en...

La señora Dandehunt se llevó un dedo a los labios para pedirle silencio.

—Y tal vez sea mejor así. ¿No es mejor pensar en Simon Gray como un loco simplemente, que no como un cazador de brujas? Quizá eso te ayude a dormir por las noches.

Lis no pudo responder, abrumada por todo lo que le decía. La señora Dandehunt le dio un suave beso en la frente.

—¡Felices sueños, Lis!

Navidad

A LUZ REFLEJADA POR LA ESCARCHA matutina inundó la habitación. Lis se salió de la cama como el buzo que sale de las profundidades, y se fue derecha al espejo para ver los progresos de su nariz. Aquella era la nueva rutina de todas las mañanas. La hinchazón había descendido considerablemente, pero, aunque todo el mundo lo negara, la nariz no había recuperado su tamaño ni su forma habituales. Al menos los moretones de los ojos, que le habían dado aquel aspecto de mapache, ya no estaban allí. De todas maneras, aquella Navidad no habría fotos de familia.

Subían risas procedentes de la planta baja. Era la mañana de Navidad. Suspirando, Lis se echó encima la bata y salió de su dormitorio arrastrando los pies.

Max había encendido un fuego que parecía el de *El coloso en llamas*, mientras Sarah intentaba en vano que un niño de once meses se interesara por los regalos. Y su madre presidía la escena, con una taza de té en la mano. Lis parecía el fantasma de las Navidades pasadas^[14].

—¡Aquí la tenemos! —exclamó su madre—. Feliz Navidad, cielo.

—¡Feliz Navidad! —repitió Lis, adoptando el tono falsamente alegre que se necesitaba para no llamar la atención. Ay, seguía teniendo aquel dolorcillo en el hueso de la nariz que se le iba sanando. Se fue hacia la alfombra y recibió un beso de bienvenida por parte de su madre, antes de plantificar otro parecido en la suave y esponjosa cabecita de Logan.

—¡Buenos días, Bella Durmiente! —dijo Max sonriendo.

—No tanto —repuso ella, señalándose con el dedo el centro de la cara.

—Me parece que hay algún regalo para ti debajo del árbol... —le dijo Max.

Sarah se inclinó hacia atrás y miró.

—Lo siento, guapa. Me parece que para ti no hay ninguno. ¡No es buen año!

Lis lanzó un resoplido.

—Muy divertido. Vuelve a mirar.

Con un gesto grandilocuente de la mano, Sarah sacó todo un montón de paquetes muy colocaditos, y los deslizó hacia ella.

«Me pregunto si me habrán comprado un diario este año», pensó Lis de repente. Pero reprimió la idea antes de que se hiciera más poderosa. Todo aquello eran cosas normales. Y las cosas normales estaban bien. Las cosas normales ayudaban a sanar las heridas.



Lis siempre había encontrado muy aburrido el día de Navidad. En cuanto uno ha abierto todos los regalos y se ha vestido para la ocasión, ya no queda nada más que hacer, salvo comer.

—Mamá, ¿te encargas tú de las bebidas, y me dejas que yo me preocupe por la puñetera comida? —dijo desde la cocina la casi agotada paciencia de Sarah. Logan jugaba tirando por el suelo un trozo de papel de regalo, y Lis hacía *zapping* mientras Max les daba conversación a los vecinos de la puerta de al lado.

—¿Quieres champán, Lis, cielo? —le preguntó, rellenando las copas.

—No, gracias —respondió, y se quedó atenta al canal de noticias.

La presentadora, de un rubio asombroso, aparecía delante de una foto del profesor Gray.

—Un portavoz de la Policía de North Yorkshire rehusó ayer hacer ningún comentario sobre los crecientes rumores de que la estudiante Laura Rigg fue víctima de un asesinato ritual. Desde que su muerte...

Max se colocó delante de la pantalla, posando el champán y apagando la tele.

—¡Max! —protestó Lis.

—No deberías ver eso —le dijo con amabilidad.

—No puedo esconderme de la tele. —le respondió dirigiéndole una fría mirada. ¿Por qué nadie le dejaba hablar sobre ello? No había salido de casa desde que le dieron el alta en el hospital. Solo se había ido de allí para pasar a ser una prisionera en su propio hogar. Sabía que Sarah tenía las mejores intenciones, pero envolverla entre algodones iba a hacer que se sintiera peor.

—Hoy sí que puedes. Es Navidad, cielo, y tenemos invitados —insistió Max.

Asintió con la cabeza, sin abrir la boca. Eran tantas las cosas que quería, que necesitaba decir... pero nadie quería escuchar. Quizá fuera que les daba demasiado miedo.

—¡Lis! —le gritó Sarah—. ¡La puerta!

¿Qué vecino cotilla sería ahora? Desde la noche de la Gran Tormenta se había ido dejando caer por allí una cantidad de visitas inusitada, incluso para los niveles navideños. Lis estaba casi en esa fase en que uno se dispone a firmar autógrafos. Se fue a abrir pasando por delante de su madre y su hermana, que seguían riñendo.

A la puerta se hallaba Danny Marriott, con las mejillas coloradas del frío, como un personaje de caricatura.

—¡Feliz Navidad! —anunció él. Llevaba un gorro de lana gris que le tapaba los puntos de sutura que Lis sabía que tenía en la cabeza.

Sí, claro, feliz Navidad. Danny era una de las dos cosas que había puesto en su lista de deseos navideños. La otra era recibir noticias de sus amigos.

—Se supone que tienes que responder «Feliz Navidad para ti también» e invitarme a entrar —le dijo Danny—. ¡Hace un frío del carajo, Lis!

Ella abrió más la puerta y agachó la cara, completamente sobrepasada por la vergüenza.

—Vamos, entra.

Danny pasó a su lado y entró en la sofocante cocina.

—¡Hay algo que huele estupendamente! Hola, Sarah.

—Hola, Danny. ¡Feliz Navidad! —respondió Sarah, levantando un instante los ojos de la sartén en la que preparaba la salsa del asado.

—Ah, este es Danny, ¿no? —Su madre se secó las manos en una toalla y se acercó a saludar a Danny—: Yo soy Deborah, la madre de Lis. ¡No me dijiste que fuera tan guapo! —le comentó a Lis.

«¡Tierra, trágame!».

—¡Muchas gracias, madre!

Después de todo lo que había sucedido, Lis estaba tan agradecida a su madre y al resto de la familia que solo se murió de la vergüenza a medias. Pero cogió a Danny de la mano antes de que su madre pudiera encontrar fotos de su infancia, tiró de él a través de la reunión que tenía lugar en el salón, y se lo llevó hasta el invernadero que estaba al otro lado. Allí podían estar a solas, aunque el espíritu de la Navidad se filtraba a través de la puerta.

—¡Perdona! ¡Mi madre siempre es así! —dijo Lis.

—Parece... maja.

Se quedaron de pie, incómodos, en el recinto de cristal, al que la decoración navideña tenía convertido, en aquel momento, en una jungla de espumillones. Lis había pensado muchas veces cómo disculparse con Danny. Había escrito muchos borradores en su cabeza, pero el miedo escénico no había formado parte de ninguno de sus planes.

—¡Danny, lo siento! —le soltó.

—¿Que lo sientes? ¿El qué? —preguntó él, frunciendo el ceño.

Ella alargó la mano y le quitó el sombrero, dejando al descubierto la herida producida por la caída.

—Bueno, esto no fue culpa tuya —repuso conduciéndola hasta el sofá cama—. Bueno, sí, fue culpa tuya, pero ¿qué ibas a pensar tú? Yo tenía el diario de Laura, y además el insti estaba lleno de un humo mágico de setas... ¡o lo que fuera!

—Cuando estaba en el hospital no dejaba de darle vueltas a eso —le dijo Lis—. ¿Qué demonios hacías tú con el diario de Laura?

Sin darse cuenta, Danny empezó a frotarse los puntos ya convertidos en postillas.

—Lo vi en el despacho de la señora Dandehunt. Me había llamado para preguntarme si yo sabía por qué te querías ir, y pensé que si lo robaba para ti, podría, digamos, impresionarte. Así que me metí en el despacho después del *rugby*.

En el repertorio de gestos románticos, robar el diario de una chica muerta en el despacho de la directora resultaba ciertamente algo poco visto. En el rostro de Lis asomó una levísima sonrisa.

—¿Y sabes qué? —prosiguió Danny—. Ese cerdo psicópata está muerto. Y los demás irán a la cárcel. Asunto concluido.

—¿Qué crees que ocurrió? —le preguntó Lis. Aquella era una oportunidad de calibrar lo que la gente hubiera podido estar comentando sin enterarse ella.

—Todo ha aparecido en las noticias. ¡El señor Gray debía de ser un fanático religioso o algo así! Dicen que pertenecía a una secta. En el instituto hay quien

comenta que tenía algo que ver con los juicios a las brujas que se hicieron en Hollow Pike, pero...

—Tú no crees en...

—¿En brujas...? —Danny se echó a reír—. ¿Bromeas?

Lis simplemente se encogió de hombros. Ella ya no sabía qué pensar, la verdad.

Danny prosiguió:

—De todas maneras, no he venido a hablar de esas cosas. ¡No me han dejado verte desde hace semanas!

Estupendo. Otro que no quería hablar del tema.

—Entonces ¿para qué has venido?

—Eh... ¿cómo dices? ¡Es Navidad! ¡Te he traído un regalo! —le dijo Danny con una sonrisa.

En su interior, Lis se dio de bofetadas. ¡Regalos, por supuesto! Intercambiar regalos es lo que hacían los seres humanos el día de Navidad. Viviendo en la burbuja protectora de Sarah, sin acceso a las tiendas, Lis se había imaginado que el hecho de que siguiera con vida sería suficiente regalo para su familia, pero ¿y para Danny?

—¿Me has traído algo? Danny, ¡yo no tengo nada para ti!

—¡Estupendo! —dijo él con una sonrisa—. ¡Así mi regalo parecerá mejor y ganaré puntos! No esperaba ningún regalo, en serio.

Se metió la mano en el bolsillo del anorak y sacó un paquete largo y delgado, muy pulcramente envuelto en papel dorado. Cogiéndoselo de la mano, ella rasgó el papel y sacó algo que solo podía ser el estuche de una joya.

—No será una cruz de plata, ¿no?

—¿Qué? No, ¿por...? —preguntó Danny, confuso.

—¡No me hagas caso! —Lis abrió el estuche y sacó una cadenita de eslabones muy finos de la que colgaba una pequeña golondrina de plata que tenía por ojo una brillante y diminuta piedra azul. Era perfecto.

—Pensé que después de todos tus encuentros con pájaros, te podría gustar llevar uno simpático y bonito.

¡Si él tuviera una leve idea de lo adecuado que resultaba su regalo! Lágrimas de las buenas amenazaron con caérsele por la cara.

—Danny —dijo ella—, ¡me encanta! ¡No te haces una idea! —Y le dio el único regalo que tenía a mano en aquel momento: un beso lento y tierno en los labios, que él aceptó de muy buena gana.

—Con esto me conformo —dijo él, y sonrió.

—Y ahora que estoy a salvo, no tendré que volver a Gales —le dijo Lis.

—¿Te quedas...? —Se levantó del sofá cama de un salto—. ¡Ese es el mejor regalo que me han hecho nunca!

La levantó del sofá y la volvió a besar, sujetándole la cara con ambas manos. A Lis la embargó la felicidad. Aquellas eran las mejores Navidades desde que a los ocho años le regalaron una casita de muñecas.



La iglesia de San Wilfredo era una típica iglesia de pueblo de la Inglaterra rural. Su elegante chapitel relucía en la escarcha de primeras horas de la mañana del día veintiséis de diciembre. Detrás de la iglesia había un pequeño cementerio, que había rebasado su capacidad hacía sus buenos cien años, cuyas lápidas estaban desgastadas y resquebrajadas, algunas inclinadas y casi a punto de caerse.

Una pareja con un caniche colocó unas flores sobre una tumba, antes de irse andando cogidos de la mano. Era una fría mañana de diciembre.

Al borde mismo del cementerio, al otro lado de la ruinoso tapia que lo circundaba y detrás de los sauces llorones, había una tierra baldía y abandonada. Estaba llena de hierbajos, basura y trastos, pero en aquel momento cuatro amigos se reunieron alrededor de un cubo de basura que ardía.

—Aquí es donde enterraban a las brujas —explicó Delilah—. El terreno de la iglesia es sagrado, así que las mujeres sospechosas de brujería eran enterradas fuera del cementerio. Sin lápida, sin imagen, sin nada...

—Pobres mujeres. ¡Es tan injusto! —dijo Lis, mirando con tristeza los cinco cuadernos estampados con flores que tenía en las manos. No conseguía dejarlos caer en las llamas. Aquel era el único recuerdo de la auténtica Laura Rigg—. ¿De verdad podemos hacer esto?

—¡Tenemos que hacerlo! —respondió Kitty—. El secreto de Laura debe morir con ella. Nadie debe saber que era...

—¿Una bruja de verdad? —concluyó Jack. Gracias a Dios, había tenido la presencia de ánimo suficiente para meterse el diario de Laura en los pantalones segundos antes de que llegara la policía. Lo había hecho con la mejor intención.

—Si la gente lee esto —prosiguió Kitty—, es posible que sigan el rastro hasta nosotros. Nos guste o no, lo llevamos en la sangre.

Todos ellos habían comprobado su árbol genealógico, claro está. Gray tenía razón. Todos ellos, incluso Jack, tenían raíces en Hollow Pike que se remontaban cientos de años. Tal vez, solo tal vez, descendieran los cuatro de aquellas mujeres del bosque.

—¿Creéis que habrá más? ¿Más Rectos Protectores? —preguntó Delilah. La preocupación de que aún pudieran ser capturados y quemados en la pira también se le había pasado por la mente a Lis.

—No sé. Mi padre dice que Jennifer y Daphne se niegan a hablar. Es como si hubieran hecho voto de silencio o algo así. No hacen más que quedarse sentadas cada una en su celda, mirando a la pared. Están protegiendo a los Protectores.

Lis se imaginó a aquellas mujeres, quietas y calladas, aguardando. Pero ¿aguardando qué? Era terrible pensar que los Rectos Protectores podían seguir por allí, con sus creencias asesinas.

—¿Sabéis qué pienso yo? —preguntó Delilah—. Pienso que la policía sabe más de lo que dice. ¿Cómo se puede vivir en Hollow Pike y no comprender que pasa algo muy peculiar? Todo el mundo ha oído las historias; todo el mundo sabe lo que les pasó a

todas esas mujeres, pero no hacen caso.

—Porque es demasiado espantoso admitir que algo tan siniestro ocurrió en el umbral de la puerta de la casa de uno. ¿Cómo va uno a poder dormir por las noches? Es más sencillo pensar que solo fue un mal sueño. —Lis cerró los ojos con fuerza, tratando de no ver el rostro del cadáver de Gray que aparecía en su mente.

Kitty alcanzó lentamente el titilante fuego, cogiendo los diarios de las manos de Lis. Miró por turno a cada uno de sus amigos. Todos mostraron su conformidad asintiendo con la cabeza. Y Kitty los dejó caer al fuego. Al principio los libros aplastaron las llamas, pero luego las esquinas empezaron a renegrear, y después unas vibrantes lenguas de fuego amarillo fueron lamiendo las páginas. Las cenizas se arremolinaban en el aire de diciembre, llevándose con ellas las últimas palabras de Laura.

—Asunto concluido —dijo Kitty, alejándose del fuego.

—Pero tenemos que volver al instituto —comentó Jack con un estremecimiento—. No sé si podré volver después de lo que ha pasado.

—Tenemos que hacerlo, Jack. Los exámenes. —Kitty le cogió la mano—. Si queremos sacar algún día el infierno de Hollow Pike, tendremos que tener buenas notas.

Jack asintió con gravedad.

—¿O sea que todo volverá a ser normal? —preguntó Lis. Por un segundo pensó que tal cosa sería posible.

—Yo no diría tanto. Nosotros no somos exactamente normales, ¿no crees? —se lamentó Jack.

—¡Ni lo éramos, ni siquiera antes de que empezara todo! —dijo Delilah riéndose, y buscando algo entre la hierba.

—¡Y menos mal, digo yo! —añadió Kitty con alegría, cruzando los brazos por delante de su chaqueta militar.

Delilah hizo una tosca cruz con dos palos largos, atándolos con una larga cinta negra que se quitó del pelo. Entonces la clavó en la tierra: las brujas de Hollow Pike tendrían por fin algo que recordara su presencia.

Con la misión cumplida, los amigos se ayudaron unos a otros a pasar la tapia y volver al cementerio oficial.

—Ahora ya solo queda una pregunta —murmuró Lis, mirando a la distancia—. ¿Qué es peor, ser una bruja o ser la prima menos guapa de Laura Rigg?

Jack y Kitty se rieron, y Lis no pudo aguantar la cara seria ni un instante más. Sus risas resonaron como campanas por el cementerio.

A Delilah le brillaron los verdes ojos.

—¿No oléis...?

—¿Qué? —preguntaron a coro Lis, Kitty y Jack.

—La nieve. La nieve está en camino.

Como un hada invernal, Delilah brincó por el desierto cementerio mirando las suaves nubes en el cielo lechoso.

—¿Cómo lo sabes? —Jack también miró hacia arriba.

—El caso es que lo sé.

Nada más decirlo, empezaron a caer los primeros y más livianos copos de nieve, que

bajaban descuidados de las nubes.

—¡Mirad! —exclamó Jack, muy contento.

A los primeros copos se sumó pronto un viento helado, y empezaron a formarse ventisqueros en la hierba y después en los caminos. El cementerio adquirió enseguida un blanco radiante: una página limpia, nueva, que se extendía ante ellos, lista para contener nuevas historias.

—¡Blanca Navidad! —dijo Delilah volviéndose hacia ellos.

Kitty negó con la cabeza, sonriendo, sin podérselo creer.

—¡Delilah, a veces me asustas un poco!

Lis cogió en las manos algunos complicados copos de nieve. Eran reales. Ella era real. Era imposible pensar que fuera la misma chica que había llegado de Gales. Ella era algo nuevo. Tal vez una bruja, o tal vez se hubiera convertido en una mariposa. Era demasiado pronto para decirlo. Una sonrisa llena de esperanza apareció en su rostro. En ese momento, solo estaba segura de una cosa: de que tenía amigos.

—Bien, entonces... ¿quién está preparado para una batalla de bolas de nieve? —preguntó Lis.

Haciendo crujir la nieve con sus pasos, corrió por entre las lápidas, tan despreocupada y única en su especie como los copos que revoloteaban a su alrededor.

Agradecimientos

Tal vez todo esto suene a discurso de los Oscar, pero ahí va: *Hollow Pike* ha sido posible por la ayuda de las siguientes personas, y yo les debo mucho porque este libro lo es todo para mí.

Empezaré dándole las gracias a mi agente, Jo, por reconocer lo bueno que tenía *Hollow Pike* cuando se encontraba en un estado mucho más superficial que ahora. Me apoyaste en cada paso del camino, y me llevaste al *Ivy*. Impresionante.

A continuación, al maravilloso equipo de Indigo/Orion, que hizo realidad *Hollow Pike*. Estoy agradecido a Amber y Jenny, mis editores, por saber exactamente, de modo intuitivo, qué era lo que yo quería decir; a Nina por su bruñido maestría en relaciones públicas, a Alex y el equipo de derechos; y a Fiona por su sutileza y sabiduría.

También me gustaría dar las gracias a mi propio y creciente aquelarre de seguidores en Twitter y Facebook. Este libro recibió apoyo ya antes de su lanzamiento, y eso ha estado muy bien. Espero que os guste el producto final.

Finalmente, y más importante, a mi familia y amigos, por su inquebrantable apoyo. No somos una familia empalagosa, así que me limitaré a darles las gracias por todo. Gracias especialmente a Sam Hudson, por las innumerables veces que ha leído *Hollow Pike*, y al talentoso Stuart Warwick por la música. Sarah, Lou Lou, Kat, Fi, Joe, Niall, Gavin: ¡os quiero a todos por haber creído!

Y a K, P y B. Estabais allí, y sabéis cómo fue. Lo recuerdo y siempre lo recordaré.

Notas

[1] Se trata de un tipo de cama cuya forma recuerda un poco a un trineo, y que, sobre todo, se fabricó en el estilo Imperio. <<

[2] Pequeña ciudad de Gales, perteneciente al condado de Gwynedd, ya mencionado.

<<

[3] Cantante no solo rubia, sino vocalista del grupo Blondie. <<

[4] Novela de Thomas Pynchon, 1973. <<

[5] Obra teatral de 1952, de Arthur Miller, que trata sobre los procesos a brujas que se hicieron en Massachusetts en 1692. A comienzos de los años 50 del siglo XX, el derechista senador McCarthy se dedicó a perseguir a intelectuales izquierdistas en un triste episodio al que se conoce como «caza de brujas». Arthur Miller sufrió esta persecución, y al escribir en su obra teatral sobre los procesos de Salem de 1692, estaba escribiendo, metafóricamente, sobre la persecución que él mismo estaba sufriendo. <<

[6] Vino varietal blanco, elaborado con la uva del mismo nombre. Originario de Borgoña, la pinot gris se ha extendido por gran parte del planeta, aunque no por España. El vino que beben aquí es probablemente australiano. <<

[7] Medicamento para el tratamiento de la hiperactividad. <<

[8] Personajes de *El mago de Oz*, malvados seres al servicio de la Bruja del Oeste. <<

[9] La mayor isla de Gales. <<

[10] Ciudad de EE. UU. donde se desarrolla la serie *Crepúsculo*. <<

[11] Lady Macbeth y Banquo son personajes de la obra teatral de Shakespeare *Macbeth*. Cegados por la ambición, Macbeth y su esposa Lady Macbeth van cometiendo crímenes que les despejan el camino al trono de Escocia, y después siguen cometiéndolos para conservarlo. En la escena más famosa de esta tragedia, el sentimiento de culpa ha hecho enloquecer a Lady Macbeth, quien, imaginándose que sus manos están recubiertas de sangre, se las lava una y otra vez sin conseguir que la sangre se vaya. <<

[12] Serie de televisión estadounidense. <<

[13] Seguidora de la Wicca, una religión neopagana. <<

[14] Personaje del relato de Charles Dickens titulado *Cuento de Navidad*, de 1843. Anteriormente, alusión a la película de 1974 perteneciente al género de catástrofes tan en boga en los años 70, y que relataba el incendio de un rascacielos. <<